

A. J. CRONIN



LAS LLAVES DEL REINO

Lectulandia

Las llaves del Reino relata la vida del Padre Francisco: su infancia, el trágico suceso que despertó su vocación: su labor misionera en China, en un agitado período de hambre, peste y guerra civil.

Aunque desconcertante a veces, por su peculiar carácter y su ingenuidad, el protagonista de esta novela posee una alma recta, una profunda humildad y una mezcla de energía y dulzura. Cronin, con la admirable maestría que le ha granjeado innumerables lectores en todo el mundo (*Las llaves del Reino se ha traducido a doce idiomas*), narra aventuras y pugnas, evoca las almas y los ambientes y crea en la figura central uno de los personajes más interesantes de la novelística contemporánea. Las llaves del Reino es la obra maestra de Cronin y una de las novelas más famosas de nuestro tiempo.

Lectulandia

A. J. Cronin

Las llaves del reino

ePub r1.0

Pepotem2 20.11.13

Título original: *The Keys of the Kingdom*

A. J. Cronin, 1941

Traductor: Juan G. de Luaces

Editor digital: Pepotem2

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I. EL PRINCIPIO DEL FIN

Muy entrada una tarde de septiembre del año 1938, el anciano Padre Francisco Chisholm subía con dificultad el escarpado sendero que desde la iglesia de Santa Colomba conducía a la casa situada en la altura. A pesar de sus achaques prefería el sacerdote aquel camino a la menos trabajosa cuesta de Mercat Wynd. Cuando alcanzó la estrecha puerta de la tapia de su jardín detúvose y, con una especie de ingenuo triunfo, contempló, mientras recobraba el aliento, el paisaje de que tanto había gustado siempre.

Corría a sus pies el río Tweed, grande y ancha extensión de plácida plata, matizada por el tono de azafrán pálido del crepúsculo otoñal. Junto a la ladera que por el lado escocés se alzaba en la orilla septentrional, veíase la población de Tweedside, cuyos tejados, cual un ofuscante cobertor rojo y amarillo, ocultaban el laberinto de calles empedradas de guijarros. Altos reductos de piedra rodeaban aún aquel burgo fronterizo, y en ellos había cañones capturados en la guerra de Crimea, a la sazón reducidos a enormes perchas donde se encaramaban las gaviotas, ocupadas en picotear a los cangrejos de la ribera. En la barra arenosa de la desembocadura del río se disfumaban entre bruma las redes puestas a secar, y, dentro del puerto, los mástiles de los queches apuntaban hacia el cielo, agudos e inmóviles. Tierra adentro, la oscuridad iba señoreando ya los bronceos y tranquilos bosques de Derham, hacia los que volaba, lentamente, una garza ante los ojos del sacerdote. El aire, fino y claro, olía a fuego de leña y a manzanas caídas, mientras la inminente escarcha ponía un agudo toque de frío en la brisa.

El Padre Chisholm suspiró, satisfecho, y penetró en su jardín. Era éste un mero pañuelo, en comparación con su antigua finca de la Montaña de Brillante Jade Verde.

No pero, esto aparte, tenía un lindo aspecto y, como todos los jardines escoceses, era productivo. Unos cuantos hermosos frutales abrían sus copas junto al muro. La policroma espaldera del rincón del Sur florecía en todo su esplendor. El Padre, dirigiendo una mirada cautelosa a la ventana de la cocina, no divisó signo alguno del tiránico Dougal, y entonces robó la mejor pera de su propio peral y la escondió bajo la sotana. Sus mejillas, amarillentas y arrugadas, expresaban el júbilo del triunfo mientras cojeaba, reteniéndose a cada momento para continuar en seguida, a lo largo del guijarroso caminillo. Apoyábase en el único lujo que se concedía: su nuevo paraguas de tartán con que había sustituido el otro, viejo y maltrecho, que fue su favorito en Paitan.

Ante el porche de la puerta estaba parado un coche. El sacerdote contrajo lentamente el rostro. Su memoria era mala y sus accesos de abstracción le significaban una molestia perenne; mas, a pesar de ello, recordaba bien la contrariedad que le produjera la reciente carta del obispo proponiendo —mejor, anunciando— la visita de su secretario, monseñor Sleeth. Apresuró el paso para dar la bienvenida a su huésped.

Monseñor Sleeth estaba de pie en la sala. Moreno, delgado, distinguido, no parecía encontrarse a sus anchas en aquel lugar. Tenía vuelta la espalda a la chimenea vacía, y el ambiente en que se hallaba acrecía su impaciencia juvenil y su clerical dignidad. Había mirado en torno buscando una nota de individualidad, un objeto de porcelana o laca o cualquier otro recuerdo de Oriente. Pero la habitación era austera y vulgar, sólo ornada con linóleo barato, sillas de paja y una rejada repisa de chimenea sobre la cual Monseñor, mirando con el rabllo de sus ojos desaprobadores, había visto ya una rueca junto a una desordenada cantidad de peniques. No obstante, el Secretario había resuelto mostrarse agradable. Suavizando su ceño, sofocó con un ademán gracioso las excusas del Padre Chisholm.

—Su ama me ha mostrado ya mi cuarto. Espero que no le moleste mucho darme hospitalidad por unos cuantos días. ¡Qué tarde tan soberbia hemos tenido! ¡Qué colores en el cielo! Mientras venía de Tynecastle me parecía casi estar en mi querido seminario de San Morales.

Y, con aire estudiado, miró el exterior a través de la ventana, más allá de cuyo cristal se condensaban ya las sombras del anochecer.

El anciano sonrió recordando la traza del Padre Tarrant, el seminario... La elegancia de Sleeth, su gallardía, incluso aquella su insinuación de dureza en las ventanillas de la nariz, le parecían la réplica perfecta del otro.

—Confío en que se sentirá usted a gusto —murmuró—. En seguida tomaremos un bocado. Siento no poder ofrecerle una cena en regla. Aquí hemos adquirido la costumbre escocesa de tomar un té a última hora...

Sleeth, ladeando algo la cabeza, asintió con indiferencia. En aquel momento entró la señorita Moffat y, tras correr las pardas cortinas de las ventanas, empezó a poner la mesa. Sleeth, sin poderlo evitar, reflexionó con ironía en lo bien que aquel ser apagado, que le dirigía una mirada de susto, armonizaba con la casa en general. El ver que ponía cubiertos para tres prodújole un cierto enojo pasajero; pero, en cambio, la presencia de la mujer le permitió deslizar la conversación hacia triviales generalidades.

Los dos sacerdotes se sentaron a la mesa, y Sleeth comenzó en seguida a elogiar el mármol especial traído por el obispo desde Carrara para el crucero de la nueva catedral de Tynecastle. Sirvióse con buen apetito parte del surtido de jamón, huevos y riñones que tenía ante sí, y aceptó una taza de té que hervía en una tetera de metal plateado. Después, mientras se afanaba untando de manteca su tostada de pan moreno, oyó a su anfitrión decir suavemente:

—¿No le importa que Andrés tome su potaje con nosotros? Te presento a monseñor Sleeth, Andrés.

Sleeth alzó la cabeza. Un niño de unos nueve años se había deslizado en el cuarto sin hacer ruido y, en aquel momento, tras un segundo de indecisión y de manosear su

jersey azul, delatando en todo su aspecto una nerviosidad intensa, ocupó su asiento y, maquinalmente, tomó la jarra de leche. Un mechón de oscuro cabello —húmedo como recuerdo del reciente lavado de la señorita Moffat— cayó sobre su frente fea y huesuda, inclinándose hacia el plato. En sus ojos, de un singular tono azul, latía una inquietud infantil; ni siquiera osaba levantarlos.

El secretario del obispo, abandonando su rigidez de un momento, volvió, con lentitud, a su comida. Al fin y al cabo, aquel instante no era oportuno para..., de todos modos, su mirada, a ratos, dirigíase al chiquillo. La corrección exigía hablarle, e incluso con algo de benignidad.

—Conque Andrés, ¿eh? ¿Vas a la escuela?

—Sí...

—Entonces, veamos lo que has aprendido.

Y, con bastante amabilidad, formuló unas cuantas preguntas. El muchacho, ruborizado, inarticulada la voz, hartó confuso para reflexionar, delataba una humillante ignorancia.

Monseñor Sleeth enarcó las cejas.

—¡Es horrible! No sabe nada. Parece un chicuelo del arroyo.

Sirvióse otro riñón y, de pronto, reparó en que, mientras él hacía honor a las ricas carnes de la mesa, los otros dos ateníanse sobriamente al potaje. Se sonrojó: aquella muestra de ascetismo le parecía una insufrible afectación en el anciano.

Acaso el Padre Chisholm tuviera una sagaz percepción del pensamiento de Sleeth, porque movió la cabeza y dijo:

—He pasado tantos años sin un buen potaje escocés de avena, que ahora que lo tengo a mi alcance, nunca dejo de comerlo.

Sleeth acogió el comentario en silencio. A poco, con mirada medrosa, Andrés, saliendo de su abatido mutismo, pidió permiso para retirarse. Al levantarse para el acto de gracias, tiró una cuchara con el codo. Sus recias botas producían un peculiar crujido al dirigirse a la puerta.

Siguió otra pausa. Luego, conclusa ya la colación, monseñor Sleeth levantóse con naturalidad y, sin motivo definido al parecer, volvió a colocarse en pie sobre la raída esterilla que había ante la chimenea. Con las manos a la espalda, separados los pies, examinaba sin aparentar hacerlo a su anciano colega, quien, sentado aún, ofrecía un singular aspecto de espera. «¡Válgame Dios! —pensaba Sleeth—. ¡Qué lamentable representación del sacerdocio ofrece este viejo caduco, con su sotana manchada, su cuello sucio, su piel seca y cetrina!». En una mejilla tenía el anciano una desagradable señal, especie de cicatriz, que, deformando su párpado inferior, parecía obligarle a echar la cabeza hacia atrás y ladearla a la vez.

La impresión resultante era que el anciano torcía el cuello en el sentido opuesto al de su pierna coja, como para contrabalancearla. De esta suerte, sus ojos, usualmente

bajos, adquirirían, en las raras ocasiones que los alzaba, una penetradora oblicuidad, singularmente desconcertante.

Sleeth carraspeó. Pareciéndole llegado el momento de hablar, dijo, con un tono de cordialidad forzada:

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, Padre Chisholm?

—Doce meses.

—Ya... Su Ilustrísima ha sido muy amable destinándole a usted, al regresar, a la parroquia donde nació.

—Y donde nació él.

Sleeth inclinó levemente la cabeza.

—Ya sé que su Ilustrísima comparte con usted la distinción de haber nacido aquí. A ver, a ver... ¿Qué edad tiene usted ahora, Padre? Casi setenta años, ¿no?

El Padre Chisholm asintió, añadiendo con ligero orgullo senil:

—No soy más viejo que Anselmo Mealey.

Sleeth, ante tal familiaridad, frunció las cejas. Luego, el gesto se disipó en una sonrisa semicompasiva.

—Sin duda; pero la vida le ha tratado a usted de modo diferente... Para abreviar —y se irguió, firme, mas no adusto—, el obispo y yo entendemos que sus largos y fieles años de sacerdocio deben ser recompensados ya... y que, en resumen, debe usted retirarse.

Hubo un momento de extraña quietud.

—Pero yo no deseo retirarme.

—Ha sido un doloroso deber para mí —dijo Sleeth, manteniendo la mirada discretamente fija en el techo— venir a investigar... e informar al señor obispo. Hay ciertas cosas que no pueden pasarse por alto.

—¿Qué cosas?

Sleeth agítase, con irritación.

—Seis, diez, una docena... No soy yo quien debe enumerar las... las excentricidades orientales de usted.

—Lo deploro —repuso el anciano, mientras un fulgor se encendía lentamente en sus ojos—. Pero recuerde usted que he pasado treinta y cinco años en China.

—Los asuntos de la Parroquia están en pleno caos.

—¿Acaso tengo deudas?

—¿Qué sabemos? Hace seis meses que no obtiene el Obispado ningún provecho de las recaudaciones de usted. —Sleeth alzó la voz y habló un poco más de prisa—. Luego, todo es tan... tan poco corriente. Cuando el viajante de la Casa Bland le presentó su última factura mensual de velas, que importaba tres libras, usted se la pagó toda en peniques.

—Así es como recaudo mis ingresos —dijo el Padre Chisholm, mirando,

pensativo, a su interlocutor, con una mirada que parecía penetrarle—. En cuestión de dinero he sido siempre un torpe. Nunca he tenido caudal alguno... Pero, en fin cuentas, ¿tan extraordinariamente importante le parece el dinero?

Monseñor Sleeth, no sin enojo, sintió que su rostro se cubría de rubor.

—Esas cosas producen habladurías, Padre... Y luego —prosiguió— hay más... Algunos de sus sermones... los consejos que usted da... ciertos puntos doctrinales...

Consultó un cuaderno con cubierta de tafilete, que tenía en la mano, añadiendo:

—Sus opiniones son peligrosamente raras...

—¡Imposible!

—El día de Pentecostés dijo usted a los feligreses: «No imaginéis que el cielo está en la bóveda celeste. No: lo tenéis en el mismo hueco de vuestra mano, porque se encuentra en todas partes».

Sleeth frunció el ceño mientras repasaba las páginas, y continuó:

—Cuando la señora Glendenning, una de sus mejores feligresas, gruesa en exceso, pero no por su culpa, acudió a pedirle guía espiritual, usted le dijo: «Coma menos. Las puertas del paraíso son angostas». ¿A qué continuar? —exclamó monseñor Sleeth, cerrando de golpe su cuaderno de cantoneras doradas—. Lo menos que puedo decir es que parece haber perdido usted autoridad sobre las almas... Luego, hay el asunto de ese chiquillo a quien usted ha cometido el error de adoptar...

—¿Quién miraría por él... si no lo hiciera yo?

—Las Hermanas del colegio de Ralstone. Es el mejor orfanato de la diócesis.

El Padre Chisholm volvió a levantar sus desconcertantes ojos.

—¿Le gustaría a usted haber pasado su niñez en ese orfanato?

—¿Qué necesidad tenemos de personalizar, Padre? Le aseguro que, incluso considerando todas las circunstancias atenuantes, la situación es altamente irregular y debe concluir. Además —y abrió los brazos—, al irse usted de aquí, algún sitio hemos de encontrar para el muchacho.

—Ya veo que está usted determinado a desembarazarse de nosotros. ¿También van a confiarme a mí a las Hermanas?

—No, por supuesto que no. Puede usted al Hogar de Sacerdotes Ancianos, en Clinto. Es un perfecto puerto de refugio y de paz.

El anciano emitió una risa breve y seca.

—Ya descansaré bastante cuando me muera. Mientras esté en este mundo no deseo convivir con esos ancianos. Por extraño que a usted pueda parecerle, siempre me ha sido difícil congeniar con la clerecía, así, colectivamente.

La sonrisa de Sleeth unióse a una expresión de disgusto y desasosiego.

—En usted nada me extraña, Padre. Perdóneme, pero su reputación... Quiero decir que su vida, incluso antes de ser enviado a China, ha sido tan... especial...

Hubo una pausa. Luego, el Padre Chisholm repuso con voz serena:

—De mi vida ya daré yo cuentas a Dios.

Monseñor Sleeth entornó los ojos, sintiendo la desagradable impresión de haberse mostrado indiscreto. Sí: había ido demasiado lejos. Aunque frío de temperamento, se esforzaba siempre en ser justo y tolerante. Tuvo el decoro de procurar no aparecer contrariado.

—Naturalmente, no puedo presumir de ser juez ni inquisidor de usted. Nada se ha decidido aún. Por eso estoy aquí. Hemos de ver lo que los próximos días nos deparan.

Se encaminó hacia la puerta.

—Ahora, me voy a la iglesia. No se moleste en acompañarme. Ya conozco el camino.

Su boca se contrajo en una desganada sonrisa. Salió.

El Padre Chisholm continuó sentado ante la mesa, inmóvil, cubriéndose los ojos con la mano, como si reflexionara. Estaba abrumado por la amenaza que de súbito se cernía sobre su retiro, ganado tan duramente. Su concepto de la resignación, tan largo tiempo sometido a un exceso de pruebas, se negaba a aceptar esta otra. Repentinamente, se sentía vacío, cansado, rechazado por Dios y por los hombres. Una abrasadora desolación llenaba su pecho. ¡Qué cosa tan minúscula y, a la vez, tan grande! Ansiaba clamar: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?».

Se levantó con dificultosos movimientos y subió al otro piso. En el desván, sobre el cuarto destinado a los huéspedes, Andrés, acostado ya, dormía. Yacía de lado, puesto su flaco brazo ante sí, sobre la almohada, en una postura defensiva. El Padre Chisholm miróle y depositó la pera sobre las ropas dobladas encima de la silla de anea. ¿Qué más podía hacer...?

Una ligera brisa agitó las cortinillas de muselina. El anciano, acercándose a la ventana, las recorrió. Titilaban las estrellas en un cielo helado. Más allá de los astros parecía ver perderse el instante estéril que fueron los años de su vida, hechos de luchas menudas, sin forma y sin grandiosidad. Dijérase que sólo había transcurrido muy poco tiempo desde que, niño aún, reía y jugaba en aquella misma población de Tweedside. Sus pensamientos volaban hacia el pasado. Si en algún molde se había fraguado su vida, aquel molde empezó a formar sus inexorables líneas cierto sábado de un abril de hacía sesenta años. Más, en medio de la imperturbable felicidad de entonces, él no había podido reparar en ello...

II. UNA VOCACIÓN SINGULAR

I

Porque aquella mañana de primavera, cuando se desayunaba, temprano, en la limpia y penumbrosa cocina, mientras el fuego calentaba sus pies abrigados por calcetines, y el olor de la leña y los calientes bollos de avena le hacían experimentar vivo apetito, se había sentido feliz, a pesar de la lluvia, sólo porque era sábado y la marea favorecería una buena pesca de salmones.

Su madre terminó de revolver activamente el caldero con el cucharón de madera y puso en la mesa fregada, entre padre e hijo, el recipiente de la papilla, ribeteado de azul. El niño, empuñando su cuchara de asta, hundiéndola primero en el recipiente y, luego, en la taza de mantecosa leche colocada ante él. Saboreó la suave papilla dorada, hecha perfectamente, sin un solo grumo, sin una sola partícula mal batida.

Su padre, ataviado con un raído jersey azul y zurcidas medias de pesca, se sentaba enfrente, encorvado su corpachón, comiendo en silencio, con lentos y plácidos movimientos de sus enrojecidas manos. La madre dio la última vuelta en la parrilla a la postrera tanda de bollos de avena, los colocó junto a la fuente y sentóse para apurar su taza de té. La amarilla manteca derretíase sobre el bollo partido que cogió. Reinaba mutismo y camaradería en la cocinita. Las llamas saltaban por encima del bruñido guardafuego y del fogón de chimenea de arcilla. El niño tenía entonces nueve años e iba a salir a pescar con su padre.

Porque al hijo de Alex Chisholm aceptábanle todos los adustos hombres de jersey de lana y botas altas, recibéndolo con una tranquila inclinación de cabeza, o lo que era mejor aún, con un silencio amistoso. El muchacho experimentaba un secreto orgullo cuando salía con ellos, en la vasta chalana que se ensanchaba hacia atrás, crujientes los remos en los toletes, la jábega hábilmente manejada por Alex, a popa. Las bordas posteriores de la barca rozaban las piedras húmedas. Los hombres se encorvaban bajo el viento; unos, agazapados, con una amarillenta lona de vela sobre los hombros; otros, esforzándose en extraer algún calor de sus ennegrecidas pipas, de una pulgada de longitud. El niño permanecía apartado, con su padre. Alex Chisholm era el patrón, el inspector de la Tercera Barraca pesquera de Tweed. Juntos, callados, azotados por el viento, miraban el lejano círculo de corchos danzando en la revuelta resaca, allí donde el río desembocaba en el mar. A menudo, el resplandor del sol sobre las rizadas ondas ofuscábales hasta el vértigo. Pero Alex no podía entornar los ojos. Faltar a su atención durante un solo segundo podía significar la pérdida de una docena de peces, escasos en aquellos días, hasta el punto de que, en la distante Billingsgate, la Compañía Pesquera pagaba su buena media corona por libra. La alta figura de Alex, con la cabeza algo hundida entre los hombros, agudo el perfil bajo el viejo gorro en punta, coloreados por el aire sus salientes pómulos, mantenía siempre

la misma incansable tensión. A veces, la sensación de aquella muda camaradería, mezclándose al olor de las algas, al lejano sonar de la campana del Ayuntamiento, a los graznidos de las cornejas de Derham, producía cierta humedad en los ya despiertos ojos del niño.

De pronto, su padre profería una voz. Por mucho que se esforzara, nunca Francisco era el primero en ver hundirse uno de los corchos, pero no hundirse por momentáneo impulso de la marea —cosa que a veces le engañaba haciéndole avisar a destiempo—, sino con aquel lento descender que, según sabían los pescadores de larga experiencia, denotaba que un pez había picado. Al grito, alto y rápido, la tripulación, incorporándose de un salto, se precipitaba el molinete que halaba la red. Nunca la costumbre echaba a perder aquel momento. Los hombres recibían un beneficio sobre lo que pescaban, pero no era la idea del dinero lo que les impelía; su honda excitación dimanaba de raíces mucho más primigenias. Acercábase lentamente la red, goteante, ribeteada de algas, chirriantes las cuerdas sobre el molinete. Con un impulso final izábase la jábega, relampagueante de grandes y exquisitos salmones.

Cierto memorable sábado pescaron, de un golpe, cuarenta. Los peces, voluminosos y brillantes, se combaban y forcejeaban, escapándose de la red, deslizándose hacia el río desde la resbaladiza popa. Francisco se había lanzado hacia delante con los otros, aferrándose desesperadamente al valioso pescado que huía. Habían recogido al muchacho cubierto de escamas y empapado hasta los huesos, con un salmón realmente monstruoso entre los brazos. De regreso a casa aquella noche, con la mano del niño entre las del padre, resonantes sus pisadas en el humoso crepúsculo, ambos, sin comentario alguno, se detuvieron en casa de Burley, en la Calle Mayor, para comprar un penique de caramelos, en especial de menta, que eran los predilectos del pequeño.

La camaradería entre Alex y su hijo iba más lejos aún. Los domingos, después de salir de misa, cogían sus cañas de pescar y, sigilosamente, para no herir otras sensibilidades más finas, cruzaban las calles retiradas de la población, quieta en su reposo sabático, y se dirigían al verdeante valle de Whitadder. En una lata, entre serrín, llevaban lustrosos gusanos cogidos la noche anterior en el patio de la fábrica de harina de huesos de Mealey. Luego, pasaba el día entre cosas gratas: percibir el rumor de la corriente y el olor de las tiernas praderas; oír al padre, señalando los remolinos donde habría verosímilmente pesca, verle inclinarse sobre una fogata de ramitas, gustar el sabor suave e intenso del pescado a la brasa...

En otras estaciones iban a coger moras, fresas o amarillos limatones silvestres, muy buenos para mermelada. Cuando la madre los acompañaba, era día de fiesta. El padre conocía los sitios mejores y llevaba a su familia a bosques apartados donde había ramas intactas llenas de jugoso fruto.

Cuando llegaba la nieve y el invierno hacía estéril la tierra, iban a tender cepos

entre los helados árboles de Derham. El aliento del niño condensábase ante él, en el aire, y la piel se le erizaba temiendo escuchar el silbato del guarda. Oía el latir de su corazón mientras recogía, con su padre, los cepos, casi bajo las ventanas mismas de la gran casa señorial. Y, después, el regreso al hogar, con el morral lleno de caza, sonrientes los ojos, estremecida la medula al pensar en la próxima empanada de conejo. La madre era una gran cocinera y había ganado, merced a sus dotes de ama de casa y de persona económica y práctica en las labores domésticas, el rezongón panegírico propio de una comunidad escocesa: «Isabel Chisholm es una buena mujer».

Aquel día, mientras terminaba la papilla, el niño reparó en que su madre hablaba mirando al padre, sentado al otro extremo de la mesa del desayuno.

—Esta noche procura volver a casa temprano, Alex, porque hoyes el concierto municipal.

Hubo una pausa. Francisco veía que su padre —preocupado, acaso por los desbordamientos del río y por la mediocre pesca de aquel año— había sido cogido de improviso, y sólo entonces recordó la formalidad anual del concierto del municipio, al que debían concurrir por la noche.

—¿Piensas ir, mujer? —dijo con ligera sonrisa.

Ella se sonrojó un tanto, y Francisco preguntóse por qué adoptaría su madre aquel aspecto tan singular.

—Ya sabes que es una de las pocas cosas que espero con interés durante todo el año. Al fin y al cabo, tú eres persona de nota en la población y es natural que ocupes lugar en el tablado, con tu familia y tus amigos.

La sonrisa del hombre se acentuó, trazando alrededor de sus ojos arruguillas denotadoras de que condescendía. Francisco hubiera muerto con gusto, si ello le valía una sonrisa así.

—Vaya, iremos, Isabel.

Siempre le habían disgustado las «personas de nota», como le disgustaban las tazas de té, los cuellos duros y sus rechinantes botas de los domingos. Pero no le disgustaba el que su mujer desease ir al festival.

—Confío en ti, Alex. Porque— y la voz de Isabel, aunque esforzándose en ser natural, expresaba alivio —he invitado a Polly y a Nora para que vengan de Tynecastle. Desgraciadamente, parece que Ned no puede venir. Tendrás que enviar a alguien a Ettal con las cuentas de la pesca— concluyó, tras una pausa breve.

Él se irguió. Su mirada parecía ver dentro de su mujer y desenmascarar su tierno subterfugio. Francisco, en su satisfacción, nada notó al principio. La hermana de su padre, muerta ya, había contraído matrimonio con Ned Bannon, propietario de la Taberna de la Unión, en Tynecastle, una bulliciosa ciudad sita unas sesenta millas al sur. Polly, hermana de Ned, y Nora, su sobrina —una huerfanita de diez años—, no

eran precisamente unos parientes muy cercanos, mas sus visitas siempre producían júbilo al niño.

Oyó de pronto decir a su padre, con voz plácida:

—A pesar de todo, tengo que ir yo mismo a Ettal. Siguió un silencio intenso y palpitante. Francisco vio que su madre se había puesto pálida.

—No me parece que sea forzoso... Sam Mirlees, o cualquier otro irá con gusto en lugar tuyo.

Él no contestó. La miraba serenamente, afectado en su orgullo, en su altiva exclusividad racial. La agitación de la mujer crecía. Prescindiendo de todo intento de disimulo, inclinóse hacia su marido y le puso los dedos en la manga.

—Compláceme, Alex. Ya sabes lo que pasó la última vez. Las cosas allí vuelven a marchar mal... Muy mal, según he oído.

Él apoyó su manaza sobre la de su esposa, tranquilizándola.

—No querrás que me esconda, ¿verdad? —sonrió, y levantóse repentinamente—. Iré pronto y volveré pronto, con tiempo suficiente para ti, nuestros amigos; tu precioso concierto y todo lo demás.

Vencida, fija en su rostro una expresión forzada, la mujer vióle ponerse las botas altas. Francisco, estremecido y abrumado, tuvo un tremendo presentimiento de lo que iba a suceder. Y, en efecto, su padre, al erguirse, volvióse a él, hablándole suavemente, con un sentimiento raro:

—Pensándolo bien, niño, es mejor que te quedes en casa hoy. Convendrá que ayudes a tu madre. Habrá mucho que hacer antes de que lleguen los visitantes.

Ciego de decepción, Francisco no hizo protesta alguna. Sintió los brazos de su madre tensos sobre sus hombros.

Su padre se detuvo un momento en la puerta, con una expresión de contenido afecto en los ojos, y, luego, salió en silencio.

Aunque la lluvia cesó a mediodía, las horas arrastráronse tétricamente para Francisco. Fingía no advertir el disgustado ceño de su madre, pero le atormentaba el comprender la situación de su familia. En aquel tranquilo burgo se les conocía como lo que eran, y vivían sin ser molestados, e incluso se les estimaba, con ciertas prevenciones. Pero en Ettal, la villa de mercado situada a cuatro millas, donde radicaba la oficina central de las pesquerías, en las que mensualmente había de dar Alex cuenta de las pescas, imperaba una actitud diferente. Cien años atrás, los páramos de Ettal se habían cubierto de sangre de los presbiterianos escoceses, y ahora el péndulo había retrocedido inexorablemente. Bajo dirección del nuevo preboste se había provocado, hacía poco, una furiosa persecución religiosa. Se formaron conventículos, hubo reuniones de masas en la plaza, y los sentimientos populares se excitaron hasta el frenesí. Cuando empezó a ceder la violencia de la multitud, los

pocos católicos de la población fueron expulsados de sus casas, mientras todos los demás del distrito recibían solemne advertencia de que no se mostraran en las calles de Ettal. La calma con que el padre de Francisco desacataba aquella orden le había hecho objeto de especial execración. El mes pasado había surgido una refriega en la que el recio patrón de pesca había dado buena cuenta de sí. Ahora, a pesar de renovadas amenazas y de un cuidadoso plan para oponérsele, él continuaba yendo... Francisco se estremeció con estos pensamientos, y sus pequeños puños se crisparon, convulsos. ¿Por qué no dejaría la gente en paz a los demás? Su padre y su madre eran de distintas creencias y, sin embargo, vivían juntos y en perfecta armonía, respetándose mutuamente. Su padre era un buen hombre, el mejor del mundo... ¿Por qué se empeñaban los demás en causarle daño?

A las cuatro, de vuelta de la estación, saltando sombríamente los charcos, estimulado por su alegre prima Nora, mientras caminaba ante su madre y tía Polly, la cual venía muy compuesta y reposada, Francisco sintió cernirse en el día una calamidad inminente. La viveza de Nora, la limpieza de su nuevo traje oscuro y trencillado, su manifiesto deleite de ver al niño, resultaban una vana diversión.

Estoico, acercóse a su casa, bajo y pequeño edificio de piedra parda, frente a la Cannelgate, tras un diminuto jardín donde su padre, en verano, cultivaba ásteres y begonias. El brillante llamador de bronce y el immaculado umbral demostraban el apasionado amor de su madre por la limpieza. Tras los visillos impecables de las ventanas, tres tiestos de geranios pintaban una mancha escarlata.

Nora estaba muy encarnada y jadeante, chispeándole de júbilo los azules ojos, en un verdadero acceso de atrevida alegría de diablilla. Cuando, rodeando la esquina de la casa, pasaron al huerto posterior, donde su madre había dispuesto que jugaran con Anselmo Mealey hasta la hora del té, la niña se inclinó hacia el oído de Francisco de tal modo que el cabello le inundó la riente carita; y le dijo unas palabras en voz baja. Los charcos desde por poco se metieran al saltarlos y la jugosa humedad de la tierra estimulaban el ingenuo de Nora.

Francisco, al principio, no la escuchó, lo cual era raro, porque, habitualmente, la presencia de Nora despertaba en él una vivaz animación, aunque algo tímida. Luego, reticente, dudoso, miró a la muchacha.

¡Sí, querrá! —le insistió ella—. Siempre le gusta jugar a ser santos. ¡Anda, Francisco, anda!

Una leve sonrisa se formó lentamente en los labios hoscos del niño. Medio regañadientes, cogió una pala, una regadera y un periódico atrasado, en el pequeño cobertizo donde se guardaban las herramientas, al extremo del huerto. Guiado por Nora, cavó un hoyo de dos pies de fondo entre las matas de laurel, lo llenó de agua y, luego, lo cubrió con el periódico. Nora, artísticamente, esparció sobre el papel tierra seca. Apenas habían guardado la pala, llegó Anselmo Mealey, vistiendo un lindo traje

de marinero. Nora lanzó a Francisco una mirada de terrible contento.

—¡Hola, Anselmo! —le acogió con agrado—. ¡Qué bonito es tu traje nuevo! Te estábamos esperando. ¿A qué quieres jugar?

Anselmo meditó con simpática condescendencia. Era, a los once años, un niño crecido, bien formado, de mejillas sonrosadas y blancas. Tenía el cabello rizado y rubio, y los ojos muy vivos. Hijo único de una pareja rica y devota —el padre era propietario de la fábrica de harina de huesos del otro lado del río—, había sido destinado ya, por elección propia y de su piadosa madre, a ingresar en Holywell, famoso colegio católico del norte de Escocia, donde estudiaría para sacerdote. Él y Francisco ayudaban a misa en la iglesia de Santa Colomba. Con frecuencia se le hallaba arrodillado en el templo, llenos de lágrimas sus grandes ojos. Las monjas que iban a su casa de visita solían acariciarle la cabeza. Se le juzgaba, y con buenas razones, un niño de devoción ejemplar.

—Vamos a hacer una procesión en honor de Santa Julia.

—Hoy es su día —dijo. Nora palmoteó.

¡Eso! Y haremos que el santuario esté entre los laureles. ¿Nos vestimos con alguna cosa?

—No —repuso Anselmo, moviendo la cabeza—. Más que jugar, vamos a rezar. Pero yo me figuraré que llevo un solideo y una casulla bordada. Tú, Nora, eres una hermana cartuja, y tú, Francisco, un acólito.

Francisco experimentó una sensación de náusea. Todavía no estaba en edad de analizar sus amistades, pero sí sabía que, aunque Anselmo asegurase con fervor ser su mejor amigo, su estrepitosa piedad producía en él una extraña impresión de vergüenza. Respecto a Dios, Francisco mantenía una exasperada reserva, un sentimiento que protegía ante los demás sin saber por qué, cual si defendiese una fibra sensible. Cuando Anselmo declaró una vez fervientemente, en la clase de doctrina cristiana: «Amo y adoro a nuestro Salvador desde el fondo de mi corazón». Francisco, tocando con los dedos las bolitas de colores que guardaba en el bolsillo, enrojeció profundamente, salió hosco de la escuela y rompió el cristal de una ventana.

A la mañana siguiente, Anselmo, que ya era un avezado visitante de enfermos, llegó a la escuela con un pollo asado y proclamó con majestad que lo dedicaba, como dádiva caritativa, a la abuela Saxton, una vieja pescadora roída por la hipocresía y su cirrosis, y cuyos escándalos, las noches de los sábados, convertían la Cannelgate en un manicomio. Francisco, exasperado, fue durante la clase al guardarropa, cogió la deliciosa ave, la consumió con sus compañeros y la substituyó con la cabeza de un abadejo podrido. Las lágrimas de Anselmo y las maldiciones de Meg Paxton despertaron después en él una cierta satisfacción, íntima y oscura.

Ahora, empero, vaciló y, como para ofrecer al otro chiquillo la posibilidad de librarse del remojón, dijo con voz lenta:

—¿Quién irá primero?

—Yo, por supuesto —afirmó Anselmo. Y, ocupando el primer puesto en la fila, ordenó a Nora—: Canta el *Tantum ergo*.

La procesión avanzó en hilera de a uno, al compás del agudo silbato de Nora. Cuando llegaron al matorral de laureles, Anselmo elevó al cielo sus manos enlazadas. Un momento después pisó la trampa y hundió sus piernas en el lodo.

Durante diez segundos nadie se movió. Al empezar Anselmo a vociferar, Nora empezó a agitarse. Mientras Mealey profería, con voz ahogada: «¡Esto es un pecado, un pecado!». La niña rompió a reír, clamando a grandes gritos:

—¡Anda, Anselmo, pelea! ¿Por qué no le pegas a Francisco?

—¡No lo haré! —aulló Anselmo—. ¡Presentaré la otra mejilla!

Y echó a correr hacia su casa. Nora, delirante, se asió a Francisco, riendo hasta el extremo de correr por sus mejillas irreprimibles lágrimas. Pero Francisco no reía. En sombrío silencio, miraba al suelo. ¿Por qué se había entregado a tales insulseces mientras su padre se encaminaba a las hostiles calles de Ettal? Aún seguía silencioso cuando fueron a tomar el té.

En la salita delantera, bien arreglada, se hallaba ya servida la mesa para practicar el supremo rito de la escocesa hospitalidad. Ante la mejor vajilla china y todos los cubiertos de metal plateado que había en la casa, se sentaba la madre de Francisco junto a la tía Polly. Su rostro franco, un tanto desasosegado, estaba enrojecido por el fuego, y su cuerpo rollizo se volvía de vez en cuando al reloj, con cierta rigidez.

Tras un día incierto, en el que habían alternado dudas y tranquilidades; tras decirse repetidamente que sus temores eran estúpidos, sus oídos atendían ahora con intensidad, esperando los pasos de su marido. Sentía un loco anhelo de que llegase. La mujer era hija de Daniel Glennie, modesto y poco afortunado panadero de oficio y predicador al aire libre por elección propia. Daniel acaudillaba una singular fraternidad cristiana en Darrow, población incomparablemente sombría donde se construyen buques y que se halla a unas veinte millas de Tynecastle. A los dieciocho años, la muchacha, durante una semana de descanso en sus tareas en el mostrador paterno, se enamoró ciegamente de Alejandro Chisholm, joven pescador de Tweedside, y, a poco, se casó con él.

En teoría, la completa incompatibilidad de tal unión la condenaba al fracaso. Pero la realidad la acreditó de acierto insólito. Chisholm no era un fanático, sino un sujeto plácido y condescendiente, nada afanoso de influir en las creencias de su mujer. Y ella, por su parte, habiendo recibido desde muy temprana edad la extraña doctrina de tolerancia universal que le infundiera su pintoresco progenitor, tampoco era obstinada.

Incluso, pasados los primeros arrebatos pasionales, la joven conoció una radiante

felicidad. Según decía, era excelente tener un marido en la casa, limpio, voluntarioso, siempre capaz de arreglar el huso de su mujer cuando se le estropeaba y que en todo instante estaba dispuesto a atrapar un ave rebelde o a sacar la miel de las colmenas. Sus ásteres de jardín eran los mejores de Tweedside, otras de sus flores ganaban siempre premios en la exposición, y el palomar que hacía poco concluyera para Francisco era una maravilla de paciente artesanía. Ciertas veladas de invierno, mientras la mujer hacía punto junto al fogón, bien arropado Francisco en el lecho, aullador el viento en torno a la casita, siseante la tetera en su sustentáculo, ella, volviéndose a su huesudo Alex —cuyos grandes pies abrigados con medias de lana parecían llenar la cocina—, le decía con una tierna y singular sonrisa: «Te quiero, esposo mío».

Miró nerviosamente el reloj. Era harto tarde, muy tarde, para la hora en que él solía regresar. Fuera se acumulaban nubes en la oscuridad, y grandes gotas de lluvia batían los cristales de la ventana. Casi inmediatamente, Nora y Francisco entraron. Isabel notó que sus propios ojos eludían los inquietos de su hijo.

—¿Qué, niños? —dijo tía Polly, llamándolos junto a sí y pareciendo hablar al espacio, sobre la cabeza de los pequeños—. ¿Os habéis divertido jugando? ¿Sí? ¿Te has lavado las manos, Nora? Esperaréis con afán el concierto, ¿eh, Francisco? A mí también me gustan unas cancioncitas... ¡Dios mío, hija, estate quieta ya! No olvides cómo se debe comportar uno fuera de casa, señorita... Ea, tomemos el té.

Nadie se opuso a la proposición. Isabel se levantó, sintiendo una inquietud tanto mayor cuanto que se esforzaba en ocultarla.

—Sí, podemos hacerla sin aguardar a Alex —dijo, con una sonrisa justificativa—. Llegará de un momento a otro.

El té resultó delicioso; las pastas y bollos eran de confección casera, las mermeladas habían sido preparadas por las propias manos de Isabel. Pero, sobre la mesa, se cernía una atmósfera tensa. La tía Polly no hizo ninguno de los secos comentarios que solían producir en Francisco una secreta alegría, sino que se sentaba muy erguida, recogidos los codos, engarfiado un dedo en el asa de su taza. Era una solterona de menos de cuarenta años, con la faz alargada, marchita y agradable. Majestuosa, compuesta, abstraída en sus modales y con algo singular en su atavío, parecía un modelo de consciente gentileza. En el regazo tenía su pañuelo de encaje, el té caliente prestaba a su nariz una humana rubicundez y, sobre todo aquello, campeaba el meditativo pájaro que adornaba su sombrero.

—Pensándolo bien, Isabel... —Hizo una discreta pausa y prosiguió—: Pensándolo bien, los niños podían haber convidado al hijo de Mealey. Ned conoce a su padre. Es una vocación maravillosa la de ese Anselmo. Sin mover la cabeza, sus ojos, amables y comprensivos, posáronse en Francisco.

—Tendremos que mandarte también a Holywell, muchacho. ¿Te gustaría, Isabel,

ver a tu hijo predicando en un púlpito? —No. Es mi único hijo.

—El Todopoderoso gusta de que le sirvan los que son hijos únicos —dijo tía Polly con voz profunda.

Isabel no sonrió. Había decidido que su hijo sería un grande hombre. Por ejemplo, abogado famoso o acaso médico. Le era insoportable imaginado sufriendo la oscuridad y las durezas de la vida clerical. Desgarrada por su agitación creciente, exclamó:

—Me extraña que Alex no haya venido todavía. Esto es... es una desconsideración. Si no se da prisa, llegaremos tarde al concierto.

—Puede que no haya terminado sus cuentas —reflexionó tía Polly. Isabel, perdido todo dominio de sí misma, se ruborizó—. Ya debe de estar en la barraca. Siempre va a ella cuando vuelve de Ettal. No me maravillaría —añadió, procurando desesperadamente disimular sus temores— que nos hubiese olvidado. Es el hombre más atolondrado que he visto. Le esperaremos cinco minutos más. ¿Otra taza de té, tía Polly?

El té concluyó y no había modo de prolongado. Reinaba un desazonador silencio. ¿Qué le habría pasado a Alex? ¿Es que no iba a volver nunca? Presa de ansiedad, Isabel no acertó a contenerse más. Con una última mirada, preñada de franca aprensión, al reloj de la chimenea, dijo:

—Excúsame, tía Polly. Voy a ir a ver qué le pasa. No tardaré. Mucho había sufrido Francisco durante aquellos momentos de suspensión. Parecíale ver, con terror, una calleja estrecha y tenebrosa, rostros surgiendo en la oscuridad, su padre agredido, una lucha, el pescador cayendo, abrumado, bajo el número, dando con la cabeza un estremecedor golpe contra los guijarros. Se dio cuenta de que estaba tembloroso.

—Déjame ir contigo, madre —manifestó.

Ella sonrió débilmente.

—No seas tonto, niño. Quédate para atender a nuestros visitantes.

No sin sorpresa de Isabel, tía Polly movió la cabeza. Hasta entonces, la solterona no había reparado en la atmósfera de creciente inquietud que allí se cernía. Ni ahora tampoco. Pero dijo, con intensa expresión de gravedad:

—Lleva al niño contigo, Isabel. Nora y yo nos arreglaremos muy bien solas.

Siguió una pausa. Francisco miraba a su madre, suplicante.

—Bien... Puedes venir.

La madre lo envolvió en su grueso gabán y, luego, cubriéndose ella misma con su capa corta a cuadros, cogió al niño de la mano y salió del cuarto alumbrado y caliente.

Era una noche de agua, oscura como boca de lobo. La lluvia cubría los guijos del empedrado y caía a chorros por los tragaderos de las desiertas calles. Subieron

Mercat Wynd, vieron la plaza distante y la borrosa iluminación del Ayuntamiento. Cuando todo aquello quedó atrás, la húmeda negrura infundió en Francisco nuevos temores. Procuró combatirlos apretando los labios y siguiendo el ritmo del paso de su madre con estremecida resolución.

Diez minutos después cruzaban el río por el puente de la frontera y se abrían camino, siguiendo el húmedo malecón, hacia la barraca número 3. Allí la madre se detuvo, abatida. La barraca estaba cerrada y desierta. La mujer volvióse, indecisa; mas, luego, advirtió un débil rayo de vaporosa luz en la húmeda sombra, una milla río arriba, en la barraca número 5, donde residía el subpatrón, Sam Mirlees. Aunque Sam era un sujeto torpe y alcoholizado, no dejaría de darles noticias. La mujer avanzó firmemente hacia allí, chapoteando en las mojadas praderas, tropezando en invisibles pedruscos, zanjas y vallas. Francisco, a su lado, adivinaba que la aprensión de su madre aumentaba a cada paso.

Cuando al fin alcanzaron la otra barraca, hecha de embreados maderos y reciamente plantada en la margen del río, tras la alta plataforma de piedra, con su maraña de colgantes redes, Francisco no pudo soportar más. Adelantándose a la carrera, con el corazón palpitante, abrió la puerta. Y entonces, como una consumación de los temores de todo el día, lanzó un grito de sofocada angustia, muy abiertos los ojos por la impresión. Con Sam Mirlees estaba su padre, tendido sobre un banco, pálida y ensangrentada la cara, toscamente ligado su brazo en un cabestrillo, con una gran señal roja en la frente. Los dos hombres tenían puestos sus jerséis y sus botas altas, a su lado había un jarro mohoso y vasos, y una sucia y enrojecida esponja junto a un balde de agua turbia. La oscilante lámpara marinera proyectaba sobre los ojos una amarilla claridad, y más allá reptaban sombras añiles, acogándose a los rincones penumbrosos y a la proximidad del techo, sobre el que tabaleaba el agua.

Su madre se inclinó hacia delante y dejóse caer de rodillas junto al banco.

—¡Alex, Alex! ¿Estás herido?

Los ojos del hombre se hallaban enturbiados, pero sus desollados y exangües labios se esforzaron en sonreír.

—No más que otros que quisieron pegarme, mujer.

Las lágrimas acudieron a los ojos de ella. Lágrimas provocadas por la terquedad de él, por el amor que le tenía y por la rabia contra quienes le habían puesto en tal estado.

Mirlees intervino, con un gesto de beodo:

—Cuando vino estaba medio muerto. Pero yo le hice recobrarse con unos traguitos.

Isabel le dirigió una fulminante mirada. Estaba ebrio, como de costumbre en las noches del sábado. Se sintió desmayar con la angustia que le causaba el ver que aquel grandísimo necio había colmado de bebida a Alex, encima de la terrible herida que ya

éste padecía. Comprendió que su marido había perdido mucha sangre, y ella carecía de medios para curarle. Tenía que llevárselo de allí enseguida, enseguida... Murmuró, con voz tensa:

—¿Podrás venir hasta casa conmigo, Alex?

—Creo que sí, mujer... si andamos despacio.

Isabel reflexionó febrilmente, luchando con su pánico, con su confusión. Su instinto le ordenaba llevar a su esposo hacia el calor, la luz y la seguridad. Advirtió que la peor herida de Alex, una brecha en el hueco de la sien, había dejado de sangrar. Se dirigió a su hijo.

—Vete corriendo, Francisco, y di a Polly que lo prepare todo para recibimos. Y, luego, avisa en seguida al médico. Francisco, temblando como un enfermo palúdico, hizo un ciego y convulsivo gesto de comprensión. Tras una última mirada a su padre, bajó la cabeza y corrió frenéticamente a lo largo de la ribera.

—Dame la mano, Alex, y procura levantarte.

Rechazó acremente las ofertas de ayuda de Sam, sabiendo que no valdrían más que para complicar las cosas, y ayudó a su marido a incorporarse. El, poniéndose obedientemente en pie, vacilaba. Terriblemente conmocionado, apenas reparaba en lo que hacía.

—Bien, Sam, me voy —murmuró, ofuscado—. Buenas noches.

Isabel, mordiéndose los labios, atormentada por la incertidumbre, persistió en conducir fuera a su marido, bajo las penetrantes cortinas de lluvia. Se cerró la puerta tras ellos. Él, tambaleante, desconcertado por el agua, permanecía inmóvil. Isabel se atemorizó ante la perspectiva de aquel largo y desviado camino de retorno, sobre el cieno de los campos, llevando a remolque un hombre incapaz de valerse. Mientras titubeaba, un pensamiento la iluminó. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Si tomaba el atajo del Puente del Tejar, ahorraría lo menos una milla y su esposo estaría en el lecho, y bien atendido, dentro de media hora. Animada por una renovada resolución, lo cogió del brazo. Sosteniendo a su marido bajo el aguacero, lo empujó río arriba, hacia el puente.

Al principio, él no pareció comprender el propósito de su esposa; pero, de pronto, cuando el ruido del agua torrencial llegó a sus oídos, se detuvo.

—¿Por qué camino vamos, Isabel? Es imposible cruzar el Puente del Tejar con el Tweed en tal estado.

—Calla, Alex; no pierdas las fuerzas hablando. Y, calmándolo, lo empujó hacia delante.

Llegaron al puente, estrecho, colgante y construido de tablas, con una barandilla de alambre trenzado. El puente, que cruzaba el río por su parte más angosta, era sólido; pero rara vez se usaba desde que se cerró el tejar, mucho tiempo antes. Cuando Isabel puso el pie en los tablones, la negrura y la ensordecedora proximidad

del agua le causaron una vaga duda: acaso un presentimiento cruzó su mente. No podían pasar los dos a la vez, y, volviéndose, miró la figura de su esposo, encorvada y empapada, y se sintió invadida por un acceso de ternura extrañamente maternal.

—¿Te has cogido a la baranda?

—Sí. Isabel vio claramente el ancho puño aferrado a la barandilla de alambre. Obsesa, enloquecida, casi sin aliento, le faltaron energías para seguir reflexionando.

—Sígueme sin separarte —le dijo, volviéndose y avanzando.

Empezaron a cruzar el puente. En su mitad, el pie de Alex resbaló en una tabla que había cubierto de fango la lluvia. En otra ocasión habría importado poco aquello, pero ahora tenía más trascendencia, porque la crecida del Tweed hacía que las aguas alcanzasen los maderos del puente. En un instante, la corriente llenó de agua las altas botas de Alex, quien luchó contra aquel peso, contra aquella fuerza que le arrastraba. Pero en Ettal habían agotado su vigor. Resbaló su otro pie y ambas botas se le llenaron de agua, colmándose de una carga que dijérase de plomo. Al oírle gritar, Isabel, volviéndose, lo sujetó. Cuando el río hizo soltar a Alex la baranda, los brazos de la mujer le rodearon. Isabel luchó con intensidad, con desesperación, en busca de un instante más de vida para él. Luego, las aguas los arrastraron a los dos. Aquella noche los esperó Francisco. Pero no volvieron.

A la mañana siguiente, durante la bajamar, fueron hallados juntos, en las aguas tranquilas próximas a la arenosa barra.

II

Cuatro años después, una tarde de un jueves de septiembre, Francisco Chisholm terminaba su caminata nocturna desde el astillero de Darrow hacia la doble puerta de la tahona de Glennie. Había tomado una gran decisión. Recorrió el enharinado pasillo que separaba el horno de la tienda. Su diminuta figura aparecía extrañamente achicada dentro de su burdo traje excesivamente grande para él, y su rostro tenía una singular expresión —como una mueca— bajo una gorra del tamaño de la de un hombre, con la visera hacia atrás. Pasó la puerta trasera y colocó en el fregadero la fiamblera vacía. Sus ojos, externamente apagados, ardían por dentro con la llama de sus propósitos.

En la cocina, Malcolm Glennie ocupaba la mesa, ahora —como siempre— cargada de cacharros. Era un joven de diecisiete años, pálido y tosco. Leía, apoyándose en el codo, el *Locke's Conveyancing*, y con la mano se alisaba el untuoso cabello negro, arrojando hacia su nuca torrentes de caspa. Con la otra mano atacaba las mollejas de ternera que su madre le había preparado para cuando volviese del Colegio Armstrong.

Francisco cogió su cena, puesta en el fogón, que consistía en un pastelillo de dos peniques y unas patatas que estaban allí, pasadas ya, desde el mediodía. Se hizo lugar en la mesa y, a través del roto papel opaco que protegía la puerta del despacho, carente de la mitad de sus cristales, vio a la señora Glennie sirviendo a un parroquiano. Entre tanto, el hijo de la casa dirigía a Francisco una mirada de reojo y desaprobación.

—¿No puedes hacer menos ruido mientras estudio? ¡Y qué manos, Dios mío! ¡Bien podías lavártelas antes de comer!

Con un silencio terco —su mejor defensa—, Francisco cogió un tenedor y un cuchillo entre sus callosos dedos, estropeados por el trabajo del taller de remache. La puerta se abrió y la señora Glennie entró, solícita. —¿Has terminado ya, querido Malcolm? He preparado, con huevos frescos y leche, unas natillas riquísimas que nada te perjudicarán, a pesar de tu empacho.

El joven gruñó:

—Todo el día he estado mal del estómago. Fíjate. Y, aspirando una gran bocanada de aire, la devolvió en forma de eructo, con virtuoso talante de persona injustamente ofendida.

—Eso es el estudio, hijo —y la mujer se dirigió al anaquel—. Anda, prueba esto, para complacerme...

Malcolm dejó apartar su plato vacío y sustituido por otro, muy grande, de natillas. Mientras lo despachaba, ella le miraba con ternura, holgándose con cada cucharada

que le veía tomar. La figura de la mujer, ataviada con un corpiño roto y sucio y una falda medio abierta, se inclinaba hacia él; y en su adusto rostro, de nariz larga y delgada y labios recogidos, había ahora una expresión de embotada ternura materna.

—Me alegro de que hayas vuelto pronto esta noche, hijo —murmuró—. Tu padre tiene hoy mitin. Malcolm se echó hacia atrás, con sobresaltado disgusto. —¿Es posible? ¿En la Casa de las Misiones? Ella sacudió su estrecha cabeza.

—No. Al aire libre. En el parque. —¿Y vamos nosotros?

La mujer repuso, con rara y amargada vanidad:

—Es la única posición que tu padre nos ha dado, Malcolm. Mientras no abandone sus predicaciones, más vale que le sigamos.

El muchacho protestó con calor:

—A ti eso podrá gustarte, madre. Pero para mí es condenadamente horrible estar allí oyendo a padre declamar sobre la Biblia, en tanto que los chiquillos aúllan: «¡Daniel el Santo!». Mientras fui pequeño, no era tan grave... ¡pero ahora que estoy a punto de examinarme de procurador!...

Se interrumpió torvamente viendo abrirse la puerta exterior y entrar a su padre, Daniel Glennie, en el cuarto.

Daniel el Santo se acercó, sin ruido, a la mesa; cortó, distraído, una rebanada de queso; se sirvió una copa de leche y empezó a tomar, en pie, su sencilla colación. Ya se había quitado su mandil de trabajo, sus calzones y sus rotas zapatillas, pero seguía pareciendo abatido e insignificante. Vestía pantalones negros, lustrosos por el uso; una chaqueta comprada hecha, que le estaba demasiado ajustada y corta; un cuello de celuloide y una corbata negra anudada como una cuerda. También los puños eran de celuloide, para evitar la plancha, y estaban resquebrajados. Sus botas necesitaban urgente reparación. Se encorvaba ligeramente. Su habitual mirar azorado y, a menudo, extáticamente remoto, aparecía ahora pensativo y amable tras sus gafas de aros de acero. Mientras masticaba, examinó con sosiego a Francisco.

—Pareces cansado, nieto. ¿Has comido ya?

Francisco asintió. Desde que entrara el panadero, la cocina habíase vuelto más acogedora. Los ojos que le miraban eran como los de su madre.

—Acabo de sacar del horno un puñado de pastelillos de cereza. Si quieres, coge uno: están en la pala del horno.

La señora Glennie gruñó oyendo tan insensata prodigalidad. El tirar sus mercancías de aquella manera había hecho fracasar a su esposo en el oficio. Ya había quebrado dos veces. La mujer inclinó la cabeza, acrecida su resignada expresión.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó—. Dime si vamos ahora, para cerrar la tienda.

Daniel consultó su enorme reloj de plata, con tapa de hueso.

—Cierra ya, mujer. Las obras de Dios son lo primero.

Y, además —añadió tristemente—, no tendremos más parroquianos esta noche.

Mientras ella bajaba los cierres ante los pastelillos, maculados por las moscas, él, en pie, indiferente a todo, meditaba en su sermón de aquella noche. Luego, se movió.

—Vamos, Malcolm. Y tú, nieto, no dejes de acostarte temprano.

Malcolm, rezongando, cerró su libro y cogió el sombrero. Con aire sombrío siguió a su padre. La señora Glennie, estirándose los estrechos guantes de cabritilla negra, asumió la expresión de mártir con que iba siempre a aquellas reuniones.

—No olvides los platos —dijo, dirigiendo a Francisco una significativa y desagradable sonrisa—. Lamento que no vengas con nosotros.

Cuando todos salieron, Francisco rechazó los deseos que sentía de descansar con la cabeza sobre la mesa. Su reciente y heroica resolución le inflamaba, y el pensar en Willie Tulloch galvanizaba sus cansados miembros. Apilando en el fregadero los grasientos platos, comenzó a limpiarlos. Entre tanto, tenso el ceño, con expresión de enojo, meditaba en su situación.

La maldición de las caridades forzadas había descendido sobre él desde el instante en que, antes del entierro de sus padres, dijera Daniel, extático, a Polly Bannon:

—Me llevaré a casa al hijo de Isabel. Somos sus únicos parientes consanguíneos. Debe venir con nosotros.

Pero esta precipitada benevolencia no hubiese bastado para desarraigar de su casa al niño. Ello exigió la posterior y odiosa escena en que la esposa de Daniel, pensando en la pequeña propiedad, el seguro del padre de Francisco y lo que podía dar la venta de los muebles, rechazó la oferta de Polly de hacerse cargo del pequeño. La señora Glennie apeló, incluso, a intimatorias amenazas de recurrir a la ley.

Aquella querrela final había cortado toda relación del niño con los Bannon. El caso sucedió dolorosa y repentinamente, como si él tuviese alguna culpa. Polly, herida y ofendida, y con el talante de haberse portado lo mejor posible, había, sin duda, borrado a Francisco de su memoria.

Al llegar a la panadería, que le presentaba los atractivos de una novedad, el huérfano fue enviado, con una flamante mochilita de colegial a la espalda, a la academia de Darrow. Le acompañaba Malcolm; y la señora Glennie, que había arreglado y peinado al niño, veía, desde la puerta de la tienda, alejarse a los escolares, exteriorizando un vago aire de propiedad.

Mas el impulso filantrópico se desvaneció en breve. Daniel Glennie era un santo, un alma noble y gentil, de quien se burlaban todos y que entregaba, a la par que sus empanadas, pasajes místicos compuestos por él mismo. Las noches de los sábados hacía que el caballo de su carretón recorriese las calles de la localidad llevando sobre el lomo el siguiente cartel impreso:

«Ama a tu prójimo como a ti mismo».

Vivía en un sueño celestial del que emergía periódicamente, marchito por las preocupaciones y húmedo de sudor, para enfrentarse con sus acreedores. Trabajaba sin cesar, con la cabeza en el seno de Abraham y los pies en una artesa de masa; por lo tanto, ¿cómo no había de olvidar la presencia de su nieto? Cuando lo recordaba, le cogía de la mano y, llevándole al corral, le daba un saco de migajas para que alimentase a los gorriones.

La señora Glennie era mezquina y pobre, y miraba, con piedad de sí misma, la progresiva decadencia de su esposo, asistiendo a los robos del mozo del carro y de la chica de la tienda. Los hornos de la casa iban cerrándose uno tras otro, gradualmente, hasta acabar produciendo tan sólo una parva cantidad de empanadillas de dos peniques y pastelillos de cuarto de penique. Y, en medio de todo esto, no tardó la mujer en descubrir que Francisco era para ella una insufrible pesadilla. Desvanecida rápidamente la atracción de la suma de sesenta libras que obtuviera al prohijar a Francisco, parecía éste ahora una compra muy desventajosa. Ya acuciada por la necesidad de hacer desesperadas economías, atender al coste de las comidas, ropas y escuela del niño se le antojaba un perpetuo calvario. Contaba resignadamente cada bocado que Francisco comía. Cuando se le rompieron los pantalones le hizo otros de un antiguo traje verde, reliquia de la juventud de su marido, los cuales resultaron de tan extraordinaria forma y color, que despertaron la hilaridad en las calles y cubrían de congoja la vida del niño. Los honorarios de Malcolm en la academia se pagaban con puntualidad estricta, pero, en cambio, solía olvidarse el abono de los de Francisco, hasta que éste, tembloroso, pálido de humillación, públicamente acusado de moroso en la clase, se veía forzado a recordar el pago a la mujer. Ella abría la boca, se llevaba la mano a su marchito pecho, fingiendo un ataque al corazón, y contaba los chelines como si fuese su propia sangre lo que diera.

Francisco soportaba con estoica fortaleza la sensación de sentirse solo, siempre solo; pero no sin notarse abrumado por ello. Casi enloquecido de disgusto, emprendía solitarios paseos recorriendo la seca comarca en el vano empeño de buscar alguna corriente donde se pudiera entretener pescando truchas. Miraba con anhelo las naves que partían y mordía la gorra para reprimir su desesperación. Fluctuando entre contrapuestos credos, no sabía a qué atenerse, y su cerebro, despierto y ágil, se embotaba, y su rostro tornábase sombrío. Su sola dicha consistía, las noches en que Malcolm y la señora Glennie estaban fuera de la casa, en sentarse ante Daniel, en la cocina, mirando al diminuto tahonero volver las páginas de la Biblia en perfecto silencio, con aspecto de alegría inefable.

La plácida pero inflexible resolución de Daniel de no impedir al niño su religión

—¿cómo iba a hacerlo él, que predicaba la tolerancia universal?— era una espina más, siempre punzante en el ánimo de la señora Glennie.

La crisis se produjo pasados dieciocho meses. Entonces, Francisco, con desgraciada muestra de inteligencia, venció a Malcolm en una competición de trabajos escolares. Aquello era insoportable. Tras varias semanas de forcejeos, el panadero —que se hallaba al borde de otra quiebra— cedió. Convínose que la educación de Francisco estaba completa ya, y la señora Glennie, sonriendo majestuosamente por primera vez desde hacía meses, aseguró al muchacho que era ya un hombrecito y que estaba en condiciones de contribuir a los gastos de la casa quitándose la chaqueta y experimentando que el trabajo ennoblece. El rapaz entró, pues, a trabajar en el astillero de Darrow, como aprendiz de remachador. Tenía doce años y ganaba a la semana tres chelines y seis peniques.

A las siete y cuarto concluyó de fregar los platos. Más animado, arreglóse ante un trozo de espejo del tamaño de una pulgada, y salió. Había claridad aún, pero el aire tenía ya el frío de la noche. Tosió y alzóse las solapas. Se apresuró por la Calle Mayor, pasó el cercano establo y las Cavas de Darrow y, al fin, llegó a la clínica del médico, en la esquina, donde se veían dos grandes redomas rojas y verdes y una cuadrada placa de bronce que decía:

«*DR. SUTHERLAND TULLOCH, MÉDICO Y CIRUJANO*».

Francisco entró. Sus labios se entreabrían ligeramente. El local, penumbroso, olía a áloe, asafétida y regaliz. Anaqueles con frascos de color verde oscuro llenaban todo un entrepaño. En el extremo opuesto a la puerta, tres peldaños de madera daban acceso al pequeño consultorio donde el doctor Tulloch recibía a sus pacientes. Tras el largo mostrador, preparando medicamentos sobre un trozo de mármol salpicado de lacre rojo, se hallaba el hijo mayor del médico. Era un muchacho recio, pecoso, de dieciséis años, con las manos grandes, la cara color de tierra y una parsimoniosa y taciturna sonrisa.

A la sazón sonrió mientras saludaba a Francisco. Luego, los dos muchachos apartaron la vista, evitando cada uno la del otro, procurando ambos no leer el afecto que reflejaban los ojos del amigo.

—Vengo algo tarde, Willie —dijo Francisco, manteniendo la mirada obstinadamente fija en la parte inferior del mostrador.

—También yo estoy retrasado... y tengo que terminar estas medicinas para mi padre.

Willie había comenzado sus estudios médicos en el Colegio Armstrong, y el

doctor Tulloch, solemne y humorístico, le había nombrado ayudante suyo.

Siguió una pausa. Después, el muchacho mayor dirigió a su amigo una mirada de inteligencia.

—¿Estás decidido?

Francisco seguía mirando hacia abajo. Asintió, reflexivo, con los labios apretados:

—Sí.

—Haces bien, Francisco —afirmó Willie, exteriorizando aprobación en sus facciones vulgares y feas—. Yo no habría resistido tanto.

—Ni yo tampoco —murmuró Francisco—, si no fuera... si no fuera por mi abuelo y por ti.

Su faz flaca y juvenil, reservada y sombría, enrojeció profundamente al pronunciar con ímpetu las últimas palabras.

Ruborizándose a su vez, Willie respondió:

—Ya he mirado el tren que te conviene. Hay uno que sale de Alstead todos los sábados a las seis y treinta y cinco...Pero, calla. Ahí viene papá.

Se interrumpió, con una mirada de advertencia, viendo abrirse la puerta de la clínica y aparecer al doctor Tulloch, que acompañaba a su último paciente. El médico volvióse, luego, a los muchachos. Era una figura brusca, enérgica, morena, con un traje de mezclilla. Su enmarañado cabello y sus lustrosas patillas parecían refulgir con intensa vitalidad. Tenía la tremenda reputación de ser el librepensador reconocido de la ciudad y franco partidario de Roberto Ingersoll y del profesor Darwin; pero poseía un encanto que desarmaba a todos, y su traza indicaba que nunca dejaría de ser útil en la alcoba de un enfermo. Disgustado viendo las hundidas mejillas de Francisco, hizo una broma cruel para reprimir su pena.

—Ea, muchacho. Ya hemos matado a otro. No, no ha muerto aún. Pero pronto morirá. ¡Tan buena persona como es y con tanta familia! La sonrisa del joven era harto forzada para que gustase al doctor. Éste guiñó sus ojos claros y retadores, recordando su propia y triste niñez.

—Vamos, ámate, mozo. Dentro de cien años, todos calvos.

Y antes de que Francisco pudiera replicar, el doctor emitió una risa breve, plantóse el sombrero, rígido y cuadrado, en la nuca y empezó a ponerse los guantes. Mientras salía hacia su calesín, gritó:

—No dejes de invitarle a cenar, Willie. Ya sabes: a las nueve, el ácido prúsico caliente.

Una hora después, acabadas las medicinas, los dos muchachos caminaban, con muda camaradería, hacia la casa de Willie, una villa grande y maltrecha que daba al parque. Hablando en voz baja de la atrevida aventura de dos días después, Francisco

sentía su ánimo levantado. Nunca en compañía de Willie Tulloch le parecía la vida tan hostil como en otras ocasiones. Y, sin embargo —¡sarcasmo de las cosas!—, aquella amistad había comenzado por una pelea. Un día, al salir de la escuela, andando por Castle Street con una docena de condiscípulos, la mirada de Willie se detuvo en la iglesia católica, fea e inofensiva, situada junto a la fábrica de gas.

—¡Venid! —clamó con brutal ingenio—. Tengo seis peniques. Vamos a que nos perdonen nuestros pecados.

Miró a su alrededor, fijóse en Francisco y una oleada de sana vergüenza hízole enrojecer. No había querido ofender a nadie con su estúpida broma, y nada hubiera sucedido si Malcolm Glennie, interviniendo, no hubiera suscitado la ocasión de una pendencia.

Incitados por los demás, Willie y Francisco riñeron una cruenta e indecisa batalla en el parque. Fue una buena pelea, abundosa en resistente valor y sin quejas; mas cuando cerró la oscuridad sin que ninguno de los dos hubiese vencido, ambos estaban perfectamente aporrados. Pero los espectadores, con la crueldad propia de la infancia, negáronse a dar por terminada la contienda. A la tarde siguiente, los dos muchachos fueron excitados a pelear otra vez, amenazándoles con tachados de cobardes si no volvían a golpearse. De nuevo, ensangrentados, maltrechos, pero testarudos, uno Y otro siguieron sin darse por vencidos. Así, durante una horrible semana, trabáronse como gallos de riña, para diversión de sus viles camaradas. Luego, el sábado, inesperadamente, los dos se encontraron a solas. Siguió un congojoso momento. Después abrióse la tierra, fundióse el cielo y, en un instante, los muchachos se encontraron abrazados. Willie barbotaba:

—Yo no quería pelear contigo, hombre. Yo te aprecio. Y Francisco, frotándose los ojos enrojecidos, respondía, lloroso:

—Willie, yo te estimo a ti más que a todos los de Darrow.

Se hallaban hacia la mitad del parque público, un espacio abierto cubierto de raquílica hierba, con un tablado para orquestas en el centro, un mohoso mingitorio de hierro en el extremo y unos pocos bancos, sin respaldo en su mayoría, donde jugaban pálidos niños y ociosos hombres fumaban y discutían ruidosamente. De pronto, Francisco vio, notando que se le ponía carne de gallina, que iban a pasar ante el mitin religioso de su abuelo. En el extremo opuesto al del urinario había sido plantada una banderita roja, donde se leían, en desvaída purpurina, las siguientes palabras:

«Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Un armonio portátil estaba junto a la bandera, y la señora Glennie, con su habitual talante de víctima, se sentaba en una silla de tijera. Malcolm, empuñando con aire hosco un libro de himnos, se hallaba a su lado. Entre la bandera y el armonio, sobre

un bajo estrado de madera, aparecía, rodeado de unas treinta personas, Daniel el Santo.

Cuando los muchachos llegaron al borde del grupo, Daniel había concluido la plegaria inicial y, echada hacia atrás la descubierta cabeza, comentaba su sermón. Era un discurso bello y dulce, en el que Daniel expresaba su ferviente convicción y desnudaba su alma. Su doctrina se basaba en la fraternidad, en el amor mutuo y en el amor de Dios. Los hombres debían ayudar a su prójimo y traer paz y buena voluntad a la: tierra. ¡Ah, si él pudiese conducir a la humanidad a ese ideal! Daniel no tenía querrela alguna con las iglesias, pero las fustigaba blandamente, diciendo que importaban los fundamentos, esto es, la humanidad y la caridad. ¡Y la tolerancia! No era digno preconizar tales sentimientos si no se practicaban.

Francisco había oído tantas veces predicar a su abuelo y escuchaba con simpatía aquellas opiniones que convertían a Daniel el Santo en hazmerreír de media ciudad. Ahora, penetrado de la buena intención del orador, el Corazón del muchacho sintió se lleno de comprensión y afecto, y anheló un mundo libre de crueldades y de odios. Mas, de pronto, mientras escuchaba, vio que Joe Moir, su jefe en el grupo de remachadores del astillero, rondaba la reunión. Acompañábanle los sujetos de la banda que solía frecuentar los contornos de las Cavas de Darrow, y todos iban armados de ladrillos, frutas podridas y trapos grasientos recogidos de los desechos de los talleres de máquinas. Moir era un gigantón simpático pero turbulento, y cuando estaba bebido gustaba de hostigar a las gentes del Ejército de Salvación y a las que celebraban conclave al aire libre. Alzando un puño de goteantes basuras, gritó:

—¡Eh, Dan! Obséquianos con un baile. ¡Y con cantos! Los ojos de Francisco se dilataron en su pálida faz.

Aquellos hombres iban a dispersar la reunión. Tuvo una visión de la señora Glennie desenmarañándose del cabello un tomate pasado, y de Malcolm con el avieso rostro embadurnado por un trapo grasiento. El rostro del muchacho relampagueó con una alegría feroz, casi extática.

Luego, se fijó en la faz de Daniel. Inconsciente del peligro, iluminado con extraña intensidad, sus palabras, de una sinceridad indoblegable, brotaban, palpitantes, de las profundidades de su alma.

Francisco se lanzó hacia delante. Sin saber cómo ni por qué, hallóse al lado de Moir, cogiéndole por el codo y diciéndole con voz afanosa:

—¡No lo haga, Joel! ¡No lo haga! ¿No somos amigos? Moir le miró, y su ceño burlón dejó lugar a un reconocimiento amistoso.

—¡Demonio! ¡Por amor de Cristo, Francisco! —Y añadió con voz lenta—: Olvidaba que Dan es tu abuelo.

Tras una desesperada pausa, dijo a sus secuaces:

—Ea, muchachos, vamos a la Plaza; dejemos que éstos canten sus aleluyas.

Mientras el grupo se alejaba, empezó a sonar el armonio. Salvo Willie Tulloch, nadie supo por qué no había descargado la tormenta.

Un minuto después, al entrar en su casa, Willie, sorprendido e impresionado, decía:

—¿Por qué hiciste eso, Francisco?

—No sé —respondió éste, vacilante—. Pero hay algo de verdad en lo que predica mi abuelo. Estoy harto de ver odios en estos últimos cuatro años. Mis padres no habrían muerto ahogados si no hubiera existido gente que los odiaba...

Se interrumpió, avergonzado, sin voz.

En silencio, Willie lo condujo a la sala, que, por contraste con la oscuridad externa, relampagueaba de luz y de pródigas comodidades, aunque desaliñadas. Era una cámara larga y alta, con paredes empapeladas de color castaño. Había allí desvencijados muebles de peluche rojo, sillas sin asiento, jarrones rotos y encolados, una campanilla sin tirador, un montón de redomas, cajas de píldoras en la chimenea, y juguetes, niños y libros en la alfombra raída y manchada de tinta. Aunque estaban a punto de dar las nueve, ninguno de la familia se había acostado. Los siete hermanitos y hermanitas de Willie —Juan, Tom, Ricardo y, en resumen, una lista tan compleja que su mismo padre afirmaba olvidada— se ocupaban diversamente en leer, escribir, dibujar, reñir o tomar su caliente sopa de leche. La madre, Inés Tulloch, mujer voluptuosa y soñadora, con el cabello medio despeinado y desabotonada la pechera, había cogido al niño menor, que descansaba en la cuna, junto al fuego, y, quitándole la humeante mantilla, lo amamantaba con su seno opulento, iluminado por la llama.

Sonrió, imperturbable, a Francisco:

—Hola, muchachos. Juana, saca más cucharas y platos.

Ricardo, deja tranquila a Sofía. Dame un pañal limpio para Sutherland, querida Juana. Y procura que no se enfríe el ponche de tu padre. Hace muy buen tiempo, ¿verdad? No obstante, mi marido dice que hay muchos catarros. Siéntate, Francisco. Y tú, Tomás, acuérdate de que tu padre te manda no acercarte a los demás niños.

El doctor Tulloch siempre llevaba alguna dolencia a la casa. Un mes era el sarampión; otro, las viruelas; A la sazón, la víctima había sido Tomás, un mocito de seis años que, con la cabeza trasquilada y oliendo a medicamentos, circulaba, satisfecho, entre la tribu, diseminando bacterias.

Sentándose en el rechinante y populoso sofá, junto a Juana, que a los catorce años era el vivo retrato de su madre, con la misma piel color de crema y la misma sonrisa plácida, Francisco despachó su sopa de leche. Aún se sentía trastornado por su arranque de hacía poco, y parecíale sentir un enorme obstáculo dentro del pecho, y su mente era un laberinto de confusiones. Un problema más para su dolorido cerebro; ¿por qué aquellas personas eran tan buenas, tan felices, y estaban tan contentas? Impelidas por un impío racionalista a negar o, más bien, a ignorar la existencia de

Dios, sufrirían, sin duda, una sanción terrible.

A las nueve y cuarto rechinaron en la grava del sendero las ruedas de un calesín. Entró el doctor Tulloch y le acogió un gran clamor y la acometida de una asaltante muchedumbre. Cuando se acalló el tumulto, el doctor, tras de besar cordialmente a su mujer, se hallaba ya en su silla, con un vaso de ponche en la mano, zapatillas en los pies y el pequeño Sutherland riendo sobre sus rodillas.

Reparando en Francisco, el médico alzó su humeante vaso y habló con amistosa sátira:

—¿No te dije que teníamos veneno para la cena? ¿Te hace efecto ya, Francisco? Es muy fuerte...

Viendo de buen humor a su padre, Willie sintió la tentación de contar la historia del mitin religioso de la tarde. El doctor dióse una palmada en el muslo y sonrió a Francisco.

—Te felicito, mi querido Voltaire católico-romano. Negaré hasta la muerte lo que dices y defenderé con la vida tu derecho a decirlo. Juana, no mires al pobre muchacho con ojos de carnero a medio morir. ¡Yo que creí que querías hacerte enfermera! Ya veo que vas a hacerme abuelo antes de que cumpla los cuarenta años.

Más tarde, en la puerta de la casa, Willie apretó la mano de Francisco.

—Buena suerte. Escríbeme desde allí...

A las cinco de la mañana siguiente, en plena oscuridad aún, sonó la sirena del astillero, con ruido prolongado y doliente, sobre la dormida aridez de Darrow. Embotado por el sueño, Francisco saltó del lecho, púsose la ropa y bajó a tropezones la escalera. La frígida mañana, pálida y, a la par, sombría, le acogió bruscamente, como con un golpe. El muchacho se unió a la marcha de las figuras tiritantes y silenciosas que, con la cabeza inclinada y encorvados los hombros, se dirigían a las puertas del astillero.

Pasaron la báscula de carros, la ventanilla del listero, las puertas... Espectrales formas de buques se perfilaban vagamente en las gradas. Junto al esqueleto a medio formar de un casco de hierro se congregaba la brigada de Joe Moir. Se componía de Joe, del ayudante planchista, de los remachadores, de los otros dos aprendices y del propio Francisco.

Encendió el fuego de carbón y empezó a soplar el fuelle bajo la forja. Silenciosa, desganada, como en sueños, la brigada de obreros comenzó a trabajar. Moir alzó su herramienta. Los martillos sonaban, con ritmo creciente y cada vez más vivo, en todo el astillero.

Francisco cogía las pellas de metal al rojo destinadas a los remaches, subía la escalera y las introducía en los agujeros donde, luego, eran aplastadas y fortalecidas a martillazos, circuyendo las grandes láminas de metal que formaban el casco del

buque. El trabajo era penoso: junto al brasero, calor; en la escalera, gelidez. Los hombres laboraban a destajo y necesitaban que los remaches les fueran llevados de prisa, más de prisa que cuanto podían los muchachos. Además, el metal había de ser calentado al grado de incandescencia debida. Cuando los remaches no se hallaban en estado de maleabilidad, los obreros los tiraban abajo, a los aprendices. Subiendo y bajando la escalera, humoso, medio abrasado, inflamados los ojos, sudoroso, jadeante, Francisco servía metal a los remachadores durante todo el largo día.

Por la tarde arreciaba el trabajo. Los obreros laboraban como ajenos a todo, tensos los nervios, indiferentes al cansancio de sus cuerpos. La última hora transcurría en un vértigo ofuscador, atentos los tímpanos a la sirena que debía dar por conclusa la jornada.

La sirena al fin —¡muy al fin!— sonó aquel día. ¡Qué bendito consuelo! Francisco se paró, humedeciéndose los labios, resquebrajados, ensordecido al cesar todo el fragor. De vuelta a casa, sudoroso y sucio, pensaba, en medio de su fatiga: «Mañana... mañana». Volvía a sus ojos el singular resplandor que los animaba a veces, y alzaba los hombros.

Aquella noche tomó la cajita de madera que escondía en un horno fuera de servicio y convirtió su puñado de monedas de plata y cobre, ahorradas con torturadora lentitud, en medio soberano. La dorada moneda, que apretaba con la mano hundida en el bolsillo del pantalón, le enfebrecía. Con extraño y exaltado rubor pidió a la señora Glennie hilo y aguja. Ella se lo negó, pero, luego, dirigióle de pronto una mirada veladamente escrutadora.

—Espera. Hay un carrete en el cajón de arriba, junto a un cartón de agujas. Puedes cogerlo. Y le contempló mientras se retiraba.

A solas en su cuarto escueto y destartalado, sobre la tahona, Francisco envolvió la moneda en un papel y la cosió firmemente dentro del forro de su chaqueta. Sintió una impresión de seguridad y contento cuando, bajando, devolvió a la señora Glennie el hilo. Al día siguiente, sábado, el astillero cerraba a las doce. El pensamiento de que nunca volvería a cruzar aquellas puertas emocionaba tanto al muchacho, que apenas probó la comida. Sabía que su nervosidad y su sonrojo podían justificar alguna pregunta de la señora Glennie. Pero, con gran alivio suyo, la mujer no hizo el menor comentario. En cuanto se levantó de la mesa, Francisco salió de la casa, bajó East Street y, luego, emprendió la carrera.

Ya fuera de la población, transformó su marcha en un paso largo. El corazón le cantaba en el pecho. Era un caso patéticamente vulgar: la habitual huida de todos los chiquillos infortunados. Pero, para Francisco, era aquél el camino de la libertad. Ya en Manchester, tenía la certeza absoluta de hallar trabajo en una hilatura. Recorrió en cuatro horas las quince millas que había hasta el empalme. Daban las seis cuando entró en la estación de Alstead.

Sentándose bajo una lámpara de petróleo del largo y desierto andén, sacó su cortaplumas, cortó el cosido que hiciera en el forro de la chaqueta, extrajo el papel doblado, y, de él, la moneda. Aparecieron en la plataforma un mozo y algunos otros viajeros; y, luego, la taquilla se abrió.

Acercándose a ella, el muchacho pidió un billete y aprontó la moneda.

—Nueve chelines y seis peniques —dijo el empleado, introduciendo en el aparato la tira de verde cartón.

Francisco suspiró, tranquilizado. No había calculado mal el coste. Empujó la moneda hacia el hombre.

Primero hubo una pausa. Luego, el funcionario exclamó:

—¿Qué broma es ésta? He dicho nueve con seis y yo le doy medio soberano.

—¡Ah! ¿Sí? Repite la broma, muchacho, y verás lo que te cuesta.

Y el empleado, con enojo, rechazó la moneda. No era medio soberano, sino un cuarto de penique, nuevo y brillante.

Con acongojado asombro, Francisco vio llegar el tren, tomar la carga y silbar en la noche. Después, su mente estupefacta dio en la clave del enigma. El cosido que antes cortara no era el tosco que él había practicado, sino otro, de puntadas firmes. En un abrumador relámpago, comprendió que quien le había quitado su dinero era la señora Glennie.

A las nueve y media, en los contornos del pueblo minero de Sanderston, a un hombre que iba en un calesín faltóle poco, con la húmeda niebla que empañaba sus faroles, para atropellar a la solitaria figura que estaba en medio del camino. Sólo podía ser una persona la que, en noche tal, conducía su coche por la carretera. El doctor Tulloch, refrenando su caballo, miró a través de la bruma y profirió su exclamación favorita, que cortó en seco:

—¡Por el gran Hipócrates! ¡Si es Francisco! Sube pronto, antes de que la jaca me arranque los brazos a fuerza de tirones. Y Tulloch envolvió las piernas de su pasajero en una manta y no hizo pregunta alguna. Conocía la saludable virtud de un silencio oportuno.

A las diez y media estaba Francisco tomando caldo caliente ante la chimenea de la sala del doctor, ahora vacía de sus habituales ocupantes y tan anómalamente tranquila que el gato podía dormir sin estorbo en la estera. Un momento después entró la señora Tulloch, peinado el cabello en trenzas, abierta su bata de casa sobre su camisón. Permaneció al lado de su marido, mirando al rendido muchacho, que parecía inconsciente de la presencia del matrimonio y de su cuchicheada plática. Francisco estaba sumido en una singular apatía. El doctor se le acercó, estetoscopio en mano, con talante jovial.

—Me apuesto las botas a que esa tos que tienes es fingida...

El muchacho quiso sonreír, pero no pudo. Sometióse al examen, abriendo la

camisa y dejando al médico percutirle el pecho y escuchar por el aparato.

Cuando Tulloch se enderezó, su rostro tenía una singular expresión tristona. Su habitual fondo humorístico se había agotado sorprendentemente. Lanzó una rápida mirada a su mujer, mordióse el carnosos labio y, de repente, dio al gato un puntapié.

—¡Váyase todo al infierno! —exclamó—. En Inglaterra usamos nuestros niños para construir barcos de combate, los hacemos sudar en nuestras minas de carbón y en nuestras hilaturas... ¡y, luego, alardeamos de ser un país cristiano! —Volvióse a Francisco, brusca y hasta rudamente.

—Escucha, muchacho: ¿quiénes son esos parientes que tienes en Tynecastle? Los Bannon, ¿no? Los de la Taberna de la Unión, ¿verdad? Bien: vete a casa ahora y acuéstate si no quieres atrapar una pulmonía.

Francisco, abatida su resistencia, salió. Durante toda la semana siguiente pudo verse en la señora Glennie un ceño de mártir, y en Malcolm, un nuevo chaleco ajustado que había valido medio soberano en el almacén.

Mala semana fue aquélla para Francisco. Le dolía el costado, sobre todo cuando tosía, e iba arrastrándose, literalmente, a trabajar. De un modo vago, se daba cuenta de que su abuelo libraba una batalla en su favor. Pero Daniel fue derrotado, batido... El pobre no podía hacer otra cosa que ofrecer al muchacho pasteles de cereza, que no comía.

La tarde del sábado no tuvo fuerzas Francisco para salir. Permaneció en su dormitorio, mirando con letárgica desesperación a través de la ventana.

Sobresaltó se de pronto y su corazón dio un inmenso e increíble salto. Abajo, en la calle, acercándose lentamente como un barco cuando cruza aguas desconocidas y peligrosas, se veía un sombrero memorable, único, inconfundible. Sí; Y un paraguas con puño de oro, muy apretado, y una chaquetilla de piel de foca, con botones de trencilla. El muchacho, pálidos los labios, débil la voz, exclamó:

—¡La tía Polly!

Se abrió la puerta de la tienda. Vacilando sobre sus pies, Francisco bajó la escalera y se apostó, tembloroso, tras la puerta del despacho, carente de la mitad de sus cristales.

Polly, muy erguida, se hallaba en medio del establecimiento, contemplándolo todo con los labios plegados y una expresión como si el examinado la divirtiera. La señora Glennie se había incorporado a medias, para mirarla. Acodado en el mostrador, semiabierto la boca, dirigiendo alternativamente la vista a las dos mujeres, estaba Malcolm.

Los ojos de la tía Polly se posaron en la esposa del panadero.

—Si no me engaño, es usted la señora Glennie.

La panadera ofrecía una pésima apariencia. No se había cambiado de ropa,

llevaba el sucio delantal de las mañanas, tenía la blusa abierta por el cuello, y una cinta suelta le colgaba del talle.

—¿Qué quiere usted?

—Vengo a ver a Francisco Chisholm —dijo tía Polly, enarcando las cejas—. Ha salido.

—¿Sí? Entonces esperaré hasta que venga.

Y Polly se acomodó en la silla, junto al mostrador, como dispuesta a no moverse de allí en todo el día.

Prodújose una pausa. La cara de la señora Glennie se había tornado de un color rojo sucio. Dijo a Malcolm:

—Vete a los hornos y llama a tu padre.

Malcolm respondió concisamente:

—Se ha ido a la Casa de las Misiones hace unos cinco minutos y no volverá hasta la hora del té.

Polly, apartando del techo la mirada, fijóla, con expresión crítica, en Malcolm. Viéndole ruborizarse, diseñó una leve sonrisa y, luego, divertida, al parecer, separó de él los ojos.

Por primera vez mostró la señora Glennie signos de desazón.

—En esta casa somos gente ocupada y no podemos pasarnos inactivos todo el día. Ya le he dicho que el muchacho ha salido. Es posible que no vuelva hasta las tantas, dadas las compañías que frecuencia. No crea que no me molesta bastante con sus trasnochadas y sus malas costumbres. ¿Verdad, Malcolm?

El muchacho, hosco, asintió.

—¿Ve? —prosiguió la señora Glennie—. Si se lo contase todo, se asustaría usted. Pero es igual. Somos gente cristiana y nos ocupamos de él. Puedo darle mi palabra de que está perfectamente bien y contento.

—Me satisface oírlo —dijo Polly, ocultando cortésmente un ligero bostezo con el guante—, porque vengo a llevármelo.

—¡Cómo!

Desconcertada, la señora Glennie empezó a manosear el descote de su blusa. A cada instante cambiaba de color.

Latía Polly, casi masticando, en su inmensa satisfacción, la formidable frase que había preparado, continuó:

—Tengo un certificado médico acreditando que el muchacho está desnutrido, agotado por el trabajo y a pique de sufrir una pleuresía.

—No es verdad.

Polly sacó una carta del manguito y golpeóla significativamente con el puño del paraguas.

—¿Sabe usted leer el inglés puro?

—Es una mentira, una malvada mentira. El chico está tan gordo y tan bien alimentado como mi propio hijo.

Surgió una interrupción. Francisco, apoyado contra la puerta, siguiendo la escena con suspensión torturante, gravitaba demasiado sobre el maltrecho sustentador del batiente. De pronto, la puerta se abrió y el muchacho, sin querer, se halló en medio de la tienda. Hubo un silencio.

La sobrenatural calma de la tía Polly se intensificó.

—Ven, muchacho, y no tiembles. ¿Quieres quedarte aquí?

—No.

Polly con justificado talante, miró al techo.

—Entonces vete a empaquetar tus cosas.

—Nada tengo que empaquetar.

Polly se incorporó con lentitud, calzándose los guantes.

—Entonces, nada nos retiene aquí.

La señora Glennie, pálida de furia, dio un paso adelante.

—No me atropellará usted. Apelaré a la ley.

—Hágalo, hija —dijo Polly, volviendo a guardar la carta en su manguito, con un ademán significativo—. Puede que así averigüemos cuánto se ha gastado del importe de la venta de los muebles de Isabel en provecho de este niño y cuánto en provecho de ustedes. Siguió un hermético silencio. La mujer del panadero, pálida, maligna, vencida, permanecía con una mano puesta en el pecho.

—Déjale irse, madre —aconsejó Malcolm—. Nos quitaremos de encima una buena carga.

La tía Polly, empuñando su sombrilla, miró al muchacho de pies a cabeza.

—Eres un necio, joven. —Y acercándose a la señora Glennie y mirando por encima de su cabeza, añadió—: Y usted, mujer, una necia.

Cogió triunfalmente a Francisco por el hombro y, tal como estaba, incluso con la cabeza descubierta, le sacó de la tienda.

Así avanzaron hacia la estación. El guante de tía Polly oprimía con firmeza el tejido de la chaqueta del muchacho, como si fuese algún ser raro y perverso que pudiera, en cualquier momento, fugarse. Junto a la estación le compró una bolsita de galletas de Abernethy, unas pastillas para la tos y un flamante sombrero. Sentada ante él en el tren, serena, singular, erecta, le miraba mojar las secas galletas. Con lágrimas de reconocimiento, casi abrumado por su sombrero nuevo, que se le calaba hasta las orejas. Con una expresión doctoral de sus ojos entornados, tía Polly comentó:

—Siempre dije que esa mujer no era una señora. Se le ve en la cara. Cometiste un tremendo error dejándola llevarte con ella, querido Francisco. Lo primero que hemos de hacer es cortarte el pelo.

III

En aquellas mañanas de escarcha era maravilloso permanecer en cama hasta que tía Polly trajese el desayuno, consistente en jamón, huevos, aún ruidosos de la fritura, hirviente té negro y una pila de calientes tostadas, todo depositado en una bandeja de metal con la inscripción:

«*Cerveza vieja de Allgood*».

A veces, el muchacho despertaba temprano, con una torturante inquietud, y, luego, re cardaba, feliz, que no tenía que atender a la sirena. Emitiendo un sollozo de consuelo, se arropaba más estrechamente con las gruesas mantas amarillas. El lindo dormitorio tenía paredes empapeladas con dibujos de guisantes trepadores; manchado suelo; una alfombrilla de punto de lana; una litografía del Papa Gregario en un entrepaño; en el opuesto, otra representando al ganador del Premio Allgood para caballos de carros cervecedores; y una pequeña pila de agua bendita, hecha de porcelana y con una ramita de la palma pascual introducida lateralmente en ella, junto a la puerta. El costado no le dolía ya al muchacho, apenas tosía, y sus mejillas iban rellenándose. La novedad del descanso era como una singular caricia que acogía con agradecimiento, aunque le turbase la incertidumbre del porvenir.

En una hermosa mañana del último día de octubre, tía Polly, sentada en el borde del lecho, excitaba a Francisco a comer.

—¡Adentro, muchacho! Así echarás carnes.

En el plato había tres huevos, y él jamón era recio y fibroso. Francisco había olvidado que la comida pudiera saber tan bien.

Mientras procuraba equilibrar la bandeja sobre sus rodillas, el muchacho notaba una insólita alegría en las maneras de la mujer. A poco, ella le hizo una confirmatoria y profunda iluminación de cabeza:

—Tengo noticias para ti, joven. ¿Estás en condiciones de oírlas?

—¿Noticias, tía Polly?

—Una novedad que te agrada después de este mes tan monótono que has pasado con Ned y conmigo. Sonrió secamente, advirtiendo la inmediata protesta que surgía de los cálidos ojos oscuros del rapaz.

—¿No lo adivinas?

La miró con el intenso cariño que su constante afabilidad había despertado en él. El rostro anguloso y vulgar (con el cutis poco fino, el vello que cubría su labio superior y el peludo lunar en la mejilla) era ahora familiar y bello.

—No sé, tía Polly.

Ella prorrumpió en su rara risa breve, muestra de satisfacción ante la curiosidad que había logrado provocar en el muchacho.

—Pero ¿cómo tienes la cabeza, hijo? Yo creo que el mucho dormir te ha estropeado el seso...

Él sonrió, contento. Hasta entonces, la rutina de su convalecencia había sido tranquila, en verdad. Incitado por Polly, siempre temerosa de la tuberculosis que, según ella, había en la familia, Francisco solía estar acostado hasta las diez. Después de vestirse, acompañaba a la compra a su tía, majestuosa marcha a través de las principales calles de Tynecastle. Ned comía mucho y sólo de lo mejor, lo cual obligada a grandes exhibiciones de volatería y a mucho examen de chuletas. Aquellas excursiones eran reveladoras. Hacíase obvio que a tía Polly le gustaba ser conocida en los mejores establecimientos y gozar en ellos de deferencias. Esperaba, sola y con aire afectado, a que quedara libre para servirla su dependiente predilecto. Era, ante todo, una mujer preocupada de «su señorilidad». Aquella palabra era su piedra de toque, el criterio que gobernaba sus actos y que incluso influía en sus vestidos, hechos por la modista local con tan espantoso gusto que, a veces, provocaban en el vulgo risas reprimidas. En la calle desplegaba una graduada serie de reverencias. Ser reconocida y saludada por ciertos personajes locales, como el inspector de sanidad, el sobrestante o el jefe de Policía, le daba una alegría que, aun disimulada, era grande. Muy erguida, ladeado el sombrero, le cuchicheaba a Francisco:

«Ése es el señor Austin, director de los tranvías, amigo de tu tío y muy buena persona».

Su mayor satisfacción se producía cuando el Padre Gerardo Fitzgerald, apuesto y majestuoso cura de la iglesia de Santo Domingo, la saludaba, al pasar, con una sonrisa graciosa y un tanto condescendiente. Cuando se detenían cada mañana un momento en la iglesia, Francisco advertía el atento perfil de la arrodillada Polly y veía sus labios moviéndose en silencio encima de las manos, rígidamente enlazadas. Luego, ella le compraba al muchacho alguna cosa, un par de zapatos fuertes, un libro, una bolsita de anises... Cuando él protestaba, a menudo con lágrimas en los ojos, viendo abrir a su tía el baqueteado monedero, ella se limitaba a oprimir su brazo y mover la cabeza, diciendo: «Tu tío se molestará si no quieres esto». Estaba conmovedoramente orgullosa de su parentesco con Ned y de los vínculos que la relacionaban con la Taberna de la Unión.

La taberna se hallaba cerca de los muelles, en la esquina de las calles del Canal y del Dique, dominando una excelente perspectiva de las casas vecinas, de las barcazas de carbón y de la parada final de los nuevos tranvías de caballos. El edificio, recubierto de oscuro estuco, tenía dos pisos, y en el superior, sobre la taberna, vivía la familia. Todas las mañanas, a las siete y media, la asistenta, Maggie Magoon, abría el local y empezaba a limpiarlo, hablando sola mientras trabajaba. A las ocho en punto

bajaba Ned Bannon, en mangas de camisa, pero bien afeitado y dado de cosmético el mechón que le adornaba la frente. Esparcía serrín en la sala, cogiéndolo de una caja que tenía tras el mostrador. Era innecesario, mas lo hacía como una especie de ritual. Luego, miraba qué tal mañana hacía, recogía las botellas de la leche y pasaba al corral para dar de comer a sus perros, de los que tenía trece a fin de probar que no era supersticioso.

A poco, entraba el primer parroquiano fijo, Scanty Maggon, siempre en vanguardia. Cojeando sobre sus muletas forradas de cuero, se dirigía a su rincón. Seguíanle unos pocos obreros del puerto, y uno o dos tranviarios que regresaban del turno de noche. Aquellos trabajadores sólo se entretenían lo necesario para tomar media copa de aguardiente, seguida de un vaso, un doble o una pinta de cerveza. Pero Scanty era un cliente continuo, una especie de fiel perro guardián que miraba, propiciatorio, a Ned mientras éste permanecía, benigno e inconsciente, tras el mostrador de madera oscura, donde se leía este aviso esculpido:

«Los señores clientes deben traer otros».

Ned, un cincuentón, tenía la figura grande y maciza; la faz, rolliza y amarillenta; los ojos, saltones, y la actitud, cuando permanecía quieto, muy solemne, de perfecto acuerdo con sus ropas oscuras. No era jovial ni desabrido, aunque sea común atribuir una u otra de esas cualidades a los taberneros. Poseía una especie de dignidad biliosa y grave. Estaba orgulloso de su establecimiento y de su reputación. Sus padres habían dejado a Irlanda, impelidos por una célebre carestía de patatas, y él, siendo niño, conoció el hambre y la pobreza. Al fin logró triunfar, luchando contra probabilidades inconcebiblemente desfavorables. Era dueño de un establecimiento privilegiado, mantenerla buenas relaciones con las autoridades del gremio y los proveedores, y gozaba de muchas influencias. Decía que el comercio de bebidas era respetable y que él lo demostraba. Miraba con enojo a los jóvenes que bebían y se negaba rotundamente a servir a mujeres menores de cuarenta años. Tampoco había en su taberna ningún departamento privado. Odiaba el tumulto y, al menor desorden que sobreviniera, empezaba a golpear el mostrador con un zapato viejo que tenía a mano con tal fin, persistiendo en su golpeteo hasta que el escándalo cesaba. Bebía enormemente, pero nunca se le notaba beodo. Quizá dejase de sonreír y tuviera la mirada estrábica en ciertas raras y «señaladas» ocasiones, como la noche de San Patricio, la Fiesta de Todos los Santos, o tras una carrera de perros, cuando los suyos aumentaban con otra medalla la teoría de las que amaban la pesada cadena de reloj que le pendía sobre el vientre. De todos modos, al siguiente día de tales expansiones, enviaba a Scanty Magoon en busca del Padre Clancy, coadjutor de Santo Domingo. Una vez hecha su confesión, se levantaba trabajosamente, limpiándose el polvo que

sus rodillas cogieran en el entarimado de la trastienda, y ponía un soberano, con destino a los pobres, en la mano, del joven sacerdote. Sentía un saludable respeto por el clero, y por el Padre Fitzgerald, el párroco, un verdadero temor.

A Ned se le juzgaba «acomodado». Comía bien, era pródigo en dar y, desconfiado de acciones y valores en papel, tenía invertido su dinero en «ladrillos y argamasa». Polly poseía bienes propios, heredados de Miguel, el hermano muerto, y Ned no se preocupaba por ella.

Aunque lento en aficionarse a una persona, Ned, según su propia y cauta expresión, apreciaba a Francisco. Le agradaba en el muchacho lo poco que estorbaba y hablaba, su tranquilidad, su tácita gratitud. Cuando miraba su adolescente faz sin que el muchacho lo notase, al advertir su melancólica expresión, arrugaba el entrecejo y se rascaba la cabeza.

Por las tardes se sentaba Francisco con él en la taberna medio vacía. Soñoliento por la buena comida, mientras el sol penetraba oblicuo, como en una iglesia, en el ambiente mohoso, el muchacho, con Scanty, escuchaba la charla amable de Ned. Scanty Magoon, marido y estorbo de la digna y boba Maggie, recibía aquel nombre porque era, físicamente, muy poca cosa. En realidad, no pasaba de ser un torso. Había perdido las piernas por una gangrena surgida a causa de algún oscuro desorden circulatorio. Capitalizando su dolencia, se apresuró a «venderse a los médicos», firmando un documento por el cual cedía su cuerpo, para efectos de disección, cuando muriese. Después de beberse el precio de la venta, un aura siniestra cerniöse sobre el infeliz, locuaz y marrullero sujeto. Era objeto del temor popular, y cuando bebía se declaraba, con indignación, defraudado.

—No me dieron nada que valiese la pena. ¡Los malditos rajacarnes! ¡Ah, pero no se harán conmigo! ¡No lo quiera Dios! Me enrolaré como marinero y me ahogaré en el mar.

A veces permitía Ned a Francisco servir una cerveza a Scanty; en parte, por caridad, y en parte, para dar al muchacho la satisfacción de manejar «el aparato». Cuando, al retroceder el mango de marfil, se llenaba el jarro, Scanty exclamaba, afanoso:

«Huélelo, muchacho». La espuma despedía tan buen aroma que Francisco deseaba probarla. Ned le concedía permiso para hacerlo y sonreía con parsimonioso deleite viendo las muecas de su sobrino. «Es un gusto que ha de adquirirse» afirmaba con gravedad. Tenía cierto número de parecidas frases estereotipadas, como: «Mujer y cerveza, no mezclarlas»; o «El mejor amigo del hombre es un billete de libra». Por la frecuencia y solemnidad con que decía aquellas sentencias, acabaron convirtiéndose en epigramas.

El más intenso y tierno cariño de Ned se reservaba para Nora, hija de Miguel Bannon. Consagrábase por entero a su sobrina, la cual a los tres años perdió a un

hermano, víctima de la tisis; y su padre murió dos años después de la misma traidora enfermedad, tan fatal para la raza céltica. Ned educó a la niña, enviándola, a los trece años, al colegio de Santa Isabel, el mejor internado femenino de Northumberland. Sentía un auténtico placer pagando los elevados honorarios del colegio, y vigilaba los progresos de la mocita con ojos indulgentes y afectuosos. Cuando ella venía de vacaciones, Ned sentíase un hombre nuevo. Aparecía más vivaz, nunca se le veía en mangas de camisa y era mucho más estricto en la taberna, para no ofender a su sobrina.

Tía Polly, medio reprochadora, miraba a Francisco por encima de la bandeja del desayuno.

—Ya veo que tendré que explicártelo todo. En primer lugar, tu tío ha decidido dar esta noche una reunión para celebrar la Fiesta de Todos los Santos y, bajó un momento los ojos, por otra razón. Habrá un ganso, una empanada de cuatro libras, pasas, el juego usual de la hierba becerra, y, por supuesto, las manzanas de costumbre. Tu tío las encarga, especiales, en el huerto de Lang, en Gosforth. Acaso te mande a buscarlas esta tarde. Es un paseo muy grato.

—De seguro, tía Polly..., pero no sé bien dónde está eso.

—Ya habrá quien te enseñe el camino —dijo Polly, sacando a luz, con mucha compostura, la principal de sus sorpresas—. Alguien que viene del colegio para pasar unos cuantos días con nosotros.

—¡Nora! —exclamó él.

—La misma —asintió Polly, cogiendo la bandeja e incorporándose—. Tus tíos están encantados de que concedan ese permiso a la muchacha. Ea, date prisa a vestirse, como un buen chico. Todos vamos a la estación a las once, para recibir a la pequeña.

Cuando la tía salió, Francisco se quedó un momento mirando al espacio, con extraña perplejidad. El inesperado anuncio de la llegada de Nora le cogía de improviso, estremeciéndole de un modo raro. Siempre había simpatizado con la chiquilla, pero ahora afrontaba la perspectiva de volver a verla sintiendo una impresión nueva y extraña, entre timidez y afán. Con sorpresa y confusión suyas, notó que se había ruborizado hasta las raíces del cabello. Saltó del lecho apresuradamente y comenzó a vestirse.

A las dos de la tarde iniciaron Nora y Francisco su excursión tomando el tranvía que, ciudad adelante, los condujo al arrabal de Clermont. Luego anduvieron a campo traviesa hasta Gosforth, sujetando cada cual con una mano el enorme cesto de mimbres que oscilaba entre ellos.

Cuatro años hacía que Francisco no había visto a Nora. Durante toda la comida permaneció con la lengua estúpidamente trabada, hasta el punto de que el mismo Ned

le superó en crasa jovialidad, Y el muchacho seguía aún penosamente tímido ante Nora. La recordaba como una niña, mas ahora tenía casi quince años y, bajo su falda y su corpiño de color azul marino, recatadamente largos, parecía una mujer hecha y derecha, a la par que más lejana e incomprensible que nunca. Tenía las manos y los pies pequeños, y una cara menuda, despierta y retadora, ora arrogante, ora súbitamente tímida. Aunque alta y desgarbada, como muchacha a medio crecer, su osamenta era delicada y fina. Sus curiosos ojos ponían un oscuro toque azul sobre su piel clara. El frío los hacía chispear y sonrosaba su naricilla.

A veces, sobre el cesto, los dedos de Francisco rozaban los de Nora, produciéndole una extraña sensación, dulce y cálidamente desconcertadora. Aquellas manos de mocita eran la cosa más dulce al contacto que él conociera jamás. No lograba hablar, no osaba mirar a la joven, pero, de cuando en cuando, notaba que ella, contemplándole, sonreía. Si bien el dorado esplendor del otoño había pasado ya, aún resplandecían los bosques con vestigios de brillante rojo. El color de los árboles, de los campos, del cielo, nunca le había parecido a Francisco más vívido. Era como una canción en sus oídos.

De pronto, ella rompió a reír y, echando la cabeza hacia atrás, comenzó a correr. Obligado a seguirla, por el cesto que llevaban juntos, él galopó como el viento, hasta que Nora se detuvo, jadeante, chispeándole los ojos como el rocío en una mañana de sol.

—No te extrañes, Francisco. A veces tengo ocurrencias raras. No puedo evitarlo. Debe de ser por verme fuera de la escuela.

—¿No te gusta estar allí?

—Sí y no. Por una parte, es un sitio divertido, y por otra, muy severo. ¿No parece increíble? —indicó riendo, con un impulso de desconcertante inocencia—. ¡Figúrate que nos hacen poner un camisón para bañarnos!... Dime, ¿has pensado en mí todo el tiempo que no nos hemos visto?

—Sí —repuso él con voz incierta.

—Me alegro. Yo también he pensado en ti.

Dirigióle una viva mirada y pareció ir a hablar, pero se calló.

Llegaron al huerto de Gosforth. El dueño, Geordie Lang, buen amigo de Ned, estaba quemando hojarasca entre los árboles semidesnudos. Hízoles un ademán amistoso, invitándolos a acercarse. Los muchachos empujaron más hojas crujientes, de tono amarillo o pardo, hacia el cono ígneo que él había formado, y, al fin, el olor del humo de la hojarasca impregnó sus ropas. Aquello no era un trabajo, sino un encantador entretenimiento. Olvidando su embarazo anterior, los dos competían en quién hacía más hoguera. Francisco formó un montón muy grande; pero Nora, malignamente, se lo dispersó. Su risa tintineaba en el aire claro e intenso. Geordie Lang sonrió con simpatía.

—Las mujeres son así, muchacho. Te descompone tu montón y, además, se burla.

Al fin, Lang los condujo al cobertizo de madera donde, en el extremo del huerto, guardaba las manzanas.

—Ea, os las habéis ganado. Coged las que os apetezcan —les indicó—. Y saludad de mi parte al señor Bannon. Decidle que cualquier día de esta semana pasaré por allí a echar un traguito.

Reinaba en el cobertizo una dulce penumbra crepuscular. Por la escalera treparon al sobrado en que sobre paja, separadas entre sí, había fila tras fila de las manzanas Ribston que daban fama al huerto. Mientras Francisco llenaba el cesto, inclinándose bajo el techo aguardillado, Nora se sentaba en la paja, cruzando las piernas. Escogió una manzana, limpióla sobre su delgada cadera y empezó a comerla.

—¡Dios mío, qué buena está! —exclamó—. ¿No quieres una, Francisco?

Él, sentado ante la muchacha, cogió la fruta que ella le tendía. Su sabor era delicioso. Cuando los dientes menudos de la joven, mordiendo la ambarina piel, penetraban en la carne blanca y turgente de la manzana, corrían por su barbilla chorritos de jugo. Allí, en el oscuro sobrado, Francisco, dejando de experimentar la anterior timidez, se sentía lánguido y ardoroso, colmado de alegría de vivir. Jamás le había complacido nada como estar allí, en el huerto, comiendo la manzana que la muchacha le ofreciera. Sus ojos se encontraban con frecuencia y sonreían, pero la sonrisa de Nora era una sonrisa a medias, extraña e interior, como reservada sólo para sí misma.

—¿A que no te comes las pepitas? —instigóle súbitamente. Pero añadió en seguida—: ¡No, Francisco, no! La Hermana Margarita María dice que dan cólico. Además, de cada pepita de éstas puede nacer un manzano. ¿Verdad que es divertido? Qué, Francisco: ¿quieres mucho a Polly y a Ned?

—Mucho —repuso él, abriendo más los ojos—. ¿Y tú?

—También... menos cuando Polly me mortifica con cuidados en cuanto tengo tos, o cuando Ned me sienta en sus rodillas y empieza a hacerme fiestas. Eso lo aborrezco. —Titubeando, bajó la mirada por primera vez—. Pero no tiene importancia, para que me moleste... La Hermana Margarita María dice que soy muy desvergonzada. ¿Tú qué crees?

Él apartó los ojos, y su apasionada negativa de tal imputación se tradujo en un «¡No!» torpemente proferido. Nora sonrió, casi con timidez.

—Como somos amigos, Francisco, voy a preguntarte una cosa, sin ocuparme de lo que diría la Hermana Margarita. Cuando te hagas hombre, ¿qué vas a ser?

Él la miró, sorprendido.

—No sé. ¿Por qué?

Ella, repentinamente nerviosa, manoseó la sarga de su vestido.

—No, por nada... Pero yo te quiero. Y siempre te he querido. Todos estos años he

pensado mucho en ti y no estaría bien que desaparecieses otra vez.

—¿Desaparecer? —rió Francisco.

—¿Te extraña? —y sus ojos, aun pueriles, aparecían muy grandes y juiciosos—. Yo conozco a tía Polly. Y hoy la he oído otra vez. Ella daría cualquier cosa por verte sacerdote. Pero entonces tú tendrías que renunciar a todo y a mí también.

Antes de que él pudiera replicar, Nora se incorporó de un salto, sacudiéndose, muy animada.

—Vamos. Es tonto estar aquí todo el día. Sí, es absurdo, haciendo tanto sol y aguardándonos la fiesta de esta noche. Espera un momento —añadió, viendo que él iba a levantarse—. Cierra los ojos y, a lo mejor, te encuentras con un regalo.

Antes de que él pudiera reflexionar, ella, lanzándose hacia el muchacho, le besó apresuradamente en la mejilla. El rápido y cálido contacto, el toque de su aliento, la proximidad de aquella carita delgada con un lunarcito oscuro en la mejilla, pasmaron a Francisco. Nora, sonrojadísima, deslizóse de pronto escalera abajo y desapareció del cobertizo. Él la siguió despacio, muy ruborizado, frotándose, como si fuese una herida, la minúscula humedad que le dejara el beso. Le palpitaba con fuerza el corazón.

La reunión de aquella noche empezó a las siete. Ned, con «el privilegio de un sultán», cerró la taberna cinco minutos antes de la hora. Todos los clientes, excepto unos cuantos favoritos, fueron cortésmente invitados a marcharse. Los convidados se reunieron en la sala de arriba, adornada con frutas de cera en recipientes de vidrio; con un retrato de Parnell sobre las lámparas de cristal azul; con una fotografía, en marco de terciopelo, de Ned y Polly en la Calzada de los Gigantes; con una miniatura en roble de un carro típico irlandés —un recuerdo de Killarney—; con una aspidistra; con una barnizada cachiporra irlandesa pendiendo de la pared sujeta por cintas verdes; con los asientos, de espeso almohadillado, que despedían una nube de polvo cuando alguien se dejaba caer en ellos.

La mesa de caoba tenía puestos los tableros de extensión y aparecía con las piernas muy separadas, como una mujer hidrópica. Se habían colocado cubiertos para veinte personas. El fuego de carbón, apilado hasta media altura de la chimenea, hubiera sofocado a un explorador africano. Olía a rica grasa de aves. Maggie Magoon, con cofia y delantal, corría de un lado a otro como una loca. En el cuarto, lleno de gente, estaban el joven coadjutor, Padre Clancy; Tadeo Gilfoyle; varios comerciantes vecinos; el señor Austin, director de los tranvías, con su mujer y sus tres hijos; y, por supuesto, Polly, Ned, Francisco y Nora.

En el centro de aquella baraúnda, radiante de benevolencia y fumando un cigarro de seis peniques, campeaba Ned, pontificando al lado de su amigo Tadeo Gilfoyle. Era éste un joven de treinta años, pálido, prosaico, un tanto catarroso. Trabajaba como empleado en la fábrica del gas, y en sus horas de ocio se encargaba de cobrar

las rentas de las fincas que tenía Ned en Varrel Street. Tadeo era, además, feligrés distinguido de la iglesia de Santo Domingo, y podía confiarse en él para cualquier gestión, para llenar un hueco, para todo. En resumen, «servía lo mismo para un fregado que para un barrido», según frase de Ned. El joven, aunque apenas supiera enlazar dos palabras ni poseyera idea alguna que pudiese considerarse propia, lograba arreglárselas siempre para estar donde lo necesitaban, y lo hacía con seriedad, mostrándose obtuso y merecedor de confianza, asintiendo a todo, sonándose la nariz, tocándose la divisa de su cofradía, solemne sobre sus pies planos, grave tras la mirada de sus ojos de pez.

—¿No va usted a pronunciar un discurso? —preguntó a Ned, con tono implicatorio de que, si no lo hacía así, el mundo sentiríase desolado.

—No sé —repuso Ned, modesto y, a la vez profundo, examinando la punta de su cigarro.

—Tiene usted que hacerlo, Ned.

—Nadie lo espera, y...

—Perdone, Ned, que difiera de su opinión.

—¿Cree usted que debo hablar?

—Debe y puede, Ned —repuso Tadeo con solemnidad.

—¿Lo cree oportuno?

—Lo creo necesario, Ned. Y usted lo hará.

Ned, encantado, paladeó su cigarro.

—Desde luego, Tad —dijo, guiñando un ojo significativamente—, tengo que anunciar una cosa... una cosa importante. Ya que usted se empeña, pronunciaré unas palabritas después.

Bajo la dirección de Polly, y como una preparación para el acontecimiento principal, los niños empezaron a jugar los juegos propios de la ocasión: primero, a la hierba becerra, esforzándose en atrapar las aplanadas pasas, bien empapadas de aguardiente en una bandeja de china; luego, a las manzanas sumergidas, dejando caer un tenedor, sostenido entre los dientes, por encima del respaldo de una silla, sobre un barreño lleno de agua donde flotaba aquella fruta.

Llegaron a los siete los «espectros» —muchachos trabajadores de la vecindad, con las caras cubiertas de hollín y un grotesco instrumento— que recorrían el distrito cantando allí donde les daban seis peniques, según la extraña tradición de la fiesta de Todos los Santos. Sabiendo cómo lograrían agradar a Ned, entonaron «Mi amado trebolito», «Catalina Mavourneen» y «El hogar de Maggie Murphy», clamando:

—¡Gracias, señor Bannon! ¡Viva la Unión! Buenas noches, Ned.

—Todos son muy buenos chicos —dijo Ned, frotándose las manos, húmedos aún los ojos, en su céltica sentimentalidad—. Y ahora, Polly, ¿no crees que los estómagos de nuestros amigos deban de estar creyendo que sus dueños han perdido el tragadero?

Los invitados se sentaron a la mesa. El Padre Clancy rezó la acción de gracias y Maggie Magoon compareció cargada con el mayor ganso visto en Tynecastle. Francisco jamás había comido ganso. Era algo que se disolvía en ricos aromas dentro de la boca. El cuerpo del mozo irradiaba, a causa de la larga excursión al aire libre y de una singular alegría interna. De vez en cuando, sus ojos, por encima de la mesa, hallaban los de Nora, con exquisita comprensión. Se mostraba muy sereno, pero desbordaba de júbilo. El pasmo de aquel día feliz, del secreto lazo que le unía a la muchacha, era casi como una pena.

Conclusa la comida, Ned se incorporó despaciosamente, entre aplausos. Adoptó una actitud oratoria, con los pulgares en las sisas del chaleco. Estaba nervioso de un modo absurdo.

—Reverendo Padre, señoras y señores: les doy las gracias a todos. Soy hombre de pocas palabras —aquí le interrumpió un «¡No, no!» de Tadeo Gilfoyle—, digo lo que siento y siento lo que digo.

Hubo una corta pausa. Ned se esforzaba en adquirir más aplomo.

—Me gusta ver en torno mío amigos alegres y contentos, porque la buena compañía y la buena cerveza nunca dañan a nadie...

Una interrupción en la puerta. Scanty Magoon, con los muchachos enmascarados, estaba en el umbral, blandiendo una pata de ganso.

—¡Dios le guarde, señor Baddon! ¡Es usted muy buena persona!

Ned permaneció imperturbable. Todo grande hombre tiene sus sicofantes. Continuó:

—Como estaba diciendo cuando el marido de la señora Magoon me tiró ese ladrillo a la cabeza —risas—, me gustan el esparcimiento y las reuniones. Seguramente todos estamos orgullosos y complacidos de recibir con nosotros al hijo del hermano de mi pobre mujer.

Sonaron fuertes aplausos.

Polly dijo:

—Haz una reverencia. Francisco.

—No entraré —prosiguió Ned— en cuestiones recientes. Opino que debemos enterrar el pasado. Pero sí digo: miren al chico ahora y recuerden cómo estaba cuando vino...

Aplausos. En el corredor retumbó la voz de Scanty:

—¡Maggie, por amor de Dios, trae más ganso!

—No soy yo —expuso Ned— quien debe alabarse a sí mismo. Pero sí procuro obrar bien con Dios, con los hombres y con los animales. Y si no, mirad a mis seis perrillos.

—¡Los mejores de Tynecastle! —clamó Gilfoyle.

Se produjo una larga pausa. Ned había perdido el hilo de su discurso.

—¿Por dónde iba?

—Por Francisco —señaló en el acto Polly.

—¡Ah, sí! —Y Ned alzó la voz— Cuando Francisco vino, pensé: «Éste es un muchacho que podrá hacer carrera». ¿Cómo? ¿Poniéndole al mostrador para que se gane la vida? ¡No, demonio (y excuse usted, Padre Clancy); no, eso no es propio de nosotros! Polly y yo hablamos de la cosa. El muchacho tiene un porvenir ante sí, el muchacho es el hijo del hermano de mi pobre mujer difunta. Así es que dijimos: «Mandémosle al colegio y ya arreglaremos los gastos entre los dos». —Y tras un breve silencio, Ned agregó—:

—¡Reverendo Padre, señoras y caballeros, me siento contento y orgulloso anunciándoles que el mes próximo Francisco saldrá para Holywell!

Y, convirtiendo aquel nombre en coronamiento de su perorata, Ned se sentó, sudoroso, entre fuertes aplausos.

IV

Hacíanse muy largas ya las sombras de los olmos sobre las segadas praderas de Holywell, pero aún la tarde del junio norteño era clara como el mediodía. La oscuridad vendría después, y el alba se iniciaría tan temprano que la aurora boreal no haría sino apuntar brevemente en los altos y pálidos cielos. Francisco estaba sentado a la ventana del elevado cuartito de estudio que, por haber elegido el ingreso en el «Círculo de Filósofos», compartía con Lorenzo Hudson y Anselmo Mealey. Su atención, alejándose de sus cuadernos de apuntes, dirigíase casi con tristeza en fuerza de sentirse penetrado de belleza, a la encantadora escena que tenía ante sí.

Desde su prominente punto visual divisaba la escuela, grandiosa mansión señorial de pardo granito, construida por sir Archibaldo Frazer en 1609 y destinada, en el mismo siglo, a colegio católico. La capilla, de igual estilo severo, formaba ángulo recto con la biblioteca, de la cual la separaba un claustro que incluía un cuadrángulo de histórico césped. Más allá se extendían los juegos de pelota; los campos de deporte, donde aún se celebraba el final de un partido; las anchas zonas de pastos surcadas por el río Stinchar, donde pacían, tranquilas, rollizas reses... Encinares y hayedos circuían la finca y en lontananza se perfilaban las cumbres azules y ligeramente dentadas de los Grampianos de Aberdeenshire.

Francisco suspiró sin darse cuenta. Parecía ayer el día en que se apareara en Doune, el apartado empalme del Norte. Era entonces un discípulo nuevo, locamente asustado, que se disponía a afrontar lo desconocido y la primera y terrible entrevista con el director, Padre Hamish MacNabb. Recordaba cómo «Mac el Bronco», un gran escocés de pequeña estatura, primo carnal de los MacNabb de las Islas, se había agazapado tras su pupitre, envolviéndose en su esclavina y lanzándole una formidable mirada entre sus espesas cejas rojizas.

—¿Qué sabes, muchacho?

—Nada, señor.

—¿No sabes bailar la jota escocesa?

—No, señor.

—¡Cómo! ¿Con un nombre tan ilustre como el de Chisholm?

—Lo siento, señor.

—¡Hum! No vales para gran cosa, muchacho.

—No, señor, para nada, no siendo... —y tembló— no siendo, acaso, para pescar.

—Acaso, ¿eh? —y el director esbozó lentamente una seca sonrisa—. Entonces quizá podamos ser amigos —aquí la sonrisa se hizo más marcada—. Los clanes de los MacNabb y los Chisholm solían ir juntos a la pesca y a la guerra, mucho antes de que nadie pensara que alguna vez habíamos de existir tú o yo. ¡Hale, largo de aquí,

antes de que te dé un punterazo!

Y ahora, dentro de un curso, Francisco iba ya a dejar Holywell. Otra vez su mirada se fijó en los grupitos que paseaban de un lado a otro por las terrazas enarenadas, junto a la fuente. Era una costumbre de seminario. Y nada tenía de particular, porque los más de aquellos mozalbetes pasarían del colegio al Seminario de San Morales, en España. Francisco vio a sus compañeros de cuarto andando juntos. Anselmo, excesivo en sus afectos, como siempre, cogía tiernamente el brazo del otro, el cual, a su vez, gesticulaba, pero con moderación, según cumplía al ganador del premio de Buen Compañerismo. Detrás de los dos, rodeado de un corrillo, caminaba el Padre Tarrant, alto, delgado, moreno, de expresión a la par intensa y sardónica... Clásicamente remoto.

Viendo al joven sacerdote, la expresión de Francisco se endureció de un modo singular. Miró con disgusto al cuaderno de apuntes que tenía en el alféizar de la ventana, cogió la pluma y, tras un momento, comenzó a escribir. Su decidido ceño no afeaba el nítido corte de sus morenas mejillas, ni la claridad algo tosca de sus ojos castaños. Contaba dieciocho años de edad y su cuerpo tenía una gracia mimbreña. La suave luz aumentaba absurdamente su atractivo físico, aquel aspecto conmovedor de cosa impoluta que, por lo indisimulable, le humillaba a menudo.

Empezó a redactar:

14 junio 1887.— Hoy ha ocurrido un incidente de tan fenomenal y estremecedora incorrección, que quiero vengarme de este odioso diario, y de] Padre Tarrant, anotando el hecho aquí. No me gusta perder en esto la hora que nos queda antes de las vísperas —después de las cuales, Anselmo se empeñará en que juguemos a la pelota—, y me bastaría poner: —Jueves de la Ascensión: buen día; memorable aventura de Mac el Bronco—. Pero incluso nuestro incisivo Administrador de Estudios admitió la virtud de mi manera de ser cuando me dijo, después del sermón que me dirigió hace tiempo: —Le sugiero que lleve un diario, Chisholm. No para publicarlo —añadió, con su malhadado sarcasmo—, sino como una especie de examen. Usted, Chisholm, sufre una desordenada obstinación espiritual, y, si escribiese lo que siente, quizá redujera ese sufrimiento...

Me ruboricé, por supuesto, como un tonto, y mi mal carácter se inflamó.

—¿Quiere usted decir que soy desobediente, Padre Tarrant?

Apenas me miró. Hundía las manos en las mangas de su hábito. Era el hombre de siempre: delgado, moreno, con las ventanas de la nariz contraídas y... ¡ay!, tan indiscutiblemente inteligente. Mientras se esforzaba en disimular la antipatía que le inspiro, recordé intensamente el cilicio que usa, la férrea disciplina que a sí mismo se impone sin reservas. Se fue, respondiéndome de

una manera vaga:

—Existe una clase de desobediencia mental...

¿Será injusto imaginar que me mira mal porque no procuro ajustarme a su modelo? La mayoría de los colegiales lo procuran.

Al menos, él y yo estamos de acuerdo en algo: en que nunca tendré vocación religiosa.

Escribo con una pomposidad ridícula en un jovenzuelo de dieciocho años. Acaso ello se deba a la llamada afectación de esta edad. Pero es que estoy disgustado por varias cosas. En primer lugar, me siento terrible y, de seguro, absurdamente disgustado por mi familia de Tynecastle. Presumo que es inevitable la pérdida de contacto reduciéndose las vacaciones en casa a cuatro breves semanas de verano. La fugacidad de las vacaciones anuales es el único rigor de Holywell, y si bien esto debe de servir para mantener firmes las vocaciones, en cambio somete a la imaginación a un gran esfuerzo. Ned nunca escribe. Su correspondencia conmigo durante mis tres años en Holywell ha consistido en repentinos y fantástico envíos de comestibles; por ejemplo, un colosal saco de nueces durante mi primer invierno; y, en la última primavera, un gran ramo de plátanos, tres cuartas partes de los cuales estaban en exceso maduros y causaron una indigna epidemia entre Clérigos y seglares de Holywell.

En el silencio de Ned hallo algo raro. Y las cartas de tía Polly multiplican mi aprensión. Su delicioso e interminable chachareo sobre acontecimientos parroquiales ha sido sustituido por un parvo catálogo de hechos principalmente meteorológicos. Y ese cambio de tono se ha producido de improviso. Naturalmente, Nora no ha contribuido a sacarme de dudas. Es la auténtica chica de la tarjeta postal, que garabatea unas líneas, por compromiso, una vez al año, mientras veranea en una playa. Me parece que han transcurrido siglos desde su ocurrente: Crepúsculo en el muelle de Scarborough.

Dos cartas mías no han logrado hacer aparecer una —Luna sobre la bahía de Whitley—. ¡Querida Nora! Nunca olvidaré tu ocurrencia, digna de Eva, en el sobrado de las manzanas. Por ti espero con tanta impaciencia las vacaciones. ¿Volveremos a ir juntos a Gosforth alguna vez? He visto cómo te desarrollabas, he visto, conteniendo el aliento, desenvolverse tu carácter, con lo que quiero indicar tus contradicciones. Sé que eres viva, audaz, sensitiva y alegre, algo echada a perder por un exceso de mimos, llena de inocencia y buen humor. Incluso veo ahora tu carita insolente, interiormente iluminada mientras te burlas de tía Polly o de mí con tus muecas; veo tus finos brazos en jarras y tus azules ojos, provocativos e inquietos, que terminan precipitándote

en una danza maliciosamente alegre. Todo en ti es así, palpitante y humano, hasta tus accesos de volubilidad o de mal humor, que conmueven tu delicado organismo y terminan en tremendos lloros. Yo sé que, a pesar de tus defectos, tu naturaleza es cálida e impulsiva, haciéndote correr, sonrosada y confusa, hacia aquel a quien has herido sin proponértelo. Muchas veces no logro dormir pensando en ti, en tu mirada, .en el tierno patetismo de tus huesos claviculares sobre el seno.

Francisco se interrumpió y, repentinamente ruborizado, tachó la última línea que había escrito. Luego, reanudó su trabajo, más dueño de sí.

En segundo lugar, estoy egoístamente preocupado por mi porvenir. He sido educado —y en esto también estaría de acuerdo el Padre Tarrant— de un modo superior al que me corresponde. Sólo me falta un curso en Holywell. ¿Volveré de buen grado a servir cerveza en la Unión? No puedo seguir siendo una carga para Ned, o, más exactamente, para Polly, puesto que, hace poco, he descubierto por casualidad que esa admirable mujer paga de su modesta renta los honorarios de mi colegio. Mis ambiciones son muy confusas. Mi cariño por tía Polly, mi gratitud desbordante, me hacen anhelar poder compensarla. Y su mayor deseo sería verme recibir las órdenes sacerdotales. En un sitio como éste, donde las tres cuartas partes de los estudiantes y la mayoría de mis amigos están destinados al sacerdocio, resulta difícil substraerse a la atracción. Se siente el deseo de unirse a las filas. A pesar de Tarrant, el Padre MacNabb piensa que yo sería un buen sacerdote. Lo noto en su sagaz, amistosa y provocativa manera de tratarme, en su casi divina forma de esperar. Y, como director de este colegio, debe de entender de vocaciones.

Yo, naturalmente, soy impetuoso y de genio vivo, y mi heterogénea educación me ha infundido un toque cismático. No pretendo ser uno de esos jóvenes predestinados (de los que hay abundantes ejemplos en nuestra biblioteca) que se pasan la niñez rezando, levantan infantiles altares en los bosques y rechazan suavemente a las niñas en la feria del pueblo, diciéndoles:

Apartaos, Teresa y Annabella. Yo no seré para vosotras.

No obstante, ¿cómo describir esos momentos que descienden súbitamente sobre uno? A veces se producen en el camino de regreso a Doune, o al despertar en la oscuridad de la alcoba silenciosa, o al quedar rezagado mientras la turba de mozos, tosiendo, arrastrando los pies, cuchicheando, se van de la vacía y aún alentadora iglesia. Son momentos de extraña lucidez,

de intuición. No de ese éxtasis sentimental que me sigue siendo tan aborrecible como siempre, sino una sensación de esperanza, de consuelo.

Me disgusta escribir estas cosas, aunque nadie las leerá más que yo. Los íntimos ardores de uno resultan cosa fría en el papel. No obstante, debo anotar esa inequívoca impresión —la impresión de pertenecer a Dios— que me asalta en la oscuridad; la convicción profunda, de que en el medido, acordado e implacable movimiento del universo, el hombre no sale de la nada ni se desvanece en ella y hasta aquí, por extraño que parezca, experimento la influencia del querido Daniel Glennie, del pobre Dan el Santo, y siento sobre mí su mirada cálida y ultraterrena.

¡Maldición! ¡Y maldito Tarrant también! Estoy vertiendo literalmente mi corazón aquí. Si yo soy un santurrón de esos, ¿por qué no hago algo por Dios, atacando a la gran masa de indiferencia, de burlón materialismo, que hay en el mundo de hoy? ¿Por qué, en suma, no estudio para sacerdote? En fin, si he de ser sincero, creo que no lo hago a causa de Nora. La belleza y ternura de mis sentimientos hacia ella hace rebosar mi corazón. La visión de su rostro, luminoso y dulce, se halla ante mí incluso cuando rezo a Nuestra Señora en el templo. ¡Queridísima Nora! Tú eres la verdadera razón de que yo no tome billete en el celestial expreso de San Morales.

Cesó de escribir y su mirada se perdió en la distancia, sonrientes los labios y un tanto ceñudo el entrecejo. Con un esfuerzo, se recobró.

Vuelvo a esta mañana y a Mac el Bronco. Como hoy era fiesta de precepto, me quedaba la tarde libre. Cuando iba a echar una carta en el buzón de la portería, vi al director del colegio, que subía con su caña de pescar... Y sin pescado; Se detuvo, apoyando su figura, baja y fuerte, en el arpón, alto el rubicundo semblante rematado por su relampagueante cabello rojo. Yo quiero a Mac el Bronco. Creo que él siente alguna simpatía por mí, y acaso se deba a que los dos —es la explicación más sencilla— somos escoceses hasta las cachas, y pescadores. Los únicos pescadores del colegio. Cuando Lady Frazer donó al colegio sus derechos sobre el Stinchar, Mac el Bronco reclamó el río como propio. En —La voz de Holywell— publicó un trabajo que comenzaba:

Ya no veré dañadas mis orillas
por pescadores de mentirijillas...

Y ello reflejaba bien su actitud, porque es un pescador apasionado. Se cuenta de él que, en plena misa en el castillo de Frazer, del cual cuida el clero de Holywell, un amigo de Mac, el presbiteriano Gillie, asomando la cabeza por la ventana del oratorio, exclamó con reprimida excitación:

¡Reverendo! Hoy hay un enjambre de peces en el remanso de Lochaber.

Y nunca misa alguna fue más pronto acabada. Los estupefactos feligreses, entre ellos Lady Frazer, fueron bendecidos a paso de carga; y, luego, una especie de oscuro remolino, no muy distinto del concepto que aquí se tiene del diablo, fue visto salir volando de la sacristía y exclamar: ¡Jock, Jock! ¿Por dónde pican más?

Hoy me miró con disgusto.

—Ni un pez a la vista —dijo—. ¡Cuando precisamente lo necesitaba para las personalidades invitadas!

El obispo de la diócesis y un importante Padre que viene de nuestro seminario inglés de San Morales, acudían a almorzar hoy en Holywell.

—En el remanso de Glebe hay un pez, Padre —repuse—. No hay en todo el río ni sombra de peces. Estoy allí desde las seis.

—Hay un pez grande.

—¡Fantasías!

—Lo vi ayer, al pie de la presa, pero no intente pescarlo.

Sonrióme adustamente bajo sus rufas cejas.

—Eres un demonio perverso. Chisholm. Anda, te autorizo a pescado... si quieres perder el tiempo.

Me ofreció su caña y alejóse.

Fui al remanso de Glebe, sintiendo saltar mi corazón, como siempre que oigo el son del agua. La mosca que llevaba era de primera magnitud, y perfecta, dados el tamaño y color del río. Recorrí todo el remanso, pasé así una hora. Los salmones escaseaban deplorablemente en esta temporada. Una vez me pareció ver moverse una aleta oscura en las sombras de la ribera opuesta. Pero ninguno picó. De pronto, al oír una discreta tos, me volví. Mac el Bronco, vestido con sus mejores ropas, calzando guantes y tocado con su sombrero de ceremonia, se había detenido, según caminaba hacia la estación de Doune, para lamentar mi mala suerte.

—Los grandes, Chisholm —dijo con tétrica mueca—, son siempre los más difíciles.

Mientras él hablaba, yo hacía un último intento con la caña a unas treinta varas de la orilla. La mosca dio exactamente en la espuma que bordeaba el extremo más lejano de la presa. Un momento después noté que el pez había picado.

—¡Ya lo tienes! —clamó Mac.

El salmón dio en el aire un salto de cuatro pies. Estuve a punto de caer. El efecto que el pez produjo en Mac el Bronco fue estupendo.

—¡Dios mío! —profirió respetuosamente.

Aquel salmón era el mayor que yo viera en el Stinchar y en las redes de mi padre, en Tweedside.

—¡Tenlo con la cabeza hacia arriba! —gritó Mac, de pronto—. ¡La cola, hacia el agua!

Yo hacía lo posible. Pero el pez era dueño de la situación. Precipitóse río abajo, en loca carrera. Lo perseguí, y Mac me siguió.

El Stinchar, en Holywell, no es como el Tweed. Corre formando un oscuro torrente entre pinos y gargantas, dando saltos no desdeñables sobre piedras resbaladizas y elevadas márgenes. A los diez minutos, Mac y yo estábamos una milla río abajo, un tanto fatigados. Pero no habíamos perdido el pez.

—¡Sujétalo, sujétalo! —ordenaba Mac, ronco de gritar—. ¡No lo dejes entrar en esas hierbas, necio!

Mas el pez estaba ya en las hierbas, y el sedal se había enganchado en una confusión de hundidas raíces.

—Afloja —ordenó Mac, angustiado—. Afloja, mientras yo le tiro una piedra.

Afanoso, jadeante, empezó a lanzar pedruscos, procurando hacer salir al pez sin alcanzar el hilo. Aquello duró un intervalo congojosamente largo. Luego, con un impulso, el salmón saltó, corrió, y nosotros, tras él.

Como cosa de una hora después, en las anchas planicies que hay frente al pueblo de Doune, el salmón empezó a dar señales de derrota. Exhausto, anheloso, desgarrado por un centenar de torturadores y terribles azares, el Bronco dio una orden final:

—¡Ahora, ahora! ¡En ese arenal! No tenemos arpón, y si el pez sigue alejándose, dalo por perdido.

Yo sentía la boca seca y ardiente. Con mano nerviosa tiré del pez. Acercóse, quieto, y luego hizo un final y frenético esfuerzo. Mac exhaló un sordo gruñido.

—Despacio, despacio... Si lo dejas escapar ahora, nunca te lo perdonaré.

Allá, en los bajíos, el pez parecía increíblemente grande. El sedal estaba malparado. Si se me escapaba la presa... Sentí un escalofrío de hielo. Arrastré suavemente el pez hacia el diminuto arenal. En un silencio tenso y absoluto, Mac se inclinó, agarró las agallas del monstruoso salmón y tiró de él hacia la hierba.

Magnífico aspecto presentaba sobre la verde pradera.

Era un pez de más de cuarenta libras, tan recién llegado del mar que aún se le veían sobre el arqueado lomo algas y parásitos marinos.

—¡Una proeza, una proeza! —entonó Mac, sacudido, como yo, por una ráfaga de júbilo.

Cogiéndonos de las manos, bailamos sobre la hierba.

—Pesa lo menos cuarenta libras —siguió Mac—. Esto hay que anotarlo en nuestros anales. ¡Eres un estupendo pescador, muchacho!

En aquel momento llegó, desde la única vía de ferrocarril que cruzaba el río, el débil pitido de una máquina.

Mac calló, y miró, desconcertado, el penacho de humo y las señales rojas y blancas que, pequeñas cual juguetes en la distancia, acababan de moverse en la estación de Doune. ¡Ahora recordaba! Consternado, buscó su reloj.

—¡Cielos, Chisholm! —dijo, ya con el tono propio del director del colegio—. En ese tren viene el obispo.

El dilema era claro: tenía cinco minutos para llegar a tiempo de recibir a sus distinguidos visitantes, y cinco millas de camino para alcanzar, al fin, la estación. ¡Y ésta estaba allí mismo, al otro lado del río y de un par de campos, aunque distase legua y media por carretera!

—Coge el pescado, Chisholm, y manda que lo preparen para el almuerzo. Vete de prisa. Y acuérdate de la mujer de Lot y de la estatua de sal. Haz lo que quieras, pero no mires atrás.

Mas yo, sin poder reprimirme, apenas llegado al primer recodo del río, me embosqué en un matorral y corrí el riesgo de trocarme en una salada mole. El Padre Mac se había desnudado y hecho un lío con sus ropas. Con el sombrero firmemente encasquetado, alzado el envoltorio de prendas, el Padre se lanzaba al río. Ya vadeando, ya nadando, llegó a la otra orilla, vistióse y avanzó varonilmente hacia la cercana estación y el tren que llegaba.

Permanecí un rato en la hierba, sumido en una especie de éxtasis. No me asombraba la visión de aquel sombrero de gala erguido osadamente sobre la frente viril, sino la enseñanza moral que se ocultaba tras el lance. Pensé cuánto debía despreciar aquel hombre a nuestros gazmoños.

Un sonido hizo detenerse a Francisco. Dejó de escribir al abrirse la puerta. Hudson y Mealey entraron en el cuarto. Hudson, un joven plácido y moreno, sentóse y empezó a cambiarse de zapatos. Anselmo traía en la mano el correo de la noche.

—Carta para ti, Francisco —dijo con efusión.

Anselmo se había convertido en un jovencito apuesto, sonrosado y blanco. Sus

mejillas tenían la transparencia propia de una perfecta salud. Sus ojos eran suaves y nítidos; su sonrisa, pronta. Aunque no era brillante en los estudios, sus profesores le apreciaban y casi nunca faltaba su nombre en la lista de premios. Era buen jugador de raqueta y de otros deportes. Y poseía verdadero genio societario. Gobernaba media docena de asociaciones, desde la de los filatélicos hasta la de los filósofos. Conocía y empleaba hábilmente expresiones como «quorum», «actas» y «señor presidente». Siempre que se trataba de formar una sociedad nueva se requería el consejo de Anselmo y, automáticamente, se le designaba para la presidencia. En sus elogios de la vida clerical llegaba al lirismo. Su única contrariedad consistía en la paradoja de que el director y algunas otras almas raras e individualistas no lo miraban bien. Para los demás era un héroe, y llevaba su éxito con franca y sonriente modestia.

Mientras entregaba la carta a Francisco, dirigióle su sonrisa, cálida y amable.

—Te deseo muchas buenas noticias en esa carta, querido amigo.

Francisco la abrió. No tenía fecha, estaba escrita a lápiz y ostentaba el membrete siguiente:

Eduardo Bannon

Taberna de la Unión

Calle del Dique, esquina a la del Canal.

Tynecastle.

Querido Francisco: Al recibo de la presente espero que estés tan bien como yo. Perdona que te escriba a lápiz. Todos estamos algo trastornados. Siento decirte, Francisco, que no debes venir a casa en estas vacaciones. Nadie lamenta más que yo no haberte visto desde el verano pasado. Pero créeme que es imposible. Debemos someternos a la voluntad de Dios. Ya sé que no eres de los que te conformas con facilidad, pero pongo a la bendita Virgen por testigo de que has de hacerlo. No te ocultaré que tenemos disgustos, como comprenderás por esta carta, pero es cosa en que no puedes ayudarnos ni evitarla. No es asunto de dinero ni de enfermedad, así que no te preocupes. Todo pasará y se olvidará, con la ayuda de Dios. Tú puedes arreglar fácilmente el quedarte en el colegio durante las vacaciones. Ned pagará todos los gastos. Tendrás los libros que quieras y lo que necesites. Acaso dispongamos que vengas en Navidad, de modo que no debes enojarte. Ned ha vendido sus perros, pero no por necesitar dinero. El señor Gilfoyle nos está siendo muy útil a todos. Por lo que al tiempo se refiere, no pierdes gran cosa, porque está siendo muy malo. No olvides, Francisco, que tenemos gente de fuera, que no disponemos de cuarto libre y que no debes venir. (El «no» estaba subrayado dos veces).

Dios te bendiga, hijo mío, y excusa la prisa con que te escribe tu buena

tía.

Polly Bannon.

Francisco leyó varias veces la carta ante la ventana. El propósito de aquella epístola era claro, mas su significado permanecía turbador e inescrutable. Con dedos rígidos plegó el papel y lo colocó en su bolsillo.

—No será nada malo, ¿eh? —dijo Mealey, solícito.

Francisco, silencioso y desazonado, no sabía qué contestar.

Anselmo, adelantando un paso, apoyó ligera y confortadoramente sus brazos en los hombros de su compañero.

—Lo siento, querido amigo. Si algo puedo hacer, dímelo, por amor de Dios. Acaso no te sientas esta noche con ánimo de jugar la pelota, ¿verdad? —preguntó, tras una pausa.

—No —murmuró Francisco—. Creo que no.

—Bien, bien, querido.

Sonó la campana de vísperas.

—Ya veo que te pasa algo. Esta noche me acordaré de ti en mis oraciones.

Durante las vísperas no hizo Francisco más que meditar en la incomprensible carta de Polly. Terminado el oficio, sintió el repentino impulso de exponer su problema a Mac el Bronco. Ascendió lentamente la ancha escalera.

Al entrar en el despacho observó que el director no estaba solo. El Padre Tarrant se hallaba con él, tras una pila de papeles. El insólito y repentino silencio que su entrada provocó, hizo pensar a Francisco que estaban hablando de él.

—Lo siento, Padre —dijo, dirigiendo a MacNabb una mirada confusa—. No sabía que estuviera usted ocupado. —No te importe, Chisholm. Siéntate.

La brusca afectuosidad del tono impelió a Francisco, que ya se movía hacia la puerta, a sentarse en la silla de mimbre que había junto al pupitre. Con lentos movimientos de sus dedos amercillados, Mac cargaba su chamuscada pipa de madera de espino.

—Bien, joven: ¿en qué podemos servirte? Francisco se sonrojó.

—Yo... yo creía que estaba usted solo.

Por alguna singular razón, el director eludió su apelativa mirada.

—No te importe que esté el Padre Tarrant. ¿Qué quieres?

No había escape. Sin astucia para inventar una excusa, Francisco balbuceó:

—He recibido de casa una carta que..., por una razón misteriosa, quieren que pase las vacaciones en el colegio.

Se había propuesto enseñar a Mac la carta de Polly, pero la presencia de Tarrant se lo impidió. Ahora —¿se equivocaría?— parecía notar una rápida mirada de inteligencia entre los dos hombres.

—Debes de estar disgustado.

—Sí, Padre. Y preocupado. Pensaba..., venía a pedirle que me dejara ir a casa...

Silencio. MacNabb se hundió más profundamente en su vieja esclavina, manoseando aún su pipa. Había conocido, y muy bien, a muchos alumnos; pero en aquel joven había una figura, una belleza íntima y una recia sinceridad que encendían una llama en su corazón.

—Todos tenemos nuestras contrariedades —dijo con voz meditativa, algo triste y más que insólitamente blanda—. El Padre Tarrant y yo hemos sufrido hoy una. Parece que en nuestro seminario de España están en el orden del día los profesores que se retiran. Y ahora me han nombrado a mí rector de ese seminario, con el Padre Tarrant como administrador de estudios.

Francisco tartamudeó una contestación. San Morales era un codiciado ascenso y la puerta que conducía a un obispado; pero, pensase Tarrant por su parte lo que pensara —Francisco lanzó una mirada furtiva a su inexpresivo perfil— MacNabb no miraba aquel cargo como un beneficio. Las secas llanuras aragonesas parecerían muy ajenas a un hombre que amaba con toda su alma los verdes prados y las rumorosas aguas de Holywell. Mac el Bronco sonrió afablemente.

—Yo quería quedarme aquí y tú quieres irte. Más, ¿qué le vamos a hacer? ¿Ponernos de acuerdo para enfrentarnos con Dios Todopoderoso?

Francisco esforzóse en buscar, en su confusión, la frase justa.

—Estoy muy inquieto. ¿No debería averiguar lo que pasa y procurar ser útil?

—Por mi parte, no sé si lo haría —respondió en el acto MacNabb—. ¿Qué opina usted, Padre Tarrant?

El joven profesor respondió en la penumbra:

—Tengo experimentado que las dificultades se resuelven solas mejor que cuando uno quiere mezclarse en ellas.

No parecía que hubiese más que decir. El director encendió la lámpara de su pupitre y, con ello, al iluminarse el oscuro despacho, pareció concluir la entrevista. Francisco se levantó. Aunque hablaba a entrambos hombres, en su corazón se dirigía al Padre MacNabb.

—No saben lo que siento que se vayan a España. Porque el colegio... Yo... Yo les echaré mucho de menos. —¿No te veremos por allí?— preguntó la voz de Mac, con esperanza y plácido afecto.

Francisco no contestó. En pie, indeciso, sin saber qué decir, desgarrado por contrapuestas inclinaciones, su mirada reposó en una carta que yacía abierta en el pupitre. No fue tanto la carta —ilegible a aquella distancia— como el brillante membrete azul del papel lo que le atrajo. Apartó rápidamente la vista, pero no antes de haber leído: «Rectoral de Santo Domingo. Tynecastle».

Le recorrió un escalofrío. Algo sucedía en la familia. Tenía la certeza de ello. Su

faz imposible nada reveló, y ninguno de los profesores advirtió su descubrimiento. Pero mientras Francisco se dirigía hacia la puerta le constaba que tenía, al menos, un camino a seguir.

V

El tren llegaba a las dos de aquella bochornosa tarde de junio. Maletín en mano, Francisco salió a buen paso de la estación. El corazón latía con más fuerza según se acercaba al tan familiar barrio de la ciudad.

Un extraño aire de quietud flotaba sobre los accesos de la taberna. Pensando sorprender a Polly, Francisco se acercó a las escaleras laterales y subió a toda prisa al piso. También allí reinaba quietud, y una penumbra extraña por el contraste con el resplandor de las polvorientas calles. Nadie había en el recibidor ni en la cocina, ni nada sonaba, fuera del tictac de un estrepitoso reloj. Pasó a la sala.

Ned estaba sentado a la mesa, acodado sobre el rojo tapete de droguete, mirando fijamente el muro opuesto y vacío. No sólo su actitud, sino su alteración, arrancaron a Francisco una exclamación sofocada. Ned había enflaquecido enormemente, las ropas flotaban en torno a su cuerpo y la faz, antes rotunda y radiante, se había tornado apagada y cadavérica.

—¡Ned! —dijo Francisco, tendiéndole la mano.

Tras una pausa, Ned se volvió lentamente. La percepción de quién era el que le hablaba alboreó lentamente sobre su estático abatimiento.

—¡Ah, tú, Francisco! —murmuró sonriendo con expresión evasiva—. No tenía la menor idea de que te esperásemos.

—¿Cómo que no me esperaban? —exclamó Francisco, esforzándose en reír a pesar de su ansiedad—. Pero en cuanto se acabó el curso no tuve paciencia y... ¿Dónde está tía Polly?

—Fuera... Fuera por un par de días, en la bahía de Whitley.

—¿Cuándo vuelve?

—Probablemente... mañana.

—¿Y Nora?

—¿Nora? —contestó Ned con un tono inexpresivo—. Con tu tía Polly.

—¡Ah! —repuso Francisco, con una sensación de alivio—. Entonces por eso no contestó a mi telegrama. Pero tú, Ned, tú... ¿Estás bien?

—Bien, Francisco. Algo abrumado por este calor, pero no es nada grave.

Su pecho se hinchó de una manera grotesca y súbita.

Francisco se horrorizó viendo correr las lágrimas por el rostro del hombre.

—Anda, vete a comer un bocado. En el aparador hay abundancia. Tad te dará lo que necesites. Está en el mostrador. Tad nos ha sido muy útil. La mirada de Ned vaciló y, luego, fijóse en la pared frontera.

Francisco, atónito, fue a llevar el maletín a su cuarto.

En el pasillo, la puerta de la alcoba de Nora estaba abierta. Ver el blanco y limpio

retiro de la joven hizo al muchacho apartar los ojos, confundido. Apresuróse a bajar las escaleras.

La taberna estaba desierta. Hasta Scanty había desaparecido, y su vacante rincón parecía una brecha abierta en la sólida masa de la pared. Pero, tras el mostrador, en mangas de camisa, limpiando vasos cuidadosamente, estaba Tadeo Gilfoyle.

Tadeo, que silbaba, cesó de hacerlo al entrar Francisco.

Algo sorprendido, transcurrió un momento antes de que le ofreciera su mano húmeda y torpe.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. ¡Dichosos los ojos...! Gilfoyle exteriorizaba un aire de propietario que resultaba aborrecible. Pero Francisco, ya alarmadísimo, logró afectar indiferencia. Dijo con naturalidad:

—Me extraña verle aquí, Tad. ¿Qué le ha pasado en la fábrica del gas?

—Dejé el empleo —repuso Gilfoyle con reserva.

—¿Por qué?

—Para estar aquí. Permanentemente —y, cogiendo un vaso, lo miró con talante profesional, echóle el aliento y empezó a limpiarlo—. Cuando me pidieron que les ayudara... ¡No he podido hacer más!

Francisco sintió los nervios tensos hasta el paroxismo.

—En nombre del cielo, ¿qué pasa aquí, Gilfoyle?

—Lámame señor Gilfoyle, si te es igual, Francisco —dijo Tad, pareciendo saborear el reproche—. A Ned le disgusta mucho ver que no se me pone en mi debido lugar. Ned no es el hombre de antes, Francisco. Y dudo de que vuelva a serlo nunca.

—¿Qué le ha ocurrido? Habla usted como si Ned estuviera loco.

—Lo ha estado, Francisco, lo ha estado —rezongó Gilfoyle—; pero ahora, el pobre, ha vuelto a la razón.

Sus ojos atentos atajaron con un guiño la agria interrupción que adivinaban en Francisco.

—No te pongas así conmigo; Francisco. Aquí yo soy el que está portándose bien. Si no lo crees, pregunta al Padre Fitzgerald. En las vacaciones, mientras ibas creciendo, te has burlado de mí muchas veces. Pero yo tengo las mejores intenciones para contigo. Habremos de arrimar el hombro los dos, sobre todo ahora.

—¿Por qué sobre todo ahora?... exclamó Francisco, rechinando los dientes.

—¡Oh, sí, sí! No estás enterado; pero si... —y Tad mostró una tórrida alegría—. Las primeras amonestaciones se leyeron el último domingo. Nora y yo, Francisco, vamos a casarnos.

Nora y tía Polly volvieron muy entrada la tarde siguiente. Francisco, enfermo de aprensión, incapaz de penetrar en la resbaladiza reserva de Gilfoyle, esperaba la llegada de su tía con loca impaciencia, y en el acto procuró obligarla a hablar. Pero Polly, tras la primera impresión, gritó: «¡Te dije, Francisco, que no vinieras!»; y

corrió escaleras arriba con Nora, cerrados los oídos a las importunidades del joven, reiterando esta fórmula:

—Nora no está buena. Te digo que está enferma... Quítate de en medio... Tengo que cuidarla.

Así repelido, el muchacho subió, sombrío, a su cuarto, sintiéndose escalofriado por crecientes presentimientos de una ignorada calamidad. Nora, sin dirigirle apenas una mirada, se acostó inmediatamente. Durante una hora oyó Francisco a Polly acudir con bandejas y botellas de agua caliente hablando con Nora en voz baja, hostigándola con agitadas atenciones. Nora estaba pálida y flaca como una escoba, y toda la casa parecía el cuarto de un enfermo. Polly, marchita e inquieta, y hasta más negligente en su atavío, había adquirido la costumbre de un nuevo ademán: llevarse una mano a la frente con rápida presión. Hasta muy entrada la noche, el muchacho, desde su cuarto contiguo, oyó a su tía murmurar plegarias. Torturado por el enigma; mordiéndose los labios, Francisco se revolvía, pre ocupado, entre las sábanas.

El siguiente día alboreó muy claro. Según su costumbre, Francisco fue a la primera misa. Al volver vio a Nora sentada en los peldaños del corral, calentándose al sol, mientras a sus pies se agitaban y piaban polluelos. No hizo movimiento alguno para dejar pasar a su primo, sino que, cuando él llevaba en pie un instante, alzó la cabeza para mirado meditativamente.

—¿Ya viene el santo varón de ir a procurar, tan temprano, la salvación de su alma?

Él enrojeció oyendo aquel tono, tan inesperado, tan amargo.

—¿Oficiaba el reverendísimo Fitzgerald?

—No; el coadjutor.

—¡Ya; ese cabezota! Pero, al menos, es inofensivo.

Bajó la cabeza y miró a los pollos, apoyando su delgada barbilla en una muñeca más delgada aún. Siempre había sido menuda, mas ahora Francisco se estremeció reparando en su casi infantil fragilidad, que cuadraba mal con la hosca madurez de sus ojos y con el vestido, pardo y nuevo, de mucho precio, que la adornaba rígidamente. El corazón del muchacho parecía fundirse y en el pecho sentía la impresión de una brasa que la produjera insoportable dolor. La herida de la joven hacía vibrar las cuerdas del alma de Francisco. Vaciló, apartó la vista y habló en voz baja:

—¿Te has desayunado ya?

—Sí..., Polly me hizo comer a la fuerza. ¡Si me dejara en paz, Dios mío!

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Nada.

Él calló y, luego, prorrumpió torpemente, con todo el sentimiento que ella le inspiraba fluyendo a través de la ansiedad de sus ojos:

—¿Por qué no damos un paseo, Nora?, Como los que solíamos dar... ¡Hace tan buen día!

Ella no se movió. No obstante, un leve tinte de animación pareció penetrar sus hundidas y oscurecidas mejillas.

—No puedo cansarme —dijo—. Estoy muy fatigada.

—Vamos, Nora, vamos.

—Bueno —repuso ella, tras una pausa sombría.

El corazón del joven le dio un salto en el pecho. Corrió hacia la cocina y, con nerviosa premura, preparó unos bocadillos en unos trozos de bollo, envolviéndolos malamente en un papel. Polly no aparecía por ningún sitio y él deseaba evitarla. A los diez minutos, Nora y Francisco estaban en el tranvía encarnado que recorría, chirriando, a ciudad. Y, antes de una hora, caminaban juntos cerca de las alturas de Gosforth.

Francisco preguntábase qué impulso le habría llevado hacia aquel paraje familiar. El campo era hermoso, mas hasta su hermosura resultaba trémula, insoportable. Cuando llegaron al huerto de Lang, blanco bajo un florecer de capullos, Francisco trató de romper el rígido silencio que reinaba entre ambos.

—Vamos a dar una vuelta por ahí, Nora. Y charlaremos un poco con Lang.

Ella lanzó una mirada al huerto, a los árboles que se levantaban, espaciados y rectos, como piezas de ajedrez, en torno al cobertizo de las manzanas y dijo ruda, amargamente:

—No quiero entrar. ¡Odio este sitio!

Francisco no contestó. Notaba vagamente que la actitud de la muchacha no era por él.

A la una llegaban a lo alto de la atalaya de Gosforth.

Él advirtió que Nora estaba fatigada y, sin consultarla, se detuvo bajo una elevada haya, para almorzar. El día era insólitamente caluroso y claro. En la lisa lontananza, bajo ellos, titilando de luz dorada, se extendía la ciudad, llena de campanarios y cúpulas, inefablemente bella en la distancia.

La joven apenas tocó los bocadillos y él, recordando su queja de la insistencia de Polly, no la apremió a comer. La fronda les daba una sombra mitigadora. Las rumorosas hojas tiernas enviaban tranquilas formas sobre el musgo, alfombrado de bayas de hayedo, en que se sentaban. Olía a fluyente savia. Desde una rama alta llegó el grito gutural de un tordo.

Unos momentos después Nora se apoyó en el árbol, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Aquel movimiento parecía ser el mayor tributo que ella pudiera rendirle. Miróla con una más honda ternura, colmado de increíble compasión viendo la comba de su cuello, tan débil e indefenso. La ternura que dentro de él manaba le hacía

entrañablemente ganoso, de proteger a la joven. La cabeza de ésta resbaló un poco en el tronco del árbol, mas él no osó tocarla. Sin embargo, creyéndola dormida, acercó instintivamente el brazo para impedir que cayese.

En el mismo instante, ella le rechazó y golpeóle repetidamente cara y pecho con los nudillos crispados, jadeando de un modo histérico.

—¡Déjame en paz! ¡Bruto, bestia!

—¡Nora, Nora! ¿Qué te he hecho?

Ella retrocedió, sin aliento, temblorosa la faz, trastornada.

—No vuelvas a pasarme el brazo así. Todos sois lo mismo. ¡Todos!

—¡Pero Nora! —rogó él, desesperado—. Aclaremos esto.

—¿El qué?

—Todo. Por qué vas a casarte con Gilfoyle y...

—¿Por qué no he de casarme con él? —dijo Nora, devolviéndole la pregunta con agria defensiva.

Francisco tenía los labios secos y apenas acertaba a articular palabra.

—Es un hombre que vale muy poco, Nora. No es como tú.

—Vale tanto como cualquier otro. ¿No te he dicho que todos sois lo mismo? A él, por lo menos, sabré ponerle coto.

Francisco, confundido, miróla con rostro pálido e impresionado. ¿Qué tendrían sus maravillosos ojos que tan cruelmente ofendían a la joven, haciéndola responderle con ofensas más crueles aún?

—Acaso creas que yo debía casarme contigo, el monaguillo guapito, el capellán en agraz...

En la amargura de su burla, se le crispaban los labios.

—Pues entérate: me pareces cosa de risa... Sí, para morir de risa Anda, levanta al cielo tus benditos ojos. ¡No sabes lo gracioso que estás, reverendísimo Padre! Habrías de ser el único hombre del mundo y no...

Reprimióse, se estremeció con violencia, se esforzó, inútil y penosamente, en secarse las lágrimas con el dorso de la mano, y luego, sollozando, apoyó la cabeza en el pecho del joven.

—¡Oh, Francisco, querido Francisco, cuánto lo siento! Ya sabes que te he querido siempre. Mátame, si lo deseas. Me es igual.

Mientras él la consolaba con torpeza, acariciándole la frente dióse cuenta de que temblaba tanto como ella misma. La violencia de los sollozos de Nora se apaciguó gradualmente. Parecía, entre los brazos de él, un pájaro herido. Permanecía, apagada y pasiva, con la cara oculta en el pecho del joven. Luego, se incorporó despacio. Apartando los ojos, sacó un pañuelo, se frotó el demacrado rostro surcado de lágrimas, púsose bien el sombrero y dijo, con tono exhausto y monótono:

—Más vale que vayamos ya a casa.

—Mírame, Nora.

Pero ella no lo hizo, limitándose a responder con igual monotonía:

—Dime lo que quieras.

—Nora —exclamó él, desbordado por su juvenil vehemencia—. No puedo soportar esto. Ya veo que detrás de ello hay algo. Y yo lo averiguaré. No te casarás con ese necio de Gilfoyle. Te quiero, Nora; yo te ayudaré.

Siguió un silencio penoso. Ella dijo, al fin, con una sonrisa extrañamente inexpresiva:

—Oyéndote, Francisco, me parece haber vivido un millón de años.

Inclinóse y besó al joven en la mejilla, como le besara antaño. Cuando bajaron la cuesta, el tordo había dejado de cantar en la copa del haya.

Aquella tarde, con una intención deliberada, Francisco fue a casa de los Magoon, junto al muelle. El desterrado Scanty se hallaba solo, porque Maggie andaba aún «asistiendo», y, junto a un minúsculo fuego, en el único cuarto interior que ocupaba, trabajaba melancólicamente tejiendo alfombrillas de lana en un telar, a la luz de una vela de sebo.

Al reconocer a su visitante se pintó una inequívoca expresión satisfecha en el rostro del desterrado, la cual se acentuó al ver sacar a Francisco un frasco de aguardiente que el muchacho, con sigilo, había cogido en el mostrador. Scanty sacó una rajada copa y bebió a la salud de su bienhechor.

—¡Esto sí que es bueno —comentó, secándose la boca con su andrajosa manga —, no la porquería que vengo bebiendo desde que ese carota de Gilfoyle me echó de la taberna!

Francisco echó hacia atrás la silla de madera, sin respaldo, en que se sentada y habló con torva intensidad cargados de sombras sus ojos.

—Scanty: ¿qué ha pasado en la taberna? ¿Qué le ha ocurrido a Nora, a Polly y a Ned? Llevo aquí tres días y sigo sin enterarme. Dígamelo usted.

Una expresión de alarma invadió el rostro de Scanty.

Pasó su mirada de Francisco a la botella y de la botella a Francisco.

—¿Cómo voy a saberlo yo...?

—Lo sabe. Lo leo en su cara.

—¿No te ha dicho nada Ned?

—No; es igual que un sordomudo.

—¡Pobre Ned! —gruñó Scanty, jurando y sirviéndose más bebida—. ¡Dios nos auxilie a todos! ¡Quién hubiera podido imaginarlo! No hay duda de que aun los mejores somos malos... —y añadió con ronco y repentino énfasis—: No te lo diré, Francisco. Es vergonzoso y, ya, de nada puede servir.

—Sí servirá, Scanty. Si sé lo que ocurre, algo podré hacer.

—¿Quieres decir que entonces Gilfoyle...?

Ladeando la cabeza, Scanty reflexionó y, luego, la inclinó despacio. Echó un trago para fortalecerse, con expresión singularmente serena en su ajada faz, y bajó la voz.

—En ese caso, te lo diré, Francisco, si me prometes callarlo. La verdad es... ¡Dios nos asista!, que Nora ha tenido un hijo.

Silencio. Otro trago de Scanty. Francisco preguntó:

—¿Cuándo?

—Hace seis semanas. Fueron a la bahía de Whitley.

Es una niña... La han dejado a cargo de una nodriza, porque Nora no puede soportar la vista de la pequeña.

Helado, rígido, Francisco luchando con el tumulto que invadía su pecho. Luego, preguntó:

—¿Y el padre es Gilfoyle?

—¿Ese palomino atontado? —el odio vencía la cautela de Scanty—. No, no. Él es el que se ofrece para ocultar la cosa, para dar el nombre a la pequeña y para, de paso, poner pie en la taberna. ¡El muy bigardo! Todo está tan bien combinado como en una pintura. Las condiciones del casamiento, en el cajón; nadie enterado, y la hija, traída aquí más adelante, después de unas vacaciones largas, para decirlo así. ¡Mal rayo me parta si no es como para hacer vomitar a un cerdo!

Una insoportable opresión pesó sobre el corazón de Francisco. Esforzóse en que no se le quebrara la voz.

—No sabía que Nora tuviese amores, Scanty. ¿Sabe usted quién es... el padre de la niña?

—¡Por Dios que no!

La sangre afluía a la frente de Scanty mientras golpeaba el entarimado con vociferante denegación.

—No sé nada de eso. ¿Cómo va a saberlo un pobre hombre como yo? Ned tampoco lo sabe; eso es tan verdad como el Evangelio. Ned siempre me ha tratado muy bien, muy generosamente, salvo en ciertas ocasiones... Por ejemplo, estando Polly fuera, que él se daba a la bebida... No, no, Francisco: créeme que no hay esperanzas de encontrar al individuo.

Otro silencio, glacial, prolongado. Un velo nublaba los ojos de Francisco. Sentía un desmayo mortal. Al fin, con un gran esfuerzo, se incorporó.

—Gracias por todo, Scanty.

Salió del cuarto y bajó, ofuscado, los desnudos escalones de la casa. Su frente y las palmas de sus manos estaban inundadas de frío sudor. Una visión le asediaba, atormentánlole: la casta limpieza del cuarto de Nora blanco y solo. No sentía odio alguno, sino una desgarradora piedad, una tremenda convulsión de su alma. Ya en el

mísero patio, se apoyó, repentinamente abrumado, en el solitario farol y parecía arrojar su corazón al arroyo.

Se notó más sereno, más firme en su intención. Dirigióse resueltamente hacia Santo Domingo.

El ama de llaves le acogió con la silente discreción característica de aquella rectoral. Antes de un minuto volvió al penumbroso zaguán donde dejara al joven y, por primera vez, sonrióle ligeramente.

—Es usted afortunado, Francisco. Su Reverencia está desocupado y puede recibirle.

El Padre Gerardo Fitzgerald levantóse, tabaquera en mano, cuando Francisco entró. Sus modales ofrecían una mezcla de cordialidad e inquisición, y su apuesta presencia cuadraba bien con los muebles franceses, el antiguo reclinatorio, las selectas copias de primitivos italianos que ornaban los muros, el jarrón de lirios que sobre el escritorio, perfumaban el despacho. Todo aparecía matizado de buen gusto.

—Hola, muchacho. Te creía en el Norte. Siéntate. ¿Cómo están mis buenos amigos de Holywell?

Deteniéndose para tomar rapé, fijó los ojos, con aprobación afectuosa, en la corbata de Francisco, con los colores del colegio.

—Yo también estuve allí, como ya sabes, antes de ir a la Ciudad Santa. Es un gran sitio y muy distinguido. ¡El buen MacNabb! Y Tarrant, que fue condiscípulo mío en el Colegio Inglés de Roma..., es hombre de porvenir...

Detúvose. Su aguda mirada atemperábase con una cortesana suavidad.

—Ahora, Francisco, ¿en qué puedo servirte? Penosamente disgustado, respirando con agitación, bajos los ojos, Francisco dijo:

—Vengo a preguntarle sobre lo de Nora...

La balbuciente interrogación rasgó la serenidad del despacho, su nota de naturalidad y buen tono.

—¿Y qué hay de Nora?

—Su casamiento con Gilfoyle. Ella no quiere casarse con él y se siente muy desgraciada... Es algo tan injusto, tan estúpido... un asunto tan innecesario y horrible... —¿Qué sabes tú de ese asunto tan horrible?

—Sé... que ella no tuvo la culpa.

Se produjo una pausa. Las bien trazadas cejas de Fitzgerald expresaban enojo. No obstante, miró al condolido muchacho con una especie de majestuosa piedad.

—Mi querido joven, si entras en el sacerdocio, como espero, y adquieres la mitad de la experiencia que; por desventura, tengo yo, comprenderás que ciertos desórdenes sociales requieren igualmente remedios específicos. Estás trastornado por este horrible asunto —devolvió la frase con un movimiento—; yo no. Yo, incluso lo esperaba. Conozco, y lo abomino, el comercio de licores por sus efectos sobre la

brutal mentalidad de los sujetos que les utilizan. Tú y yo podemos sentarnos y beber tranquilamente nuestro Lágrima Christi, como caballeros. El señor Bannon no puede hacer lo mismo. Pero basta de esto. No culpo a nadie. Digo, sencillamente, que tenemos un problema no insólito para quienes pasamos horas en el confesionario.

Fitzgerald calló, a fin de tomar rapé con un movimiento de su fina muñeca.

—¿Qué se ha de hacer, pues? Te lo diré. Primero, legitimar y bautizar al retoño. Después, casar a la madre, si se puede, con un hombre tan decente como pueda serlo casándose con ella. Hemos de regularizar, de regularizar... De sacar un buen hogar católico de ese caos. De zurcir los cabos sueltos de nuestro tejido social. Créeme, Nora Bannon tiene mucha suerte dando con Gilfoyle. De aquí a un par de años la verás en misa con su esposo e hijos, y ¡muy feliz...!

—¡No, no! —interrumpieron a medias los cerrados labios de Francisco—. Nunca vivirá feliz, sino abatida y miserable.

Fitzgerald levantó un poco más la cabeza.

—¿Y es la felicidad el objetivo de nuestra vida terrena?

—Nora hará algo, desesperada. Será imposible obligarla a casarse. Yo la conozco mejor que usted.

—Pareces conocerla mucho, en efecto —dijo Fitzgerald, sonriendo con menos suavidad—. Supongo que no estarás enamorado de ella.

Una mancha roja se pintó en las pálidas mejillas de Francisco.

—La quiero mucho —murmuró—. Pero si la amase, no sería de un modo que aumentara las culpas que oye usted en el confesionario, Padre. Le ruego —añadió con una voz implorante, baja y desesperada— que no la obligue a ese matrimonio. Nora no es un alma vulgar, sino un espíritu dulce y luminoso. No se le pueden imponer una hija a su pecho y un marido a sus brazos porque, en su inocencia, haya sido...

Herido en lo vivo, Fitzgerald dio un golpe con la tabaquera en la mesa.

—Haz el favor de no predicarme.

—Perdone. No sé lo que digo. Me esfuerzo en pedirle que use su influencia... — y Francisco reunió sus abatidas energías en un intento final— Al menos, den algún tiempo a la muchacha.

—¡Basta, Francisco!

El párroco, harto dueño de sí mismo, y de otros, para permitirle perder la ecuanimidad largo tiempo, se alzó bruscamente y miró su plano reloj de oro.

—Tengo reunión de cofradía a las ocho. Dispénsame —y dio una palmada afectuosa en la espalda de Francisco cuando el muchacho se levantó— Vamos, hijo mío, estás aún muy poco avezado. ¿Me permites decir que, incluso, eres un poco ingenuo? Pero, gracias a Dios, la santa Iglesia es tu buena y experimentada madre. No quieras meter la cabeza por las paredes, Francisco. Las paredes resisten durante generaciones... y contra cabezas más fuertes que las nuestras— Ven y charlaremos de

Holywell... después de la boda. Entre tanto, como pequeño acto de reparación por tu rudeza, ¿querrás rezar esta noche una Salve por mí?

Una pausa. Todo inútil, inútil...

—Sí, Padre.

—Entonces, buenas noches, hijo, y Dios te bendiga.

El aire nocturno era frío y penetrante. Derrotado, aplastado por la impotencia de su juventud, Francisco alejóse de la rectoría. Sus pisadas resonaban, torvas, en el camino pavimentado. Cuando cruzó ante el umbral de la capilla, el sacristán cerraba las puertas laterales. Disipóse el último rayo de luz y Francisco, descubierta la cabeza, se detuvo en la oscuridad, fijos los ojos en las ventanas del edificio. Exclamó, con una especie de postrera desesperación:

—¡Oh Dios! Haz lo que sea mejor para todos nosotros.

Según se acercaba el día de la boda, haciendo consumirse a Francisco en una fiebre de mortales insomnios, la atmósfera de la taberna parecía ir calmándose insensiblemente, como un agua que se estanca. Nora permanecía silenciosa; Polly, vagamente esperanzada; hasta Ned, aunque todavía aislado y en soledad, parecía haber perdido parte del ofuscado terror de sus ojos. La ceremonia iba a celebrarse en privado, desde luego; pero ninguna restricción habría en el equipo de novia, en la dote, en la bien preparada luna de miel en Killarney. La casa rebosaba de ropas y ricas telas. Polly, realizando nuevas pruebas, llena de alfileres la boca, movíase a través de fardos de tela y prendas, como envuelta en un aura.

Gilfoyle, muy amigo de la regularidad en todo, celebraba a veces, mientras fumaba los mejores cigarros de la Unión, conferencias financieras con Ned. Se firmó debidamente un contrato de asociación entre ambos y se habló mucho de una nueva casa para la feliz pareja. Ya los numerosos parientes pobres de Tad daban vueltas en torno al establecimiento, aduladores, pero dueños de sí. Acaso los peores de todos fueron la señorita Nelly, hermana casada de Tadeo, y Carlota, hija de dicha hermana.

Nora hablaba poco. Una vez, encontrando a Francisco en el pasillo, le preguntó:

—Estás enterado, ¿verdad?

Él, con el corazón desgarrado, repuso, sin osar mirarla:

Hubo una pausa sofocadora. A Francisco le era imposible soportar la tortura de su pecho. Estalló incoherente, con pueriles lágrimas brillando en sus ojos:

—No podemos dejar que esto suceda, Nora. ¡Si supieses lo que siento por ti! Yo me ocuparía de ti, trabajaría para ti, Nora... Huyamos los dos.

Ella le miró con compasiva ternura.

—¿Adónde?

—¡A cualquier sitio! —respondió él, húmedas y brillantes las mejillas.

Nora, en silencio, le oprimió la mano y se apartó de él para probarse un vestido.

El día anterior a la boda pareció ceder, perder un tanto de su marmórea

aquiescencia. Mientras bebía una de las tazas de té con que Polly la abrumaba, dijo:

—Me gustaría ir hoy a la bahía de Whitley.

Polly, asombrada, repitió:

—¿Whitley? —añadió en seguida—: Yo iré contigo.

—No es necesario —dijo Nora, y calló, removiendo suavemente la taza—. Pero si quieres... —Por supuesto que quiero, hijita.

Tranquilizada por aquella naturalidad en los modales de Nora —como si resonase otra vez en su ser un acorde de aquella su antigua alegría traviesa—, Polly acabó considerando la excursión sin mucho desagrado. Tenía la satisfactoria y desconcertante idea de que Nora iba «recobrándose». Cuando terminó su té, Polly habló del bello lago de Killarney, que ella había visitado siendo muchacha. Los barqueros eran gente tan divertida.

Las dos mujeres, vestidas para la excursión, salieron hacia la estación después de comer. Cuando doblaron la esquina. Nora miró a la ventana donde se encontraba Francisco. Pareció vacilar un segundo, sonrió ligeramente y le saludó con la mano. Luego, se fue.

Las noticias del accidente llegaron al distrito incluso antes de que tía Polly fuese traída, desmayada, a la casa en un coche de alquiler. Hubo en la ciudad una sensación impresionante. El interés popular no se hubiera despertado en exceso con la desgracia de una joven atolondrada que baja a la vía cuando hay un tren en movimiento. Pero que ello sucediera la víspera de la boda daba al hecho un valor exquisito. De los umbrales de las casas del puerto salían mujeres que, con los brazos en jarras, formaban grupos; se achacaba la tragedia a los zapatos nuevos de la víctima. Surgió una enorme simpatía hacia Tadeo Gilfoyle, hacia la familia, hacia todas las jóvenes que, estando a punto de casarse, necesitan hacer un viaje en tren. Se habló de una ceremonia a expensas públicas, con la banda de la cofradía, para dar tierra a los destrozados restos.

Aquella noche, muy tarde, Francisco, sin saber cómo, se halló en la iglesia de Santo Domingo, desierta por completo a la sazón. El oscilante pabilo de la lámpara del santuario era como un débil faro ante sus fatigados ojos. Arrodillado, rígido y pálido, sentía el inflexible abrazo del destino, circuyéndole. Nunca había conocido semejante momento de desolación, de abandono. No podía llorar, ni sus labios, fríos e inmóviles, conseguían articular una plegaria. Pero de su alma torturada brotaba un angustiado pensamiento. Primero, sus padres; Nora, después. No podía seguir ignorando aquellos testimonios de lo alto. Debía ir fuera, con el padre MacNabb, a San Morales. Se entregaría por completo a Dios, se haría sacerdote.

VI

Durante la Pascua de Resurrección de 1892 ocurrió en el Seminario Inglés de San Morales un hecho que hizo resonar toda la casa con notas de consternación. Uno de los estudiantes, entonces en el subdiaconado, desapareció por espacio de cuatro días enteros.

El Seminario, naturalmente, había conocido otros actos sediciosos desde que se fundara, cincuenta años antes, en las mesetas aragonesas. Hubo estudiantes que, amotinándose durante cosa de una hora, se iban a la posada, procurando facilitar su digestión y su conciencia con largos cigarros y aguardiente local. Una o dos veces había sido necesario sacar por las orejas a algún remisero atrapado en la Vía Amorosa de la población. Pero esto otro... Un estudiante había cruzado las abiertas puertas en plena luz del día y vuelto, media semana más tarde, por las mismas puertas y en un día más espléndido aún, polvoriento, desmelenado, sin afeitarse, ofreciendo todas las evidencias de una disipación horrible. Tras ello, y sin otra excusa que: «Me fui a caminar». Corrió escaleras arriba y durmió horas y horas. Tal audacia rayaba, francamente, en apostasía.

Durante el recreo discutían los seminaristas el caso con amedrentados tonos. Eran grupitos de oscuras siluetas, sobre las pendientes soleadas cubiertas de viñedos de brillante verdor. A sus espaldas se recortaba el seminario, de una blancura relampagueante sobre la tierra rojiza.

La opinión general juzgaba que Chisholm sería expulsado. El Consejo de Disciplina se reunió inmediatamente. Con arreglo a los precedentes, componían el Consejo, en los casos de infracciones graves, el rector, el administrador, el director de novicios y el primero de las clases. Tras alguna discusión preliminar, el tribunal abrió la sesión en el aula de teología, el día siguiente al retorno del fugitivo.

Fuera, deslumbraba la solana. De los olivos caían maduras aceitunas negras, estallantes bajo el sol. Llegaba un aroma de azahar desde el naranjal cercano a la enfermería. La tierra parecía resquebrajarse bajo el calor. Francisco entró con talante sereno en el salón blanco, de majestuosas columnas, con bruñidos bancos frescos y oscuros. La negra sotana de alpaca acrecía el aspecto de flacura del joven. Su cabellera, rapada y tonsurada, acusaba más sus pómulos, intensificaba el matiz de sus ojos, su expresión de contenida reserva. Y sus manos, tranquilas, no temblaban.

Ante él, en el estrado, había cuatro pupitres, ocupados ya por el Padre Tarrant, monseñor MacNabb, el Padre Gómez y el diácono Mealey. Notando una mezcla de desagrado y desdén en la mirada conjunta que le dirigían, Francisco bajó la cabeza mientras Gómez, director de novicios, leía con voz rápida la acusación.

Siguió un silencio. Habló después el Padre Tarrant.

—¿Qué explicación da usted?

A pesar de su placidez, Francisco se sonrojó. Persistió con la cabeza baja. Sus palabras sonaron torpes.

—Salí para caminar.

—Eso es obvio. Todos usamos nuestras piernas, sean nuestras intenciones buenas o malas. Aparte el evidente pecado de salir del seminario sin permiso, ¿eran malas las intenciones de usted?

—No.

—¿Bebió usted licores alcohólicos durante su ausencia?

—No.

—¿Fue a las corridas de toros, a la feria, al casino?

—No.

—¿Tuvo intimidad con mujeres de mala fama?

—No.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

Tras un silencio, oyóse la misma inarticulada réplica.

—Ya lo he dicho. No me comprenderían. Salí para andar.

Tarrant esbozó una leve sonrisa.

—¿Pretende convencernos de que ha pasado estos cuatro días vagando por el campo? —Virtualmente... sí...

—¿Adónde llegó?

—A Cosa.

—¿Cosa está a cincuenta millas!

—Eso creo.

—¿Fue con algún propósito definido?

—No.

Tarrant mordióse su delgado labio. No podía con la obstinación.

—Creo que miente usted, Chisholm.

—¿Por qué había de mentirle..., a usted?

El diácono Mealey exhaló una exclamación ahogada.

Su presencia allí era meramente formal. Como prefecto de los seminaristas constituía un símbolo, un guarismo representativo de la corporación estudiantil. Pero no pudo reprimir una afanosa súplica.

—¡Por Dios, Francisco! En nombre de todos los seminaristas, de todos los que te queremos, te ruego que te reportes. ¡Te lo imploro!

Francisco calló. El Padre Gómez, joven sacerdote español, director de novicios, inclinó la cabeza y murmuró a Tarrant:

—En la ciudad no hemos recogido ninguna prueba; pero podríamos escribir al párroco de Cosa.

Tarrant miró el rostro inteligente del español.

—Sí. Es buena idea.

Entre tanto, el rector habló. Incorporándose —más viejo y más lento que en Holywel—, dijo con voz lenta y amable:

—Bien comprendes, Francisco, que, dadas las circunstancias, una explicación tan genérica es poco adecuada. Al fin y al cabo, es algo seria una aventura así, no sólo por ir contra la disciplina del seminario y por la desobediencia, sino por el motivo íntimo que te ha impelido a ello. Dime: ¿no estás contento aquí?

—Estoy contento.

—Bien. ¿Y no tienes razones para dudar de tu vocación?

—No. Deseo más que nunca intentar hacer algún bien en el mundo.

—Eso me agrada mucho. ¿No deseas ser expulsado?

—No.

—Pues, entonces, dinos, a tu modo, cómo se te ocurrió emprender esa extraordinaria aventura.

Ante aquel estímulo alzó Francisco la cabeza. Hizo un gran esfuerzo. Sus ojos parecían ausentes; su rostro, conturbado.

—Acababa de estar en la capilla. Pero no podía rezar ni tranquilizarme. Me sentía inquieto. En la solana soplaba un viento caliente que aumentaba, no sé por qué, mi desazón. La rutina del seminario me pareció, de pronto, mezquina y vejatoria. Vi el camino, más allá de las puertas, blanco y cubierto de blanco polvo. Sin poder dominarme, salí al camino y anduve. Anduve toda la noche, millas y millas. Anduve...

—Todo el siguiente día —interrumpió el Padre Tarrant, satírico— ¡y el otro!

—Eso es precisamente lo que hice.

—En mi vida he oído tal cúmulo de insensateces. Es una ofensa a la inteligencia de este Consejo.

El rector, con adusta resolución, se incorporó en su asiento.

—Propongo aplazar la sesión, por el momento. —Y mientras los dos sacerdotes le miraban sorprendidos, dijo con energía a Francisco—: Por ahora, vete. Si te necesitamos, te llamaremos.

El joven salió en profundo silencio. Entonces, el rector se volvió a los otros y añadió plácidamente:

—No servirá de nada alborotarse. Hemos de ir con cuidado. Aquí hay algo más de lo que parece a primera vista.

Enojado por la intervención del rector, Tarrant se irritó:

—Esto es, simplemente, la culminación de una carrera desordenada.

—No del todo —rechazó el rector—. Desde que Francisco vino aquí ha sido aplicado y perseverante. ¿Hay alguna mala nota en su historial, Padre Gómez?

El Padre repasó las hojas que tenía ante sí en el pupitre. Habló lentamente, leyendo:

—No. Unas cuantas bromas pesadas. El invierno pasado prendió fuego a un periódico inglés que el Padre Despard estaba leyendo en la sala común. Preguntado por qué, respondió, entre risas: «El diablo siempre encuentra algo que hacer para las manos ociosas».

—Eso no hace al caso —dijo con energía el rector—. Todos sabemos que el padre Despard acapara cuantos periódicos vienen al seminario.

—Luego —siguió el Padre Gómez—, al ser nombrado para leer en el refectorio, substituyó la «Vida de San Pedro de Alcántara» por una cosa titulada «Cuando Eva robó el azúcar», lo que produjo, hasta que le interrumpimos, grande e impropia hilaridad.

—Una picardía inofensiva.

—Cuando —y el Padre Gómez volvió otra hoja— los estudiantes organizaron una representación sacramental en la que uno, vestido de niño, representaba el Bautismo, dos el Matrimonio, etc., lo cual, claro, se hacía con el debido permiso...

El Padre Gómez dirigió al Padre Tarrant una mirada de duda.

—Bien: en la espalda del cadáver simulado que simbolizaba la Extremaunción, Chisholm clavó el siguiente cartel:

*Aquí yace el Padre Tarrant,
He firmado a gusto su sentencia
Si alguna vez...*

—¡Basta! —interrumpió con energía el Padre Tarrant—. Tenemos que ocuparnos de algo peor que esos absurdos pasquines.

—Absurdos, sí —dijo el rector—, pero no maliciosos.

A mí no me parece mal que los jóvenes procuren divertirse un poco. No podemos ignorar el hecho de que Chisholm tiene un carácter raro, muy raro. Es un alma sensitiva, profunda, fogosa, propensa a accesos de melancolía. Y la oculta tras esas exageradas ingeniosidades. Es hombre de lucha, incapaz de ceder. Posee una extraña mezcla de sencillez pueril y lógica inflexible. Y, sobre todo, es un perfecto individualista.

Tarrant interpuso, acremente:

—El individualismo es una peligrosa cualidad en un teólogo. Eso dio origen a la Reforma.

—Nos apartamos del tema —dijo el rector—. No niego que ha existido una grave infracción de la disciplina y debe ser castigada, pero sin exceso. No puedo expulsar a un seminarista de la calidad de Chisholm sin asegurarme positivamente de que lo

merece. Por lo tanto, esperemos unos días. Estoy seguro de que ustedes están de acuerdo conmigo —añadió, levantándose con talante ingenuo.

Los tres sacerdotes dejaron el estrado. Los Padres Gómez y Tarrant se fueron juntos.

Los dos días siguientes flotó sobre el desgraciado Francisco un aire de suspensión. No se le imponía coerción alguna, ni ningún estigma aparente se le aplicaba. Pero, doquiera que entrase —la biblioteca, el refectorio, la sala común—, un singular silencio descendía sobre sus compañeros, que en vano reanudaban el coloquio con exagerada naturalidad, que a nadie convencía. Saber que era tema general de comentarios daba a Francisco traza de culpable. Hudson, su compañero de Holywell, también a la sazón en el subdiaconado, rodeábale de afectuosas atenciones, con el ceño fruncido. Anselmo Mealey capitaneaba otra facción que se sentía claramente ofendida. En el recreo, y tras de consultarse, se acercaron a la aislada figura. Mealey fue el portavoz.

—No deseamos ultrajarte estando en un mal momento, Francisco; pero esto nos afecta a todos es un baldón para los seminaristas en pleno. Nos parece que sería mucho más noble y varonil decir la verdad.

—¿Qué verdad puedo decir?

Mealey se encogió de hombros. Hubo un silencio. ¿Qué más podía hacer? Cuando se volvió para reunirse con los otros, le dijo:

—Hemos decidido hacer una novena por ti... Yo estoy más disgustado que nadie. Te tenía por mi mejor amigo.

Francisco hallaba difícil fingir normalidad. A veces salía a pasear por los terrenos del seminario y, de pronto, se detenía, recordando que su ruina provenía de un paseo. Erraba de un lado a otro, advirtiendo claramente que para el Padre Tarrant y los demás profesores, había dejado de existir. En las lecciones no escuchaba. Había semiesperado una llamada del rector, pero ésta no se producía.

Su impresión de congoja personal aumentaba. No lograba comprenderse a sí mismo. Era un enigma, un ser sin propósitos. Pensaba si no estarían justificadas las predicciones de que le faltaba vocación. Acometíanle locas ocurrencias de unirse, como hermano lego, a cualquier misión remota y peligrosa. A escondidas, frecuentaba mucho la iglesia. Ante todo, acuciábale la necesidad de afrontar su mundillo habitual con rostro falsamente tranquilo.

Al tercer día, miércoles, el Padre Gómez recibió una carta. Impresionado y satisfecho al ver confirmada la oportunidad de su ingenio, corrió al despacho del administrador. Esperó mientras el Padre Tarrant leía la nota. Tenía el talante de un perro inteligente que espera la recompensa de un hueso o una palabra amable.

La carta decía así:

Amigo mío:

Respecto a su estimada comunicación del pasado domingo, siento mucho informar a usted de que mis gestiones han esclarecido el hecho de que un seminarista de las señas que usted me da, con la estatura y color que usted define, fue notado en Cosa el 14 de abril. Se le vio entrar, al atardecer, en casa de una tal Rosa Oyarzabal y salir a la mañana siguiente, temprano. La mujer de que se trata vive sola, tiene mala reputación y no acude a la iglesia hace años.

Me complace ofrecerme, querido Padre.

Su muy adicto hermano en Jesucristo.

*Salvador Bolas
Párroco de Cosa.*

—¿Verdad que hemos empleado buena táctica? —murmuró el Padre Gómez.

—Sí, sí.

Y, con nublado ceño, el Padre Tarrant pasó ante el español. Llevando la carta con repugnancia, como si fuese algo obsceno, penetró en el cuarto del rector, al extremo del pasillo. Pero el rector estaba diciendo misa y permanecería ocupado durante media hora.

El Padre Tarrant no pudo esperar más. Cruzó el patio como un torbellino y entró, sin llamar, en el aposento de Francisco. Se encontraba vacío.

El joven debía de hallarse también en misa, El Padre Tarrant luchó con su furia como un caballo rebelde con su bocado. Sentóse al fin, resuelto a esperar, cargada de íntimas fulminaciones su figura delgada y morena.

La celda, aún más escueta que otras de su género, contenía un lecho, un baúl, una mesa y una silla. Sobre el baúl había una desvaída fotografía en la que una mujer angulosa, con un espantable sombrero, tenía de la mano a una niña vestida de blanco. La dedicatoria rezaba:

Cariños de tía Polly y de Nora.

El Padre Tarrant reprimió un gruñido de desdén. Luego, plegó los labios, viendo en la encalada pared una sola imagen, reproducción de la Madonna Sixtina, la Inmaculada.

De pronto descubrió sobre la mesa un cuaderno abierto, sin duda un diario. Exaltóse de nuevo, como un corcel nervioso, dilatadas las aletas de la nariz y con un fuego sombrío en los ojos. Luchó un momento con sus escrúpulos, mas al fin se levantó y, lentamente, dirigióse al libro. El Padre Tarrant era un hombre de honor y le repugnaba inmiscuirse, como una doncella curiosa, en secretos ajenos. Pero lo consideraba su deber. ¿Quién sabía qué otras iniquidades contendría el cuaderno? Con rostro desazonado y austero miró la página escrita.

¿No fue San Antonio quien habló de «conducta irrazonable, obstinada y perversa»? Con este solo pensamiento puedo consolarme del mayor disgusto que he tenido jamás. Si me expulsan de aquí, mi vida quedará rota. Soy un carácter miserablemente avieso, no logro pensar con la rectitud de los otros, no sé unirme a los demás. Pero deseo apasionadamente, con toda mi alma, servir a Dios. ¡Muchos ámbitos hay en la casa de Nuestro Padre! Caben en ella diversidades como Juana de Arco... y el Beato Benito Labre, por ejemplo, que permitía a los piojos correr sobre él.

Me han pedido que me explique. ¿Cómo explicar la nada, o lo que es tan obvio que raya en vergonzoso? Decía San Francisco de Sales: «Antes Seré reducido a polvo que quebrantar mi regla». Pero, cuando salí del seminario, yo no pensaba en las reglas ni en quebrantarlas. Ciertos impulsos son inconscientes.

Ello me ayuda a escribir esto y a dar a mi transgresión, ante mí, apariencias razonables.

Llevaba semanas durmiendo mal y pasando las calurosas noches en una febril inquietud. Acaso la vida me sea aquí más dura que a los otros, al menos juzgando por la voluminosa literatura que hay sobre el tema y en la que se describen los peldaños que llevan al sacerdocio como dulces e imperturbadas alegrías sucediéndose unas a otras. ¡Si nuestros queridos seculares supiesen lo que nosotros tenemos que luchar!...

Aquí, mi mayor dificultad ha sido la sensación de confinamiento, de inacción física —¡oh, qué mal místico sería yo!—, lo cual se agrava con los ecos y sonidos ajenos que penetran desde el mundo exterior. Luego, sigue la comprensión de que, teniendo ya veintitrés años, nada he hecho para ayudar a alma viviente y me enfebrecer la inquietud.

Según frase del Padre Gómez, las cartas de Willie Tulloch me proporcionan los más perniciosos estímulos. Ahora que Willie tiene el título de doctor y su hermana Juana el de enfermera, ambos trabajan para el Patronato que aplica la Ley de Pobres en Tynecastle, y corren muchas atractivas, aunque parasitarias, aventuras en las casas míseras. Sabiéndolo, me parece que yo debía estar ya luchando en el mundo.

Desde luego, lo haré algún día. He de ser paciente.

Pero mi presente fermentación ha venido a aumentarse con noticias de Ned y Polly. Me satisface saber que habían decidido trasladarse de la taberna e instalarse con la pequeña Judit en un pisito tomado por Polly en Clermont, en los arrabales de la ciudad. Pero Ned está enfermo, Judit es traviesa y Gilfoyle —encargado del establecimiento— se muestra muy mal

socio. Ned está aniquilado, no quiere salir y no se ve con nadie. Aquel su único impulso de ciega e incomprensible estupidez concluyó con él. Un hombre más vil hubiera reaccionado contra su abatimiento.

A veces, modelar la vida exige gran fe... ¡Querida Nora! Esta tierna vulgaridad que acabo de escribir encubre mil sendas de la mente y del sentimiento. Cuando el Padre Tarrant nos dio aquella su plática agendo contra dijo muy justamente: «Contra ciertas tentaciones no se puede luchar. Entonces hay que concentrar el ánimo y huir de ellas. Mi excursión a Cosa debe de haber sido esa especie de huida».

Al principio, aunque andaba de prisa, no me proponía alejarme mucho de las puertas del seminario. Pero el consuelo y la sensación de escapar de mí mismo que me producía el ejercicio violento, me impelieron. Sudaba espléndidamente, como un labriego en el campo, con esa transpiración salina que parece librar al cuerpo de sus humanas escorias. Mi alma se levantaba, empezaba mi corazón a cantar. Quería continuar andando hasta desplomarme.

Caminé todo el día sin comer ni beber. Debí de recorrer una gran distancia, porque, al acercarse la noche percibí el olor del mar. Cuando salieron las estrellas en el cielo pálido, desde lo alto de una cuesta divisé Cosa a mis pies. El pueblecito, en una caleta abrigada donde apenas llega el mar, mostraba acacias en flor a lo largo de su única calle y tenía una belleza casi celeste. Yo estaba muerto de fatiga. Me había salido una enorme ampolla en el talón. Pero, al descender la cuesta, el pueblo me acogió con su quieto ritmo de vida.

En la plazuela tomaban el fresco los pueblerinos. Olía el aire a flor de acacia y trocaban la sombra en penumbra las lámparas de la pequeña posada, donde se abría una puerta entre dos bancos de pino. En la suave penumbra, ante los bancos, algunos hombres jugaban a los bolos. Croaban las ranas cerca de la caleta. Los niños corrían, riendo. Todo era sencillo y hermoso. Aunque me constaba que no tenía una peseta en el bolsillo, me senté en uno de los bancos. ¡Oh, qué grato era descansar! Me sentía embotado por la fatiga. Sonaron, de pronto, en la quieta oscuridad, tras los árboles, populares dulzainas, en tono bajo, acorde con la noche. Quien no haya oído esos instrumentos ni sus sanes estremecedores y dulces no comprenderá mi encanto de aquel momento. Porque estaba encantado. Sin duda, como escocés, tengo en la sangre el amor a la gaita y a los instrumentos similares. Permanecía como narcotizado por la música, las sombras, la belleza de la noche y mi completa fatiga.

Resolví dormir en la playa. Pero cuando me levantaba llegó una bruma

desde el mar y envolvió, como un misterio, el poblado. En cinco minutos la plaza quedó llena de móviles volutas de vapor. Goteaban los árboles y todos los vecinos se habían retirado. Llegué, a regañadientes, a la conclusión de que debía dirigirme al párroco, «entregarme» y lograr un lecho. En aquel instante, una mujer sentada en el otro banco me habló. Durante algún tiempo había notado yo que me miraba con esa mezcla de piedad y desprecio que la mera vista de un religioso parece producir en los países cristianos.

Luego, como si leyese mis pensamientos, me dijo:

—La gente de aquí es dura. No le darán posada.

Era una mujer de unos treinta años, severamente vestida de oscuro, con el rostro pálido, los ojos negros y el cuerpo rollizo. Siguió, con indiferencia:

—Si quiere, puedo ofrecerle una cama en mi casa.

—No tengo dinero para pagar.

Había comenzado a llover. Ya habían cerrado la fonda.

Estábamos solos en los húmedos bancos de la plaza desierta, bajo las goteantes acacias. El absurdo de la situación pareció impresionar a la mujer. Se levantó.

—Me voy a casa. Si no es usted un necio aceptará mi hospitalidad.

Mi delgada sotana estaba empapada. Mi cuerpo comenzaba a tiritar. Reflexioné que, en volviendo al seminario, podría enviar a la mujer el precio de mi habitación. Alzándome, seguí a la desconocida por la estrecha calle, a mitad de la cual estaba su casa. Bajando dos peldaños pasamos a la cocina. Encendió la lámpara, quitóse el mantón negro, puso al fuego una chocolatera y sacó del horno una hogaza caliente. Colocó en la mesa un mantel de cuadros encarnados. El chocolate hirviendo y el pan caliente esparcían un olor grato en la limpia estancia.

Mientras servía el chocolate en tazas ordinarias me miró.

—Podía usted bendecir la mesa. Parece que así las cosas saben mejor.

Aunque era indudable la ironía de su voz, hice lo que me decía. Comenzamos a comer y beber. El sabor de las vituallas no necesitaba mejora alguna.

Me miraba sin cesar. Había sido, sin duda, una mujer bella, pero los vestigios de su belleza hacían que ahora sus ojos, de un negro oliváceo, pareciesen duros. En sus menudas orejas, muy pegadas a la cabeza, había pesados pendientes de oro. Sus manos eran regordetas como las de una Madonna de Rubens.

—Bien, curita, no tiene usted poca suerte con que le haya dejado venir. No crea que me simpatizan los sacerdotes. En Barcelona, cuando me cruzo con alguno, me río de él en sus narices.

No pude reprimir una sonrisa.

—No me extraña. Lo primero que los religiosos aprendemos es a que se rían de nosotros. La mejor persona que yo he conocido tenía la costumbre de predicar al aire libre y toda la población se burlaba de él. Le llamaban, por mofa, Daniel el Santo. En estos tiempos hay pocos que duden de que todo el que cree en Dios es un hipócrita o un tonto.

Bebió lentamente un sorbo de chocolate, mirándome por encima de la taza.

—Usted no es un tonto. Dígame, ¿le soy antipática?

—No. Se ha portado usted muy bien conmigo.

—Está en mi carácter. He tenido una vida muy triste.

Mi padre era un noble castellano que fue desposeído de sus bienes por el gobierno de Madrid. Mi marido mandaba un barco grande de la escuadra. Y murió el mar. Yo soy actriz y vivo aquí por ahora, hasta que me reintegren la hacienda paterna... Por supuesto, sospechará usted que no le cuento más que mentiras.

—Ciertamente.

No tomó mi broma como yo esperaba. Enrojeció un tanto y dijo:

—Es usted demasiado listo. Pero ya sé por qué está usted aquí, curita escapado.

Y, complacida con un tono de burla, añadió:

—La Madre Eva les hace olvidar a la Madre Iglesia.

Quedé confuso y comprendí luego lo que me indicaba.

Era tan absurdo que sentí ganas de reír. Pero también era enojoso, porque significaba que debía marcharme. Terminé el chocolate y el pan y, levantándome, tomé mi sombrero.

—Gracias por la colación. Era excelente.

Su expresión cambió. La sorpresa alejó toda su malicia.

—Entonces es usted un hipócrita —dijo, mordiéndose enfurruñadamente los labios—. ¡No se vaya! —exclamó al verme en la puerta.

Un silencio. Añadió, desafiadora:

—No me mire así. Puede hacer lo que quiera. Esto me divierte. ¡Había de verme usted las noches de los sábados, en la Cava de Barcelona, divirtiéndome más que se divertirá usted en toda su miserable vida! Suba y acuéstese.

Se produjo una pausa. La actitud de la mujer era ahora razonable. Fuera se oía la lluvia. Vacilé y, luego, me dirigí hacia las angostas escaleras. Tenía los pies hinchados y doloridos. Sin duda cojeaba mucho, porque ella exclamó de pronto:

—¿Qué les pasa a sus preciosos piecitos?

—Nada; unas ampollas.

Me miró con sus ojos extraños e insondables:

—Venga, se los lavaré.

Me hizo sentar, a despecho de mis protestas. Llenó un barreño con agua caliente, se arrodilló y me quitó las botas. Los calcetines se incrustaban en la carne viva. Los ablandó con agua y me los quitó también. Su insólita amabilidad me embarazaba. Me lavó los pies y me puso un unguento. Después se incorporo.

—Ahora se sentirá mejor. Le tendré preparados los calcetines mañana.

—No sé cómo agradeceré.

Dijo, inesperadamente, en un tono sombrío y singular:

—¡Qué va a hacer una, con esta vida que lleva!

Y, antes de que le pudiera contestar, alzó un cántaro en la mano y agregó“:

—No me venga con sermones o le rompo la cabeza. Su alcoba está en el segundo piso. Buenas noches.

Se volvió hacia la lumbre. Subí y hallé un cuartito en el desván. Me dormí pesadamente.

Cuando bajé, a la siguiente mañana, la mujer se movía por la cocina, preparando el café. Me dio el desayuno. Al despedirme quise expresarle mi gratitud. Pero me atajó en seco, con su triste y peculiar sonrisa.

—Es usted demasiado ingenuo para cura. Fracasará.

Me volví hacia San Morales, cojeando y asustado al pensar en cómo me acogerían. Y, en mi temor, anduve despacio.

Durante un prolongado momento, el Padre Tarrant permaneció inmóvil junto a la ventana; luego, lentamente, dejó el diario en su lugar, recordando de pronto que era él quien había aconsejado a Francisco que lo llevase. Metódicamente, rompió en pedacitos la carta del sacerdote español. Por una vez flaqueaba su rigidez, aquella austeridad férrea impresa en todas sus facciones por una implacable mortificación de sí mismo. Su rostro se convertía en juvenil, lleno de generosidad y meditación. Con la cerrada mano en que oprimía los restos de la carta golpeóse el pecho tres veces. Luego, giró sobre sus talones y salió del cuarto.

Mientras bajaba las anchas escaleras, la cabeza de Mealey apareció bajo las balaustradas en espiral. Viendo al Padre Tarrant, aquel seminarista modelo osó detenerle. Admiraba con exceso al administrador. Ser notado por él le daba una celestial alegría. Aventuró, modesto:

—Perdone, Padre. Todos estamos muy ansiosos de saber si hay... alguna novedad

acerca de Chisholm.

—¿Qué novedad?

—La de su expulsión.

El Padre Tarrant miró a su adicto con cierto remoto disgusto...

—Chisholm no será expulsado. —Y añadió con súbita violencia—: ¡Es usted un santo!

Aquella noche, mientras Francisco, en su cuarto, reflexionaba, ofuscado e incrédulo, sobre el milagro de su redención, un sirviente del colegio entrególe, en silencio, un paquete. Contenía una soberbia figura de la Virgen de Montserrat tallada en ébano, diminuta obra maestra de la artesanía española del siglo xv. Ningún mensaje acompañaba a cosa tan exquisita. Ni había una palabra de explicación. De pronto, en una febril ráfaga del pensamiento, Francisco recordó haber visto la Virgen sobre el reclinatorio del Padre Tarrant.

El rector, al hallar a Francisco a fines de la semana, puso el dedo en aquella manifiesta incoherencia.

—Me extraña, mozo, que hayas escapado impune, protegido por una tétrica pantalla de santidad. En mis tiempos, una aventura como la tuya (una «zambullida» la llamábamos nosotros) era un crimen punible. Como penitencia —y fijó en Francisco sus sagaces y chispeantes ojos— me escribirás un ensayo de dos mil palabras sobre «La virtud de caminar».

En el diminuto universo del seminario, las paredes tenían oídos, y los ojos de las cerraduras, una vista diabólica. La historia de la escapada de Francisco salió gradualmente a luz, uniéndose sus fragmentos pieza a pieza. Al pasar de boca en boca se agigantaba y mejoraba. Asumiendo así, al cabo, las facetas de una pulida joya, parecía que el caso había de acabar trocándose en clásico en la historia del seminario. Cuando el Padre Gómez reunió los detalles finales, escribió largamente a su amigo, el párroco de Cosa. El Padre Bolas quedó muy impresionado. Contestó con una radiante carta de cinco carillas, cuyo párrafo final quizá merezca ser reproducido:

Naturalmente, todo debiera de haberse coronado con la conversión de Rosa Oyarzábal. ¡Cuán maravilloso hubiera sido que viniese a mí, llorando y arrodillada, con verdadera contrición, como resultado de la visita de nuestro juvenil apóstol! No es así, ¡ay! Lejos de ello, asociada con otra mujer, ha abierto en Barcelona una mancebía.

III. EL FRACASO DE UN CURATO

I

Llovía intensamente en las primeras horas de aquella tarde de un sábado de enero en que Francisco llegó a Shalesley, en el empalme ferroviario, a unas cuarenta millas de Tynecastle. Pero nada era capaz de amenguar el fervor y el entusiasmo de su espíritu. Mientras el tren desaparecía entre el agua neblinosa, Chisholm permaneció esperando en el húmedo y abierto andén, recorriendo con sus vivos ojos la completa soledad de la estación. Nadie había ido a esperarle. Sin desalentar, recogió su maleta y penetró en la calle mayor del poblado minero. No le costaría gran trabajo encontrar la iglesia del Redentor.

Era su primer nombramiento, su primer curato. Casi le parecía inverosímil. Su corazón cantaba... ¡Al fin, al fin! Recién ordenado, tomaba su puesto en la batalla en pro de las almas.

Aunque la había previsto, jamás había encontrado fealdad como la que le rodeaba. Shalesley consistía en largas filas grises de casas y en pobres tiendas de objetos baratos. Entre los edificios se intercalaban extensiones de tierra sin cultivar, montones de escorias, humeantes aún a pesar de la lluvia, varias tabernas y algunas capillas. Dominábanlo todo las altas chimeneas negras de las Factorías Carboníferas Renshaw. Pero Francisco se dijo que no le interesaba el lugar, sino la gente.

La iglesia católica se hallaba en la parte oriental del pueblo, cerca de las factorías, armonizando con la escena. Era un edificio grande, de ladrillo rojo sin pulimentar, con ventanas góticas pintadas de azul, con una roja techumbre de placa metálica ondulada y un mohoso campanario. A un lado estaba la escuela y, al otro, la rectoría, ante la que se extendía un trozo de jardín lleno de cizaña y protegido por un roto vallado.

Respirando con profunda excitación, Francisco se acercó a la pequeña y caduca casa y tiró de la campanilla. Tras alguna espera, y cuando iba a repetir la llamada, apareció una mujer gruesa, con un delantal a rayas azules. La mujer examinóle y se inclinó.

—¡Oh, es usted, Padre! Su Reverencia le espera. Entre aquí —y señalaba amablemente la puerta de una habitación—. Qué tiempo, ¿eh? Voy a terminar la comida...

Francisco entró en el cuarto. Sentado a una mesa cubierta de blanco mantel y ya servida, un sacerdote grueso y cincuentón interrumpió los impacientes golpes que daba con el tenedor y saludó a su nuevo vicario.

—Vaya, por fin ha llegado usted. Siéntese. Francisco tendió la mano.

—¿El Padre Kezer, supongo?

—¡Claro! ¿A quién esperaba encontrar? ¿Al rey Guillermo de Orange? Llega,

usted a tiempo para la cena —y volviéndose hacia atrás gritó, en dirección a la contigua cocina—: ¡Señorita Cafferty! ¿Va usted a estar con sus preparativos toda la noche?

Dirigiéndose a Francisco, añadió:

—Vamos, siéntese ya. Deje ese aire de caído de las nubes. Supongo que sabrá jugar a las cartas. Me gusta hacer una partida por las noches.

Francisco sentóse a la mesa. Entró la Cafferty con una fuente tapada, llena de chuletas y huevos cocidos. El Padre Kezer se sirvió dos huevos y un par de chuletas. La señorita Cafferty puso otro plato para Francisco, y el Padre Kezer alargó la fuente a su coadjutor.

—Sírvase usted mismo y no haga remilgos. Aquí tendrá que trabajar de firme. Por lo tanto, coma.

Por su parte lo hacía rápidamente, sin dar descanso a sus fuertes y crujientes mandíbulas, ni a sus manos activas, pobladas de vello. Era recio, tenía la cabeza redonda y rapada, y la boca, grande. De su nariz chata, de anchas ventanillas, brotaban oscuros pelos, manchados de tabaco. Daba impresión de fuerza, de autoridad. Cada movimiento suyo era una obra maestra de inconsciente afirmación de sí mismo. Mientras, cortando un huevo en dos, se echaba la mitad a la boca, sus ojuelos examinaban a Francisco, juzgándole, como un carnicero pondera los méritos de un venado.

—No parece usted muy fuerte. Poco peso, ¿eh? No sé qué clase de coadjutores nos mandan ahora. El último era debilísimo. Merecía llamarse pulga y no Lee, porque no tenía los riñones de un insecto. Es la tontería continental lo que les arruina a ustedes. En mis tiempos... Bueno, los que salíamos de Maynoot éramos hombres.

—Espero —sonrió Francisco— que me halle usted fuerte de estómago y de miembros.

—Ya veremos —gruñó Kezer—. Cuando termine, vaya a confesar. Yo iré después. No habrá muchas confesiones hoy, con esta humedad. Mis feligreses son gente haragana que se agarran con gusto a cualquier excusa.

Ya en su cuarto del piso alto, de frágiles tabiques, amueblado con un macizo lecho y un enorme armario victoriano, Francisco lavóse la cara y manos en el manchado lavabo. Luego, se apresuró a bajar al templo. El Padre Kezer no le había dado una impresión favorable, pero reflexionó que debía ser ecuánime, porque las opiniones inmediatas son, a menudo, injustas. Largo rato permaneció en el frío confesionario, aún señalado con las letras F. Lee.

El nombre de su antecesor, oyendo batir la lluvia en el techo de metal. Al fin, saliendo de aquél, recorrió la vacía iglesia. El espectáculo era deprimente: el templo estaba desnudo como un granero, y no muy limpio. Se había realizado un desdichado intento de fingir mármoles en la nave con una pintura verde oscura. La imagen de

San José había perdido una mano, luego torpemente reparada. El Vía Crucis estaba representado con deplorables pinturas. En el altar, unas chillonas flores de papel, dentro de mohosos jarrones de bronce, eran una ofensa para los ojos. Pero tales penurias no hacían sino agrandar la oportunidad de Francisco. El tabernáculo no faltaba. Y Francisco se arrodilló ante él con palpitante fervor, ofreciéndole su vida.

Habituado al culto ambiente de San Morales, especie de casa de reposo para predicadores e intelectuales, hombres bien nacidos y educados que se movían entre Madrid, Londres y Roma, Francisco encontró los primeros días de su empleo cada vez más espinosos. Kezer no era hombre de trato fácil. Irascible por naturaleza e inclinado a la adustez, la edad, la experiencia y su fracaso en el intento de ganarse el afecto de su grey le habían tornado duro como el acero.

Antaño había tenido una excelente parroquia en la Población playera de Eastcliffe. Pero se manifestó tan antipático, que las gentes de nota de la población pidieron al obispo que lo trasladase. El incidente, primero muy amargamente lamentado por Kezer, acabó convirtiéndose para él en un acto de sacrificio personal. Solía comentar, espiritualmente: «Por mi propia: voluntad descendí del trono a las gradas... ¡Pero aquéllos sí que eran buenos tiempos!».

La Cafferty, su cocinera y ama de llaves, le era muy adicta. Llevaba años con él. Le comprendía, era de su misma índole, recibía y devolvíale cordialmente sus bufidos, y se estimaban entre sí. Cuando él iba a pasar sus seis semanas anuales de vacaciones en Harrogate, autorizaba a su ama para que fuese a pasar con su propia familia las suyas.

Personalmente, los hábitos de Kezer eran poco refinados. Andaba a pasos recios por su dormitorio, abría y cerraba con estrépito el cuarto de baño. En toda la casa repercutían sus sonidos.

La Parroquia era pobre, la iglesia tenía fuertes deudas y, a pesar de una rígida economía, Kezer se veía y se deseaba para atender a todas las necesidades. Por lo tanto, asistíale legítima razón en lo concerniente a exponer el caso ante sus feligreses. Pero su genio vivo era mal sustituto del tacto. En sus sermones, sólidamente plantado sobre los pies, la cabeza agresivamente echada hacia atrás, fustigaba a su escasa grey por su indiferencia.

Y, tronitoso, hacía la colecta por sí mismo, mirando, acusador, a sus feligreses mientras les ponía delante la bandeja.

Sus peticiones habían provocado una acre disensión entre él y los fieles. Cuanto más vociferaba, menos daban ellos. Furioso, planeaba nuevos medios, e intentó estimular los donativos distribuyendo entre los fieles sobrecitos de papel tela. Cuando le dejaron los sobres vacíos, él, furioso, exclamó:

—¡Cómo tratan al Señor!

En aquel encapotado cielo financiero había, no obstante, un brillante sol.

Sir Jorge Renshaw, propietario de las factorías de Shalesley y de otras quince minas de carbón en el condado, no sólo era hombre de inmensos recursos, y católico, sino, además, inveterado filántropo. Aunque su mansión señorial de Renshaw estaba a setenta millas de distancia, en el extremo de la región, la iglesia del Redentor había adquirido un puesto en su lista de dádivas. Todas las Navidades, con escrupulosa regularidad, llegaba un cheque de cien guineas al párroco Kezer.

Una Guineá —decía el sacerdote, saboreando la palabra—. No simples libras. Ah, ése sí que es un caballero.

Sólo había visto a sir Jorge dos veces, en ciertas reuniones de Tynecastle, muchos años atrás, pero hablaba de él con reverencia y unción. Acuciábale el temor latente de que el magnate, sin culpa del párroco, le cortara sus subvenciones.

A fines del primer mes que pasaba en Shalesley, el trato íntimo con el Padre Kezer empezó a influir en Francisco. Continuamente estaba en tensión nerviosa. No le extrañaba que el joven Padre Lee hubiera experimentado un trastorno neurótico. La vida espiritual del nuevo coadjutor quedaba abrumada, y su sentido de los valores, confundido. Miraba al Padre Kezer con creciente hostilidad. Entonces, rependiéndose interiormente, esforzándose por tener humildad y obediencia.

Su trabajo parroquial era particularmente duro, sobre todo en invierno. Tres veces a la semana tenía que ir en bicicleta a Broughton y Glenburn, dos distantes aldehuelas, a fin de celebrar la misa, confesar y dar clase de catecismo en el local municipal. La indiferencia de los feligreses aumentaba sus dificultades. Hasta los niños se mostraban lánguidos, evasivos. Había mucha y muy descorazonadora pobreza; toda la Parroquia parecía hundida en una apatía insípida y trasnochada. Francisco decía con vigor que no debía rendirse a la rutina. Consciente de su incapacidad e ineficacia, ardía en deseos de ayudar a aquellos pobres corazones, socorriéndolos y reanimándolos. Ansiaba encender una chispa, convertir las cenizas en fuego, aunque sólo fuese esto lo único que consiguiera.

Lo peor era que el párroco, astuto y atento, parecía notar, con una especie de adusto humorismo, las dificultades que el coadjutor hallaba, como si Kezer se dispusiera a reajustar el idealismo del otro fundiéndolo en su propio sentido práctico y común. Una vez que Francisco volvió, empapado y rendido, tras diez millas en bicicleta bajo el viento y la lluvia, con motivo de visitar a un enfermo en Broughton, el Padre Kezer condensó su actitud en una sola frase:

—Procurar salvar a la gente no es lo que usted pensaba, ¿eh? —y añadió con naturalidad—: Aquí no hay más que gentuza.

Francisco se sonrojó profundamente al responder:

—Cristo murió por la gentuza.

Profundamente trastornado, el joven trataba de infligirse mortificaciones. Comía poco, contentándose a menudo con té y una tostada. A veces despertaba en plena

noche, torturado por sus inquietudes, y bajaba a la iglesia. Sombrío y silencioso, bañado en pálida luz lunar, el austero edificio perdía su desagradable crudeza. Francisco, arrodillándose, oraba con impetuosa violencia, pidiendo a Dios valor para afrontar las tribulaciones de los comienzos y cuando, al fin, miraba la herida figura de la cruz, viéndola paciente, sufridora, suave, sentía su alma llena de paz.

Una vez, poco después de medianoche, mientras, tras una de aquellas visitas, subía de puntillas las escaleras, halló al Padre Kezer esperándole. El párroco, con sus ropas de dormir y un abrigo encima, empuñando una vela, estaba plantado sobre sus peludas piernas en el descansillo, cerrando con enojo el camino.

—¿Qué está usted haciendo?

—Voy a mi cuarto.

—¿Dónde ha andado?

—En la iglesia.

—¡Cómo! ¿A esta hora de la noche?

—¿Por qué no? —sonrió Francisco—. No creo despertar con ello a Nuestro Señor.

—No, pero me despierta a mí —dijo el párroco, montando en cólera—. No le permitiré esto. En mi vida he oído tal extravagancia. Yo gobierno una Parroquia, no una orden religiosa. Ore usted durante el día lo que quiera; mientras esté a mis órdenes, dedique la noche a dormir.

Francisco reprimió la fuerte respuesta que a la lengua le acudía. En silencio, se encaminó a su dormitorio. Si quería hacer algún bien en la Parroquia debía doblegarse y acatar a su superior. Procuró pensar sólo en las virtudes del Padre Kezer: su franqueza y decisión, su singular jovialidad, su castidad diamantina.

Pocos días después, escogiendo un momento que juzgó propicio, abordó diplomáticamente al párroco.

—He estado pensando, Padre... Este distrito está tan disperso... No hay sitios adecuados de diversión... ¿Por qué no formamos un círculo para los jóvenes de la Parroquia?

—¡Ajá! —exclamó el Padre Kezer, que estaba de buen humor—. Buscamos popularidad, ¿eh, muchacho?

—¡Oh, Dios mío, no! —repuso Francisco, procurando seguir la corriente al párroco, en su afán de lograr lo que deseaba—. No pretendo presumir. Pero un círculo podría retirar a los muchachos de las calles y a los hombres maduros de las tabernas, desarrollándolos física y socialmente, e incluso —y sonrió— infundiéndoles ganas de frecuentar la Iglesia.

—¡Ja, ja! —rezongó Kezer—. ¡Cómo se conoce que es usted joven! Me parece usted peor que Lee... En fin, haga lo que quiera. Pero las gracias que le dé esta gentuza podrá contarlas con los dedos de una mano.

—Le estoy muy reconocido, muy reconocido, Padre.

Sólo quería su permiso.

Con febril entusiasmo se aplicó Francisco a la tarea. Donald Kyle, director de la mina de Renshaw, era un escocés católico hasta las cachas, que había dado algunos signos de buena voluntad. Otros dos empleados de la mina eran también feligreses: Morrison, listero y encargado de pesos, cuya mujer a veces ayudaba en la rectoría, y Creeden, jefe del equipo de barreneros. El director dio a Francisco permiso para usar como local el botiquín de la mina tres noches a la semana. Con la ayuda de los otros dos, Francisco procuró despertar interés en pro del círculo. Todo el dinero propio que poseía no llegaba a dos libras, pero hubiera preferido morir a pedir la ayuda de la Parroquia. Escribió, pues, a Willie Tulloch, cuya profesión le ponía en contacto con los centros recreativos de Tynecastle, rogándole que le procurase algún equipo atlético viejo.

Desconcertado sobre el modo de iniciar la aventura, decidió por fin que nada atraería a los jóvenes tanto como un baile. En la sala había un piano y Creeden era excelente violinista. Fijó, pues, un cartel en la puerta de la Cruz Roja, y cuando llegó el jueves gastó su capital en montar un servicio de bollos, fruta y limonada.

El éxito de la reunión, tras los primeros momentos de dificultad, superó las más extremadas esperanzas. Tanta gente acudió al final que pudieron organizarse ocho turnos de lanceros. La mayor parte de los mozos no tenía zapatos y bailaba con sus botas mineras. En los intermedios se sentaban en los bancos adosados a la pared, enrojecidos y contentos, mientras las muchachas iban al bufete a refrescar. Al valsar cantaban la letra del baile. Un grupito de mineros que salían del trabajo, se reunieron a la puerta, mirando, blancos los dientes sobre sus rostros enhollinados. Al cabo, se unieron al cantar y uno o dos de los más decididos participaron en la danza. Fue una velada muy agradable.

En la puerta, con las «buenas noches» de todos repercutiéndole en los oídos, Francisco pensaba, inundado de trémula alegría: «Empiezan a animarse. Gracias a Dios, esto ha comenzado...».

A la siguiente mañana apareció el Padre Kezer, durante el desayuno, colmado de ira.

—¿Qué es lo que he oído? ¡Algo espléndido! ¡Un ejemplo regio! Debiera caérsele la cara de vergüenza.

Francisco le miró, asombrado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya lo sabe usted. Esa infernal baraúnda que armó anoche.

—Me dio usted permiso... hace sólo una semana.

—No le di permiso —gruñó el párroco— para organizar un promiscuo rigodón en la misma puerta de mi iglesia. Bastante trabajo me cuesta ya mantener puras a las

muchachas para que venga usted a introducir contactos y manoseos.

—Toda la velada fue inocente en absoluto.

—¡Inocente! ¡Por el Dios que nos oye! —El Padre Kezer estaba intensamente enrojecido, en su cólera— ¿No sabe usted, pobre ingenuo, que esa clase de galanterías conducen a que se junten y enlacen cuerpos y piernas? Y eso despierta malos pensamientos en las mentes de los jóvenes. De ahí dimanaban concupiscencias, carnalidad y lujuria.

La reprimida amargura de los últimos dos meses estalló en Francisco en una tempestuosa oleada.

—Es imposible encadenar a la Naturaleza. Si así se hace, ella se vuelve contra uno y le vence. Es natural y bueno que los jóvenes y las muchachas tengan trato y bailen juntos. Es un prelude natural de los noviazgos y del matrimonio. Debemos acostumbrarnos a educar el sexo y a procurar su unión lícita, no a huir de él como de una serpiente. Si se intenta, se fracasa y, además, se convierte en fangoso lo que es puro y limpio.

Un horrible silencio. Las venas del cuello del Padre Kezer estaban hinchadas, purpúreas.

—¡No permitiré a mis feligreses jóvenes que frecuenten las salas de baile!

—Entonces irán por los campos y las callejas.

—Miente usted —afirmó el Padre Kezer—. La castidad de los jóvenes de esta Parroquia se mantiene incólume. Sé lo que me digo.

—Sin duda —replicó Francisco con acritud—. Pero las estadísticas demuestran que en Shalesley hay más porcentaje de nacimientos ilegítimos que en toda la diócesis.

Pareció, un momento, que el párroco iba a sufrir un ataque. Abrió y cerró las manos convulsivamente, como buscando alguien a quien_ estrangular. Balanceándose un tanto sobre sus pies, alzó un dedo y apuntó con él a Francisco.

—Las estadísticas demostrarán también otra cosa. Y es que no habrá un solo círculo parroquial en cinco millas a la redonda de esta casa. Su hermoso plan queda concluido, aplastado. Ya lo sabe. Y, en este caso, no tengo más que una palabra.

Sentóse airadamente a la mesa y comenzó con furia su desayuno.

Francisco despachó la colación rápidamente y subió a su alcoba, pálido y conmovido. A través de los cristales polvorientos veía el botiquín donde se guardaba la caja de guantes de boxeo que, enviada por Tulloch, llegara la víspera. Todo inútil, prohibido... Una terrible emoción alzase en él. Pensó rápidamente: «No puedo seguir sometiéndome, no puede Dios permitir tal acatamiento. He de luchar, de imponerme al Padre Kezer, y no por mí mismo, sino por el bien de esta pobre y abandonada Parroquia». Le desgarraba un desbordante amor, un inconcebible anhelo de ayudar a aquellas infelices gentes, que eran su primera responsabilidad ante Dios.

Durante los días inmediatos, mientras cumplía las rutinas de la Parroquia, esforzose febrilmente por levantar la interdicción que pesaba sobre su círculo. Aquel círculo simbolizaba la emancipación de la Parroquia. Pero cuanto más él se empeñaba, más inexpugnable parecía la actitud del Padre Kezer.

Interpretando a su modo la calma de Francisco, el párroco mostraba un mal oculto júbilo. ¡Él sabía domarlos, hacer inclinar la cerviz a aquellos cachorrillos fatuos! El obispo comprendería lo que él valía viéndole devolver uno tras otro a tantos coadjutores. Su áspera sonrisa se ensanchó.

De improviso, Francisco tuvo una idea. Ocurriósele con fuerza abrumadora. Quizá fuese una probabilidad remota, pero podía triunfar. Su faz pálida se coloreó ligeramente. Casi prorrumpió en un grito. Con un gran esfuerzo pudo calmarse. «He de probar, he de probar —pensaba— tan pronto como concluya la visita de tía Polly».

El había dispuesto que tía Polly y Judit fueran a pasar unos días en Shalesley durante la última semana de junio. Shalesley no era, ciertamente, un sitio muy saludable. Pero estaba a buena altura y el aire era puro. El fresco verdor de la primavera ponía en la local fealdad un toque de transitoria belleza. Y Francisco, sobre todo, deseaba dar a Polly un merecido descanso.

El invierno había sido duro para ella, en lo financiero y en lo físico. Según su propia frase, Tadeo Gilfoyle estaba arruinando la taberna, bebiendo más de lo que vendía, no exhibiendo justificantes y procurando quedarse para sí los restos del negocio. La dolencia crónica de Ned había tomado un sesgo inesperado: hacía dos meses que, parálítico de las piernas, le era imposible atender a nada. Confinado en una silla de ruedas, últimamente se había vuelto irresponsable e irracional. Sufría alucinaciones absurdas, hablaba a personas inexistentes, mencionaba a Tadeo su yate de vapor y su fábrica de cerveza de Dublín. Un día, burlando los cuidados de Polly y ayudado por Scanty, dio un espectáculo grotesco: fue a las tiendas de Clermont y encargó una docena de sombreros. El doctor Tulloch, llamado por Polly, dijo que el mal de Ned no se debía a parálisis, sino a un tumor en el cerebro. Y él procuró el enfermero que a la sazón sustituía a Polly.

Francisco hubiera deseado que su tía y Judit ocupasen el cuarto destinado a los visitantes, en la rectoría. De hecho, uno de sus sueños era tener una Parroquia propia, donde Polly fuese su ama de llaves y Judit, protegida. Pero la actitud del Padre Kezer ponía fuera del caso el pedirle hospitalidad. En casa de la señora Morrison, Francisco encontró un alojamiento adecuado para sus parientes. Y el 21 de junio llegaron Polly y Judit.

En la estación, recibéndolas, sufrió un repentino dolor en el corazón. Polly, figura bravamente erguida aún, se apeaba del tren conduciendo de la mano, como antaño condujera a Nora, a una niña menuda, morena, de cabello brillante.

—Polly, querida Polly... —murmuró el joven, hablando como para sí.

Ella había cambiado algo. Estaba, acaso, un tanto más ajada, más hundidas sus mejillas angulosas. Usaba la misma chaquetilla, los mismos guantes y sombrero. Nunca gastaba un penique en sí misma, sino siempre en los demás. Había cuidado de Nora, de Francisco, de Ned y, ahora, de Judit. Francisco sintió henchido su pecho pensando en la abnegación de aquella mujer. Adelantándose, la abrazó.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Polly. Eres... eres eterna.

—¡Oh, válgame Dios! —dijo ella, buscando un pañuelo en su monedero—. ¡Qué viento hace! No sé lo que se me ha metido en un ojo.

Él tomó su brazo y el de Judit, y las acompañó a su alojamiento.

Hizo cuanto podía para que pasasen el tiempo contentas. Por las tardes daba largos paseos con Polly. El orgullo que ella manifestaba viendo lo que había llegado a ser su sobrino, era conmovedor. Apenas le hablaba de sus disgustos.

Pero reconocía tener una ansiedad: Judit era un problema.

La niña, de diez años entonces, concurría a la escuela, en Clermont. Era una mezcla rara. Exteriormente, tenía una atractiva franqueza, pero, en el fondo, era reservada y recelosa. Amontonaba toda clase de cosas raras en su alcoba y se enfurecía si se las tocaba. Exteriorizaba locos entusiasmos, rápidamente desvanecidos. Otras veces aparecía tímida e incierta. Nunca reconocía sus faltas y, para ocultarlas, acumulaba mentira sobre mentira. La insinuación de que no decía la verdad le hacía prorrumpir en torrentes de indignadas lágrimas.

Con estas referencias, Francisco hizo cuanto pudo para ganarse la confianza de la niña. La llevaba frecuentemente a la rectoría, donde ella, con la completa inconsciencia de la infancia, se instalaba como en su casa, entrando a veces en el propio despacho del Padre Kezer, trepando a su sofá, manoseando sus documentos y sus pisapapeles. Aquello era conturbador, pero el párroco no protestaba y por eso Francisco no reprimía a la pequeña.

El último día de la breve temporada, mientras tía Polly había salido para dar un último y largo paseo sola, y Judit, al fin, se había sentado a mirar, en paz, un libro de estampas en el cuarto del coadjutor, sonó un golpe en la puerta. Era la señorita Cafferty. Se dirigió a Francisco.

—El señor cura desea verle inmediatamente.

Francisco enarcó las cejas ante tan insólito requerimiento. Había un acento ominoso en las palabras del ama. Se levantó despacio.

El Padre Kezer esperaba en su cuarto. Por vez primera en varias semanas miró a la cara a Francisco.

—Esa niña es una ladrona.

Francisco nada dijo. Pero sintió un repentino vacío en su interior.

—He confiado en ella. La he dejado jugar aquí. Me parecía muy simpática, a

pesar... —y el párroco se interrumpió ásperamente.

—¿Qué ha cogido? —preguntó Francisco, sintiendo rígidos los labios.

—¿Qué suelen coger los ladrones?

El Padre Kezer se dirigió a la chimenea, donde había varios cartuchos, cada uno de doce peniques, cuidadosamente envueltos en papel blanco por sus propias manos. Tomó uno.

—Ha robado el dinero de las recaudaciones. Es peor que robar, es simonía. Mire.

Francisco examinó el cartucho. Había sido abierto y torpemente vuelto a cerrar. Faltaban tres peniques.

—¿Por qué culpa usted a Judit de esto?

—No soy un necio —gruñó Kezer— Llevo toda la semana echando peniques de menos y sepa usted que los marco todos.

Sin decir palabra, Francisco se encaminó a su cuarto.

El párroco le siguió.

—Enséñame tú monedero, Judit.

La niña pareció abrumada. Pero reaccionó en seguida y dijo con una sonrisa de inocencia:

—Lo dejé en casa de la señora Morrison.

—No; aquí está —repuso Francisco, sacándolo del bolsillo de la niña.

Era una bolsita nueva, de cuero, que Polly regalara a Judit antes de las vacaciones. Francisco la abrió con el corazón desfallecido. Dentro había tres peniques, todos marcados en el anverso con una cruz.

El párroco habló, a la vez ultrajado y triunfante:

—¿Lo ve usted? ¡Ah, chiquilla perversa! ¡Robar a Dios! —y miró a Francisco—. Merecería ser castigada. Si dependiese de mí, la conduciría a la policía.

—No, no —sollozó Judit—. Me proponía devolverlo, de verdad que sí.

Francisco estaba muy pálido. La situación era horrible para él. Procuró recobrar el valor.

—Bien —dijo—. La llevaré a la Policía y la entregaré al sargento Hamilton.

Los sollozos de Judit se tornaron histéricos. El Padre Kezer, impresionado, gruñó:

—Me gustaría ver si lo hace.

Francisco cogió el sombrero y la mano de Judit.

—Vamos, Judit, valor. Diremos al sargento Hamilton que el Padre Kezer te acusa del robo de tres peniques.

Mientras Francisco conducía a la niña hacia la puerta, asomaron a los ojos del Padre Kezer turbación primero y positiva aprensión después. Había hablado más de la cuenta. El sargento Hamilton, un orangista, no era amigo suyo. Habían tenido algunas rudas querellas. Y ahora, esta trivial acusación... Se vio objeto de la mofa de todo el pueblo. Balbució:

—No es menester que vaya.

Francisco pareció no oírle.

—¡Alto! —gritó el Padre Kezer. Y, dominando su carácter, añadió: Demos esto por olvidado. Reprenda usted mismo a la chiquilla.

Y salió de la habitación, enojadísimo.

Cuando Polly y Judit volvieron a Tynecastle, Francisco, con rápida reacción, quiso explicarse ante el párroco, expresar su sentimiento por el minúsculo hurto de la niña. Pero el Padre Kezer le cortó en seco. Se sentía en mala posición y ello le tornaba más acre aún. Además, no tardaría en salir de vacaciones y quería poner las peras a cuarto a su vicario antes de dejarle en su puesto.

Hosco, apretada la boca, procuraba hacer caso omiso de la presencia de Francisco. Había convenido con el ama en que le sirviese las comidas a solas, antes que al otro sacerdote. El domingo precedente a su marcha predicó un violento sermón dirigido especialmente a Francisco, sobre el tema: «No robarás».

Aquel sermón resolvió al joven. En cuanto concluyó el Oficio, fue a casa de Donald Kyle, lo llevó aparte y hablóle con sofrenada intensidad. Gradualmente se encendió una luz en los ojos de Kyle, dudoso acaso, mas esperanzado, animado. Murmuró, al fin:

—Dudo que podamos hacerlo. Pero estoy con usted en todo.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

La mañana de un lunes salió el Padre Kezer para Harrogate, donde pasaría seis semanas tomando las aguas. Por la tarde partió el ama hacia su Rosslare natal. El martes, temprano, Francisco buscó a Kyle en la estación. Kyle llevaba una cartera cargada de papeles y un reluciente folleto recién impreso por una empresa carbonífera rival, de Nottingham. Vestía su ropa mejor y su talante era casi tan resuelto como el de Francisco. Tomaron el tren que salía de Shalesley a las once.

Transcurrió lentamente el largo día y no volvieron hasta el anochecer. Recorrieron el camino en silencio, mirándose a la cara. Francisco parecía cansado y su expresión no revelaba nada. Pero quizá fuese significativo que el director minero sonriera con solemnidad al decirle: «Buenas noches».

Pasaron normalmente los cuatro próximos días. Y, de improviso, empezó un período de extraña actividad, la cual estaba centrada junto a las minas, cosa no rara, puesto que eran el eje del distrito. Francisco pasaba buen rato entre las nuevas obras, consultando con Kyle, mirando los planos azules del arquitecto, vigilando las brigadillas de trabajadores. Era notable lo de prisa que el nuevo edificio crecía. En quince días se elevó más alto que el pabellón del botiquín, y al mes ya estaba completo. Llegaron luego carpinteros y encaladores. Los martillos eran como un son de música en los oídos de Francisco. Olía con placer el aroma del serrín. A veces

ayudaba a los operarios, que le apreciaban. Había heredado de su padre la afición al trabajo manual.

Sólo en la rectoría, donde nadie acudía salvo la nada enojosa señora Morrison, sustituta del ama de llaves, libre de las mortificaciones de su superior, el fervor del joven no conocía límites, y un resplandor puro emanaba de él. Se veía más próximo al pueblo, quebrantando recelos, entrando gradualmente en las vidas monótonas de aquellas gentes, llevando a ojos furtivos y obtusos un repentino y pasmado fulgor. Era una sensación gloriosa, mezcla de objetivo y de consecución, como si, abarcando la pobreza y tristeza que le rodeaban, llegase, piadoso y rebosando ternura, al umbral del invisible Dios.

Cinco días antes del regreso del párroco, Francisco escribió la siguiente carta:

*Shalesley,
15 septiembre 1897.*

Querido sir Jorge:

El nuevo centro recreativo que usted ha donado generosamente al pueblo de Shalesley está ahora virtualmente terminado. Será un inmenso beneficio, no sólo para los trabajadores de las minas de usted y para las familias de esos trabajadores, sino para todos los habitantes de este disperso distrito industrial, prescindiendo de las diferencias de clase y de credo. Se ha formado una junta sin carácter partidista y se ha redactado un resumen de lo que ya hemos discutido. Por la copia que le incluyo verá cuán amplio es nuestro programa de invierno: clases de boxeo y esgrima, cultura física, lecciones de higiene elemental y baile todos los jueves.” Considerando la liberalidad con que acogió usted sin vacilar la tímida y acaso poco autorizada gestión del señor Kyle y mía, me siento abrumado. Cualquier palabra de gratitud sería por completo inadecuada. El verdadero reconocimiento consistirá en el bien que usted habrá hecho a los trabajadores de Shalesley y en los provechos que resultarán, sin duda, de este incremento de unidad social.

Nos proponemos empezar con una velada de gala el día 21 de septiembre. Si acude usted a honrarnos con su presencia, nuestra satisfacción será completa.

Créame muy sinceramente suyo,

*Francisco Chisholm,
Curato de la Iglesia del Redentor.*

Al poner la carta en Correos hízolo con una singular y tensa sonrisa. Sus palabras

las dictaba el corazón y eran ardorosamente sinceras. Pero sus piernas temblaban.

A mediodía del 19, un día después que su ama de llaves, reapareció el Padre Kezer. Fortificado por las aguas salinas, estallaba de energía. Según su frase, sentía ansia de empuñar las riendas. Llenó la rectoría con su presencia ruidosa, morena, peluda; saludó a voces al ama; pidió una buena comida y recogió la correspondencia. Luego, se sentó a comer, frotándose las manos. En su plato había un sobre. Abriólo y examinó el tarjetón impreso.

—¿Qué es esto?

Francisco, reuniendo todo su valor, humedeció sus secos labios.

—Parece ser una invitación a la velada inaugural del nuevo Círculo Atlético y Recreativo de Shalesley. También yo he recibido otra.

Mirando con ceño la tarjeta que sostenía al extremo de su brazo extendido, el Padre Kezer dijo:

—¿Un Círculo recreativo? Y a nosotros ¿qué? ¿Qué centro es ése?

—Un centro muy bueno. Se ve desde la ventana —y Francisco añadió, tembloroso—: Es un don de sir Jorge Renshaw.

—Sir Jorge... —empezó el Padre Kezer, estupefacto. Corrió a la ventana, mirando largo tiempo las impresionantes proporciones de la nueva construcción. Volvió luego, sentóse y, lentamente, empezó a comer. Su apetito no parecía corresponder al de un hombre que vuelve de purificarse el hígado. Lanzaba a Francisco las fulminantes miradas de sus ojos pequeños, abatidores. Su silencio henchía la sala.

Al fin Francisco habló torpemente, con tensa sencillez.

—Decida usted, Padre. Usted ha prohibido el baile y todo recreo en común. Por otra parte, si nuestros fieles, al no cooperar, aíslan el Círculo y hacen suspender las danzas, sir Jorge se sentirá mortalmente ofendido, porque viene en persona el jueves, para la inauguración.

Francisco mantenía fijos los ojos en el plato. El Padre Kezer cesó de comer. Su grueso y jugoso filete no le atraía más que un sucio trapo de cocina. Levantóse bruscamente, estrujando el tarjetón en su puño, con súbita violencia.

—¡No iremos a esa sucia y endemoniada inauguración! ¡No iremos! ¿Me oye? Sépalo de una vez y para siempre.

Y se precipitó fuera del comedor.

La noche del jueves, el Padre Kezer, recién afeitado, con la camisa limpia y vistiendo su mejor ropa, su rostro evidenciando un terrible compromiso entre alegría y adustez, penetraba en el Círculo. Francisco le seguía.

El nuevo local rebosaba de luz y animación. Llenábalo por completo la gente obrera del pueblo. En un estrado se sentaban los notables locales: Donald Kyle y su mujer, el médico de la mina, el maestro municipal y otros dos sacerdotes. Cuando

Francisco y Kezer se sentaron, hubo un prolongado vitor; después, unos cuantos aullidos y una sonora risa. El Padre Kezer juntó las mandíbulas con ira.

El ruido de un coche que llegaba incrementó la expectación. Un minuto después, entre una gran ovación, sir Jorge aparecía en el estrado. Era un hombre de mediana estatura, de unos sesenta años, brillante su calva cabeza rodeada de un ribete de blanco pelo. Su bigote era plateado también, y sus mejillas, de un vivo tono rojizo. Poseía esa notable mezcla de blanco y rosado que algunas personas rubias tienen en sus años de ocaso. Parecía extraño que aquel hombre tan sencillo en el vestir y en los modales poseyera tan enorme poder.

Escuchó con simpatía el desarrollo de la ceremonia, atendió el discurso de bienvenida de Kyle y, por su parte, pronunció unas cuantas palabras. Concluyó amablemente:

—En justicia, me complace señalar que la primera sugestión de este muy plausible proyecto provino directamente de la visión y amplitud de ideas del Padre Francisco Chisholm.

Hubo ensordecedores aplausos. Francisco enrojeció. Su suplicante mirada dirigíase con remordimiento a su superior.

El Padre Kezer, maquinalmente, alzó dos veces las manos y uniólas sin ruido, con una sonrisa de mártir hastiado. Luego, al iniciarse la danza, miró fijamente a sir Jorge, que giraba por el salón llevando por compañera a la joven Nancy Kyle. Tras esto, el párroco se desvaneció en la noche. La música de los violines le siguió a la calle.

Cuando Francisco volvió a la rectoría, tarde ya, el Padre Kezer esperaba en la fría sala, con las manos sobre las rodillas.

Tenía una traza singularmente inerte. Toda belicosidad se había disipado en él. En los últimos diez años había vencido a más coadjutores que mujeres tuvo Enrique VIII. Y, ahora, un coadjutor le vencía a él. Dijo con una voz sin inflexiones:

—Tendré que informar de esto al obispo.

Francisco sintió que el corazón le daba un salto. Pero no cedió. Pasárale lo que le pasara, la rigidez del Padre Kezer estaba quebrantada. El párroco continuó, sombrío:

—Quizá le convenga a usted un cambio. El obispo puede decidirlo. El deán Fitzgerald necesita otro coadjutor en Tynecastle. El joven Mealey, amigo de usted, está allí ya, ¿no?

Francisco callaba. No sentía el deseo de abandonar aún aquella Parroquia que comenzaba a resurgir lentamente. Pero aunque se viera forzado a hacerlo, su sucesor encontraría menos dificultades. El Círculo continuaría.

Escuchó con simpatía el desarrollo de la ceremonia, atendió el discurso de bienvenida de Kyle y, por su parte, pronunció unas cuantas palabras. Concluyó amablemente:

—En justicia, me complace señalar que la primera sugestión de este muy plausible proyecto provino directamente de la visión y amplitud de ideas del Padre Francisco Chisholm.

Hubo ensordecedores aplausos. Francisco enrojció. Su suplicante mirada dirigiase con remordimiento a su superior.

El Padre Kezer, maquinalmente, alzó dos veces las manos y uniólas sin ruido, con una sonrisa de mártir hastiado. Luego, al iniciarse la danza, miró fijamente a sir Jorge, que giraba por el salón llevando por compañera a la joven Nancy Kyle. Tras esto, el párroco se desvaneció en la noche. La música de los violines le siguió a la calle.

Cuando Francisco volvió a la rectoría, tarde ya, el Padre Kezer esperaba en la fría sala, con las manos sobre las rodillas.

Tenía una traza singularmente inerte. Toda belicosidad se había disipado en él. En los últimos diez años había vencido a más coadjutores que mujeres tuvo Enrique VIII. Y, ahora, un coadjutor le vencía a él. Dijo con una voz sin inflexiones:

—Tendré que informar de esto al obispo.

Francisco sintió que el corazón le daba un salto. Pero no cedió. Pasárale lo que le pasara, la rigidez del Padre Kezer estaba quebrantada. El párroco continuó, sombrío:

—Quizá le convenga a usted un cambio. El obispo puede decidirlo. El deán Fitzgerald necesita otro coadjutor en Tynecastle. El joven Mealey, amigo de usted, está allí ya, ¿no?

Francisco callaba. No sentía el deseo de abandonar aún aquella Parroquia que comenzaba a resurgir lentamente. Pero aunque se viera forzado a hacerlo, su sucesor encontraría menos dificultades. El Círculo continuaría, y ello siempre era un principio. Vendrían más cambios. No sentía entusiasmo personal, sino una plácida, casi visionaria, esperanza. Dijo en voz baja:

—Siento haberle trastornado, Padre. Créame que sólo deseaba favorecer a esta... «gentuza»...

Sus miradas se encontraron. El Padre Kezer fue el primero en apartarla.

II

Un viernes, a finales de Cuaresma, en el comedor de la rectoría de Santo Domingo, Francisco y el Padre Slukas se sentaban a mediodía ante la parva refacción de bacalao y moreno pan sin manteca que se les servía en buena plata victoriana y fina porcelana azul de Worcester. En esto, el padre Mealey volvió de visitar un enfermo, para lo que le habían llamado temprano. Por las maneras reprimidas de su amigo, por la indiferencia con que se sirvió, comprendió en el acto Francisco que algo preocupaba a Anselmo. El deán Fitzgerald, durante la Cuaresma, comía solo en el piso alto, y los tres coadjutores hacían penitencia sin él. Pero el Padre Mealey, mascando sin gusto, ligeramente coloreada su tez, no habló hasta el fin de la refacción. Sólo cuando el lituano hubo limpiado de migas su barba, alzándose, inclinándose y partido, cedió la tensión de Mealey. Hizo una larga inspiración:

—Si no tienes compromiso, Francisco, quisiera que me acompañases esta tarde.

—Estoy libre hasta las cuatro.

—Entonces, ven. Como amigo y compañero de sacerdocio, quiero que seas el primero...

Se interrumpió. No deseaba decir más; no quería desvelar el hondo secreto de sus palabras.

Francisco llevaba dos años como segundo coadjutor de Santo Domingo, donde seguía rigiendo el Padre Gerardo Fitzgerald, ahora ascendido a deán, con Anselmo como primer auxiliar. Completaba el personal el Padre Slukas, lituano, necesario estorbo que había de admitir a causa de los muchos emigrados polacos hacinados en Tynecastle.

El cambio desde el remoto Shalesley a esta familiar Parroquia ciudadana, donde los servicios se cumplían con cronométrica puntualidad y la iglesia era elegantemente perfecta, había dejado en Francisco una curiosa huella. Le satisfacía estar cerca de tía Polly, poder tener próximos a Ned y a Judith, ver a los Tulloch —Juana y Willie— una vez a la semana. Sentía un extraño consuelo, una sensación de apoyo indefinible en la reciente elevación de monseñor MacNabb, el rector de San Morales, al obispado de la diócesis. Pero el aire de reciente madurez del joven, las arrugas que rodeaban sus ojos firmes, la delgadez de su cuerpo, daban silenciosos signos de que la transformación no había sido fácil.

El deán Fitzgerald, refinado y exigente, orgulloso del hecho de ser un hombre distinguido, era el polo opuesto del Padre Kezer. Y aunque Francisco se esforzase en ser imparcial, el deán, en verdad, no carecía de ciertos prejuicios. Aprobaba cálidamente a Mealey, su principal favorito; prescindía en redondo del Padre Slukas, a causa de su mal inglés, de sus maneras en la mesa, de su costumbre de anudarse la

servilleta bajo la barba, de su extraña tendencia a combinar un sombrero flexible con la sotana; y mostraba hacia su otro coadjutor una extraña reserva. Pronto comprendió Francisco que su humilde cuna, sus relaciones con la Taberna de la Unión y con toda la tragedia de los Bannon, sería para él una desventaja que no vencería fácilmente.

Y, luego, ¡tuvo tan mal principio! Harto de la rutina, Francisco había osado, a poco de su llegada, predicar una sencilla homilía, nueva y original, en que recogía sus propios pensamientos sobre la integridad personal del hombre. El deán Fitzgerald — ¡ay!— condenó tajantemente la peligrosa innovación. Por indicación suya, Anselmo, al domingo siguiente, subió al púlpito y ofreció el adecuado antídoto: una magnífica perorata sobre la Estrella de los Mares. Allí había peligros marinos, y barcas cruzando la barra y ganando puerto, y todo terminaba con los brazos dramáticamente extendidos. Todas las mujeres de la congregación lloraban; y, después, mientras Anselmo comía con apetito un buen almuerzo de chuletas de carnero, el deán le felicitó cordialmente:

—Muy elocuente, Padre Mealey, mucho. Hace veinte años oía a nuestro obispo pronunciar un sermón que era casi idéntico.

Acaso aquellos discursos opuestos determinaran la carrera ulterior de ambos jóvenes. Según los meses pasaban, Francisco no podía dejar de comparar, abatido, su mediocre actuación con el notable éxito de Mealey. Este Padre era una personalidad en la Parroquia. Siempre estaba animado, siempre alegre, con la risa pronta y una confortadora palmada en la espalda a todo el que veía disgustado. Trabajaba mucho y con entusiasmo, llevaba en el chaleco un cuadernito lleno de anotaciones de sus compromisos, y nunca rechazaba una invitación a pronunciar un discurso o una plática tras una comida. Editaba la «Gaceta de Santo Domingo», periodiquillo noticioso y, a veces, incluso humorístico. Salía mucho y tomaba el té en las mejores casas, sin que nadie le tachase de presumido por ello. Cada vez que un clérigo eminente aparecía en la ciudad, Anselmo acudía a visitarle y se sentaba, admirativo, a sus pies. Más tarde le enviaba una bien escrita carta, expresando ardientemente el beneficio espiritual que había encontrado con tal visita. Merced a esta sinceridad, se granjeaba muchas amistades influyentes.

Existían, desde luego, limitaciones a su capacidad de trabajo. Desempeñaba activamente el cargo de secretario del Centro Misional Diocesano de Tynecastle —un proyecto muy caro al obispo— y laboraba sin cesar para complacer a Su Ilustrísima; pero había tenido que ceder a Francisco, aunque a disgusto, la dirección del Círculo de Jóvenes Obreros, en Shand Street.

Las casas que rodeaban a Shand Street eran las peores de la ciudad, en su mayoría edificios muy altos y dedicados al subarriendo. Aquella maraña de cubiles había llegado, con bastante propiedad, a ser considerada como demarcación propia de Francisco. Aunque los resultados parecían minúsculos y sin importancia, no por eso

tenía el joven menos quehacer. Hubo de acostumbrarse a mirar la pobreza cara a cara, a contemplar sin estremecerse las tristezas y oprobios de la vida, la eterna ironía de la pobreza. No era una comunidad de santos la que tenía ante sí, sino de pecadores y tal compasión le inspiraba que, a veces, estaba a punto de llorar.

—¡Qué manera de hacer guiños! —díjole Anselmo, reprochador.

Casi con un sobresalto, Francisco despertó de sus meditaciones. El Padre Mealey le esperaba, sombrero y bastón en mano, junto a la mesa. Sonrióle, aquiescente, y se levantó.

Hacía una tarde fresca y buena, con una brisa viva.

Anselmo, limpio, sano, natural, caminaba a buen paso, saludando campechanamente a los feligreses. La popularidad de que gozaba no le ensoberbecía. Para sus muchos admiradores su mérito mayor era la manera con que parecía excusarse de sus perfecciones.

Pronto notó Francisco que se encaminaban al nuevo suburbio recientemente añadido a la Parroquia. Extramuros de la ciudad, había en marcha muchas edificaciones sobre el parque de una antigua finca campestre. Movíanse obreros con espuelas y carretillas. Casi inconscientemente, Francisco reparó en un cartel:

*Para compra de tierras en la finca Hollis,
acúdase a Malcolm Glennie, procurador.*

Pero Anselmo continuaba, cuesta arriba, pasando por unos campos verdes y bajando por un sendero entre árboles, a la izquierda. Era grato hallar aquel rincón rural tan cerca de la urbana perspectiva de chimeneas.

De pronto, Mealey se detuvo con la quieta excitación de un sabueso.

—¿Sabes dónde estamos, Francisco? ¿Has oído hablar de este lugar?

—Por supuesto.

Francisco había pasado a menudo por allí. Era una pequeña hondonada de rocas cubiertas de líquenes, protegidas por amarillas retamas y rodeada por un bosquecillo de hayas cobrizas. El rincón más bello en varias millas a la redonda. A menudo se había preguntado el Joven por qué se llamaba a tal paraje, indistintamente, «El Pozo» y «El Pozo de María». El fondo llevaba seco cincuenta años.

—Mira.

Cogiendo su brazo, Mealey se inclinó hacia delante.

De las áridas rocas brotaba una cristalina fuente. Hubo un singular silencio. Bajándose después, Mealey cogió agua entre las manos y la bebió como si cumpliera un rito.

—Pruébala, Francisco. Debemos agradecer el privilegio de figurar entre los primeros.

Francisco encorvóse y bebió. El agua era dulce y fresca.

Sonrió.

—Tiene buen gusto.

Mealey miróle con discreta indulgencia y no sin cierto airecillo protector.

—Yo, amigo, diría un gusto celestial.

—¿Hace mucho que mana?

—Desde ayer por la noche, al ponerse el sol.

Francisco rió.

—Realmente, Anselmo, hoy eres como un oráculo délfico, lleno de portentos y signos. Vamos, cuéntamelo todo. ¿Quién te habló de esto?

Mealey movió la cabeza.

—No puedo... todavía...

—Pues me has despertado una condenada curiosidad.

Anselmo sonrió, complacido. Luego, recuperó su expresión solemne.

—Aún no puedo quebrantar los sellos, Francisco. Tengo que ver al deán Fitzgerald. Él debe entenderse con esto. Entre tanto, confío en ti y sé que respetarás mi confidencia.

Francisco conocía a su amigo harto bien para insistir más.

De vuelta a la ciudad, Francisco, separándose de su camarada, fue a Glanville Street, a visitar a un enfermo. Un muchacho llamado Owen Warren, miembro de su Círculo, había recibido un golpe en una pierna durante un partido de fútbol, unas semanas antes. El joven —un mozo pobre y mal nutrido— no dio importancia a la lesión. Cuando se apeló al médico de la Beneficencia, ya la herida se había convertido en una peligrosa úlcera en la espinilla.

Esto trastornó a Francisco, tanto más cuanto que el doctor Tulloch no osaba emitir un pronóstico. Aquella tarde, preocupado con consolar a Owen y a su disgustada madre, olvidó por completo la extraña e inconclusa excursión de poco antes.

Pero, a la siguiente mañana, altas y conminatorias voces en la estancia del deán le hicieron recordar el incidente.

La Cuaresma constituía una dura penitencia para Fitzgerald. Era hombre justo y ayunaba, mas el ayuno sentaba mal a su cumplido y elegante cuerpo, acostumbrado al estímulo de ricos y nutritivos jugos. Mal de salud y mal de humor, se recogía en la rectoría, sus ojos turbios no querían reconocer a nadie, y cada noche marcaba con una cruz una fecha del calendario.

Aunque Mealey gozase de alto favor ante el deán, exigía considerable destreza abordarle en la tal ocasión. Francisco oyó la voz de Anselmo responder, persuasiva e impetrante... a la irascible brusquedad del deán. Al fin la voz suave triunfó. Como gota de agua —reflexionó Francisco— horadando el granito a fuerza de insistencia.

Una hora después, el deán, muy mal humorado, salió de su estancia. El Padre

Mealey le aguardaba en el vestíbulo. Salieron juntos en un coche de alquiler hacia el centro de la ciudad. Tres horas estuvieron ausentes. Cuando volvieron era la hora de almorzar y, por una vez, el deán quebrantó su rutina sentándose a la mesa de los coadjutores. Aunque nada comió, pidió una taza grande de café francés, su único lujo en un desierto de mortificaciones. Sentado de lado, cruzadas las piernas, su figura elegante y apuesta difundía, mientras apuraba el negro y aromático brebaje, un ambiente de calidad, casi de camaradería, como si estuviese algo fuera de sí mismo en virtud de una interna e intensa exaltación. Dijo, reflexivo, a Francisco y al sacerdote polaco (y era notable que incluyese al Padre Slukas en su mirada amistosa):

—Debemos dar las gracias al Padre Mealey por su persistencia ante mi incredulidad, un tanto violenta. Es mi deber, naturalmente, mantener el más completo escepticismo respecto a... ciertos fenómenos. Pero nunca había visto, ni esperado ver, semejante manifestación en mi propia Parroquia.

Se interrumpió, tomó la taza de café e hizo un generoso ademán de renuncia, dirigiéndose a su primer coadjutor.

Le asiste a usted el derecho de contarle todo, Padre. El color algo subido del día anterior persistía en la faz de Mealey. Aclaróse la garganta y comenzó, con voz viva y ponderada, como si el incidente que describía requiriese su más formal elocuencia:

—Una de nuestras feligresas, una joven que lleva algún tiempo enferma, salió de paseo el lunes de esta semana. Como deseamos, ante todo, ser precisos, diré que era el 15 de marzo, y la hora, las tres y media de la tarde. El motivo de la excursión no era ocioso, pues esa muchacha es un alma devota y ferviente, no inclinada a cosas perniciosas o superfluas. Iba a pasear y a tomar el aire puro, de acuerdo con las instrucciones de su médico, el doctor Guillermo Brine, que vive en el número 42 de Boyle Crescent y que, nos consta, es un médico de intachable y, aun puedo decir, de altísima integridad.

El Padre Mealey bebió un poco de agua y continuó:

—Cuando la joven volvía de su paseo, murmurando una plegaria, acertó a pasar por el punto llamado «Pozo de María». Caía el crepúsculo y los últimos rayos del sol iluminaban con pura radiación el encantador paisaje. La joven se detuvo para admirarlo, y he aquí que, de pronto, vio, con sorpresa, a una dama vestida de blanco, con un manto azul y una diadema de estrellas sobre la frente. Guiada por un santo instinto, la católica muchacha se postró de rodillas. La dama le sonrió con inefable ternura y le dijo: «Hija mía, tú, aunque enferma, eres de las elegidas», y luego, volviéndose, pero hablando todavía con la muchacha, que seguía atónita y respetuosa, añadió: «¿No es triste que este pozo que lleva mi nombre esté seco? Recuerda que, para ti y para los que son como tú, ocurrirá lo que vas a ver». Y con una última y bella sonrisa desapareció. En aquel instante, una fuente de agua exquisita brotó de la estéril roca.

Cuando Mealey concluyó se produjo un silencio. El deán expuso:

—Como dije, abordamos esta delicada materia con la mayor incredulidad. No esperamos milagros a la vuelta de cualquier esquina. Las jóvenes suelen ser románticas y el nacimiento de la fuente podía ser una simple coincidencia. Sin embargo —y su acento denotaba profunda satisfacción— acabo de realizar un largo interrogatorio a la muchacha, en compañía del Padre Mealey y el doctor Brine. Como pueden ustedes imaginar, esa visión solemne produjo una gran conmoción en la joven. Hubo de guardar cama en seguida, y en cama permanece desde entonces.

Su voz se hizo más lenta y rebosaba inmensa significación.

—Aunque la joven está contenta y normal y parece físicamente bien nutrida, en todos estos cinco días no ha comido ni bebido.

Guardó el silencio que tal hecho merecía y prosiguió:

—Además... además les aseguro que muestra inequívocamente los benditos estigmas. Es demasiado pronto para hablar aún, mientras no se recojan pruebas concluyentes; pero —continuó con aire de triunfo— tengo un fuerte presentimiento, rayano casi en certeza, de que en esta Parroquia hemos sido favorecidos por el Altísimo participando en un milagro comparable, y acaso de tan vasto alcance, como los que dieron a nuestra religión la recién encontrada gruta de Digby y el más antiguo e histórico santuario de Lourdes.

Era imposible no sentirse afectado por el vivo relato.

—¿Quién es la joven? —preguntó Francisco.

—Carlota Neily.

Francisco miró al deán. Abrió los labios y volvió a cerrarlos.

Se hizo un impresionante silencio.

Los días siguientes aportaron nuevas emociones a la rectoría. Nadie hubiera podido ser más apto para afrontar aquella crisis que el deán Gerardo Fitzgerald. Aunque hombre de sincera devoción, era discreto también en materias mundanas. Larga y bien ganada experiencia en el Consejo Local de Enseñanza y en los organismos urbanos le daban diestras maneras de afrontar los asuntos temporales. No permitió que trasluciese al exterior ningún detalle del suceso, ni aun a los medios parroquiales. El deán era dueño de la situación. Sólo obraría cuando todo estuviese dispuesto.

El suceso, tan milagrosamente insólito, le infundía un hálito de nueva vida. En muchos años no había conocido tal satisfacción interior en lo espiritual y en lo material. En el deán había una extraña mezcla de piedad y de ambición. Sus excepcionales atributos parecían destinarle a una gran carrera en la Iglesia. Y él anhelaba esa carrera acaso tanto como el progreso de la Santa Iglesia misma. Agudo erudito en la historia contemporánea, a veces se comparaba para sí con Newman. Sin

duda, merecía igual eminencia... Y, no obstante, permanecía estancado en Santo Domingo. La sola distinción obtenida, la recompensa de veinte brillantes años, había sido el modesto ascenso a la categoría de deán, título infrecuente en la Iglesia Católica y que a menudo le perturbaba en sus viajes fuera de la ciudad, haciéndole ser confundido con un clérigo anglicano, lo cual le enojaba mucho.

Quizás advirtiese que, aunque se le admiraba, no se simpatizaba con él. Cada día sentíase más decepcionado. Procuraba resignarse, pero, aun en los momentos en que, inclinando la cabeza, decía: «Hágase tu voluntad, Señor», en el fondo, más allá de su humildad, pensaba: «A estas alturas ya debían haberme dado la muceta».

Ahora cambiaba. Que le dejaran en Santo Domingo.

Santo Domingo se convertiría en un santuario esplendente. Tomaba a Lourdes por modelo y, más recientemente aún, recordaba el extraordinario caso de Digby, en Midlands, donde la fundación de una gruta milagrosa, con muchas curaciones auténticas, había convertido la mezquina aldea en una floreciente población y elevado, a la vez, una parroquia desconocida, pero afortunada, a la categoría de institución nacional.

El deán se entregaba a espléndidas visiones de una ciudad nueva, una gran basílica, un triduo solemne. Veíase a sí mismo entronizado con rígidas vestiduras... Pero pronto se recobró y aplicóse a proveer los medios oportunos. Su primer acto fue situar en casa de Carlota Neily a una monja dominicana, la Hermana Teresa, mujer discreta y de confianza. Tranquilizado por los impecables informes de la monja, el deán empezó a tocar los aspectos legales. Por fortuna, el «Pozo de María» y todas las tierras adyacentes pertenecían al patrimonio de la rica y antigua familia de los Hollis. El capitán Hollis no era católico, pero estaba casado con una católica: la hermana de sir Jorge Renshaw. Mostróse, pues, amistoso y bien dispuesto. Él y su procurador, Malcolm Glennie, mantuvieron durante varios días prolongadas conferencias con el deán, ayudándole en sus tratos con jerez y galletas. Al fin se logró un arreglo amistoso y justo. El deán no tenía personal interés en el dinero. Mirábalo despectivamente, como una impureza. Pero las cosas que el dinero podía adquirir sí eran importantes, y él necesitaba asegurar el futuro de su espléndido proyecto. Nadie, no siendo un necio, podría ignorar que el valor de aquellas tierras iba a elevarse a las nubes.

El último día de las negociaciones, Francisco se topó con Glennie en el corredor del piso alto de la rectoría. Se hallaba sorprendido viendo a Glennie encargado de los asuntos de los Hollin. Mas el procurador, al establecerse, había comprado los negocios de una antigua firma, con el dinero de su mujer, y pronto logró una cartera de primera línea.

—Hola, Malcolm —dijo Francisco, tendiéndole la mano. Me alegro de verte.
Glennie le correspondió con efusión.

—Pero me sorprende —añadió Francisco— verte en la casa donde se venera a la Virgen.

El procurador respondió con una tenue sonrisa. Tartamudeó:

—Soy hombre liberal, Francisco... y, además, tengo que ganarme los peniques.

Callaron. Francisco había pensado con frecuencia en reanudar la amistad con los Glennie. La muerte de Daniel le disuadió, y aún le disuadió más un encuentro casual con la señora Glennie en Tynecastle. Cuando él cruzaba la calle para saludarla, ella, viéndole con el rabillo del ojo, huyó como si viera al diablo.

—Me entristeció mucho —dijo Francisco— enterarme de la muerte de tu padre.

—Sí, sí. Le echamos mucho de menos. Claro que, el pobre, era un fracasado tan grande...

—¿Fracasado quien va derecho al cielo? —bromeó Francisco.

—Sí, claro... Supongo que estará allí.

Glennie manoseó vagamente el emblema que llevaba en la cadena de su reloj. En lo físico, tendía ya a una anticipada madurez, con la faz abotagada, los hombros y el vientre caído, el escaso cabello peinado a tiras, a lo ancho, sobre su cráneo calvo. Pero sus ojos, aunque ligeramente evasivos, eran taladradores y agudos. Mientras se encaminaba hacia la escalera, hizo a Francisco una tibia invitación.

—Visítanos cuando puedas. Estoy casado y tengo dos hijos, como ya sabrás... Mi madre vive con nosotros.

Malcolm Glennie tenía un interés particular en la beatífica visión de Carlota Neily. Desde su primera juventud venía acechando pacientemente la oportunidad de adquirir riqueza. Había heredado la ardiente avaricia de su madre y parte de su acendrada astucia. Olía dinero en aquello que juzgaba una ridícula patraña papista. Lo excepcional del caso le convencía de sus posibilidades. Allí estaba su oportunidad, a punto de caerle en las manos como un fruto maduro. No se presentaría de nuevo en toda una vida.

Mientras trabajaba con interés para su cliente, Malcolm recordó que todos habían olvidado una cosa. Secretamente, y con grandes gastos, hizo ejecutar un reconocimiento geológico del lugar. Entonces se confirmó lo que él había sospechado. Aquel manantial llegaba a la finca recorriendo una remota y más alta extensión de tierra de brezales.

Malcolm no era rico aún. Mas, reuniendo todos sus ahorros e hipotecando su casa y negocio, reunió lo bastante para adquirir una opción de compra de aquella tierra. Le constaba cuáles serían los resultados de un pozo artesiano abierto allí. El pozo nunca se abriría, pero llegaría a un acuerdo pecuniario con la amenaza de ese pozo, y tal acuerdo convertiría a Malcolm Glennie en un gran señor acaudalado.

Mientras el agua seguía fluyendo, cristalina y dulce, Carlota Neily persistía en su éxtasis, con sus estigmas y sin alimentarse y Francisco continuaba orando,

meditativo, para que le fuese dado el don de la fe.

¡Si pudiese ser como Anselmo, que lo aceptaba todo, blanda y sonriente! Francisco creía, creía... mas sólo mediante un esfuerzo de fe debido a sus exploraciones en las casas míseras, tras de lo cual había de quitarse en el baño las pulgas que llenaban sus ropas... Pero nunca creía con facilidad, salvo cuando se hallaba con los enfermos, con los lisiados, con las gentes de aspecto ceniciento y vencido. La crueldad de la presente prueba, su dificultad en admitir el milagro, conmovía sus nervios y marchitaba en él la alegría de la plegaria.

Quien en verdad le conturbaba era la propia muchacha. Sin duda, Francisco tenía un prejuicio, porque la madre de Carlota Neily era hermana de Tadeo Gilfoyle. El padre de la joven era un sujeto versátil e inconsciente, piadoso pero irresoluto, hasta el punto de que a diario quitaba de su modesta cerería velas con que iluminar el altar de una capilla para que Dios le diera éxito en el negocio que, por otra parte, abandonaba. Carlota sentía por la Iglesia el mismo cariño que su padre. Más a Francisco le acometía una preocupante sospecha de que las cosas inherentes a la religión habían influido en los nervios de la muchacha. No negaba su intachable bondad, ni la puntualidad con que cumplía sus deberes religiosos. En cambio, recordaba que se lavaba mal y que le olía el aliento.

El siguiente sábado, mientras Francisco bajaba por Glanville Street, absurdamente deprimido, advirtió que el médico Tulloch salía del número 143, la casa de Owen Warren. Francisco llamóle y empezaron a caminar juntos.

Willie se había desarrollado con los años, pero, por lo demás, había cambiado poco. Lento, tenaz y recio, leal con sus amigos, hostil a sus enemigos, tenía, hombre ya, toda la sinceridad de su padre, pero poco de su simpatía y nada de sus modales. Sobre su rostro rubicundo y rudo, con una nariz defectuosa, campeaba una mata de ingobernable cabello. Su aspecto transparentaba laboriosidad y decoro. Su carrera médica, aunque no brillante, era buena. Le gustaba su profesión, pero despreciaba las ambiciones. Aunque hablaba a veces de «ver el mundo» y correr aventuras románticas en tierras exóticas, permanecía aferrado a su empleo en la Beneficencia, empleo que no le exigía almibaradas falsedades en las alcobas de los enfermos y le capacitaba para decir casi siempre lo que sentía. Anclábanle a su cargo la rutina y su natural propensión a vivir al día. Además, nunca ahorraba dinero. Su sueldo no era elevado, y gran parte de sus ingresos los gastaba en *whisky*.

Era muy descuidado en su porte. Aquella mañana no se había afeitado. Sus ojos aparecían sombríos en las hondas cuencas y todo su aspecto resultaba más desaliñado que de costumbre, como si lo hiciera en protesta contra el mundo. Dijo concisamente que Warren estaba peor y que había ido a cortarle una tira de tejido para su examen patológico.

Prosiguieron a lo largo de la calle, sumidos en uno de sus peculiares silencios

mutuos. De pronto, en un impulso incontenible, Francisco relató la historia de Carlota Neily.

El semblante de Tulloch permaneció impertérrito. El joven médico andaba con los puños en los bolsillos, alto el cuello, baja la cabeza.

—Sí —dijo al fin—. Me lo había contado un pajarito.

—¿Qué opinas del caso?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tú, al menos, eres sincero. Tulloch miró a Francisco de un modo raro.

—La religión —manifestó— no es feudo. He heredado un ateísmo muy satisfactorio... y confirmado por la sala de disección. Pero, si quieres que te hable con franqueza, te diré, con frase de mi padre: tengo mis dudas. Ahora bien: puesto que estamos cerca de la casa de esa moza, ¿por qué no vamos a verla los dos juntos?

—¿No te costará algún disgusto con el doctor Brine?

—No, Sally y yo lo arreglaremos mañana. En el trato con mis colegas he visto que lo mejor es obrar primero y contarlos después.

Dirigió a Francisco una extraña sonrisa.

—Sin embargo —añadió—, si temes que tus superiores...

Francisco se sonrojó, pero dominó su respuesta y dijo, un momento más tarde:

—Sí, lo temo. No obstante, iré.

Resultó sorprendentemente fácil el acceso. La señora Neily, agotada por una noche en vela, dormía. Neily, por una vez, estaba en su negocio. La Hermana Teresa, mujer baja, plácida y amable, abrió la puerta. Procedía de un distrito remoto de Tynecastle y no conocía a Tulloch, pero sí reconoció y admitió en el acto a Francisco. Llevólos al immaculadamente limpio aposento donde Carlota descansaba sobre impolutas almohadas, bien lavada, vestida con un camisón de noche. Brillaban los remates de bronce del lecho. La Hermana Teresa, no poco orgullosa de la limpieza reinante —que a ella se debía—, inclinóse sobre la muchacha.

—Querida Carlota, el Padre Chisholm viene a visitarla y trae un médico muy amigo del doctor Brine.

Carlota sonrió. Su sonrisa, consciente, vagamente lánguida y, a la par, preñada de un curioso arrobamiento, iluminaba el rostro pálido, ya luminoso de por sí, inmóvil sobre la almohada. Era profundamente impresionante. Francisco sintió una punzada de auténtica compunción, seguro ya de que existía en aquel cuartito blanco algo ajeno a los límites de la experiencia usual.

—¿No le importa que la reconozca, Carlota? —preguntó amablemente Tulloch.

A su voz aquietóse la sonrisa de la muchacha. No se movió. Tenía ese asentado reposo propio de la persona a quien se mira, que se sabe mirada y que, sin embargo, se nota, lejos de conturbarse, exaltada por el hecho mismo de que la miren. Era como una soñadora y elevada percepción de la deferencia y reverencia dominante en los

espectadores. Los pálidos párpados de la joven se agitaron. Su voz sonaba impertérrita, remota:

—¿Por qué ha de importarme, doctor? Encantada... No soy digna de haber sido escogida como instrumento de Dios... pero, puesto que lo he sido, me someto con alegría.

Permitió al respetuoso Tulloch que la reconociera.

—¿No come usted nada, Carlota?

—No, doctor.

—¿No siente apetito?

—No pienso en comer. Me sostiene una gracia interior.

La Hermana Teresa dijo, dulcemente:

—Les, aseguro que no ha probado bocado desde que vine a esta casa.

Prodújose un silencio en el tranquilo cuarto. Tulloch se enderezó, echándose hacia atrás el tumultuoso cabello. Murmuró con sencillez:

—Gracias, Carlota. Gracias, Hermana Teresa. Les estoy muy reconocido por su amabilidad.

Fue hacia la puerta de la alcoba. Francisco se aprestó a seguirle, pero una sombra se cernió sobre la faz de Carlota.

—¿No quiere examinarme usted, Padre? Mire mis manos, los pies están lo mismo.

Extendió, gentil e inmoladoramente, los brazos. En sus pálidas manos se veían inequívocas señales de clavos.

Fuera, Tulloch mantuvo su actitud de reserva. No habló hasta que llegaron al final de la calle. Entonces, en el punto donde los dos amigos debían separarse, manifestó con voz rápida:

—Supongo que te interesa mi opinión. Es ésta: se trata de un caso que linda, si no las rebasa, con las fronteras de lo patológico. Es una manía depresiva en la fase de la exaltación.

Su compostura, su perfecto autodomínio, le abandonaron. Se le congestionó la vulgar y rubicunda faz. Sus palabras brotaban casi ahogadas:

—¡Que se vaya al diablo! Cuando pienso en ella, encajada en esa tonta santidad, como un ángel anémico en un saco de harina, y recuerdo al pobre Owen Warren, tendido en una sucia buhardilla, con un dolor de mil diablos en su gangrenada pierna y la amenaza de un sarcoma maligno sobre él, me falta poco para estallar. Acuérdate de esto cuando reces. Probablemente irás ahora a hablar del caso a tus superiores... Yo me voy a casa a beber unas copas.

Y se alejó, presuroso, antes de que Francisco pudiera replicar. Aquella misma noche, al salir éste del Oficio de tinieblas, una llamada urgente le esperaba en el vestíbulo de la rectoría. Con un presagio de infortunio subió las escaleras hasta el

despacho. El deán, malhumoradísimo, se desfogaba recorriendo la alfombra a pasos cortos y exasperados.

—¡Estoy asombrado e indignado, Padre Chisholm! No esperaba esto de usted. Me hiere muchísimo el pensar que, recogiendo en la calle a un médico ateo...

—Lo siento —respondió Francisco, hablando con dificultad—. Pero es... es amigo mío...

—Lo cual, en sí, ya resulta muy reprehensible. Encuentro extraordinariamente impropio que uno de mis coadjutores tenga amistad con un sujeto como el doctor Tulloch. —Somos amigos de la infancia...

—No vale la excusa. Me siento ofendido y desilusionado. E irritadísimo, y justificadamente. Desde el principio, la actitud de usted hacia ese gran acontecimiento ha sido fría y nada simpatizadora. Casi parece que está usted celoso de que el descubrimiento haya sido hecho por el primer coadjutor. ¿O hay algún motivo más hondo tras su manifiesto antagonismo?

Una sensación de culpa descendió sobre Francisco.

Comprendía que el deán acertaba. Balbuceó:

—Estoy disgustadísimo. No soy incrédulo. Preferiría ser, antes cualquier cosa. Pero confieso que me roe una inquietud interna... Por eso estoy conturbado. Por eso llevé a Tulloch a la casa. Tenía dudas...

—¿Dudas? ¿Niega usted los milagros de Lourdes?

—No. Son indiscutibles. Reconocidos por médicos de todos los credos.

—Entonces ¿por qué se opone usted a la oportunidad de crear otro monumento de fe... entre nosotros mismos? —inquirió el deán, con el ceño más ensombrecido aún—. Si niega usted los aspectos espirituales del caso, al menos respete los hechos físicos. ¿Imagina usted que una muchacha puede resistir nueve días sin comer ni beber y seguir estando bien y perfectamente nutrida, a menos de que reciba otro sustento?

—¿Qué sustento?

—Sustento espiritual —enojóse el deán—. ¿No recibía Santa Catalina de Siena una espiritual bebida mística que sustituía a los alimentos terrenos? ¡Qué insufribles dudas! ¿No es natural mi enojo?

Francisco, inclinando la cabeza, dijo:

—Santo Tomás dudó. Y en presencia de todos los apóstoles. Llegó, incluso, a poner los dedos en el costado del Señor. Pero nadie se enojó por ello.

Una pausa repentina, pasmada. El deán palideció, más recobróse en seguida. Bajando la cabeza hacia su escritorio, manoseó algunos papeles, sin mirar a Francisco. Dijo luego, con voz sofocada:

—No es la primera vez que se opone usted a sus superiores. Está usted adquiriendo muy mala nota en la diócesis. Puede irse.

Francisco salió con una sensación Terrible de hallarse cargado de defectos. Le acometió el impulso repentino de ir a contar sus cuitas al obispo MacNabb. Pero reprimióse. Mac el Bronco no era ya accesible como antes. Su nuevo y alto cargo debía de ocuparle lo bastante para no permitirle resolver las perplejidades de un mal coadjutor...

Al día siguiente, domingo, en la misa mayor, a las once, el deán Fitzgerald dio la noticia del milagro en el mejor sermón de su vida.

La sensación fue inmediata y tremenda. Toda la congregación permanecía a la puerta del templo, hablando con voces contenidas, sin resolverse a dispersarse. Formóse una procesión espontánea que, encabezada por el Padre Mealey, se dirigió al «Pozo de María». Por la tarde se reunieron grupos ante la casa de Neily. Un buen grupo de muchachas de la Hermandad a que pertenecía Carlota se arrodillaron en la calle, rezando el rosario.

Por la noche consintió el deán en recibir a los representantes de la Prensa, muy curiosos. Se condujo con dignidad y tacto. Ya era estimado en la ciudad como un sacerdote de gran espíritu cívico, y ahora causó una gran impresión. A la mañana siguiente los periódicos le concedieron generoso espacio. Figuraba en la primera plana de «*La Tribuna*» y tenía un elogioso doble título en las páginas centrales de «*El Globo*». «*Otro Digby*» proclamaba el «*Heraldo de Northumberland*». «*Una gruta milagrosa ofrece esperanzas a miles de seres*» decía el «*Eco de Yorkshire*». El «*Semanario de los Anglicanos*» exponía, astutamente: «*Esperemos pruebas ulteriores*». Pero el «*Times*» londinense estuvo soberbio, publicando un documentado artículo de su redactor teológico en que se remontaba la historia del Pozo hasta Aidan y San Ethelwulfo. El deán irradiaba satisfacción. El Padre Mealey no pudo ni desayunarse, y Malcolm Glennie desbordaba de júbilo. Ocho días después visitó Francisco por la noche a tía Polly, en el pisito de Clermont, en el extremo septentrional de la ciudad. Hallábase cansado tras un largo día de andar por las sucias casuchas de su demarcación y se sentía muy deprimido. Había recibido por la tarde una nota en que Tulloch, concisamente, daba por desesperado el caso del joven Warren. La pierna del lesionado padecía sarcoma maligno. El muchacho no tenía salvación: era probable que no pasara del mes.

En Clermont mantenía Polly su indomable personalidad, y Ned era acaso un poco más difícil de tratar de costumbre. Agazapado en su silla de ruedas, con una manta sobre las piernas, hablaba mucho y bastante tontamente. Habíase acordado al fin un arreglo con Gilfoyle para liquidar los restos de los intereses de Ned en la Taberna de la Unión. La suma era mezquina, pero Ned alardeaba de ella como una fortuna. La dolencia hacía que la lengua le resultase como demasiado grande para su boca, haciéndole hablar de un modo deplorablemente inarticulado.

Judit ya estaba en la cama cuando Francisco llegó y, aunque Polly nada dijo, en su

actitud había una insinuación de que la niña había sido castigada por alguna travesura. Este pensamiento entristeció más aún al joven.

Daban las once cuando salió del piso. Ya había partido el último tranvía de Tynecastle. Volviendo a pie, un tanto abatidos los hombros bajo su disgusto final, pasó por Glanville Street. Al cruzar ante la casa de los Neily vio que el doble ventanal de su piso bajo, correspondiente al dormitorio de Carlota, estaba aún iluminado. Advirtió moverse figuras, vagas sombras a través de la amarilla persiana.

Un impulso de contrición le dominó. Oprimido al reconocer su obstinación, sintió el súbito deseo de ver a las Neily y excusarse ante ellas. Con poderoso instinto de reparación, cruzó la calle y subió los tres peldaños de la puerta. Alzó la mano hacia el aldabón, pero, luego, rectificando; empuñó el picaporte de antigua hechura. Había adquirido la facilidad, común a médicos y sacerdotes, de entrar sin anunciarse en las alcobas de los enfermos.

Del dormitorio, que se abría al recibidor, salía una vasta claridad de gas. Dio un suave golpe en el quicio de la puerta y entró en el cuarto. Y allí quedó, súbitamente petrificado.

Carlota, incorporada en el lecho, tenía ante sí una fuente ovalada, con un plato de natillas y una pechuga de pollo, y se aplicaba con ánimo a las vituallas. Su madre, envuelta en una bata de desvaído azul, se encorvaba, solícita, sirviendo a la muchacha cerveza fuerte.

La madre fue quien primero vio a Francisco. Paróse y lanzó un grito de terror que sonó como un relincho. Se llevó la mano a la garganta y dejó caer el vaso y la cerveza sobre la cama.

Carlota alzó la mirada que fijaba en la bandeja. Sus ojos claros se dilataron. Miró, boquiabierta, a su madre; empezó a gimotear y escondió el rostro bajo las sábanas. La fuente se estrelló en el suelo. Nadie había hablado. La garganta de la señora Neily se movía convulsivamente. Hizo un débil y estúpido esfuerzo para ocultar la botella entre su bata. Al fin murmuró.

—Era necesario que mantuviese a la chica de alguna manera... Hasta ahora no probaba nada... Es cerveza de la que se da a los enfermos...

Su traza de asustada culpa lo revelaba todo. Francisco se sintió desfallecido, rebajado, humillado. Le costó trabajo, encontrar las palabras.

—Supongo que ha alimentado usted a su hija todas las noches... cuando la monja se retiraba a descansar. —¡No, Padre! ¡Pongo a Dios por testigo de que no! Hizo un último esfuerzo para negar y luego, perdió por completo la cabeza.

—¿Y qué, si lo hice? ¡No iba a dejar morir a mi hija! ¡No, por nada del mundo! ¡San José bendito! Nunca habría dejado yo a la pobre hacer esto si hubiera sabido lo que iba a pasar... los periódicos, y la gente en la calle, y todo... Me alegro de que la cosa haya terminado. No,..., no sea duro con nosotros, Padre.

Francisco repuso en voz baja:

—Yo no soy quién para juzgarlas, señora Neily. Ella rompió a llorar.

Francisco esperó pacientemente a que el llanto decreciera. Sentado en una silla, junto a la puerta, miraba su sombrero, que sostenía entre las manos. Estaba abrumado por la locura de lo que había hecho aquella moza, por la locura de toda la vida humana. Cuando las dos mujeres se tranquilizaron, díjoles con voz amable:

—Cuéntenmelo todo.

La historia salió sofocadamente. Quien más habló fue Carlota.

Había leído en un bello libro de la biblioteca parroquial el caso de la beata Bernadeta. Un día, pasando por el «Pozo de María», que era su paseo favorito, vio correr el agua. Primero pensó que era raro. Luego le impresionó la coincidencia. El agua, Bernadeta, ella misma... Experimentó un sobresalto. En cierto modo, casi imaginó ver a la Santísima Virgen. De vuelta en casa, cuanto más pensaba en ello más segura se sentía. Pálida y temblorosa, hubo de acostarse y mandó llamar al Padre Mealey. Y, apenas sin darse cuenta, ya estaba relatado todo el suceso.

Aquella noche permaneció sin cesar en una especie de éxtasis. Parecíale notar el cuerpo rígido y duro como una tabla. A la mañana siguiente, al despertar, tenía señales como de clavos en manos y pies. Con mucha frecuencia se le producían lesiones así, pero aquéllas eran diferentes.

Esto la convenció. Durante todo el día se negó a tomar alimento. Sentíase harto feliz y excitada para pensar en comer. Además, muchas santas habían vivido sin nutrirse. Esta idea se fijó en ella. Cuando el Padre Mealey y el deán supieron que vivía de la gracia del cielo —y acaso ella misma lo creyó—, advirtiéndose radiante. Era objeto de atenciones, vivía en un ambiente como de desposada... Pero, por supuesto, pasado algún tiempo, experimentó mucha hambre. No osaba desilusionar al deán y a Mealey, sobre todo a este último, que miraba el caso con tanto éxtasis... Lo dijo así a su madre y, como las cosas habían ido tan allá, la buena mujer no tuvo más remedio que ayudar a su hija. En resumen: Carlota tomaba todas las noches una buena comida, cuando no dos.

Pero, por entonces, las cosas habían ido aún más lejos.

—Al principio, Padre, como le he dicho, la cosa resultaba maravillosa. Lo más encantador era oír a las muchachas de la cofradía orando por mí al otro lado de la ventana...

Cuando los periódicos hablaron del caso, la joven se asustó realmente. Lamentaba haber tenido aquella ocurrencia. Era difícil engañar a la Hermana Teresa. Las señales de las manos se disipaban y la excitada mujer se abatía, se deprimía...

Un nuevo torrente de sollozos dio fin a la deplorable revelación, tosca como el escrito de un hombre inculto en un muro.

La madre intervino:

—No dirá esto al deán, ¿eh, Padre?

Francisco no estaba colérico, sino triste y singularmente apiadado. ¿Por qué habría ido tan lejos el malhadado asunto? Suspiró.

—Yo no diré una palabra, señora Neily..., pero creo que ustedes deben decirlo.

El terror reapareció en los ojos de la mujer.

—No, no. ¡Por amor de Dios, no, Padre!

Él, serenamente, explicó que debían confesarse, puesto que el plan del deán no podía erigirse sobre un embuste, y especialmente sobre un embuste que tardaría muy poco en ser palmario. Las consolaba con la reflexión de que los nueve días de público asombro no tardarían en alejarse y ser olvidados.

Se separó de ellas una hora después, algo apaciguados todos, y llevándose la franca promesa de que las mujeres seguirían su consejo. Pero mientras se encaminaba a la rectoría, retumbantes sus pasos en las vacías calles, dolíale el corazón pensando en el desengaño del Padre Fitzgerald.

Transcurrió el día siguiente. Francisco estuvo visitando enfermos toda la jornada y no había hablado con el deán. Pero, dentro de la rectoría, parecía flotar una especie de suspensa animación. Él reparaba en aquel inconfundible ambiente.

A las once de la mañana del otro día. Malcolm Glennie irrumpió en el cuarto del joven.

—¡Francisco! Es menester que me ayudes. El deán no quiere continuar su proyecto. ¡Vete, por Dios, y háblale!

Glennie estaba disgustadísimo. Palidecía, sus labios se agitaban, sus ojos parecían extraviados. Tartamudeó:

—No sé... qué le pasa. Debe de haberse vuelto loco. ¡Un plan tan bueno, que proporcionaría tantos beneficios!...

—No tengo influencia alguna sobre el deán.

—Sí la tienes: te aprecia mucho y eres un sacerdote... Te debes a tu grey. Este milagro será útil para los católicos.

—Poco te interesa eso, Malcolm.

—Sí me interesa —balbuceó Glennie—. Soy un hombre liberal. Admiro el catolicismo. Es una religión muy bella. A menudo he deseado... ¡Oh, Francisco, por amor de Dios, ven pronto, antes de que sea demasiado tarde!

—Lo siento, Malcolm. Ésta es una decepción para todos nosotros.

Y, apartándose, se dirigió a la ventana.

Al fin, Glennie perdió el dominio de sí mismo. Aferró el brazo de Francisco e impétrale abyectamente:

—No me abandones, Francisco. Tú se lo debes todo a mi familia... He comprado un poco de tierra, he puesto todos mis ahorros en ello, y resulta que lo comprado no valdrá nada si el plan se deshace. ¡Piensa en mi familia arruinada, en mi pobre madre!

Piensa que ella fue quien te sacó adelante, Francisco. Anda, persuade al deán, te lo ruego... Haré cuanto quieras; incluso me convertiré al catolicismo para recompensarte.

Francisco seguía mirando por la ventana, sujetando la cortina con la mano, fijos los ojos en el campanario de la iglesia, rematado en una cruz de piedra parda. Un sombrío pensamiento atravesó su mente. *¿Qué no haría por dinero el género humano?*

Glennie se sintió exhausto, al fin. Convencido de que nada obtendría de Francisco, esforzóse en salvar los restos de su dignidad. Sus maneras se alteraron.

—No me ayudas, ¿verdad? Bien: te lo tendré en cuenta. Ya me entenderé con todos vosotros. ¡Sí, cuéstemelo que me cueste!

Se detuvo, camino de la puerta, convulsa la faz por la malevolencia.

—Debí haber esperado que mordieses la mano que te dio de comer. ¿Qué se va a esperar de una turba de puercos papistas?

Y salió dando un portazo.

Dentro de la rectoría persistía un ambiente de cosa huera, esa especie de vacío en que las gentes pierden sus contornos definidos y se convierten en seres insubstanciales y transitorios. Los criados se movían de puntillas, como en la casa donde hay un difunto. El sacerdote lituano parecía desconcertado en extremo. Mealey andaba con los ojos bajos. Había recibido un grave golpe. Pero se mantenía en silencio, lo cual, en persona tan efusiva por naturaleza, significaba algo singular. Si hablaba, era de otros asuntos. Procuraba absorberse apasionadamente en su labor, en el Centro Misional.

Durante una semana después del ex abrupto de Glennie, Francisco no se halló con Fitzgerald. Luego, una mañana, al entrar en la sacristía, vio al deán quitándose los ornamentos sagrados. Los monaguillos se habían ido y ambos sacerdotes estaban solos.

A pesar de su personal humillación, el deán había manejado el hecho con consumado tacto, consiguiendo, incluso, que dejara de ser un verdadero desastre. El capitán Hollis, sin vacilar, consintió en rescindir los contratos. Se buscó un empleo para Neily en una población distante, lo cual era el primer paso para retirar discretamente de la circulación a la familia. El clamor periodístico fue callado con habilidad. El domingo subió Fitzgerald de nuevo al púlpito. Afrontando a la silente congregación predicó sobre el tema... «¡Oh, hombres de poca fe!».

Serenamente, con creciente intensidad, desenvolvió su tesis. ¿Qué necesidad tenía la Iglesia de nuevos milagros? ¿No se había justificado ya, milagrosamente, a sí misma? Sus cimientos se apoyaban, sólidos, sobre los milagros de Cristo. Era, sin duda, grato e interesante hallar una manifestación como la del «Pozo de María». Todos, él incluso, se habían dejado arrastrar por aquello. Pero pensándolo bien, ¿a

qué tanto tumulto en torno a un solo capullo cuando la misma flor de los cielos se abría en la iglesia, ante los ojos de todos? ¿Eran los fieles tan débiles, tan pusilánimes en su fe, que necesitaban evidencias materiales? ¿Habían olvidado las solemnes palabras: «*Benditos los que no vieron y creyeron*»?

Fue una soberbia hazaña oratoria. Sobrepassó su triunfo el del domingo anterior. Sólo Gerardo Fitzgerald, que aún seguía siendo mero deán, sabía lo que le costaba.

Ahora, en la sacristía, el deán, al principio, parecía querer mantener su inflexible reserva. Pero, a punto de salir; ya su vestidura negra puesta sobre los hombros, Fitzgerald se volvió. A la clara luz de la sacristía, Francisco quedó sorprendido al ver profundas arrugas en el rostro bien formado de su superior, al advertir cansancio en sus ojos pardos y grandes.

—Aquello del milagro no era una mentira, Padre Chisholm, sino toda una trama de mentiras. Bien: hágase la voluntad de Dios.

Calló un momento.

—Es usted un buen hombre, Chisholm. ¡Lástima que seamos incompatibles!

Y salió de la sacristía, muy erguido.

Al finalizar la Pascua de Resurrección, el asunto estaba casi olvidado. Permanecía la barandilla blanca que se erigiera en torno al Pozo en el primer ardor del deán, pero la puertecilla de acceso estaba abierta y oscilaba patéticamente a impulsos del airecillo de primavera. Unas cuantas almas piadosas iban aún a orar y santiguarse con la chispeante agua, que proseguía manando.

Francisco, absorto en el intenso trabajo parroquial, se regocijaba al ver como él mismo olvidaba aquel caso. Gradualmente, el tumulto provocado en su ánimo se desvanecía. Sólo le quedaba en el fondo una cierta sensación de cosa desagradable que rápidamente reprimió y no tardó en enterrar por completo. A la sazón, su idea de conseguir un nuevo campo de deportes para los niños y jóvenes de la Parroquia había tomado forma tangible. Las autoridades municipales le habían ofrecido, a tal efecto, el uso de una parte del Parque Público. El deán Fitzgerald había dado su consentimiento. Y ahora Francisco estaba sumergido en un rimerero de catálogos.

La víspera de la Ascensión recibió un aviso urgente de que fuera a visitar a Owen Warren. Se le entenebreció la faz. Levantóse en seguida dejando caer lo que tenía en el regazo. Aunque esperaba aquel aviso hacía muchas semanas, no lo temía menos. Fue rápidamente a la iglesia y, llevando el Viático, se apresuró por la ajetreada población hacia Glanville Street.

Su expresión era fija y triste. Vio a Tulloch paseando impaciente ante la casa de los Warren. Tulloch apreciaba también a Owen y parecía muy trastornado cuando Francisco se le aproximó.

—¿Por fin? —dijo Francisco.

—Sí, por fin —y añadió, como recordándolo de pronto—: Ayer se le formó un

trombo en la arteria principal. Todo era inútil... hasta la amputación.

—¿Llego demasiado tarde?

—No —dijo Tulloch, con modales que denotaban una reprimida violencia, encogiéndose rudamente de hombros y precediendo a Francisco—. Pero, mientras venías, he subido tres veces a ver al muchacho. ¡Sube, por todos los demonios, si es que vas a subir!

Francisco siguió por las escaleras a su compañero. La señora Warren les abrió la puerta. Era una mujer flaca, cincuentona, ajada por las semanas de ansiedad, modestamente vestida de gris. El joven vio lágrimas en su rostro. Oprimió con emoción la mano de la mujer.

—Lo siento mucho, señora Warren. Ella rió de un modo débil, reprimido. —
Entre, Padre.

El coadjutor, asombrado, pensó que el dolor había enloquecido momentáneamente a la mujer. Penetró en la estancia.

Owen se apoyaba en la cabecera del lecho. Sus extremidades inferiores, desvendadas, desnudas, estaban muy flacas, mostrando los estragos de la dolencia. Pero ambas aparecían intactas sin llaga alguna.

Atónito, Francisco miró como Tulloch alzaba la pierna derecha del muchacho y pasaba la mano por la sólida espinilla que el día anterior era un cúmulo de infectadas úlceras. No hallando respuesta en los retadores ojos del médico, Francisco, desconcertado, volvióse la mujer y advirtió que sus lágrimas eran lágrimas de alegría. La dichosa madre hacía signos afirmativos a través de su llanto.

—Esta mañana, antes de que nadie se levantase, abrigué bien a Owen y salimos... Ni él ni yo queríamos ceder... Él había creído siempre que, si yo pudiera llevarle al Pozo... Fuimos allí, oramos y hundimos su pierna en el agua. Cuando volvimos... ¡él mismo se quitó el vendaje!

En el cuarto había absoluto silencio. Owen fue quien, al cabo, lo rompió:

—No olvide anotarme en el nuevo equipo de *cricket*. Padre.

Ya en la calle, Willie Tulloch miró con ceño a su amigo.

—Debe de haber una explicación científica de ciertas cosas, una explicación más allá de los límites de nuestro conocimiento presente... Puede suponerse que un intenso deseo de curación... que una regeneración psicológica de las células...

Interrumpióse y su grande mano tembló sobre el brazo de Francisco.

—¡Oh Dios (si es que lo hay), cerremos nuestras malditas bocas a propósito de este caso!

Francisco no pudo descansar aquella noche. Sus ojos, de los que había huido el sueño, miraban la negrura que se extendía sobre su cabeza. ¡El milagro de la fe! Sí, la fe, por sí sola, era un milagro. Las aguas del Jordán, de Lourdes, del «Pozo de María», nada importaban por sí solas. Cualquier charco de fangoso líquido serviría

para el caso, siempre que reflejase la faz de Dios.

De momento, el sismógrafo de su ánimo registraba tenuemente la conmoción. Había tenido un atisbo del conocimiento de la incomprendibilidad de Dios. Oró fervientemente:

¡Oh Dios —pensaba—, no conocemos ni siquiera el principio! Somos como minúsculas hormigas en un pozo sin fondo, cubiertas por un millón de capas de algodón, y, aun así, esforzándonos... esforzándonos en ver el cielo. «¡Oh Dios, bendito Dios, dame humildad... y dame fe!».

III

Tres meses después llegó el llamamiento del obispo. Francisco llevaba algún tiempo esperándolo, pero, de todos modos, el aviso le perturbó. Caía una intensa lluvia mientras él subía la cuesta que llevaba al palacio, y hubo de correr para no calarse hasta los huesos. Jadeante, mojado, salpicado de cieno, comprendió que su llegada no iba a tener la menor dignidad. Su ansiedad crecía mientras, en el pomposo salón, se miraba, ligeramente tembloroso, sus botas encenagadas, tan en contraste con la alfombra de felpa roja.

Al fin apareció el secretario del obispo, condújole por un tramo de bajas escaleras y, en silencio, le señaló la puerta de oscura caoba. Francisco llamó y penetró.

Su Ilustrísima sentábase a su mesa, no inclinado y trabajando, sino en reposo, apoyada la mejilla en la mano y un codo sobre el brazo de su sillón de cuero. Una vaga claridad entraba al sesgo por los cortinones de terciopelo del alto ventanal, enriqueciendo los tonos violados del birrete del obispo, pero dejando en sombras su rostro.

Francisco se detuvo, indeciso, desconcertado por la impasible figura y preguntándose si aquel era realmente su antiguo amigo de Holywell y de San Morales. No se oía otro son que el del débil tictac del reloj de la chimenea. Luego, una voz severa dijo:

—Bien, Padre: ¿tenemos esta noche algún milagro de que dar cuenta? Y, a propósito, y antes de que se me olvide, ¿cómo va ese asunto de la sala de baile?

Francisco sintió un nudo en la garganta. Con gusto hubiera llorado, intentando encontrar consuelo. Su Ilustrísima continuó examinando la silueta inmóvil sobre la ancha alfombra.

—Confieso que no dejan mis cansados ojos de encontrar algún alivio viendo a un sacerdote tan manifiestamente poco boyante como tú. Por lo general, cuantos vienen parecen gozar de prosperidad. Pero tú llevas una ropa abominable... ¡y qué botas!

Levantándose despacio, avanzó hacia Francisco.

—Me alegro muchísimo de verte, querido hijo mío. Pero estás horriblemente delgado. Y horriblemente mojado también —añadió, poniéndole la mano en el hombro.

—Me sorprendió la lluvia, monseñor.

—¿No traías paraguas? Acércate al fuego. Voy a darte algo que te reanime.

Separándose de Francisco, sacó de su escritorio una garrafita y dos vasos de licor.

—Aún no me he aclimatado bien a mi nueva dignidad.

Debiera llamar y pedir uno de esos exquisitos licores que, según se lee, todos los obispos usan. Lo que te doy es sólo *Glenlivet* ^[1], pero, de todos modos, para dos

escoceses basta.

Tendió a Francisco una copa del claro líquido, miróle beberlo y, luego, apuró el suyo. Se sentó después al lado opuesto del fuego.

—Ya que hablamos de dignidades, te aconsejo que no pongas esa cara de susto. Reconozco que llevo un atuendo muy majestuoso. Pero, debajo, sigo teniendo la misma tosca anatomía que una vez viste vadear el Stinchar.

—Sí, monseñor —dijo Francisco, ruborizado.

Tras una pausa, el obispo añadió, con voz plácida y directa:

—Imagino que has debido de pasar unos ratos muy malos desde que saliste de San Morales.

—He fracasado por completo —repuso Francisco en voz baja.

—¿Sí?

—Sí. Me constaba que había de venir este llamamiento disciplinario. Me consta, también, que no he agradado en los últimos tiempos al deán Fitzgerald.

—Pero habrás sido grato al Omnipotente, ¿eh?

—No, no. Estoy realmente abochornado y descontento de mí mismo y de mi carácter, incorregiblemente rebelde.

Se produjo un silencio.

Francisco bajó la cabeza y añadió:

—Estoy enojado conmigo mismo. Me esfuerzo en hacer lo mejor. Es raro... De niño me figuraba que todos los sacerdotes eran infaliblemente bueno —y ahora descubres lo terriblemente humanos que somos. Sí; va contra la santidad el que tu «carácter rebelde» me colme de alegría, pero es como un antídoto contra la monótona rutina que a menudo contemplo. Eres, Francisco, como el gato extraviado que llega maullando a una iglesia en el momento en que todos los fieles bostezan oyendo un pesado sermón. La metáfora no es mala, porque tú estás dentro de la Iglesia, aunque no logres entenderte con quienes lo hacen todo según las reglas trilladas. No pretendo alabarme si digo que acaso soy yo el único clérigo de la diócesis que es capaz de comprenderte. Es una suerte que yo sea ahora tu obispo.

—Lo sé, monseñor.

—A mi entender —siguió MacNabb—, no has fracasado, sino que tienes un éxito clamoroso. Con un poco de ánimo puedes llegar... aunque correré el riesgo de que salgas con la cabeza rota. Tienes viveza y ternura, y lo mejor en ti, querido hijo, es que no posees seguridad presuntuosa.

En el silencio que siguió, Francisco sentía su corazón fundirse en afecto por el anciano. Mantenía bajos los ojos. Lo voz plácida continuaba:

—Desde luego, si no hacemos algo adecuado, vas a sufrir contratiempos. Si empezamos a garrotazos no faltarán cabezas partidas, incluyendo la tuya. Ya sé que no lo temes..., pero yo sí. Eres demasiado valioso para servir de pasto a las fieras.

Por eso he pensado algo para ti.

Francisco, alzando la cabeza prontamente, halló la mirada cariñosa y sagaz del obispo. Éste sonrió.

—¿No crees que te trataría más amistosamente no pidiéndote que hicieras algo por mí?

—No «algo». Lo haré todo —profirió Francisco, con voz trémula.

Siguió una prolongada pausa. Las graves facciones del obispo parecían esculpidas a cincel.

—Es pedirte mucho y sugerirte un gran cambio. Si lo consideras excesivo, dímelo. Pero creo que es la vida que más te conviene. —Y explicó, tras otro silencio—. Nuestra Sociedad Misional ha recibido, al fin, la promesa de un vicariato en China. Cuando todas las formalidades se cumplan y hayas recibido alguna preparación, ¿querrás ir allí como el primero de nuestros misioneros?

Francisco quedó mudo y paralizado de sorpresa. Las paredes parecían desplomarse sobre él. La propuesta, por lo tremenda e inesperada, le había cortado el aliento. Dejar la patria y los amigos, y lanzarse a un vacío ignorado... No acertaba a imaginarlo. Pero, lenta y misteriosamente, una extraña animación colmó su ser. Respondió, con voz entrecortada:

—Sí. Iré...

MacNabb, levantándose, cogió la mano de Francisco. Sus ojos estaban húmedos y tenían una patética fijeza.

—Ya lo esperaba, querido hijo. Y sé que me dejarás en buen lugar. Únicamente te advierto que allí no podrás pescar salmones...

IV. EL EPISODIO DE CHINA

I

A principios del año 1902, un junco de curvilíneas bordas avanzaba... tardo, remontando las interminables extensiones amarillentas del río Ta-Huang, en la provincia de Kansu, no menos de mil millas tierra adentro a contar desde Tientsin. Iba en aquel barco, a proa, cual desusado mascarón, un sacerdote católico de mediana estatura, calzado con zapatillas de orillo y tocado con un ya maltrecho sombrero. A horcajadas sobre el tosco bauprés, balanceándose su breviario sobre una rodilla, Francisco suspendió por un momento su combate vocal con la lengua china, cada sílaba de la cual parecía, a su extenuada laringe, tener tantas inflexiones como una escala cromática. Su mirada descansó en el paisaje pardo y ocre. Fatigado tras la décima noche pasada en el cubículo de tres pies en cuadro que era su camarote del entrepuente, y ansiando una bocanada de aire, habíase abierto camino a proa entre la hacinada multitud de sus compañeros de viaje: labradores, cesteros y curtidores de Hsin-Hsiang, bandidos y pescadores, soldados y mercaderes camino de Paitan. Acurrucábanse codo con codo, fumaban, charlaban y esparcían sus recipientes de comida entre las jaulas de patos, las improvisadas pocilgas de cerdos y la oscilante malla que contenía a una sola y turbulenta cabra.

Francisco había hecho voto de no espantarse de nada, pero los sones, espectáculos y olores de aquella final e interminable etapa de su viaje le habían sometido a dura prueba. Dio gracias a Dios y a San Andrés pensando que aquella noche, salvo ulteriores dilaciones, alcanzaría por fin Paitan.

No lograba todavía considerarse parte integrante de aquel nuevo y fantástico mundo, tan remoto y ajeno, tan increíblemente divorciado de cuanto conocía o esperaba conocer. Tenía la sensación de que su vida hubiera sido repentinamente modificada y desviada, de modo absurdo, de su forma natural. Reprimió un suspiro. Otros vivían según un modelo normal. Él era el hombre raro, inadaptado, retorcido, por decirlo así.

Había sido triste la despedida de sus deudos. Ned, por fortuna, había muerto tres meses antes, y era menester juzgar una bendición aquel fin del grotesco y lamentable epílogo de una vida. Pero Polly... Francisco ansiaba ver a Polly alguna vez más, en lo futuro, y rezaba para conseguirlo. Era un consuelo que Judit hubiese sido aceptada como taquígrafa en las oficinas municipales de Tynecastle, porque aquel puesto ofrecía seguridad y probabilidades de ascender.

Como para adquirir bríos, sacó del bolsillo interior la carta decisiva referente a su nombramiento. Procedía del Padre Mealey, a la sazón descargado de sus deberes parroquiales en Santo Domingo y exclusivamente consagrado a las actividades de la administración del Centro Misional.

La carta, dirigida a la universidad de Liverpool, donde Francisco pasó doce meses luchando con un curso de lengua china, rezaba:

Mi querido Francisco:

Estoy contentísimo de ser portador de buenas noticias.

Acabamos de recibir aviso de que la demarcación de Paitan, en el vicariato de Kansu —vicariato que, como sabes, nos fue concedido en diciembre por los organismos superiores de la Sociedad Misionera—, nos ha sido asignada en definitiva por la Congregación de Propaganda. En la reunión del Centro Misional de Tynecastle se ha acordado que tu viaje no se demore más. Al fin ¡al fin!, puedo estimularte a que emprendas tu gloriosa misión en, Oriente.

Según parece, Paitan es un lugar delicioso, algunas millas tierras adentro, pero a orillas de un hermoso río. Es una ciudad animada, especializada en la manufactura de cestos, con abundancia de carnes, cereales, volatería y frutas del trópico. Pero lo supremamente importante, el hecho más afortunado, es que la Misión (aunque algo remota y desprovista de sacerdote desde hace doce meses, por desgracia) está en una situación altamente próspera. Siento no tener fotografías de ella, mas puedo afirmarte que sus terrenos son muy satisfactorios, comprendiendo capilla, casa para el sacerdote y pabellones y recintos anejos; es decir, el compound. (¿No te entusiasma esta palabra? ¿Te acuerdas cuando, de niños, jugábamos a los indios? Pero perdona mis arrebatos).

En fin, la creme de la creme consiste en las estadísticas demostradas que poseemos. Adjunto hallarás el informe anual del último encargado de la Misión, el Padre Lawler, que retornó hace un año a San Francisco. No me propongo analizar el informe, porque sin duda tú lo examinarás, y hasta lo digerirás, en tus horas de ocio. Sin embargo puedo resaltar que la Misión de Paitan, aunque establecida hace sólo tres años, cuenta con cuatrocientos feligreses y más de un millar de bautismos, de los cuales sólo una tercera parte fueron in articulo mortis. ¿No es esto satisfactorio, Francisco? He ahí un ejemplo de cómo la bondadosa gracia de Dios fermenta en las almas de los gentiles, incluso entre los santuarios de los paganos templos.

Mucho me regocija, querido amigo, que ese codiciable puesto sea tuyo. No dudo de que tu trabajo en el campo incrementará materialmente la viña. Espero con ansia tu informe definitivo. Tengo la impresión de que has encontrado al fin un cargo idóneo y de que las pequeñas extravagancias verbales y de temperamento que te han conturbado en el pasado dejarán de ser parte integrante de tu vida. La humildad, Francisco, es la sangre y la vida

de los santos de Dios. Rogaré por ti todas las noches.

Te escribiré de nuevo más adelante. Entre tanto, no descuides tu equipo. Provéete de sotanas buenas, fuertes y resistentes. Son recomendables los calzones cortos, y te aconsejo usar faja. Cómpralo todo en Hanson e Hijo. Son gente honrada y primos del organista de la catedral.

Es muy posible que tú y yo nos veamos mucho antes de lo que imaginas. Mi nuevo puesto me convierte en un verdadero vagabundo. ¿No sería magnífico que algún día nos encontrásemos en los sombreados pabellones de Paitan?

Recibe una vez más mis felicitaciones y mis buenos deseos.

Tu siempre hermano en J. C.,

*Anselmo Mealey
Secretario de la Sociedad Misional,
Diócesis de Tynecastle.*

Al ponerse el sol, un aumento de bullicio en el junco indicó la inminencia de la arribada. El barco viró, contorneando un recodo, y penetró en un gran remanso de aguas sucias, pobladas de numerosos sampanes. Francisco escudriñó con afán las hileras de casas de la población. Ésta parecía una colmena baja y enorme, llena de sonos y de claridades amarillas, limitada al frente por fangosas y planas márgenes con cañaverales, donde se amontonaban barcas y almadías, y cerrada en el horizonte por montañas rosadas, de un translúcido tono perlino.

Esperaba que la Misión le enviase una barca, pero el único esquife privado resultó ser el del señor Chia, rico mercader residente en Paitan y que, a la sazón, emergía por primera vez, silencioso y vestido de seda, desde las profundidades del junco.

Aquel personaje contaría unos treinta y cinco años, pero su mucha compostura le hacía parecer de más edad. Tenía la piel flexible y dorada, y un cabello tan negro que dijérase recién mojado. Permanecía quieto e indiferente mientras la turba se agitaba en torno suyo. Sus ojos no pestañearon ni una sola vez en dirección al sacerdote, y, sin embargo, Francisco tuvo la curiosa sensación de que el mercader estaba escrutándole minuciosamente.

Por lo ocupado que andaba el sobrecargo, pasó algún tiempo antes de que el nuevo misionero lograra asegurar el transbordo de sí mismo y de su baúl de barnizado latón. Al descender al sampán, empuñaba un gran paraguas forrado de tartán, espléndido regalo que el obispo MacNabb le había hecho aceptar como don de despedida.

Su excitación creció cuando, mirando a la ribera, vio una gran multitud apiñándose en las gradas del embarcadero. ¿Sería su Congregación, que iba a recibirle? ¡Oh, qué magnífico final de su larguísimo viaje! El corazón latióle casi

dolorosamente, en feliz espera. Mas —¡ay!— al desembarcar vio que se engañaba. Nadie le saludó y hubo de abrirse camino, solo, entre la curiosa pero indiferente muchedumbre.

Al final de los peldaños, no obstante, se detuvo en seco.

Ante él, sonriendo satisfechos, vestidos de limpio azul y llevando, como símbolo de sus credenciales, una pintura de la Sagrada Familia en brillantes colores, estaban un chino y una china. Al pararse Francisco, las dos menudas figuras se le acercaron, acentuando su sonrisa, encantados de verle, inclinándose y santiguándose fervorosamente.

Se iniciaron las presentaciones, menos difíciles de lo que él había supuesto. Preguntóles, animado:

—¿Quién sois?

—Hosanna y Filomena Wang, sus amados catequistas, Padre.

—¿Perteneceis a la Misión?

—Sí, sí. El Padre Lawler hizo una Misión excelente, Padre.

—¿Me llevaréis a ella?

—Claro, Claro. Vamos. Pero acaso el Padre nos honre visitando primero nuestra humilde morada. —Gracias. Estoy deseoso de llegar a la Misión.

—Desde luego. Iremos a la Misión. Hemos buscado una silla y portadores para el Padre.

—Sois muy amables, pero prefiero ir a pie.

Sonriendo aún, aunque menos perceptiblemente, Hosanna volvióse y, con unas palabras rápidas e ininteligibles, que sonaban un tanto a disputa, despidió a la silla de manos y al grupo de portadores que esperaban. Sólo quedaron dos. Uno asió el baúl de Francisco, otro el paraguas, y todos se pusieron en camino.

Las calles eran sucias y tortuosas, mas para Francisco constituía un placer estirar las piernas, embotadas por su confinamiento en el junco. Un vivo fervor estimulaba la circulación de su sangre. Sentía en aquellos parajes desconocidos el pulso de la humanidad. Allí había corazones que ganarse, almas que salvar para el Cielo...

Notó que uno de los Wang, parándose, le hablaba:

—En la calle de los Rederos hay un agradable albergue... Sólo vale cinco taeles al mes. Quizás el Padre desee pasar la noche allí.

Francisco le miró, con regocijada sorpresa.

—No, no, Hosanna. Vamos a la Misión.

Hubo una pausa. Filomena tosió. Francisco pudo ver que sus acompañantes seguían inmóviles. Hosanna sonrió cortésmente:

—La Misión es ésta, Padre.

Al principio, Francisco no entendió del todo.

Ante ellos, junto a la ribera, se extendía un acre de tierra solitaria, quemada por el

sol, surcada por las lluvias y cercada de caolín. En un extremo se alzaban los restos de una capilla hecha de adobes. El techo se había caído, una pared se había derrumbado y las restantes se desmoronaban. Al lado se veía una masa de escombros que quizás hubieran sido alguna vez una casa. Altos hierbajos plumosos crecían por doquier. Una sola y mezquina construcción persistía entre las ruinas, manteniendo aún su techumbre de paja: el establo.

Tres minutos pasó Francisco sumido en una especie de estupor. Luego, lentamente, se volvió hacia los Wang, quienes le miraban, uno junto a otro, limpios, insondables, tan parecidos cual dos hermanos siameses.

—¿Cómo ha sucedido esto?

—Era una Misión muy hermosa, Padre. Costó mucho y tuvimos que hacer muchas combinaciones financieras para construirla. Pero el buen Padre Lawler la levantó demasiado cerca del río y el demonio envió mucha perversa lluvia.

—¿Y dónde están los fieles?

—Son seres depravados, sin creencia en el Señor de los Cielos.

Los dos chinos hablaban de prisa, ayudándose uno a otro, gesticulando.

—El Padre debe comprender lo mucho que todo depende de sus catequistas. Ah... Desde que el buen Padre Lawler partió no nos ha sido pagado nuestro legítimo estipendio de quince taeles al mes. Y ha sido imposible conservar a esos seres depravados dentro de la debida instrucción.

Aplastado, deshecho, Chisholm apartó la mirada. Aquélla era su Misión y aquéllos sus dos únicos feligreses. Recordando la carta que llevaba en el bolsillo, tuvo un acceso de irritación. Crispó las manos rígidamente, reflexionando.

Los Wang seguían con su verborrea, procurando convencer a Francisco para que volviese a la ciudad. Con un esfuerzo, desembarazóse de ellos, de sus importunidades, de su untuosa presencia. Al menos, sería una tranquilidad hallarse solo.

Resueltamente, llevó su baúl al establo. Antaño, un establo había sido bastante para Cristo. Mirando en torno, vio paja aún esparcida sobre el suelo de tierra. No tenía alimentos ni agua, pero no le faltaba lecho. Desempaquetó sus maletas y empezó a tornar el lugar tan habitable como pudo. De pronto, sonó un batintín. Francisco corrió fuera del establo. Más allá del maltrecho cercado, fuera del más próximo de los templos que salpicaban la contigua colina, un anciano bonzo, con gruesas medias y una amarilla túnica adamascada, batía su plancha de metal, bajo el rápido crepúsculo, con tedioso ritmo. Los dos sacerdotes —el de Buda y el de Cristo— se miraron en silencio. Luego, el viejo volvióse, inexpresivo, subió las escaleras de su templo y desapareció.

Cayó la noche, veloz como si descendiera de golpe.

Francisco se arrodilló en la oscuridad de la devastada Misión y alzó sus ojos a las

constelaciones que empezaban a aparecer. Rogó con terrible intensidad.

¡Oh Dios, Tú quieres que yo empiece desde la nada! Es el castigo por mi vanidad, por mi terca arrogancia humana. Más vale así... Trabajaré sin cejar nunca, nunca...

Procuró, luego, descansar en el establo. El fuerte zumbido de los mosquitos y el ruido que producían los escarabajos voladores acuchillaban el aire sofocante. Se esforzó en sonreír. No se sentía un héroe, sino un perfecto tonto. Probablemente, Santa Teresa pasaba sus noches en posadas, los hoteles de su tiempo. Mas éste que a él le había correspondido no era un Ritz...

Al fin vino la mañana. Francisco se levantó. Sacando el cáliz de su caja de cedro, convirtió en altar su baúl y, arrodillado en el suelo del establo, dijo misa. Se sintió animado, contento y fuerte. No logró descomponerle la llegada de Hosanna Wang.

—El Padre debe permitir que le ayude en la misa. Ese servicio se incluye en nuestra paga y ahora... ¿le buscaremos un cuarto en la calle de los Rederos?

Chisholm reflexionó. Aunque había resuelto firmemente vivir en la Misión hasta que las cosas se aclarasen, era obvio que debía hallar un lugar más propio para su ministerio. Dijo, pues:

—Vamos a ver.

Ya las calles estaban muy concurridas. Corrían perros entre las piernas de Francisco, buscaban cerdos alimentos en el arroyo, seguían niños al sacerdote, mofándose y gritando. Muchos pordioseros tendían las importunas palmas. Un viejo que colocaba sus mercancías en la calle de los Linterneros escupió a los pies del extranjero diablo. Ante el edificio de los tribunales, un peripatético barbero agitaba sus tenacillas. Había muchos pobres, muchos lisiados y algunos que, ciegos por la viruela, se abrían camino a tientas, empuñando una larga caña de bambú y empleando un raro y penetrante silbato.

Wang le condujo a un cuarto en un piso alto. La estancia se hallaba toscamente distribuida con un tabique de papel y bambú, pero bastaba para los Oficios que pudiera organizar Chisholm. De su pequeña provisión de dinero sacó lo necesario para pagar un mes al posadero, que se llamaba Hung, y empezó a montar el crucifijo, a disponer el paño del altar. Su falta de vestiduras, de ornamentos, le irritó. Esperando que hubiera equipo abundante en la «próspera». Misión, había llevado consigo muy poca cosa. Pero, al menos, pudo plantar su estandarte...

Wang había bajado a la tienda antes que él. Al descender Francisco, vio que Hung, cogiendo dos de los taeles de plata que el sacerdote le había dado, se los pasaba, con una inclinación, a Wang. Aunque ya había adivinado el valor de la herencia que Lawler le legara, Francisco sintió alborotada la sangre ante aquel

descaro. En la calle volvióse serenamente a Wang.

—Lamento, Hosanna, no poder seguir pagándote tu estipendio de quince taeles al mes.

—El Padre Lawler pagaba. ¿Por qué no me paga usted?

—Soy pobre, Hosanna, tan pobre como mi Maestro.

—¿Cuánto pagará el Padre?

—Nada, Hosanna. Tampoco me pagan a mí. Sólo el buen Señor de los Cielos nos recompensará.

La sonrisa de Wang no se alteró.

—Puede ser que Hosanna y Filomena vayan adonde les aprecian más. En Hsin-Hsiang, los metodistas pagan dieciséis taeles a sus catequistas y los estiman mucho. Pero, indudablemente, el buen Padre cambiará de idea. Hay mucha animosidad contra los misioneros en Paitan. La gente considera que el *feng shua* de la ciudad —la Ley de Investigación y Orden Público— se vulnera con la intrusión de los misioneros.

Esperó la respuesta del sacerdote. Pero Francisco nada dijo. Hubo una pausa tensa. Después, Wang inclinóse y partió.

Sintióse acometido de una sensación glacial viendo alejarse al hombre. ¿Obraba bien enajenándose a los Wang, que eran amigos, al fin y a la postre? Contestó se que los Wang no eran amigos, sino aprovechados oportunistas que creían en el Dios cristiano a causa del cristiano dinero. Pero, no obstante... todo su contacto con la comunidad quedaba cortado. Experimentó la súbita y amedrentadora sensación de hallarse solo.

Según pasaban los días, aquella horrible soledad aumentaba, uniéndose a una impotencia paralizadora. Lawler, su predecesor, había edificado sobre arena. Incompetente, crédulo y disponiendo de amplios fondos, fue dando dinero y anotando nombres, bautizando al azar, adquiriendo un séquito de «cristianos por el arroz», escribiendo largos informes, siendo víctima inconsciente de un centenar de sutiles expoliaciones, siempre optimista, parlero, espléndidamente triunfante. Pero ni siquiera había arañado la superficie. De su trabajo nada quedaba, excepto, quizás, en los círculos oficiales de la población, un persistente desdén por la lamentable locura extranjera.

Fuera de una pequeña suma que le dieron para su subsistencia, más un billete de cinco libras que Polly le hizo tomar en el momento de la despedida, Francisco no tenía dinero alguno. Se le había advertido que sería inútil pedir fondos a la nueva entidad misional. No obstante, asqueado por el ejemplo de Lawler, se alegró de ver las cosas de otro modo. Juró, con febril intensidad, que no tendría una Congregación pagada. Lo que hiciera sería con la ayuda de Dios y con el trabajo de sus manos.

Mas, hasta entonces, nada había hecho. Colgó un signo anunciando su improvisada capilla, pero nadie acudió a oír misa. Los Wang habían difundido

ampliamente la voz de que el nuevo misionero era pobre y nada tenía que distribuir, no siendo amargas palabras.

Intentó predicar al aire libre ante el edificio de los tribunales. Primero, se burlaron de él, y luego, no le hicieron caso. La derrota le humilló. Un lavandero chino predicando la doctrina de Confucio en inglés macarrónico en las calles de Liverpool, hubiera tenido más éxito. Francisco luchó fieramente contra un insidioso demonio: la voz interior que le cuchicheaba su incompetencia.

Oraba desesperadamente. Creía, fervoroso, en la eficacia de la plegaria.

«Dios, que me ayudaste en el pasado, ayúdame ahora, te lo ruego».

Tenía horas de impotente furia. ¿Por qué le habían enviado, cargándole de plausibles seguridades, a aquel desamparado lugar? La tarea era superior para cualquier hombre, incluso para Dios mismo. Fuera de toda comunicación, enterrado en el interior, a cuatrocientas millas de distancia del misionero más cercano —el Padre Thibodeau, de Hsin-Hsiang—, aquel punto era insostenible.

Estimulada por los Wang, crecía la hostilidad popular hacia él. Los niños le hacían objeto de sus burlas. Cuando discurría por la población, le seguía una multitud de jovencuelos, lanzándole insultos. Si se paraba, alguno de los de la banda, adelantándose, ejecutaba sus funciones fisiológicas junto al sacerdote. Una noche, al volver al establo, una piedra salida de la oscuridad le hirió en la frente.

A consecuencia de todo esto, la belicosidad de Francisco se exacerbaba. Mientras se vendaba la rajada frente, su propia herida le dio una nueva idea, haciéndole interrumpirse en su operación, rígido y concentrado. Sí... Necesitaba aproximarse más al pueblo... Y el esfuerzo que se le ocurría, por primitivo que fuese, podía ayudarle, al fin...

A la mañana siguiente, pagando dos taeles más al mes, arrendó a Hung el cuarto posterior del piso bajo del establecimiento y abrió allí un dispensario público. Dios sabía que Chisholm no tenía ninguna práctica. Pero poseía el diploma sanitario de San Juan, y su largo trato con el doctor Tulloch le había dado sólidos fundamentos higiénicos.

Al principio, nadie osaba acercarse, y él se desesperaba.

Mas gradualmente, atraídos por la curiosidad, empezaron a llegar algunos enfermos. En la ciudad nunca faltaban dolencias, y los métodos de los doctores nativos eran bárbaros. Francisco tuvo varios éxitos. Nada cobraba, ni en dinero ni en devoción. Su clientela aumentó poco a poco. Escribió a Tulloch con urgencia, incluyéndole las cinco libras de Polly y encargándole un repuesto adicional de vendas, hilas y medicamentos sencillos. La capilla continuaba vacía, pero el dispensario estaba lleno a menudo.

Por la noche meditaba, frenético, entre las ruinas de la Misión. Nunca reconstruiría nada en aquel malhadado lugar. Miraba, con intenso deseo, la hermosa Montada de Brillante Jade Verde, donde, sobre los diseminados templos, se extendía una apacible ladera protegida por un bosque de cedros. ¡Qué magnífica situación para un monumento a Dios!

El dueño de aquella propiedad era un juez civil llamado Pao, miembro de la comunidad de magistrados y mercaderes que, unidos unos a otros y no contrayendo nunca matrimonio fuera de su círculo, gobernaban los asuntos de la ciudad. Pao aparecía allí rara vez. Pero, casi todas las tardes, su primo, un alto y digno mandarín, ya cuarentón, que administraba la finca de Pao, iba a inspeccionar y a pagar a los jornaleros que trabajaban en los yacimientos de arcilla del bosque.

Abatido por semanas de soledad, desolado y perseguido, sin duda Francisco estaba un poco perturbado. Nada tenía ni era nadie. Empero, un día, con repentino impulso, abordó al mandarín cuando éste cruzaba el camino hacia su silla de manos. Francisco no reparaba en la impropiedad de aquella interpelación directa. En realidad, apenas se daba cuenta de lo que hacía, porque había comido mal y estaba trastornado por una ligera fiebre.

—He admirado a menudo esa hermosa propiedad de que es usted administrador —dijo.

Cogido de improviso, el primo de Pao miró con severidad la figura extranjera, baja, de ojos ardientes y vendada cabeza. Con glacial cortesía soportó los continuos asaltos del sacerdote a la sintaxis china, contestándole con lacónicas excusas, hablándole de su familia, de sus míseras posesiones, del mal tiempo, de las pobres cosechas y de las dificultades que la ciudad había tenido el año anterior para pagar las contribuciones a que la sometían los bandidos de Wai-Chu, y luego, francamente, señaló la silla que le esperaba. Cuando Francisco, con la cabeza llena de vértigos, encauzó la conversación hacia la finca del monte de Jade Verde, el mandarín sonrió con frialdad.

—El Jade Verde es una perla de incalculable valor. Mide más de sesenta *mu* ^[2] de extensión, tiene sombra, agua, pastos y, por añadidura, un yacimiento, extraordinariamente rico, de arcilla propia para tejas, alfarería y ladrillos. El señor Pao no siente deseo de venderla. Ya se ha negado a tomar por la finca quince mil dólares de plata.

Oyendo el precio, diez veces mayor que sus máximos cálculos, Francisco sintió que le flaqueaban las piernas.

Abandonóle la fiebre, notóse de repente débil y ofuscado, y se avergonzó del absurdo a que sus sueños le habían conducido. Dio las gracias al primo de Pao, murmurando confusas excusas.

Advirtiendo la desilusionada tristeza del sacerdote, el delgado, maduro y culto

chino dejó escapar cierto desdén, abriendo un tanto el sacrario de su atenta reserva:

—¿Por qué ha venido aquí el *Shang-Fu*? ¿No hay en su propia tierra hombres perversos a quienes regenerar? Nosotros no somos gente depravada. Tenemos nuestra religión. Nuestros dioses son más antiguos que los suyos. El otro *Shang-Fu* hizo muchos cristianos vertiendo, sobre los moribundos, agua que llevaba en una botellita y cantando: «¡Ya...!, ¡ya...!». Y también, distribuyendo alimentos y ropas consiguió hacer cristianos a individuos que hubieran bailado a cualquier son con tal de tener la piel abrigada y el estómago lleno. ¿Desea usted hacer igual?

Francisco le miró en silencio. Su demacrada faz tenía una marchita palidez. Profundas sombras se marcaban bajo sus ojos. Dijo con calma:

—¿Cree que es ése mi deseo?

Tras una pausa, el primo de Pao bajó los ojos. —Perdóneme... repuso en tono apagado—. No comprendía. Usted es un hombre bueno.

Un vago acento amistoso matizaba su compasión.

—Siento que no esté disponible la tierra de mi primo —añadió—. ¿Puedo servirle en otra cosa?

Y el mandarín esperaba, con renovada cortesía, como ansioso de rectificar. Francisco meditó un momento y, luego, preguntó con voz turbada:

—Puesto que hablamos con franqueza, dígame: ¿no hay cristianos aquí?

—Acaso —repuso el mandarín, con voz lenta—. Más yo no los buscaría en Paitan. No obstante —añadió—, he oído hablar de una aldea en las Montañas Kuang —e hizo un vago ademán hacia los distantes picos—. Es una aldea cristiana desde hace largos años..., pero está lejos, a muchísimos *li* ^[3] de la ciudad.

Un rayo de luz penetró en el ensombrecido ánimo de Francisco.

—Eso me interesa mucho. ¿Puede darme más datos? El otro movió negativamente la cabeza.

—Es un lugar pequeño, en las tierras altas, desconocido casi... Mi primo tuvo noticia de esa aldea a causa de su comercio de pieles de oveja.

Francisco, sostenido por su afán, preguntó:

—¿Querría usted pedirle más detalles? ¿Podría procurarme indicaciones de cómo ir... y acaso un mapa?

El primo de Pao reflexionó y, luego, asintió con gravedad:

—Eso será posible. Se lo pediré al señor Pao. Además, le informaré de que usted me ha hablado de un modo muy honorable. E inclinándose, se alejó.

Absorto ante aquella esperanza totalmente insólita. Francisco volvió a la arruinada Misión, donde había hecho su primitivo campamento con unas cuantas mantas, un odre de agua y unos pocos utensilios comprados en la ciudad. Mientras preparaba un sencillo cocimiento de arroz, le temblaban las manos como si estuviese a punto de darle una apoplejía. ¡Una aldea cristiana! Tenía que encontrarla a toda

costa. Ésta era su primera sensación de ser guiado, de tener inspiración divina en todos aquellos meses fatigantes, infructuosos.

Mientras, pensando intensamente, permanecía en la oscuridad, turbaron sus pensamientos ásperos graznidos de cornejas que luchaban disputándose alguna carroña al borde del agua. Se acercó allí y alejólas. Mientras los feos pajarracos volaban, clamorosos, en torno a él, comprobó que lo que se disputaban era el cadáver de una niña recién nacida.

Estremecido, retiró de la ribera el desgraciado cuerpecillo. Había sido asfixiado y hundido en el agua. Envolviólo en un lienzo y lo sepultó en un rincón del recinto. Orando por la niña, meditaba: «Sí, a pesar de mis dudas, soy necesario en esta tierra».

II

Dos semanas después, a principios del verano, Chisholm estaba listo. Puso en su cuarto de la calle de los Rederos un cartel pintado anunciando su ausencia temporal, echó se a la espalda un fardo de mantas y provisiones, empuñó su paraguas y partió a buen paso.

El mapa que le diera el primo de Pao estaba bellamente ejecutado, con dragones que vomitaban viento en sus ángulos y gran riqueza de detalles topográficos hasta las montañas. Más allá, todo era abocetado, y pequeños dibujos de animales sustituían a los nombres de poblaciones. Pero merced a las pláticas mantenidas y a su propio sentido de orientación, Francisco tenía una idea bastante clara de la ruta. Púsose, pues, en camino hacia la garganta de los Kuang.

Durante dos días viajó por terreno fácil. Los verdes y húmedos arrozales eran sustituidos por bosques de abetos cuyas caídas agujas formaban un blando tapiz a sus pies. Al lado mismo de los Kuang, atravesó un abrigado valle donde crecían rododendros silvestres, y después, en aquella misma soñadora tarde, hallóse entre albérechigos en flor cuyo perfume irritaba levemente las narices como un vino espumoso. Luego, inició la escabrosa subida del desfiladero.

A cada paso sobre el angosto y pedregoso camino, aumentaba el frío. Por la noche se acomodó Francisco al pie de una roca, oyendo silbar el viento y tronar torrentes de agua-nieve en la garganta. De día, la deslumbrante blancura de los altos picos abrasaba sus ojos. El aire, enrarecido y glacial, la causaba molestias en los pulmones.

Al quinto día cruzó la cúspide de la cordillera, helado yermo de glaciares y rocas, y, dando gracias a Dios, inició el descenso. El paso le condujo a una ancha meseta, más abajo de la línea de las nieves. Allí había profuso verdor y colinas suavemente redondeadas. Eran las zonas de paso de que le hablara el primo del señor Pao.

Hasta entonces, los pasos entre los montes habían definido su ruta. Desde ahora debía confiaren la Providencia, en la brújula y en su buen sentido escocés. Avanzó directamente hacia el Oeste. La región le recordaba las tierras altas de su país. Halló grandes rebaños de estoicas cabras que pacían y de ovejas monteses que huían locamente cuando él se acercaba. Divisó la veloz imagen de una gacela. De entre los matojos de una vasta marisma se elevaron miles de patos que allí anidaban, oscureciendo el cielo. Francisco, que empezaba a escasear de vituallas, colmó de huevos de pato sus alforjas.

La llanura no tenía caminos ni árboles, y Chisholm empezó a desesperar de encontrar la aldea. Pero a primera hora del noveno día, cuando ya pensaba en desistir, avistó una choza de pastor, primer signo de habitación humana desde que dejara las laderas meridionales de los montes. Se apresuró hacia la cabaña. La puerta estaba

cerrada con lodo aplicado a los intersticios, y dentro no había nadie. El misionero giró sobre sus talones, llenos sus ojos de decepción, Y vio entonces a un muchacho que se aproximaba, detrás de un rebaño.

El joven pastor contaba unos diecisiete años y era menudo y mimbrenño, con un rostro animado e inteligente, a la sazón indeciso, entre el asombro y la risa. Llevaba calzones cortos de piel de oveja y un gorro de lana. Pendíale del cuello una crucecita *Yuan* de bronce, tornada muy tenue por el tiempo y donde se advertían los vagos perfiles de un símbolo religioso: una paloma. El Padre Chisholm, en silencio, miró el rostro del muchacho y la antigua cruz. Al fin, recobrando el uso de la palabra, saludó y le preguntó si era de la aldea Liu.

—Soy de la aldea cristiana —sonrió el muchacho—. Me llamo Liu-Ta. Mi padre es sacerdote del pueblo. -Y agregó, como para evitar que su frase indicase presunción—. Uno de los sacerdotes.

Tras un silencio, Chisholm pensó que no sería útil seguir preguntando al mozalbete. Díjole:

—Vengo de muy larga distancia y soy sacerdote también. Te agradecería que me condujeses a tu casa.

La aldea se alzaba en un onduloso valle, cinco *li* más al oeste. Era un grupo de una treintena de casas arracimadas en aquel repliegue de las mesetas. Había en torno campos de cereal rodeados de cercas de piedra. Resaltando sobre un montículo central, tras un curioso montón cónico de piedras sombreadas por un *ginkgo* ^[4], se veía la iglesia, pequeña y construida de piedra también.

Cuando Francisco entró en la aldea, toda la comunidad le rodeó inmediatamente. Hombres, mujeres, niños y perros se agolpaban dándole una curiosa y excitada bienvenida, tirándole de las mangas, tocándole las botas, examinando su paraguas con gritos de admiración, mientras Ta daba rápidas explicaciones en un dialecto incomprensible para Francisco. Formaban la turba unas sesenta personas, todas primitivas y sanas, de ojos cándidos y amistosos y facciones con el sello del parentesco común. A poco, con una sonrisa de posesión, Ta hizo adelantar a su padre, Liu-Chi, hombre bajo y recio, de unos cincuenta años, con una pequeña barba cana, sencillo y digno en sus modales.

Hablando despacio para hacerse comprender, Liu-Chi dijo:

—Le acogemos con alegría, Padre. Venga a mi casa y descanse un poco antes de orar.

Se encaminó hacia una de las casas más grandes, erigida sobre cimientos de piedra, cerca de la iglesia, y condujo a Chisholm, con corteses miramientos, a un cuarto bajo de techo y fresco. En un extremo de la estancia había una espineta de caoba y un reloj portugués de ruedas. Asombrado, perdido en conjeturas, Francisco miró el reloj. En el cuadrante de bronce se leía la inscripción: «*Lisboa, 1632*».

No tuvo tiempo para un examen más minucioso. Liu-Chi le hablaba otra vez.

—¿Quiere usted decir misa, Padre? ¿O la digo yo? Como en un sueño, Chisholm hizo un ademán al otro.

Algo desconocido que se movía dentro de sí impulsó a decir:

—Usted, usted...

Se sentía en una gran confusión. Constábale que no debía quebrantar rudamente aquel misterio con preguntas bruscas. Le convenía penetrarlo, discreta y pacientemente, con sus propios ojos.

Media hora después hallábanse todos en la iglesia. Aunque pequeña, estaba construida con gusto, en un estilo que denotaba la influencia morisca del Renacimiento. Había tres sencillos arcos, bellamente estriados. Columnas lisas sostenían el pórtico y los quicios de las ventanas. En las paredes se habían trazado mosaicos, pero estaban incompletos.

Francisco sentóse en la primera fila de una atenta congregación. Todos, antes de entrar, se habían lavado ceremoniosamente las manos. Casi todos los hombres y algunas mujeres llevaban la cabeza cubierta. Alguien golpeó una campana sin badajo y Liu-Chi se acercó al altar. Iba revestido de un alba de desvaído amarillo y le asistían dos jóvenes. Volviéndose, hizo una ceremoniosa reverencia al Padre Chisholm y a todos los fieles. Luego, comenzó la misa.

Chisholm miraba, rígido sobre sus dobladas rodillas, hechizado, como quien contempla el lento desenvolvimiento de un sueño. La ceremonia era una extraña supervivencia, una conmovedora reliquia de la misa. Liu-Chi no debía de saber latín, porque oraba en chino. Primero inició el *confiteor*, y, luego, el credo. Cuando, ascendiendo al altar, abrió el misal de pergamino sostenido en un soporte de madera, Francisco oyó claramente una parte del Evangelio solemnemente entonado en lengua nativa. Una traducción original... Aspiró una bocanada de aire, sintiendo un hondo respeto.

Todos los fieles avanzaron para comulgar. Hasta los niños de pecho eran llevados a las gradas. Liu-Chi descendió, empuñando un cáliz de vino de arroz. Humedeciendo el dedo en la bebida, colocaba una gota de líquido en los labios de cada congregante.

Antes de salir de la iglesia, los feligreses se reunieron ante la imagen del Salvador, colocando pebetes encendidos en el pesado candelabro que había ante los pies de Cristo. Luego, hicieron cada cual tres genuflexiones y se retiró, reverente.

Chisholm permaneció el último, húmedos los ojos, impresionado su corazón por tan sencilla y pueril piedad, sencillez y piedad iguales a las que él había conocido entre los campesinos de España. Desde luego, la ceremonia no era válida... Sonrió imaginando el horror del Padre Tarrant ante tal espectáculo. Pero éste, indudablemente, complacería al Todopoderoso...

Liu-Chi esperaba fuera para llevarlo a su casa, donde les aguardaba una comida.

El Padre Chisholm, hambriento, hizo plena justicia a un estofado de cordero montañés y al extraño plato de arroz y miel silvestre que siguió. En su vida había gustado un dulce tan delicioso.

Cuando terminaron, empezó a interrogar discretamente a Liu-Chi. Se hubiera tragado la lengua antes que ofenderle. El hombre respondía con candor. Sus creencias cristianas eran pueriles y curiosamente mezcladas con las tradiciones de Lao-Tsé. Acaso —pensó el Padre Chisholm con una interior sonrisa— hubiera en todo ello un toque de nestorianismo. Chi explicó que la fe había sido transmitida de padres a hijos durante muchas generaciones. La aldea no estaba dramáticamente aislada del mundo, pero sí bastante remota, y era tan pequeña y estaba tan integrada en su vida familiar, que rara vez la perturbaban ajenas intromisiones. Los aldeanos formaban una gran familia. La existencia era meramente pastoral y el poblado subvenía a sus propias necesidades. Tenían grano y carnero en abundancia, incluso en los peores tiempos; quesos, que solían guardar en tripas de oveja, y dos clases de manteca, la negra y la roja, ambas hechas de habichuelas y denominadas *chiang*. Usaban para sus ropas lana cardada en casa y se proporcionaban calor suplementario con pieles de oveja. Con esas mismas pieles fabricaban un pergamino especial que era muy apreciado en Pekín. En las mesetas había muchos caballos salvajes. De vez en cuando, un miembro de la familia partía con un caballo cargado de pergamino.

En la reducida tribu había tres sacerdotes, todos designados para tan honorífica posición cuando aún eran niños. Por ciertos oficios religiosos se pagaba una contribución en arroz. Todos profesaban una devoción especial a los Tres Sublimes (la Trinidad). Los actuales habitantes de la aldea nunca habían visto un sacerdote ordenado.

Chisholm escuchó extático, y al fin planteó la pregunta que predominaba en su ánimo sobre todo lo demás.

—No me ha dicho usted cómo empezó esto...

Liu-Chi miró a su interlocutor con intenso aprecio. Luego, con una ligera sonrisa, levantóse y fue a un cuarto contiguo. Regresó llevando bajo el brazo un legajo envuelto en piel de oveja. Ofreciólo a Francisco en silencio, miró al sacerdote mientras éste lo abría y, luego, se retiró sin decir palabra, al advertir que Francisco se abstraía en la lectura.

Aquel legajo era el diario del Padre Ribiero y estaba escrito en portugués. Aunque oscuro, manchado y borroso, resultaba legible en su mayor parte. Gracias a su conocimiento del español, Francisco pudo descifrarlo. El apasionante interés del documento hacía fácil la labor. Permaneció fascinado, inmóvil, salvo cuando, a intervalos, había de volver una gruesa hoja. El tiempo parecía retroceder trescientos años, y dijérase que el viejo y parado reloj recuperaba su tictac.

Manuel Ribiero era un misionero lisboeta, que había ido a Pekín en 1625. Francisco veía vívidamente al portugués ante sí: un joven de veintinueve años, delgado, oliváceo, algo altanero, sus vivos ojos a la par ardientes y humildes. En Pekín, el joven misionero tuvo la fortuna de encontrar al Padre Adán Schall, el gran jesuita alemán, misionero, cortesano, astrónomo, amigo de confianza del emperador Chun-Chin. Durante varios años compartió el Padre Ribiero algo de la gloria de aquel hombre sorprendente que se movía, impune, entre las intensas intrigas de la corte del Celeste Imperio, haciendo progresar la fe cristiana incluso en el celeste harén, confundiendo a los más virulentos odios con sus exactas predicaciones de cometas y eclipses, compilando un nuevo calendario, ganando amistades y títulos ilustres para sí y para todos sus antecesores.

El portugués insistió, luego, en que le enviaran a una distante Misión en la corte real de Tartaria. Adán Schall accedió a su deseo. Se equipó con todo lujo una caravana, armándola formidablemente. Aquella caravana salió de Pekín el día de la Asunción de 1629.

Pero no llegó a la real corte tártara. Atacada por una horda de bárbaros en las laderas septentrionales de los Montes Kuang, los formidables defensores arrojaron las armas y huyeron. La valiosa caravana fue saqueada. El Padre Ribiero escapó, gravísimamente herido por flechas de pedernal, sin llevar consigo otra cosa que sus posesiones personales y un mínimo de equipo eclesiástico. Sorprendido por la nieve en plena noche, creyó morir y, sangrante, ofrendóse a Dios. Mas el frío cicatrizó sus heridas. El sacerdote se arrastró hasta la choza de un pastor, donde pasó seis meses entre la vida y la muerte. Mientras tanto, llegó a la corte pekinesa el «auténtico» informe de que el Padre Ribiero había sido asesinado, y no se envió expedición alguna en su busca.

Cuando el portugués se hubo recobrado, formó planes para volver al lado del Padre Schall. Pero pasó el tiempo y aún seguía allí. En aquellas anchas llanuras adquirió un nuevo sentido de los valores, un nuevo hábito contemplativo. Además, distaba de Pekín tres mil *li*, distancia prohibitoria incluso para su espíritu intrépido. Serenamente, tomó su decisión. Reunió un puñado de pastores en un pequeño poblado. Construyó una iglesia. Hízose amigo y pastor no del rey de Tartaria, sino de su humilde y pequeña grey.

Con un suspiro, Francisco dejó aquel diario. Permaneció sentado bajo la tenue luz, pensando sin cesar y viendo muchas cosas. Luego, levantándose, se acercó al montón de piedras que había ante la iglesia. Arrodillóse y oró sobre lo que era la tumba del Padre Ribiero.

Pasó una semana en la aldea Liu. Persuasivamente, para no herir a nadie, sugirió que se ratificaran todos los bautismos y matrimonios. Dijo misa. Hizo de vez en

cuando algunas advertencias tendentes a corregir ciertas prácticas. Someter la aldea a una rígida ortodoxia llevaría tiempo, meses, o, mejor, años. Pero no importaba. Bastábale con progresar lentamente. La pequeña comunidad era sana y robusta como una manzana sin agusanar.

Hablóles de muchas cosas. Por las noches se encendía una hoguera ante la morada de Liu-Chi, y cuando todos se habían sentado en torno, Francisco, instalándose en el quicio de la puerta, hablaba al silente círculo, iluminado por las llamas. Lo que más agradaba a todos era conocer la existencia de su propia religión en el vasto mundo externo. Chisholm emocionaba a sus oyentes al hablarles de las grandes catedrales de Europa, de las iglesias de los miles de adoradores congregándose en la basílica de San Pedro, de los reyes, príncipes, estadistas y nobles postrándose ante el Señor de los Cielos, el mismo que adoraban aquí, soberano y amigo suyo, y de ellos también. Aquella sensación de unidad, hasta entonces sólo vagamente supuesta, daba a los fieles un jubiloso orgullo.

Mientras los atentos rostros, oscilantes de luces y sombras, le miraban con júbilo y maravilla, Francisco sentía a su lado al Padre Ribiero, sonriendo un tanto, no descontento de él. En tales momentos sentía el tremendo impulso de prescindir de Paitan y dedicarse por entero a estas gentes sencillas. ¡Qué feliz hubiera sido en la aldea! ¡Con qué amor cuidaría la joya impensadamente hallada en el desierto! Pero no. La aldea era harto pequeña y remota. Nunca sería adecuado centro de auténtico trabajo misional, Apartó resueltamente la tentación.

El joven Ta se convirtió en su secuaz constante. Francisco le cambió el nombre de Ta por el de José, pues así lo pidió el muchacho en su bautismo confirmatorio. Fortificado por su nuevo nombre, había solicitado permiso para ayudar a misa al Padre Chisholm, y aunque el mozo no conocía una tilde de latín, el sacerdote, sonriendo, consintió. La víspera de su partida, hallándose Chisholm sentado en el umbral, vio aparecer a José. El mozo tenía demacradas y tristes las facciones, habitualmente animadas, y fue el primero en acudir a oír la última plática del Padre. Contemplándole, el sacerdote intuyó su sentimiento y en el acto ocurriósele una idea feliz.

—¿Te gustaría venir conmigo, José, si tu padre te lo permitiera? Podrías ayudarme en muchas cosas.

El muchacho se incorporó de un salto, lanzó un grito de alegría, cayó de rodillas ante el sacerdote y le besó la mano.

—Esperaba que me lo pidiese, maestro. Mi padre está conforme. Serviré a usted con todo mi corazón.

—Puede haber caminos muy duros, José.

—Los recorreremos juntos, maestro.

El Padre Chisholm mandó incorporarse al joven. Estaba conmovido y satisfecho.

Ahora comprendía que había hecho algo acertado.

A la mañana siguiente se ultimaron los preparativos para la partida. Bien lavado y sonriente, José estaba junto a los fardos cargados en dos díscolos caballos montañeses que él había traído del campo al amanecer. Un grupito de muchachos de menos edad le rodeaba y él pasmaba a sus compañeros hablándoles de las maravillas del mundo. En el templo, Chisholm concluía su acción de gracias. Cuando se levantó, Liu-Chi lo condujo al santuario, que parecía una cripta. Sacó de un arca de cedro una capa pluvial bordada, un objeto exquisito, rígido en fuerza de oros. En ciertos puntos la seda se había tornado tenue como el papel, pero, aun así, la vestidura seguía intacta, utilizable y valiosísima. El chino sonrió viendo la expresión de Francisco.

—¿Le gusta esta humilde cosa?

—Es bella.

—Tómela. Suya es.

Ninguna protesta hizo desistir a Liu-Chi de ofrendar su soberbio don. Este fue plegado y envuelto en una pieza de lino, y se colocó en el fardo de José.

Al fin, Francisco dijo adiós a todos. Dióles su bendición, añadiendo repetidas seguridades de que volvería en el término de seis meses. El viaje a caballo y con José como guía, sería más fácil la próxima vez. Ambos partieron juntos, caminando emparejados sus corceles mientras escalaban las mesetas. Los ojos de los aldeanos les seguían con afecto.

Con José a su lado, Chisholm emprendió un paso ligero. Sentía su fe restaurada, espléndidamente fortalecida. En su pecho latía una esperanza nueva.

III

Había transcurrido el verano desde el regreso de Francisco a Paitan. Descendía sobre la tierra la estación fría. Con ayuda de José, Francisco mejoró el establo, reparando las hendiduras con barro fresco y caolín. Dos pies de madera apuntalaban la pared más débil y un liso hogar de hierro servía de cocina sobre el suelo de tierra apisonada. José, que tenía muy saludable apetito, adquirió una colección de ollas. El muchacho, ya menos angelical, resultaba mejor cuanto más se le conocía. Era un gran charlador, gustaba de oírse alabar y, en ocasiones, se mostraba astuto, teniendo una ingenua facilidad para sustraer maduros y fragantes melones del huerto cercano.

Francisco seguía resuelto a no abandonar su humilde albergue mientras no viese más definidas las cosas futuras. Gradualmente, unas cuantas almas tímidas iban acudiendo a su capilla de la calle de los Rederos. La primera fue una vieja andrajosa, que entraba como avergonzada, sacando su rosario de la arpillera que le servía de ropa y con todas las trazas de huir a la primera palabra que se le dirigiera. Francisco se refrenó con firmeza, fingiendo no reparar en ella. A la mañana siguiente, la mujer volvió con su hija.

La lamentable escasez de sus adictos no le desanimó.

Mantecía la resolución, tan templada como el buen acero, de no convencerlos con halagos ni con dádivas.

Su dispensario iba viento en popa. Al parecer, se había hecho sentir la ausencia de Francisco. Cuando volvió hallóse con una indescriptible concurrencia esperando ante las puertas de Hung. Con la práctica, su discernimiento médico, e incluso su destreza, mejoraron. Toda clase de cosas se le sometían: dolencias de la piel, cólicos, catarros, enteritis, terribles supuraciones de ojos y oídos. Casi todos aquellos males eran resultado de la suciedad y el hacinamiento. Hacíase sorprendente lo que la limpieza y un sencillo tónico depurativo podían conseguir. Un grano de permanganato de potasio valía lo que pesaba en oro.

Cuando el escaso botiquín empezaba a agotarse llegó una respuesta a la súplica hecha al doctor Tulloch. Era una caja claveteada, llena de hilas, gasas, algodón, yodo, antisépticos, aceite de ricino, cloro, y unas líneas garabateadas en el dorso de una receta rota:

Santidad: ¡Y yo que contaba con ir a ejercer en los trópicos! ¿Dónde tienes el título? En fin: cura a los que puedas y mata a los que no. Te acompaño unas cuantas «herramientas» para ayudarte.

Había también, en efecto, limpiamente empaquetados, unos fórceps, una lanceta y

unas tijeras. Una posdata de la nota decía:

«Te advierto que voy a dar cuenta de tu intrusismo al Papa, al Colegio Inglés de Médicos y a Chun-lung-soo».

Francisco sonrió ante la irreprimible humorada de su amigo. Sentía el pecho colmado de gratitud. Con aquel estímulo de sus propios esfuerzos, más el alivio de la compañía de José, el sacerdote experimentó una nueva y encendida exaltación. En su vida había trabajado más ni dormido mejor.

Pero cierta noche de noviembre su sueño fue ligero y turbado. Después de medianoche despertó, de pronto. Hacía un frío intenso. En la quieta oscuridad oía la profunda y tranquila respiración de José. Permaneció tendido un momento, procurando alejar a fuerza de razones su vaga inquietud. No podía. Levantóse con precaución, para no despertar al dormido muchacho, y salió del establo. El frío glacial de la noche le hirió como una puñalada. El aire cortaba como una navaja de afeitar y cada respiración producía un dolor lacerante. No había estrellas, pero la nieve helada producía una singular y luminosa blancura. El silencio parecía extenderse a cientos de millas. El efecto era aterrador.

De pronto, en aquella quietud, Chisholm imaginó oír un grito débil e incierto. Seguro de haberse engañado, escuchó, no obstante, y no oyó más. Pero, al volverse para entrar en el establo, se repitió la queja, como el débil clamor de un ave moribunda. Permaneció indeciso y, luego, lentamente, avanzó sobre la nieve dura hacia el lugar de donde venía el sonido.

Fuera del recinto, cincuenta pasos camino abajo, tropezó en una forma rígida y oscura. Era una mujer postrada, con el rostro hundido en la nieve, helada, muerta... Bajo ella, entre las ropas que cubrían su pecho, Chisholm sintió los débiles lloros de una criatura.

Encorvándose, alzó el cuerpecito, frío como un pez, pero suave. El corazón del sacerdote batía cual un tambor. Corrió hacia el establo, dando resbalones, faltándole poco para caer, y llamó a voces a José.

Una vez que el hogar se colmó de leña, despidiendo luz y calor, el sacerdote y su sirviente se inclinaron sobre el pequeño. No tendría más de doce meses. Sus ojos oscuros se dirigían locamente, como incrédulos, hacia la caliente llama. De vez en cuando gemía.

—Tiene hambre —dijo José; con tono de experto.

Calentaron leche y la vertieron en una vasija del altar. Chisholm cortó una tira de limpia tela y la acomodó, a guisa de biberón, en la estrecha boca del recipiente. La criatura bebió con avidez. A los cinco minutos, concluida la leche, dormía. El sacerdote la envolvió en una de las mantas de su propio lecho. Estaba hondamente

conmovido. Su extraño presentimiento, la sencillez con que les llegó la criatura, apareciendo en la fría soledad, semejaban un signo de Dios. Nada había sobre el cadáver de la madre que explicase su identidad, pero sus rasgos, aunque marchitos por las privaciones y la pobreza, eran de fino corte tártaro. El día antes había pasado por allí un tropel de nómadas. Acaso la mujer, abrumada de frío, se hubiera rezagado y muerto, abandonada. Francisco buscó mentalmente un nombre para la criatura. Como era hembra y aquel día el de Santa Ana, el sacerdote eligió ese nombre y Ana fue llamada la niña.

—Mañana, José —dijo—, buscaremos una mujer que se encargue de este don de los cielos.

José se encogió de hombros.

—¿Va a dar a la niña para que la críen fuera, maestro?

—No la daré para que la críen fuera —repuso firmemente Chisholm.

Su propósito era claro y fijo. Aquella niña enviada por Dios sería la que inaugurase el hogar infantil que soñaba con establecer desde su llegada a Paitan. Necesitaría ayuda, por supuesto; llegarían monjas alguna vez... mas ¡qué lejano estaba todo! Entre tanto, sentado en el térreo suelo, junto a las pavesas de oscuro color rojo, mirando a la niña dormida, parecía que el cielo le había dado una prenda de su triunfo final.

José, charlatán y averiguador número uno, fue el primero en decir al Padre Chisholm que el hijo del señor Chia estaba enfermo. La estación fría se prolongaba, los Kuang seguían llenos de espesa nieve y el animado José, soplándose los dedos entumecidos, después de la misa, comentó mientras ayudaba al sacerdote a quitarse las vestiduras:

—¡*Tch!* Tengo las manos tan inútiles como las del pobre Chia-Yu.

Chia-Yu se había arañado el pulgar no se sabía con qué, y, en consecuencia, sus cinco elementos se habían conturbado y los humores viles se habían impuesto a todos, concentrándosele por entero en un brazo, hinchándosele, paralizándosele y haciendo arder y enflaquecer todo el cuerpo del chiquillo. Los tres médicos más importantes de la ciudad le atendían y los más costosos remedios le fueron aplicados. A la sazón, se había enviado a Hsin-Hsiang un mensajero en busca del *elixir vital*, inapreciable extracto de ojos de rana obtenido únicamente en el ciclo de la Luna del Dragón.

—Se curará —concluyó José, mostrando sus blancos dientes, en una optimista sonrisa—. Ese *hao kao* nunca falla... lo cual es importante para el señor Chia porque no tiene más hijos que Yu.

Cuatro días más tarde, a la misma hora, dos sillas cerradas, una de ellas vacía, parábanse ante la capilla de la calle de los Rederos. Un instante después, le elevada

figura del primo del juez Pao, envuelta en una túnica de bien forrado algodón, se enfrentaba gravemente con el Padre Chisholm. Excusándose por su insólita intrusión, el mandarín pidió al sacerdote que le acompañase a casa del señor Chia.

Atónito ante lo que implicaba la invitación, Francisco vaciló. Entre los Pao y los Chia existía relación estrecha, a causa de vínculos mercantiles y matrimoniales, y ambas eran familias de gran influencia. Desde su regreso de la aldea Liu, Francisco había encontrado con bastante frecuencia al delgado, altivo y cortésmente cínico primo de Pao, que era, a la vez, primo carnal también de Chia. Poseía Chisholm algunas pruebas de que el mandarín le miraba con buenos ojos. Pero esta repentina visita era diferente. Volvióse en silencio, para recoger sombrero y gabán, y sintió un repentino y vago temor...

La casa de Chia estaba muy silenciosa, desiertas sus galerías encañadas, brillante el estanque de los peces, cubierto por una capa de hielo. Los pasos de los dos hombres sonaban suavemente, pero con un eco de cosa trascendental, sobre los patios enlosados y vacíos. A los lados de la purpúrea verja entoldada, dos jazmines cubiertos de arpillera cabeceaban como gigantes dormidos. De las habitaciones de las mujeres, al otro lado de la terraza, llegaba un rumor de sofocados lloros.

Reinaba penumbra en la alcoba donde yacía Chia-Yu sobre un caldeado *kang*^[5]. Rodeábale tres barbudos médicos que, vestidos con largas túnicas, se sentaban sobre flamantes esterillas. De vez en cuando, uno de los médicos, inclinándose, colocaba un trozo de carbón bajo el *kang*. En un rincón de la estancia, un sacerdote taoísta, ataviado con una túnica color de pizarra, murmuraba exorcismos al son de las flautas que unos músicos tocaban tras el tabique de bambú.

Yu era un lindo chiquillo de seis años de un suave color de crema y ojos negros como la endrina. Había sido educado en las más estrictas tradiciones de respeto paternal y vivía idolatrado, pero sin mimos. A la sazón, consumido por la implacable fiebre y la tremenda novedad del dolor, permanecía inmóvil, tendido de espaldas. Los huesos se le acusaban bajo la piel, sus secos labios se crispaban y su mirada inmóvil se fijaba en el techo. Su brazo derecho, lívido, hinchado hasta perder toda forma, desaparecía dentro de una tórrida masa oscura mezclada con pequeños fragmentos de papel impreso.

Al entrar el primo de Pao con el Padre Chisholm, se produjo un ligero silencio. Luego, se reanudó la salmodia taoísta, mientras los tres médicos, aún más estrictamente inmóviles, mantenían su vigilancia del *kang*.

Inclinado sobre el niño inconsciente, Chisholm le puso la mano en la frente ardorosa. Bien le constaba la inmensa importancia de aquella actitud de todos, refrenada y desapasionada. Las dificultades presentes del misionero serían minúsculas en comparación con las persecuciones que se desatarían si su intervención fracasaba. Pero la gravísima enfermedad del niño y aquella absurda ficción de

tratamiento le espolearon. Con movimientos enérgicos y suaves, empezó a quitar del infectado brazo el *hao kao*, la sucia envoltura que tan a menudo viera en su dispensario.

Al fin, libre el brazo ya, lávalo con agua caliente. El miembro casi flotaba, como una vejiga cargada de corrupción, y la piel aparecía verdosa y brillante. Francisco sentía los fuertes latidos de su corazón, mas prosiguió su tarea resueltamente. Sacando del bolsillo la cajita de cuero que le enviara Tulloch, extrajo la lanceta. Le constaba su inexperiencia y le constaba también que, si no se sajava aquel brazo, el niño, moribundo ya, tendría que morir. Sentía fijos en él todos los ojos, sin que lo aparentase. Sentía, sobre todo, la terrible ansiedad y la creciente duda que poseían al primo de Pao, inmóvil tras él. Con una invocación a San Andrés, Chisholm fortalecióse, dispuesto a cortar, a cortar larga y profundamente.

Un gran chorro de materia pútrida brotó de la sajadura, cayendo y borboteando en el recipiente de barro que se había colocado debajo. Extendióse por la habitación un hedor horrible. Pero jamás en su vida había aspirado Francisco con más deleite perfume alguno. Mientras oprimía con ambas manos los dos bordes de la herida, para favorecer la exudación, percibía como el brazo iba disminuyendo hasta la mitad de su tamaño, y en su corazón brotaba un gran consuelo que le producía una especie de desfallecimiento.

Al fin se incorporó, tras vendar la herida con limpio lino, y oyó su propia voz murmurando en inglés: «Con un poco de suerte, creo que saldrá adelante».

Era la famosa frase del viejo doctor Tulloch, y el que Chisholm la profiriese demostraba la tensión de sus nervios. Pero, en su aspecto exterior, procuraba mostrar una actitud de jovial indiferencia. Cuando el silencioso primo del señor Pao le acompañaba hasta la silla de mano, el sacerdote dijo:

—Denle algún caldo nutritivo cuando despierte y nada de ponerle más *hao kao*. Volveré mañana.

Al siguiente día estaba Yu mucho mejor. La fiebre se había disipado casi por completo y el niño había dormido bien y bebido varias tazas de caldo de gallina. Sin el milagro de la bruñida lanceta, era casi seguro que habría muerto.

Chisholm sonrió auténticamente al despedirse.

—Sigan alimentándole —mandó—. Volveré mañana.

El primo de Pao carraspeó para aclararse la garganta:

—Muchas gracias. No es necesario. —Siguió una pausa embarazosa—. Estamos profundamente agradecidos. El señor Chia se hallaba postrado por el dolor y, sin duda, se recobrará ahora que su hijo se ha repuesto. Pronto estará en condiciones de presentarse en público.

El mandarín se inclinó, discretamente escondidas las manos en las mangas, y se fue.

Chisholm caminó calle abajo —había rechazado airadamente la silla—, luchando con una sombría y amarga indignación. ¡Aquella era la gratitud!, ser puesto poco menos que en la calle, sin una palabra, cuando había salvado la vida del niño, casi arriesgando la suya propia... Desde el principio hasta el fin no había visto al acongojado Chia, quien, ya en el junco, el día de su llegada, no se había dignado mirarle. Crispaba los puños, luchando con su demonio familiar y pensando:

¡Oh Dios, cálmame! No permitas que el maldito pecado de la furia vuelva a poseerme. Hazme benigno y paciente de corazón. Dame humildad, Señor. Al fin y al cabo, fue tu clemente bondad, tu divina Providencia, la que salvó al niño. Haz de mí lo que quieras, Señor. Ya ves que me resigno... ¡Pero hasta Tú, oh Dios —añadió con brusco acaloramiento—, debes reconocer que ha sido, en verdad, una condenada ingratitud!

Durante los días siguientes eludió rigurosamente Francisco el barrio de los mercaderes. Su orgullo y aun otras cosas sentíase lesionados. Escuchaba en silencio las pláticas, sobre los extraordinarios progresos del chiquillo, sobre las generosas dádivas distribuidas por Chia a los tres sabios médicos, sobre su donación al templo de Lao-Tsé como reconocimiento a haber sido exorcizado el demonio que atormentara al hijito del mercader.

—¿No es verdaderamente notable, querido Padre, ver los muchos que se han beneficiado de la noble generosidad del mandarín?

—Verdaderamente notable —dijo Chisholm secamente, con voz áspera.

Una semana después, al ir acerrar su dispensario tras una tediosa e inútil tarde, advirtió de pronto, a través del frasco de permanganato que estaba agitando, la discreta aparición del señor Chia.

Se sobresaltó y acaloró, pero nada dijo. El mercader llevaba sus mejores prendas: rica túnica de raso negro, chaqueta amarilla, botas de bordado terciopelo —en una de las cuales había introducido el abanico de ceremonia y un buen bonete de seda—. Su expresión era, a la vez, protocolaria y digna. Sus uñas, largas en exceso, iban protegidas por funditas de metal dorado. Parecía culto e inteligente, y sus modales expresaban una educación perfecta. En su frente se notaba una suave melancolía.

—He venido —dijo.

—Ya lo veo —repuso Francisco, con tono no muy alentador, sin suspender el movimiento de la varilla de cristal con que agitaba la solución de color violado.

—He tenido que atender a muchas cosas y que arreglar muchos asuntos. Pero ahora —y el mercader hizo una inclinación resignada— ya estoy aquí.

—¿Para qué? —preguntó lacónicamente Francisco. Chia expresó alguna sorpresa.

—Naturalmente... para convertirme al cristianismo. Hubo un momento de mortal

silencio, un momento que, por tradición, debiera haber marcado el pináculo de aquellos meses trabajosos y míseros; un momento que debía rendir los primeros y emocionantes frutos de los trabajos del misionero. Allí estaba el distinguido salvaje inclinando la cabeza en espera de ser bautizado. Pero en el rostro del Padre Chisholm había muy escaso entusiasmo. Mordióse los labios con cierta irritación y dijo, despacio:

—¿Tiene usted fe?

—No —repuso el mercader con tristeza.

—¿Y está dispuesto a ser instruido?

—No tengo tiempo para recibir instrucción alguna —contestó el hombre con una inclinación sumisa—. Pero estoy resuelto a hacerme cristiano.

—¿Resuelto? ¿Quiere decir que lo desea?

Chia sonrió débilmente.

—¿No es clara mi voluntad de profesar su fe?

—No, no es clara. No siente usted el menor deseo de convertirse ¿Por qué se propone hacerlo? —inquirió el sacerdote, muy enrojecido.

—Para recompensarle —dijo Chia con sencillez—. Usted me ha hecho el mayor de los beneficios. Yo debo hacerle el mayor de los beneficios también.

Chisholm se agitó, irritado. La tentación era fuerte y lisonjera. Hubiese querido ceder, pero no podía y, en consecuencia, su carácter se exacerbaba.

—No es un beneficio. Es un mal. No tiene usted creencia ni inclinación al cristianismo. Hacerle cristiano sería cometer un fraude ante Dios. No me debe usted nada. Ea, ¡váyase!

Al principio, Chia no daba crédito a sus oídos.

—¿Es posible que me rechace usted?

—Es un modo cortés de expresarlo —gruñó Chisholm.

En el mercader se produjo un cambio seráfico. Sus ojos se iluminaron, relampaguearon; su melancolía se desprendió de él como una mortaja que lo envolviese. Hizo un esfuerzo para contenerse y logró refrenar su obvio deseo de dar una zapateta. Con solemnidad hizo el *kow-tow* ^[6] tres veces. Consiguió también dominar su voz.

—Siento que no me acepte. Sé, desde luego, que soy muy indigno. Sin embargo, acaso de algún otro humilde modo...

Se interrumpió, repitió el *kow-tow* tres veces más y, andando de espaldas, salió...

Por la noche, sentábase el Padre Chisholm junto a la lumbre con un talante tan severo, que José, mientras cocinaba gustosas almejas de río con arroz, sólo osaba mirarle tímidamente. De pronto, sonó fuera ruido de cohetes y petardos. Seis criados del señor Chia los hacían estallar, ceremoniosamente, en el camino. El primo del señor Pao avanzó inclinado y tendió a Chisholm un pergamino envuelto en un papel

color bermellón.

—El señor Chia le ruega que le honre aceptándole un humildísimo don: los títulos de propiedad de la Montaña de Brillante Jade Verde, con todas sus tierras, derechos de aguas y yacimiento de arcilla carmesí. La propiedad es de usted, sin restricción alguna, para siempre. El señor Chia le pide que acepte también los servicios de veinte de sus jornaleros hasta que la construcción que usted quiera erigir esté totalmente terminada.

Tan atónito quedó Francisco que no supo articular palabra. Vio, con inmóvil tensión, retirarse al primo de Chía y de Pao. Luego, examinó con nerviosos ojos los títulos de propiedad y gritó, alborozado:

—¡José, José!

José se apresuró a acudir, temeroso de otro infortunio.

La expresión, del sacerdote le reanimó. Subieron juntos a la Montaña de Brillante Jade Verde, y allí, quietos bajo la luna, entre los altos cedros, entonaron a dúo el *Magnificat*.

Francisco permanecía con la cabeza desnuda, contemplando, como en una visión, lo que iba a crear en aquella magna colina. Había orado con fe y su plegaria fue escuchada.

José, despierto su apetito por el fresco viento, esperó, no obstante, sin quejarse, hallando su propia visión en la cara extasiada del sacerdote, y satisfecho de haber tenido la suficiente presencia de ánimo para retirar del fuego la cazuela del arroz.

IV

Dieciocho meses después, cuando toda la provincia de Kansu se anegaba en el breve intervalo de clima perfecto que pone mayo entre las nieves del invierno y los rigores del estío, el Padre Chisholm cruzaba el embaldosado patio de su nueva, Misión de San Andrés.

Quizá nunca hasta entonces había sentido tal sensación de plácido contento. El aire cristalino, donde giraba una nube de blancas palomas, era perfumado y chispeante. Al llegar al corpulento baniano que, como Francisco se propusiera, sombreaba la parte interior del patio, miró el recinto, en parte orgulloso y en parte con atónita maravilla, como si aún temiese ser víctima de un espejismo que pudiera desvanecerse de un instante a otro.

Pero allí estaba todo, brillante y espléndido: su graciosa iglesia, galana entre los cerros; su casa, con encañados escarlata, contigua a la escuelita; el primoroso dispensario, con salida al otro lado del muro exterior; un pabellón más, semioculto entre el follaje de los papayos y las catalpas que protegían el recién plantado jardín. Suspiró, mientras sus labios sonreían, bendiciendo el milagro del fructuoso yacimiento de arcilla que, tras muchas mezclas y experimentos, había producido ladrillos de un suave y rosado tono que hacían de la Misión una sinfonía en cinabrio. Asimismo bendijo las demás subsiguientes maravillas: la implacable gentileza de Chia; la paciente destreza de sus operarios; la casi incompleta incorruptibilidad del recio capataz; incluso el tiempo que, con su fulgurante hechizo en los últimos días, había convertido en un gran éxito la ceremonia inaugural, a la que asistieron cortésmente, la semana antes, las familias de los Chia y los Pao.

Sólo para examinar la aún desierta escuela, realizó un largo paseo hasta allí, mirando como un colegial, a través de las ventanas, las láminas recién estampadas que brillaban en la encalada pared, y los bruñidos bancos que él mismo había hecho; como hiciera también el encerado. El ver su habilidad manual aplicada a aquel cuarto le colmaba el pecho de cálida efusión. Pero el recuerdo de la tarea que le esperaba le llevó al extremo del jardín, donde, cerca de la puerta más baja, junto a su tallercito privado, había un pequeño ladrillar.

Satisfecho se quitó la vieja sotana y, únicamente vestido con sucios calzones sujetos por tirantes, alzadas las mangas de la camisa, empuñó una pala de madera y empezó a remover la arcilla.

Al día siguiente llegaban las tres monjas. Tenían dispuesto su alojamiento, fresco, encortinado, ya oloroso a cera. Pero lo que más afanosamente le interesaba era la apartada galería en que las Hermanas podían descansar y meditar, que no estaba conclusa del todo, y exigía, al menos, otra hornada de ladrillos de los que él

preparaba en su tejera. Mientras moldeaba el barro, moldeaba a la vez, mentalmente, el futuro.

La llegada de aquellas monjas era lo más esencial de todo. Lo entendió así desde el comienzo, y había trabajado y rezado porque viniesen, enviando carta tras carta al Padre Mealey e incluso al obispo, mientras la Misión crecía lentamente ante sus ojos. A juicio de Chisholm, la conversión de chinos adultos era tarea de arcángeles. La raza, la incultura, la rémora de una antigua fe, eran formidables barreras, difícilísimas de romper con medios sinceros. Y, sin duda, el Todopoderoso miraba con desagrado el ganar creyentes con tretas aplicadas a cada caso individual. Verdad es que, ahora que Chisholm se veía reforzado externamente por su hermosa iglesia nueva, cada vez aumentaba el número de arrepentidos que acudían a misa. Ya había una sesentena de fieles en la Congregación. Cuando se elevaba la cadencia de sus voces entonando el *Kyrie*, sonaba como el clamor de una multitud.

Pero Francisco concentraba sus miras en las criaturas.

En China, literal y auténticamente, se podían comprar niños a penique la pareja. El hambre, la hosca pobreza y la tesis confucionista de la perpetuación masculina hacían que las niñas, por lo menos, sobrasen en el mercado. De allí a muy poco tiempo tendría Chisholm una escuela donde los niños serían alimentados y atendidos por las Hermanas y correrían por la Misión rodando sus aros, llenando el recinto de risas, aprendiendo el catecismo y las letras. El porvenir pertenecía a los niños, y los niños —sus niños—pertenerían a Dios...

Casi sin notararlo, sonrió a sus pensamientos, mientras introducía en el horno los ladrillos moldeados ya. No podía, en rigor, considerarse muy amigo de faldas. No obstante, tras tantos meses entre una raza ajena, sentíase ávido de trato con personas de su raza propia. La Madre María Verónica, aunque bávara de nacimiento, había pasado cinco años en el *Bon Secours* de Londres. Y las dos monjas que capitaneaba la Hermana Clotilde, francesa, y la Hermana Marta, belga, habían pasado por igual experiencia en Liverpool. Viniendo directamente de Inglaterra, le traerían un amistoso hálito de su país.

Algo indeciso —porque se había tomado enormes afanes—, revisó los preparativos para la llegada de las monjas al día siguiente. Habría unos cuantos fuegos artificiales (según el mejor estilo chino, pero no tales que alarmasen a las mujeres) en el desembarcadero del río, donde las tres mejores sillas de mano disponibles en Paitan esperarían a las viajeras. Un té en cuanto llegasen a la Misión. Un breve descanso, el *Benedicite* —seguramente agradarían a las monjas las flores preparadas para el caso— y, luego una comida especial.

Casi rió para sí mientras ponderaba en su mente la minuta de aquel agasajo. ¡Las pobres monjas habrían de empezaren seguida unas tareas tan duras! Por su parte tenía un apetito escandalosamente escaso. Durante las obras de la Misión se había

alimentado casi del aire, pasándose el día sobre andamios o trazando algún plan con el capataz del señor Chia, sin probar más que un poco de arroz o un puré de habichuelas. Pero ahora había enviado a José a la ciudad en busca de *chow-chow*, mangos y —lo que era más extraordinario— una avutarda recién cazada en Shon-see, hacia el norte.

En medio de sus meditaciones percibió un repentino rumor de pisadas. Levantó la cabeza. Mientras la volvía, abrióse la puerta del vallado. Siguiendo las indicaciones de un astroso culi de la ribera, que les servía de guía aparecieron tres monjas. Venían manchadas por el viaje, con una vaga inquietud en sus inseguras miradas. La que iba al frente contaría unos cuarenta años y era hermosa y de digno porte. En sus finos huesos y sus grandes ojos azules se leían refinada educación y refinada raza. Pálida de fatiga, pero impelida por una especie de fuego interior, se forzaba a sí misma a continuar caminando. Sin mirar apenas a Francisco, le habló en buena lengua china.

—Haga el favor de llevarnos inmediatamente al Padre de la Misión.

Muy disgustado viendo la palmaria agitación de las monjas, Francisco respondió en el mismo idioma:

—No las esperábamos hasta mañana, Hermanas.

—¿Vamos a tener que seguir ocupándonos de ese horrible buque?, —contestó, con reprimida indignación—. Llévenos de una vez al Padre.

Francisco contestó lentamente en inglés:

—Yo soy el Padre Chisholm.

Los ojos de la monja, que habían estado escrutando los edificios de la Misión, se volvieron, incrédulos, a aquel hombrecillo en mangas de camisa. Examinó con creciente abatimiento sus ropas de trabajo, sus manos sucias, sus embarradas botas y una pella de cieno que tenía en la mejilla. Francisco murmuró, con embarazo:

—Siento mucho, muchísimo, que no hubiese nadie para esperarlas.

Por un momento el resentimiento apoderóse de la Hermana.

—Desde luego, cabía esperar alguna clase de recibimiento después de un viaje de seis mil millas.

—Pero la carta de ustedes decía con toda claridad... Ella le atajó, con un gesto sofrenado:

—Tenga la bondad de mostrarnos ya nuestro alojamiento. Mis compañeras están completamente rendidas —añadió, con orgullosa negación de su propio cansancio.

Francisco iba a dar una explicación final, pero el ver a las otras dos Hermanas contemplándole, muy asustadas, le contuvo. En un penoso silencio condújolas hacia su pabellón. Allí se detuvo.

—Espero que se hallen a gusto. Enviaré a buscar su equipaje. ¿Querrán... querrán cenar esta noche conmigo?

—Gracias. Es imposible —dijo la Madre María Verónica, con tono frío y otra vez

sus ojos, en los que reprimía altaneras lágrimas, examinaron las deplorables ropas del sacerdote. Concluyó—: Pero si tiene algo de fruta y de leche envíenoslo y mañana estaremos dispuestas para trabajar.

Sumiso, mortificado, Francisco se dirigió despacio a su pabellón y se bañó y cambiósese de ropa. Buscó y examinó cuidadosamente la carta que tenía entre sus papeles, fechada en Tientsin y anunciando la llegada de las monjas para el 19 de mayo, que era el día siguiente. Rompió el escrito en menudos fragmentos. Pensó en aquella locura de la hermosa avutarda que mandara adquirir. Se ruborizó. Abajo hallóse a José, rebotante de optimismo, cargado de compras.

—Lleva al pabellón de las Hermanas la fruta que hayas traído, José. Todo lo demás distribúyelo entre los pobres.

—Pero, maestro... —Estupefacto ante el tono de la orden y la expresión del sacerdote, José tragó la saliva que colmaba su boca y murmuró—: Bien, maestro.

Francisco se dirigió hacia la iglesia, apretados los labios como para ocultar un insólito dolor.

A la mañana siguiente oyeron misa las tres Hermanas.

Francisco, inconscientemente, apresuró el acto de gracias, esperando hallar a la Madre María Verónica aguardándole fuera. Más no estaba allí. Tampoco fue a casa del Padre a pedir instrucciones. Una hora después la encontró escribiendo en la escuela. La monja se levantó vivamente.

—Siéntese, reverenda Madre.

—Gracias —dijo ella con voz amable, pero persistiendo en pie, pluma en mano, junto al pupitre—. Estoy esperando a mis alumnos.

—Tendrá usted veinte esta tarde. Vengo eligiéndolos desde hace muchas semanas. Me parecen inteligentes —comenzó el sacerdote esforzándose en hablar con acento ligero y agradable.

Ella sonrió levemente.

—Haremos todo lo que podamos por ellos.

—También tenemos el dispensario. Espero que usted me ayude en él. Yo poseo muy pocos conocimientos médicos... pero es sorprendente ver los efectos que incluso tal parvedad de nociones surten aquí.

—Dígame las horas de consulta y estaré presente. Siguió un corto silencio. A través de la plácida cortesía de la mujer, Francisco notaba su profunda reserva. Sus ojos puestos sobre la mesa, en un marco.

—¡Qué hermosa vista! —murmuró por decir algo, esforzándose en romper la indefinible barrera que se había establecido entre los dos.

—Sí, es bella.

Los intensos ojos de la monja se fijaron también en la fotografía: una hermosa mansión antigua, almenada, blanca sobre un oscuro fondo de montuosos pinares, con

un gran despliegue de terrazas y jardines descendiendo hacia un lago.

—Es Schloss Anheim —explicó.

—He oído ese nombre. Histórico, ¿verdad? ¿Está cerca de su casa?

Ella miróle por primera vez directamente a la cara. Habló con una total carencia de expresión.

—Cerquísima.

Su tono prohibía claramente toda nueva referencia al tema. Pareció esperar que el sacerdote hablara y, viendo que no lo hacía, dijo, un tanto apresuradamente:

—Las Hermanas y yo sentimos el más vivo deseo de trabajar por el éxito de la Misión. No tiene usted más que indicar sus deseos y serán ejecutados. A la vez... —y su voz adquirió una ligera frialdad— a la vez, desearía que nos concediese usted cierta libertad de acción.

Él la miró.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted sabe que nuestra regla es, en parte, contemplativa. Nos gustaría gozar de la mayor independencia posible. —Sus ojos se fijaban en el espacio—. Me refiero a comer solas, mantener nuestra casa por separado...

Francisco se ruborizó.

—Nunca he supuesto otra cosa. Su casa es su convento.

—Entonces, déjeme en libertad para regir todos los asuntos de mi comunidad. Era clarísimo lo que daba a entender y ello gravitaba sobre el corazón del sacerdote. Éste sonrió de un modo raro, con cierta tristeza.

—Desde luego. Pero administre bien el dinero. Somos muy pobres.

—Mi Orden responde de nuestros gastos.

Chisholm no pudo resistir la tentación de hacer una pregunta:

—¿No profesa su Orden la santa pobreza?

—Sí, pero no la miseria —contestó ella en el acto.

Se produjo una pausa. Los dos permanecían en pie, uno junto a otro. La monja había hablado con cierto acaloramiento, reprimiendo la respiración, muy prietos los dedos sobre la pluma. Chisholm sentía el rostro encendido y experimentaba una singular aversión a mirar a la Madre María Verónica.

—Le enviaré a José con una nota del horario de la consulta... y de los servicios religiosos. Buenos días, Madre.

Salió, mientras la monja se sentaba lentamente ante el pupitre, fija aún la mirada ante sí, inescrutable su orgullosa expresión. Luego, una aislada lágrima rodó misteriosamente por sus mejillas. Sus peores previsiones se confirmaban. Casi con furia, hundió la pluma en el tintero y reanudó su escrito.

... Ha ocurrido lo que yo temía, queridísimo hermano, y de nuevo he

vuelto a pecar incurriendo en mi terrible e indesarraigable orgullo, el orgullo de los Hohenlohe. Pero, ¿merezo censura? El cura acaba de estar aquí, limpio de barro, relativamente afeitado —he visto cortes, delatores de una navaja mellada, en su barbilla—, y exteriorizando una tosca autoridad. Ayer, en un instante, comprendí qué clase de minúsculo burgués era. Esta mañana se ha superado a sí mismo. ¿Sabías tú, querido conde, que Anheim fuese un lugar histórico? Casi reí mientras los ojos del cura se fijaban en la fotografía. Es aquella que tomé desde el cobertizo de los botes el día que bogábamos con mamá por el lago, y que me ha acompañado a todas partes. Es mi único tesoro temporal. Parecía que el buen hombre dijese literalmente: «¿Y en qué excursión de la Agencia Cook tomó usted esa foto?». Estuve a punto de decir: «He nacido allí», mas mi orgullo me lo impidió. De haberlo hecho, él seguramente se hubiera mirado las botas —todavía sucias de lodo en algunos puntos donde no ha logrado quitarlo— y murmurado: «¡Ah! ¿Sí? Nuestro bendito Señor nació en un establo».

En este hombre hay algo que... que me ataca los nervios. ¿Recuerdas a Herr Spinner nuestro primer preceptor? ¿Te acuerdas de lo malos que éramos con él y del modo que tenía de mirarnos de pronto, con una expresión herida, reprimida y humilde? Pues los ojos de este cura son iguales. Probablemente, su padre habrá sido un leñador, como lo era el de Herr Spinner; y, probablemente también, se habrá elevado a fuerza de trabajo, con tenaz humildad. Y ¡Cómo temo el porvenir, querido Ernesto! Aquí, en este lugar aislado y extraño, todos los aspectos de la situación se intensifican. El peligro consiste en que el nivel que me es innato se rebaje al ceder a una especie de intimidación, mental con una persona a quien desprecio por instinto. ¡Oh, llegar a una odiosa y jovial familiaridad! Tendré que hacer alguna insinuación a las Hermanas Marta y Clotilde (ésta ha venido mareada desde Liverpool). He resuelto mostrarme simpática y trabajar hasta la extenuación. Pero sólo una completa indiferencia, una reserva absoluta, conseguirán...

Se interrumpió, mirando otra vez, turbada y remota, por la ventana.

El Padre Chisholm no tardó en percibir que las otras dos Hermanas estaban también en vías de procurar eludir su trato.

La Hermana Clotilde aún no llegaba a los treinta años.

Era delicada, enjuta, de labios exangües y nerviosa sonrisa. Parecía muy devota, y cuando oraba, ladeando la cabeza, afluían a sus ojos, de un verde pálido, torrentes de lágrimas. Sor Marta, persona muy distinta, rebasaba los cuarenta y era fuerte y robusta, de tipo aldeano, con la piel morena y una red de arrugas en torno a los ojos. Activa y habladora, algo tosca en sus modales, daba la impresión de que se hallaría

siempre a sus anchas en un corral o en una cocina. Cuando por casualidad las hallaba en el jardín, la Hermana belga se inclinaba en rápida reverencia, mientras la macilenta faz de Sor Clotilde se ruborizaba nerviosamente. Francisco se sabía objeto de cuchicheos de las monjas. A veces sentía el impulso de interrumpirlas con violencia, diciendo: «No se asusten tanto de mí. Hemos empezado de un modo muy estúpido. No soy tan inútil como aparento».

Se contenía. Faltábanle fundamentos de queja. Las Hermanas ejecutaban sus tareas escrupulosamente, con minuciosa perfección. Nuevas ropas de altar, exquisitamente cosidas, aparecían en la sacristía, así como una estola bordada que debió de exigir muchos días de paciente labor. Vendas e hilas bien arrolladas y cortadas en diversos tamaños llenaban las alacenas del dispensario.

Los niños habían llegado y estaban cómodamente instalados en el vasto dormitorio del piso bajo en la casa de las Hermanas. Sonaban en la escuelita múltiples vocecillas con el cantarín ritmo de una lección muy repetida. Oculto entre los arbustos, breviario en mano, Chisholm escuchaba desde fuera. ¡Cuánto significaba para él aquella escuela y cuán jubilosamente había pensado en su inauguración! Mas ahora sólo iba a ella rara vez y nunca dejaba de sentirse un intruso.

Se replegaba en sí mismo, aceptando la situación con una lógica sombra. La cosa parecía sencilla. La Madre María Verónica era una buena mujer, exigente, refinada, absorta en su trabajo. Desde el principio había concebido por él una antipatía espontánea. Impresiones así son insuperables. Al fin y al cabo, Chisholm no tenía un carácter muy atractivo; él lo sabía y no se consideraba buen escudero de las damas. No obstante, lo que ocurría era tristemente desilusionador.

El dispensario hacía que tres veces a la semana Francisco y la Madre María Verónica hubiesen de trabajar juntos durante varias horas. La monja se interesaba tanto en aquellas tareas, que llegaba a olvidar su aversión. Los dos hablaban poco, pero Chisholm sentía entonces, entre ambos, una extraña sensación de compañerismo.

Un día, transcurrido un mes desde su llegada, la Madre María Verónica, viendo al Padre vendar un serio absceso, exclamó involuntariamente.

—¡Qué buen cirujano hubiera sido usted!

—Siempre me ha gustado trabajar con mis propias manos —dijo él, ruborizándose.

—Porque las tiene usted muy diestras.

Se sintió ridículamente complacido. Las maneras de la monja eran más amistosas de lo que habían sido hasta entonces. Terminada la consulta, mientras él guardaba sus sencillos medicamentos, la Madre María Verónica le miró, interrogativa.

—Me proponía pedirle... La Hermana Clotilde, últimamente, ha trabajado

demasiado preparando con Sor Marta la comida de los niños. No es mujer fuerte y temo que el trabajo le resulte excesivo. Si a usted le pareciera bien, yo buscaría alguna ayuda...

—Por supuesto —convino Chisholm, muy Contento de que ella le pidiera permiso—. ¿Quiere que le busque una criada?

—No, gracias. Ya he pensado en una pareja muy útil. A la mañana siguiente, mientras cruzaba el jardín, Chisholm vio en la galería del convento las inconfundibles figuras de Hosanna y Filomena Wang, ocupadas en orear y limpiar las esteras. Se detuvo en seco, con el rostro ensombrecido, y, luego, se dirigió al pabellón de las Hermanas.

Halló a la Madre María Verónica en el cuarto de la ropa, guardando sábanas. Le habló apresuradamente:

—Siento molestarla, pero temo que... no encuentren satisfactorios a sus nuevos sirvientes.

Ella, con repentino enojo, volvió la espalda al armario.

—¿No cree usted que de eso puedo yo ser mejor juez que nadie?

—No quiero que suponga usted que deseo mezclarme en sus cosas. Pero es mi deber advertirle de que esas dos personas no son de confianza.

—¿Ésa es su caridad cristiana? —dijo ella.

Francisco palideció. La monja le situaba en una posición horrible. No obstante, prosiguió, resuelto:

—He de ser práctico. Pienso en la Misión. Y en usted.

—No se preocupe por mí —dijo ella, con glacial sonrisa—. Sé atender mis asuntos.

—Le aseguro que los Wang son mala gente.

La Madre María Verónica respondió con un énfasis peculiar:

—Sé que les hizo usted pasar un mal rato. Me lo han dicho.

—Le aconsejo que se desembarace de ellos.

—¡No lo haré!

La voz de la Madre sonaba dura como el acero. Siempre había recelado del sacerdote, y ahora se confirmaban sus recelos. Por haberse mostrado ella el día anterior más condescendiente en el dispensario, se apresuraba él a intervenir y a exhibir su autoridad con un pretexto fútil. Jamás volvería a ser débil.

—Ya hemos convenido en que yo no respondo ante usted de la administración de mi convento. Le pido que mantenga su palabra.

Francisco calló. ¿Qué más podía decir? Quiso favorecer a la monja y había sufrido una equivocación. Mientras se alejaba decía que sus mutuas relaciones, que él juzgara en vías de mejora, se tornaban peores que nunca.

La situación empezaba a afectarle seriamente. Era difícil conservar una expresión

impertérrita cuando los Wang pasaban ante él, con aire de silente triunfo, muchas veces al día. Una mañana de fines de julio, al llevarle José su desayuno de té y fruta, el sacerdote advirtió que el muchacho tenía los nudillos hinchados y un raro talante, entre humilde y triunfador.

—Lo siento, maestro. He tenido que dar una tunda a ese tunante de Wang.

—¿Por qué, José? —dijo Chisholm incorporándose, con severa mirada.

José bajó la cabeza.

—Porque dice muchas cosas feas contra nosotros. Para él, esa reverenda Madre es una gran señora, y nosotros, polvo despreciable.

—Todos somos polvo, José —repuso el sacerdote, con leve sonrisa.

—Pero Wang dice cosas peores.

—Podemos soportarlo. Y no solo se contenta con hablar, maestro. Se ha engreído de un modo intolerable. Además, sisa y roba a las Hermanas.

Era cierto. Precisamente por la oposición de Francisco, la Madre María Victoria se mostraba muy indulgente con los Wang. Hosanna era ya un mayordomo del convento, y Filomena, cesta al brazo, salía diariamente a las compras, con aire de propietaria. A finales de cada mes, cuando la Hermana Marta pagaba las cuentas con el puñado de billetes que le daba la Superiora, la valiosa pareja salía hacia la ciudad, para recibir las comisiones que los proveedores les daban. Aquello era un robo descarado, que escandalizaba a la escocesa economía de Francisco.

Miró a José y le dijo, sonriendo:

—Supongo que no habrás hecho mucho daño a Wang.

—Temo haberle hecho bastante, maestro.

—Estoy muy enfadado contigo. José. Como castigo, te doy mañana un día de permiso. Y te compraré el traje nuevo que me vienes pidiendo hace tanto tiempo.

Por la tarde, en el dispensario, la Madre María Verónica rompió el silencio que se había impuesto como regla. Antes de que empezasen a entrar pacientes, dijo a Francisco:

—¿Ha decidido usted volver a hacer víctima suya al pobre Wang?

—Por el contrario —dijo Chisholm con brusquedad—, él es quien le hace a usted víctima de sus mañas.

—No le comprendo.

—Wang le está robando. Ese hombre es un ladrón nato y usted le alienta.

Ella se mordió los labios con fuerza.

—No lo creo. Tengo por costumbre confiar en mis servidores.

—Bien; ya veremos, y Francisco no habló más del asunto.

Durante las semanas sucesivas mostraba su rostro, cada vez más, las arrugas de la tensión. Era horrible vivir en continuo trato con una persona que le odiaba y despreciaba, y, además, ser responsable del bien espiritual de aquella persona. Para él,

las confesiones de la Madre María Verónica, que nada contenían, eran una tortura. Y presumía que no menor tormento debían de ser para ella. En el lívido amanecer de cada día, mientras Chisholm colocaba la sagrada Hostia entre los labios de la Madre, cuyos largos y delicados dedos cogían el paño del altar, el rostro pálido de la mujer, levantado, de párpados trémulos donde se marcaban las venas, parecía despreciar al sacerdote hasta en aquel momento. Francisco comenzó a sufrir de insomnio. Salía durante las noches a pasear por el jardín. Hasta entonces su desacuerdo se había constreñido a las esferas donde la monja tenía jurisdicción. Reprimiéndose, más silencioso que nunca, Chisholm esperaba una oportunidad en que le fuese dable imponer su voluntad a la Madre María Verónica.

En otoño se presentó aquella ocasión, y de un modo muy sencillo, dimanante de la inexperiencia de la monja. Francisco no quiso dejar pasar el momento. Mientras se dirigía a la casa de las Hermanas, suspiraba.

—Reverenda Madre —empezó, notando con gran enojo que todo su cuerpo temblaba mientras permanecía ante ella, enfundados los pies en aquellas sus memorables botas, ¿ha ido usted a la ciudad, estas tardes últimas, con la Hermana Clotilde?

—,Sí, es cierto —dijo ella, con talante de sorpresa. Hubo una pausa. Ya repuesta, la Madre María Verónica preguntó con ironía:

—¿Tiene usted curiosidad de saber adónde vamos?

—Ya lo sé —contestó él, hablando con tanta amabilidad como pudo—. Van a visitar a los enfermos pobres de la población. Y han llegado hasta el Puente Manchú. Es meritorio, pero lamento que haya de cesar.

—¿Puedo preguntar el motivo? —dijo la monja, esforzándose en igualar la serenidad del sacerdote, sin conseguirlo del todo.

—En realidad, prefiero no explicárselo.

Ella dilató tensamente las aletas de la nariz.

—Si va usted a prohibirnos nuestros actos de caridad... tengo el derecho... insisto en saber la causa...

—José me ha dicho que hay bandidos en la ciudad.

Wai-Chu ha reanudado la lucha. Los soldados son peligrosos.

Ella sonrió, despectiva.

—No tengo miedo. Los hombres de mi familia han sido siempre soldados.

—Eso es muy interesante —contestó él, mirándola con fijeza—. Pero usted no es un hombre, y la Hermana Clotilde, tampoco. Y los soldados de Wai-Chu no son precisamente el tipo de enguantado oficial de caballería que infaliblemente se encuentra en las grandes familias bávaras.

Jamás había usado con ella semejante tono. La monja enrojeció y, luego, se puso pálida. Sus facciones se contrajeron.

—Mira usted las cosas de una manera vulgar y cobarde. Olvida que me he consagrado a Dios. He venido dispuesta a todo: enfermedades, accidentes, calamidades, y la muerte si es menester. Pero no estoy dispuesta a escuchar un montón de gratuitos sensacionalismos.

Los ojos de Francisco seguían fijos en ella, severos, como dos puntos luminosos. Dijo, abiertamente:

—Dejaré, pues, de mostrarme sensacionalista. Como usted infiere, sería cosa secundaria el que fuese raptada y llevada de aquí. Pero hay una razón más poderosa para que suspendan ustedes sus caritativos paseos. La situación de las mujeres en China es muy diferente de aquella a que está usted acostumbrada. En China, las mujeres han sido rígidamente excluidas de la sociedad durante siglos. Andando solas por las calles, dan ustedes malísimo ejemplo. Desde el punto de vista religioso, ello es muy nocivo a los progresos de la Misión. Por tal causa les prohíbo en absoluto entrar solas en Paitan sin mi permiso.

María Verónica se sonrojó como si el Padre la hubiese abofeteado siguió una mortal pausa. La mujer nada halló que decir.

Ya iba Francisco a alejarse, cuando oyéronse pisadas presurosas en el pasillo y la Hermana Marta se precipitó en el cuarto. En su enorme agitación, no reparó en Francisco, semioculto en la sombra de la puerta. Tampoco adivinó la buena mujer la tensión del momento. Su mirada, casi enloquecida bajo su plisada cofia, se fijaba en la Madre María Verónica. Lamentóse a voz en cuello, retorciéndose las manos:

—¡Se han escapado llevándose todo! Los noventa dólares que me dio usted para pagar las cuentas, la plata, hasta el crucifijo de marfil de la Hermana Clotilde... ¡Han huido, han huido!

—¿Quién ha huido?

Las palabras brotaban con tremendo esfuerzo de los rígidos labios de la Madre María Verónica.

—Los Wang... ¡Puercos ladrones! Siempre me pareció que eran una pareja de sinvergüenzas, hipócritas...

Francisco no osó mirar a la Madre Superiora, que permanecía inmóvil. Sintiendo una extraña compasión, salió con paso torpe de la estancia.

V

Cuando volvió a su casa, el Padre Chisholm, en medio de la intensa preocupación de su ánimo, reparó en el señor Chia y en su hijo, que estaban junto al estanque, viendo moverse a las carpas. Tenían una plácida traza de espera.

Iban bien abrigados contra el frío, porque hacía un «día de seis gabanes». La mano del niño se asía a la de su padre, y las sombras despaciosas, bajando de la frondosidad del baniano, parecían envolverlos lentamente, como repugnando el borrar una visión encantadora.

Eran frecuentes visitantes de la Misión y se hallaban siempre allí como en su casa. Sonrieron cuando el Padre se les acercó, y le saludaron con cortés formulismo. Pero Chia, esta vez, declinó la invitación del sacerdote para que entrasen.

—Por el contrario, venimos a llevarle a usted a nuestra morada. Esta noche partimos para nuestro retiro de las montañas. Sería una inmensa felicidad para mí el que usted me acompañase.

—¡Pero si estamos entrando en el invierno! —exclamó Francisco, atónito.

—Cierto es, amigo mío, que mi familia y yo, habitualmente, sólo nos encaminamos a nuestra retirada villa de los Montes Kuang durante el inclemente calor del verano —dijo Chia, deteniéndose un momento, en una pausa suave—. Pero ahora hacemos una innovación que puede incluso resultar agradabilísima. Tenemos muchos haces de leña y abundantes repuestos de víveres. ¿No cree, Padre, que sería muy edificante dedicarse algún tiempo a la meditación entre aquellas nevadas cumbres?

Chisholm, procurando desenmarañar tal laberinto de circunloquios, dirigió al mercader una viva mirada interrogativa bajo su arrugado entrecejo.

—¿Acaso Wai-Chu va a saquear la ciudad?

Un movimiento de los hombros de Chia pareció censurar suavemente lo directo de la pregunta. Pero su expresión no se alteró.

—Por el contrario, yo mismo he pagado a Wai un considerable tributo y le he buscado alojamientos cómodos. Confío en que permanezca en Paitan durante muchos días.

Un silencio. La frente de Chisholm se arrugaba, en completa perplejidad.

—No obstante, mi querido amigo, hay otras cosas que, a veces, hacen al hombre discreto buscar las soledades. Le ruego que venga conmigo.

El sacerdote movió lentamente la cabeza.

—Lo siento, señor Chia, pero estoy muy ocupado en la Misión. ¿Cómo voy a abandonar este hermoso recinto que tan generosamente me donó usted?

Chia sonrió, amable.

—Sí; por ahora es el lugar más salúfero de la ciudad.

Si cambia usted de opinión, no deje de informarme. Vamos, Yu: ya deben de estar cargados los carros. Anda, da la mano al santo Padre, a la inglesa.

Chisholm estrechó la mano del arropado chiquillo. Luego, bendijo a los dos. Le conturbaba el aspecto de refrenado disgusto que notaba en Chia. Mirándolos alejarse, sentía singularmente pesado el corazón.

Pasaron los dos días siguientes en una atmósfera de extraña tensión. Apenas vio a las Hermanas. El tiempo iba empeorando. Grandes bandadas de aves volaban hacia el Sur. El cielo, oscurecido, era una superficie plúmbea sobre todas las cosas vivientes. Salvo aislados copos, no nevaba. Hasta el jovial José mostraba insólitos signos de disgusto. Acudiendo ante el sacerdote, le expresó su deseo de visitar su casa paterna.

—Hace mucho que no veo a mis padres. Me parece oportuno visitarlos ahora.

Preguntado, agitó la mano vagamente y gruñó que circulaban en Paitan rumores de cosas malas que llegaban del Norte, del Este y del Oeste.

—Vamos, espera que vengan los malos espíritus para irte —repuso Chisholm, procurando levantar los ánimos de su sirviente y los suyos propios.

A la siguiente mañana, después de la primera misa, bajó solo a la ciudad, resuelto a recoger nuevas. Las calles pululaban de gente y el ritmo de la vida parecía inalterable, pero había movimiento en las casas principales y estaban cerradas muchas tiendas. En la calle de los Rederos vio a Hung clausurando sus puertas con sereno apremio.

—No hay por qué negarlo, *Shang-Fu* —dijo el viejo comerciante, deteniendo su trabajo para dirigir a Francisco una congojosa mirada tras de sus antiparras diminutas — Hay una epidemia, esa gran epidemia que llaman la Muerte Negra. Seis provincias están invadidas ya. Las gentes huyen como el viento. Los primeros han llegado a Paitan anoche. Una de las mujeres cayó muerta al cruzar la Puerta Manchú. El hombre prudente sabe lo que debe hacer. Sí, sí... Cuando hay hambre, se emigra, y cuando hay epidemia, también. La vida no es fácil cuando los dioses muestran su enojo.

Chisholm subió a la Misión con el rostro ensombrecido. Parecíale olfatear ya la dolencia en el aire.

De repente, se detuvo. Fuera del muro de la Misión, en su mismo camino, había tres ratas muertas. La expresión del sacerdote indicaba que veía en aquel rígido trío una ominosa advertencia. Se estremeció, pensando en sus colegas. Fue a buscar petróleo, lo vertió sobre las ratas, le prendió fuego y permaneció mirando la lenta quema de las alimañas. Presurosamente, cogió los roedores con unas tenazas y los enterró.

Meditaba profundamente. Estaba a quinientas millas del telégrafo más próximo. Enviar un mensajero a Hsin-Hsiang, ya por un sampán o por el más veloz caballo,

significaría al menos seis días. Sin embargo, era menester establecer contacto, a toda costa, con el mundo exterior.

De pronto, se animó. Cogiendo del brazo a José, lo condujo a su cuarto. Hablóle con muy grave expresión.

—Quiero enviarte con un encargo importantísimo, José.

Coge la lancha nueva del señor Chia. Di al *kapong* que el señor Chia y yo te hemos dado permiso. En caso necesario, roba la lancha. Yo te lo ordeno, ¿comprendes?

—Sí, Padre —repuso José, llameantes los ojos—. Así, no será pecado.

—En cuanto tengas el bote, vete con él, a toda velocidad, a Hsin-Hsiang. Busca al Padre Thibodeau en la Misión. Si no estuviera, acude a las oficinas de la Compañía petrolífera americana. Habla, en fin, con alguien que posea autoridad. Di que tenemos la peste encima y que necesitamos inmediatamente medicinas, pertrechos y médicos. En la Compañía telegráfica expide los dos mensajes que te voy a dar. Tómalos: uno es para el vicariato de Pekín, y el otro, para el Hospital General de Nankín. Aquí tienes dinero. No me falles, José. Y, ahora, vete, vete... ¡Que Dios te acompañe!

Sintióse algo más tranquilo cuando, una hora después, el muchacho pasó navegando ante la colina, con un fardo azul a la espalda, contraídas sus inteligentes facciones en una expresión de firme tenacidad. Para ver alejarse la lancha, el sacerdote subió al campanario. Allí, apoyado en el frontis, divisó algo que hizo oscurecerse sus ojos.

En la vasta llanura que ante él se extendía se agitaban dos estrechos y constantes torrentes de personas y bestias, reducidas por la distancia al tamaño de hormigas. Aquellos torrentes se dirigían: uno, a la ciudad, y otro, fuera de ella.

No esperó más. Bajando, corrió en el acto a la escuela.

La Hermana Marta, arrodillada, fregaba el entarimado del pasillo. Francisco se detuvo.

—¿Dónde está la reverenda Madre?

Sor Marta alzó una húmeda mano para arreglarse la toca.

—En la escuela. Últimamente, anda muy disgustada añadió con un bisbiseo confidencial.

Francisco entró en la clase. En el acto se hizo el silencio. El ver las hileras de rostros infantiles le produjo un punzante dolor. Reaccionó inmediatamente contra la aprensión insoportable que le acometía.

La Madre María Verónica volvió hacia él el rostro, pálido e inescrutable. Acercándose, Chisholm le dijo en voz baja:

—Hay signos de epidemia en la ciudad y temo que sea la peste. Por lo tanto, es importantísimo que nos preparemos.

Calló. Ella callaba también. Francisco continuó:

—Es preciso que libremos del contagio a los niños, por encima de todo. Ello exigirá aislar la escuela y el convento. Yo me las arreglaré para establecer alguna barrera. Los niños y las tres Hermanas deberán permanecer en el interior, con una Hermana siempre de guardia en la entrada. ¿No le parece prudente? —inquirió, esforzándose en hablar con calma.

Ella le miró, serena e impertérrita.

—Muy prudente.

—¿Desea que discutamos algún detalle?

—No —dijo ella con amargura—. Ya nos ha familiarizado usted con el principio del aislamiento.

Él prescindió de contestar a la indirecta.

—¿Sabe usted cómo se propaga esa dolencia?

—Sí.

Siguió un silencio. Francisco se encaminó a la puerta, entristecido por la obstinada negativa de la monja a una reconciliación.

—Si Dios nos envía una gran calamidad, tendremos mucho trabajo —dijo—. Procuremos olvidar nuestras relaciones personales.

—Sí, más vale olvidarlas —repuso ella con su acento más glacial, sumiso en apariencia, pero preñado de interno desdén.

Chisholm salió de la escuela. No podía dejar de admirar el valor de la Madre María Verónica. Las noticias que le transmitió hubieran aterrorizado a la mayoría de las mujeres. Pensó en que acaso todos necesitasen su máximo valor antes de que el mes concluyera.

Convencido de que el tiempo apremiaba, despachó al jardinero en busca del capataz y de los seis jornaleros de Chia que habían trabajado en la iglesia. En cuanto llegaron, mandóles construir una gruesa cerca de caolín comprendiendo los límites que él había marcado ya. Los tallos secos de maíz formaban un armazón excelente. Mientras, con ojos ansiosos, veía alzarse la cerca rodeando la escuela y el convento, hizo abrir un estrecho foso al pie de la valla misma. Aquella zanja se llenaría de desinfectante en caso necesario.

El trabajo duró todo el día y no quedó completo hasta bien entrada la noche. Cuando los hombres se marcharon, Francisco no logró sosegar. Invadía su ánimo y hasta su sangre un creciente flujo de aprensión. Llevó casi todas las provisiones dentro del cercado, cargando sobre sus hombros sacos de patatas y harina, manteca, tocino, leche condensada y todas las latas de conservas de la Misión. Asimismo trasladó un pequeño surtido de medicamentos. Hecho esto, sintió algún alivio. Miró su reloj: las tres de la madrugada. No valía la pena acostarse. Fue a la iglesia y pasó en oración las horas que faltaban hasta el alba.

Al amanecer, antes de que la Misión despertara, Francisco salió hacia la morada

del Primer Magistrado. En la Puerta Manchú se apiñaban, sin que nadie lo impidiera, masas de fugitivos procedentes de las provincias infectadas. Muchos habían dormido al raso, resguardados del viento por la muralla. Pasando ante las figuras silenciosas, acurrucadas bajo sacos, medio heladas por el viento frío, oyó torturadoras toses. Su corazón desbordaba de piedad por aquellas sufrientes criaturas, víctimas ya muchas de ellas de la dolencia implacable que soportaban con humildad, que padecían sin esperanza... Un ardiente e impetuoso deseo de ayudar a aquellos seres invadió su alma. Un anciano yacía en tierra, muerto y desnudo, desprovisto de las ropas que ya no necesitaba. Su rostro, arrugado y desdentado, se volvía hacia el cielo.

Espoleado por la piedad, Francisco se apresuró hacia el edificio de la justicia. Pero le esperaba un desengaño. El primo del juez Pao había partido y los demás miembros de la familia, también; los cerrados postigos de su casa miraban al sacerdote como unos ojos ciegos.

Respirando de prisa y con dificultad, se dirigió, airado, a la casa de los Tribunales. Los corredores estaban desiertos y la sala principal era como una cripta de retumbantes ecos. Sólo se veía a algunos funcionarios que andaban por allí con paso furtivo. Supo por uno de ellos que el primer Magistrado había sido llamado para asistir a las exequias de un pariente distante, en Tchien-tin, ochocientos *li* al sur. Hízose palmario para el turbado sacerdote que todos los funcionarios, menos los inferiores, habían «tenido» que salir de Paitan. La administración civil de la ciudad había dejado de existir:

Una honda arruga se marcaba en el entrecejo de Francisco, como una penetrante herida. Sólo un camino le quedaba, y sabía que era inútil. No obstante, dirigióse a toda prisa hacia los cuarteles.

Dueño supremo de la provincia el bandido Wai-Chu, que imponía feroces exacciones, la situación de las tropas regulares era meramente platónica. Durante las visitas periódicas del bandido a la ciudad, las fuerzas se desbandaban, como quien cumple una rutina. Al acercarse a los cuarteles, vio errar junto a las puertas una docena de soldados sin armas, vistiendo sucias guerreras de algodón oscuro.

Le hicieron parar en la puerta. Pero nada podía detener el ardiente fuego interior que le impulsaba. Logró abrirse camino hasta una habitación interior, donde un joven teniente, vestido con elegante y limpio uniforme, miraba por las celosías de papel de una ventana, limpiándose los blancos dientes con una ramita de sauce.

El teniente Shen y el sacerdote se miraron. El petimetre lo hizo con cortés reserva; el visitante, con todo el sombrío y desesperado fervor de su propósito.

—La ciudad está amenazada por una gran epidemia —dijo Francisco, procurando comunicar a su acento deliberada calma—. Ando buscando a alguien con autoridad y valor para tratar de conjurar este grave peligro.

Shen seguía examinando desapasionadamente al sacerdote.

—El general Wai-Chu es quien monopoliza la autoridad —dijo—; parte mañana para Tou-en-lai.

—Así habrá más facilidades para los que se queden. Le pido que me ayude.

Shen se encogió de hombros, con virtuoso talante:

—Nada me satisfaría más que trabajar con el *Shang-Fu* sin esperanza de recompensa alguna, sólo por el supremo beneficio de la humanidad doliente. Pero no tengo más que cincuenta soldados y ningún pertrecho.

—He enviado en busca de suministro a Hsin-Hsiang —repuso Francisco, hablando con más viveza—. Llegarán pronto. Entre tanto, debemos hacer cuanto sea posible para poner en cuarentena a los refugiados e impedir que se declare la peste en la ciudad.

—Ya se ha declarado —repuso Shen fríamente—. En la calle de los Cesteros hay más de sesenta casos. Muchos han muerto. Otros están moribundos.

Un terrible apremio tesó los nervios del sacerdote. Era un arranque de protesta, una ardorosa negativa a aceptar la derrota. Dio un paso hacia delante.

—Voy a socorrer a esa gente. Si no me ayuda usted, lo haré sólo. Pero estoy completamente seguro de que se me unirá.

Por primera vez el teniente pareció desazonado. Era un joven resuelto, a pesar de su apariencia de pisaverde, con sus ideas propias de ambición y con cierto sentido de la integridad personal, que le había hecho rechazar la gratificación ofrecida por Wai-Chu si se le unía, considerándola deshonrosamente inadecuada. No tenía el menor interés por la suerte de sus compatriotas, y hasta la llegada del sacerdote había estado reflexionando si debía reunirse en la calle de las Horas Perdidas a los pocos hombres que le quedaban. Ahora se sentía desagradablemente turbado e impresionado, a su pesar. Como quien actúa contra su voluntad, tiró la ramita de sauce y, lentamente, se ciñó el revólver.

—No funciona bien, pero es un símbolo que estimula la rígida obediencia de mis leales subalternos —dijo.

Salieron juntos, bajo el día frío y plomizo.

En la calle de las Horas Perdidas reunieron unos treinta soldados y con ellos se dirigieron a los hacinados cubiles de la calle de los Cesteros, junto al río. Allí había empezado la peste, con un instinto tan infalible como el que conduce las moscas al estercolero. Las casas de la ribera, chamizos poco menos que de cartón, apretados unos contra otros, pululaban de suciedad, parásitos y dolencias. Francisco comprendió que, de no adoptarse medidas rápidas, el contagio, en aquel barrio congestionado, se propagaría como un voraz incendio.

Mientras salían, encorvados, de la última casa del lugar, declaró el teniente:

—Hemos de encontrar algún sitio para hospitalizar a los enfermos.

Shen reflexionó. Estaba harto más divertido de lo que esperara. Aquel sacerdote

extranjero había demostrado mucha «cara» al acercarse tanto a los apestados. Y él sentía gran admiración por las personas de «cara».

—Requisaremos la casa del *yu shih* —dijo—. Confío en que la morada de mi ausente amigo resulte excelente para hospital.

Durante muchos meses había mantenido Shen una enemistad violenta con el *yu shih* —registrador imperial—, porque este funcionario defraudaba al joven en su participación en los beneficios del impuesto de la sal.

Se dirigieron a la casa del registrador. Era grande, ricamente amueblada y estaba situada en la mejor zona de la ciudad. Shen penetró en el edificio por el sencillo expediente de echar abajo la puerta. Mientras Francisco, con media docena de soldados, hacía preparativos para recibir a los enfermos, el oficial partió con los hombres restantes. Pronto empezaron a llegar, sobre angarillas, los primeros apestados. Se les disponía en hileras en el suelo, cada uno en una estera.

Por la noche, cuando Francisco subía la colina de la Misión, rendido por el largo día de trabajo, oyó —resaltando sobre la débil e incesante música de mortales toses— gritos de loca francachela y esporádicos disparos. Los regulares de Wai-Chu saqueaban las tiendas abandonadas. Luego, la ciudad recayó en su silencio. Bajo la quieta luna se veía a los bandidos cruzando la puerta Oriental e instigando a sus robados caballejos planicie adelante. Francisco se alegró de verlos partir.

De pronto, en lo alto de la colina se oscureció la luna. Al fin comenzaba a nevar. Cuando Chisholm cruzó el portillo de la cerca de caolín, ya el aire se poblaba de copos blancos, secos y cegadores. Venían de la oscuridad, caían sobre sus labios y sus cejas, penetraban, como duendecillos, entre sus labios y se arremolinaban con tal densidad que en un minuto quedó el suelo tapizado de blanco. Chisholm permaneció fuera, en la sombra fría, desgarrado por la ansiedad. Llamó en voz baja. En el acto salió a la puerta la Madre María Verónica, empuñando una linterna que lanzaba una espectral claridad sobre la nieve.

El sacerdote apenas se atrevía a hacer la pregunta:

—¿Están todos bien?

—Sí.

Su corazón, tranquilizado, amainó los latidos. Francisco esperó, notando de pronto su mucha fatiga y recordando que no había comido en todo el día. Luego, dijo:

—Hemos establecido un hospital en la ciudad. No es gran cosa, pero sí lo único que podíamos hacer.

Esperó de nuevo, como para que ella hablase. Comprendía muy bien la dificultad de su situación y el inmenso favor que iba a pedir a la monja.

—Si pudiera usted prescindir de una de las Hermanas, que quisiera venir... voluntariamente, claro es..., a ayudarnos... Se lo agradecería mucho.

En la pausa que siguió, Francisco creyó casi ver los labios de la mujer formando

las palabras de la respuesta: «Usted nos mandó permanecer aquí. Usted nos prohibió ir a la ciudad». Pero acaso la contuviese la cara del sacerdote, fatigada, agotada, con los ojos hinchados, en medio de la ventisca.

—Yo iré —dijo la Madre María Verónica.

Francisco sintió más reanimado el corazón. El antagonismo de la monja hacia él no era óbice para que la Madre María Verónica fuese mucho más eficiente que las Hermanas Marta o Clotilde.

—Pues, entonces, tendrá usted que ir ya. Abríguese bien y lleve cuanto pueda serie útil.

Diez minutos después empuñaba la monja su bolsa y los dos descendían en silencio. Las oscuras huellas de sus pasos se marcaban, muy separadas, sobre la blanca nieve.

A la siguiente mañana, dieciséis de los acogidos en el hospital habían muerto. En cambio, había ingresado un número tres veces mayor. Tratábase de una peste neumónica cuya virulencia rebasaba la del más activo veneno. Las gentes caían bajo el ataque de la dolencia como bajo un mazazo y, antes de la aurora siguiente, morían. Aquello parecía congelar la sangre, pudrir los pulmones, de los que brotaban blancos esputos moteados donde pululaban gérmenes letales. A menudo, sólo una hora separaba la atolondrada risa de un hombre de la mueca que era su máscara mortuoria.

Los tres médicos de Paitan no habían logrado detener la epidemia por el método de la puntura. Al segundo día cesaron de atormentar con sus agujas a los pacientes y discretamente se retiraron para consagrarse a más salutíferas prácticas.

A fines de aquella semana, la ciudad estaba infectada de extremo a extremo. Una oleada de pánico sacudió la apatía de las gentes. Las salidas meridionales de la ciudad estaban atascadas de carros, sillas de mano, cargadísimas mulas y un populacho que forcejeaba histéricamente.

Arreciaba el frío. Por doquier parecía abatirse sobre la afligida tierra una maldición. Ofuscado por el exceso de trabajo y la falta de sueño, Francisco advertía confusamente que la calamidad de Paitan era sólo parte de una tragedia mucho mayor. Falto de noticias, no podía medir la intensidad del desastre: cien mil millas cuadradas de territorio infectado y medio millón de muertos bajo la nieve. No sabía tampoco que los ojos de todo el mundo civilizado se fijaban en China con angustia y que expediciones rápidamente organizadas en América e Inglaterra habían llegado para combatir la enfermedad.

Su torturadora suspensión se profundizaba de día en día. No había signos del regreso de José. ¿Llegarían ayudas desde Hsin-Hsiang? Una docena de veces al día el sacerdote bajaba al embarcadero, en espera de ver llegar el bote.

A principios de la segunda semana apareció José repentinamente. Venía débil y agotado, pero con una leve sonrisa de triunfo. Había tropezado con toda suerte de

obstáculos. El país estaba en plena ebullición, Hsin-Hsiang era un lugar de tormentos y la epidemia hacía estragos en la Misión. Más José supo persistir. Había expedido sus telegramas y esperado resueltamente, oculta su lancha en una caleta del río. Ahora traía una carta. Sacóla, sonriente, con temblorosa mano. Un médico amigo del Padre, antiguo y estimado amigo suyo, iba a llegar con un barco de socorro.

Con el corazón palpitante, sintiendo un loco y singular presentimiento, Chisholm tomó la carta, abrióla y leyó:

Expedición de socorro de Lord Leighton Kansu

Querido Francisco:

Llevo cinco semanas en China con la expedición Leighton. Ello no te sorprenderá si recuerdas mi juvenil anhelo de pisar los puentes de los barcos que iban a cruzar el océano, y de conocer las selvas que se extienden más allá. Verdad es que yo creía haber olvidado todas esas tonterías. Pero cuando en Inglaterra pidieron voluntarios para la expedición de socorro, me sorprendí a mí mismo ofreciéndome. No fue, ciertamente, el deseo de convertirme en héroe nacional lo que determinó el absurdo impulso. Probablemente, se trató de una reacción, largo tiempo aplazada, contra mi rutinaria vida en Tynecastle. Y quizá, permíteme decirlo, la sincera esperanza de poder verte.

En todo caso, desde que llegamos camino tierra adentro, deseoso de hallarme en tu sacra presencia. Tu telegrama a Nankín fue entregado en nuestra central allí y me llegó a Hai-chang al otro día. Pedí en seguida a Leighton, que es un buen hombre a pesar de su título nobiliario, que me dejara ir a echarte una mano. Convino en ello e incluso me permitió usar de las pocas barcas-vapores que nos quedan. Acabo de llegar a Sen-siang y estoy reuniendo provisiones. Luego, remontaré el río a toda máquina y, probablemente, estaré ahí veinticuatro horas después que tu criado. Hasta entonces procura cuidarte. Ya hablaremos más despacio.

Tuyo, con mucha prisa.

Willie Tulloch.

El sacerdote dibujó lentamente una sonrisa. Era la primera vez que sonreía desde muchos días atrás. Sentía un fervor secreto y profundo. No estaba muy asombrado: juzgaba típico de Tulloch el consagrarse a una causa así. Se notaba, en trueque, asegurado y fortalecido por la inesperada fortuna de la presencia de su amigo.

Con dificultad, reprimió la expresión de su entusiasmo.

Al día siguiente, cuando se avistó el barco de socorro, Francisco corrió hacia el

embarcadero. Antes de que la lancha atracase, ya Tulloch había saltado a tierra. Estaba más viejo, más recio, y era, sin embargo, siempre el mismo escocés, adusto y tranquilo, descuidado en su vestir, ladino, fuerte y cargado de prejuicios como un venado de las mesetas, sencillo y sólido como un tejido casero de Cheviot.

El sacerdote sintió su visión absurdamente borrosa.

—¡Hola, Francisco! ¡Tú!

Y Willie no acertó a decir más. Estrechaba sin cesar la mano de su amigo, sintiéndose confuso por su emoción, obstruido por su sangre norteña, que le impedía hacer más abiertas demostraciones. Al fin, murmuró, como si comprendiera la necesidad de decir algo:

—¿Quién nos habría dicho, cuando andábamos por la Calle Mayor de Darrow, que habríamos de volvernos a ver en un sitio como éste? —Quiso reír, pero sin conseguirlo.

—Dime, ¿no usas chaqueta y botas de goma? Con los zapatos que llevas no se puede trabajar en un lugar infectado de peste. Ya era hora de que llegase yo para vigilarte un poco...

—Y vigilar nuestro hospital —sonrió Francisco.

—¿Cómo? —dijo el doctor, enarcando las cejas—. ¿Tienes un hospital? Vamos a verlo.

—Cuando quieras.

Tulloch mandó a los tripulantes de la lancha que le siguiesen con los equipos y echó a andar junto al sacerdote, ágil a pesar de su incrementado vientre, vivos los ojos en su rostro rudo, mostrando su ralo cabello una multitud de pecas en su rojizo cuero cabelludo cada vez que, bajando la cabeza, asentía a las palabras del sacerdote.

Al fin llegaron al hospital y Willie dijo, con rápido pestañeo:

—¿Es éste el establecimiento? Peor podías haberlo elegido...

Y, volviendo la cabeza, mandó a los cargadores que pasasen adentro las cajas.

Hizo una rápida inspección del hospital. Los ojos del médico saltaban de derecha a izquierda y examinaban con singular curiosidad a la Madre María Verónica, que les acompañaba. Miró a Shen cuando el joven lechuguino se les presentó, y cambió con él un firme apretón de manos. Al fin entraron los cuatro en la larga serie de habitaciones que formaban la parte principal del edificio, y Willie manifestó con voz tranquila:

—Creo que han hecho ustedes maravillas. Y supongo que no esperarán de mí milagros melodramáticos. Olviden todas sus ideas preconcebidas y aténganse a la verdad. Yo no soy un doctor grave y arrogante que lleva consigo un laboratorio portátil, sino que vengo a trabajar aquí como uno de ustedes... es decir, como un obrero más. No tengo una condenada gota de vacuna anti pestífera conmigo... en primer término, porque no vale para nada, salvo en los libros. Y, en segundo lugar,

porque todos los frascos que trajimos a China se agotaron en una semana. Habrán notado —insinuó— que no han atajado la epidemia. ¡Recuérdenlo! Esta enfermedad, en la práctica, es fatal cuando se padece. En tales circunstancias, y como mi viejo padre solía decir —aquí sonrió ligeramente—, una onza de prevención vale más que una tonelada de tratamiento. Por cuya razón, y si les parece bien, nos ocuparemos, antes que de los vivos, de los difuntos.

En el silencio que siguió, todos comprendieron poco a poco lo que Tulloch indicaba. Shen sonrió y dijo:

—Los cadáveres se acumulan en las calles a un ritmo desconcertante. Es desalentador andar en la oscuridad y tropezarse con un cadáver quieto como una piedra.

Francisco dirigió una mirada a hurtadillas al inexpresivo rostro de la Madre María Verónica. A veces el tenientillo era algo indiscreto.

El médico, acercándose a la caja más próxima, levantó la tapa.

—Lo primero es que ustedes se equipen adecuadamente... Ya, ya sé que ustedes creen en Dios, y el teniente, en Confucio. Pero yo creo en la profilaxis —esclareció, sacando de la caja varios pares de botas de goma.

Concluyó el desempaquetamiento de sus equipos, e hizo ponerse a sus amigos sobretodos y anteojos, censurando la poca atención que habían dado a su propia seguridad. Sus comentarios sonaban tranquilos, naturales:

—¿No comprenden, condenados ingenuos, que si alguien tose ante sus ojos están ustedes listos por penetración de la córnea? Esto ya se sabía en el siglo XIV, y por eso se usaban viseras de colapéz contra la peste, que fue traída de Siberia por una partida de cazadores... Ahora, Hermana, yo volveré luego y echaré una ojeada más detenida a sus pacientes. Pero, ante todo, los hombres, es decir, Shen, el reverendo y yo, vamos a ocuparnos de una faenita...

En su agobio, Francisco había olvidado la lúgubre necesidad de proceder a enterrar rápidamente a los muertos antes de que los infectados cadáveres fueran atacados por las ratas. En aquel suelo endurecido eran imposibles los sepelios individuales, y hacía mucho que estaban agotadas las existencias de ataúdes. Todo el combustible almacenado en China no hubiera bastado para quemar los cadáveres, porque, como Shen observó, nada es menos inflamable que la carne humana congelada. Quedaba una solución práctica. Hicieron cavar una gran fosa extramuros de la población, la revistieron de cal viva y requisaron carros. Éstos, conducidos por los hombres de Shen, arrojaban a aquella tumba común su cargamento de cadáveres.

Tres días después, limpia de muertos la ciudad y recogidos los cuerpos que, medio comidos por los perros, yacían en los campos cubiertos de hielo, se implantaron medidas más vigorosas. Temerosos de que los espíritus de sus antecesores salieran irritados de aquel nada sacro sepulcro, los ciudadanos escondían

los infestados cadáveres de sus parientes bajo los pavimentos de madera o sobre los techos de caolín.

Por indicación del doctor, Shen promulgó un edicto amenazando con fusilar a todo el que realizase tales ocultaciones. Los carros de difuntos recorrían la ciudad y los soldados gritaban:

—¡Sacad vuestros cadáveres o moriréis vosotros!

A la vez se ocupaban en destituir implacablemente ciertos edificios que Tulloch señalaba como focos de la epidemia. Los soldados entraban, despejaban los cuartos, demolían a hachazos los tabiques de bambú y hacían con ellos una pira donde ardían las ratas.

La calle de los Cesteros fue la primera en que operaron.

Al volver, sonriente y ahumado, hacha en mano aún. Tulloch dirigió una singular mirada al sacerdote, que andaba con fatiga por las calles desiertas y díjole con repentina compunción:

—Éste no es trabajo propio para ti, Francisco. Tan agotado estás que te falta poco para derrumbarte. ¿Por qué no vuelves a la Misión unos cuantos días, cuidando de tus escolares y recobrando fuerzas?

—¡Admirable espectáculo sería ése! El hombre de Dios descansando en la molicie mientras la ciudad arde.

—¿Quién va a verte en este lugar tan apartado?

—Alguien hay que siempre nos mira —suspiró Francisco.

Tulloch, bruscamente, dejó de insistir. Junto a la puerta del hospital se volvió, mirando hoscamente los rojizos fulgores que aún persistían bajo el penumbroso cielo.

—El incendio de Londres fue una necesidad lógica —dijo. Y, de pronto, sus nervios estallaron—. ¡Condenación! Francisco, mátame si quieres... ¡pero cállate los motivos que te impulsan!

La tensión se notaba ya en todos ellos. Francisco llevaba diez días sin mudarse de ropa y tenía ésta empapada de helado sudor. De vez en cuando se quitaba las botas y obedecía las indicaciones de Tulloch para que se frotase los pies con aceite de colza, mas, aun así, notaba el dedo gordo inflamado por el frío y torturadoramente dolorido. Estaba muerto de fatiga, pero siempre había más que hacer...

No tenían agua, sino sólo nieve fundida, porque los pozos se habían helado. Era casi imposible cocinar. Empero, todos los días Tulloch se obstinaba en que comiesen juntos, para contrarrestar algo la creciente pesadilla que eran sus vidas. A aquella hora se esforzaba en mostrar una jovialidad brusca, y tocaba selecciones musicales en el fonógrafo que había traído consigo. Poseía una vasta colección de anécdotas norteñas, de historias de Tynecastle, que relataba con profusión. A veces lograba el triunfo de hacer asomar una débil sonrisa a los pálidos labios de la Madre María Verónica, Shen nunca entendía la gracia de las bromas, aunque escuchaba

cortésmente cuando se las explicaban. En ocasiones se retardaba Shen en llegar a la colación. Aunque los demás adivinaban que estaba solazándose con alguna linda mujer, superviviente como ellos, el ver la silla vacía imponía un pesado tributo a sus nervios.

A la tercera semana empezó la Madre María Verónica a dar signos de quebranto. Estaba Tulloch quejándose de la falta de espacio en el suelo del local, cuando ella observó:

—Podíamos traer barracas de la calle de los Rederos y así doblaríamos el número de nuestros pacientes... y los tendríamos instalados con más comodidad.

El médico miróla con huraña aprobación.

—Es una gran idea. ¡Lástima que no se le ocurriera antes!

La monja se ruborizó intensamente ante aquella alabanza. Bajando los ojos, pretendió aplicarse a su plato de arroz. Pero no pudo. Ni un solo grano de arroz pudo llevarse a los labios. Su sonrojo, extendiéndose, llególe hasta la garganta. Varias veces repitió el intento de alzar el tenedor, sin conseguirlo. Inclino la cabeza, soportando la absurda humillación. Luego, se levantó en silencio y dejó la mesa.

Más tarde la encontró Chisholm trabajando en la sección de mujeres. Nunca había visto calma tal ni semejante abnegación. La Madre María Verónica ejecutaba con los enfermos los más odiosos deberes, a los cuales se hubiera negado la última sirvienta china. Tan insoportable se había hecho la relación con la monja, que Francisco no osaba mirarla. Hacía largos días que no la interpelaba directamente.

—Reverenda Madre, el doctor Tulloch piensa... y todos lo pensamos... que trabaja usted excesivamente y debe relevarla la Hermana Marta.

La Madre María Verónica había recuperado algo —sólo un vestigio— de su antigua independencia. La sugestión del sacerdote la conturbó. Irguióse.

—¿Quiere eso significar que no hago lo bastante?

—Por el contrario, actúa usted magníficamente.

—Entonces, ¿por qué pretende impedirme que continúe? —inquirió la monja, con los labios temblorosos.

—Por su bien, —dijo Francisco, con tono embarazado. Aquel acento pareció herirla más. Reprimiendo sus lágrimas, repuso con exaltación:

—No se ocupe de mi bien. Cuanto más trabajo me dé y menos simpatía me tenga, mejor.

El Padre Chisholm hubo de dejar las cosas como estaban.

Alzó la vista para mirar a la monja, pero ella retiró obstinadamente la mirada. El sacerdote se apartó con tristeza.

La nieve, que había cesado durante una semana, se reanudó de pronto. Caía, caía sin cesar... Nunca vio Francisco nevada parecida, de copos tan grandes y blandos. Cada nuevo copo parecía acrecer el silencio. Las casas quedaban rodeadas de callada

blandura. Los remolinos en las calles dificultaban las tareas y aumentaban los sufrimientos de los enfermos. A Francisco volvía a oprimírsele el corazón. Aquellos interminables días habíanle hecho perder todo sentido de tiempo y lugar. Mientras se inclinaba sobre los moribundos, lleno de compasión, extraños y fluctuantes pensamientos le ofuscaban.

«Cristo nos prometió sufrimientos; esta vida nos fue dada sólo como una preparación para la próxima, y algún día enjugará Dios nuestras lágrimas y cesarán los llantos y los duelos», reflexionaba.

Todos los nómadas que llegaban eran detenidos extramuros, y allí se les desinfectaba y mantenía en cuarentena hasta asegurarse de que estaban libres del contagio. Cuando regresaban de las barracas que se habían erigido para aislar a los recién llegados, Tulloch, agotado, lleno de ruda angustia, preguntaba a Francisco:

—¿Puede el infierno ser peor que esto?

Francisco respondía, a través de la niebla de su fatiga, mientras seguía adelantando a tumbos, sin heroísmo, pero sin abatimiento: El infierno es perder toda esperanza.

Nadie reparó en el momento en que la epidemia empezó a decrecer. Ningún momento culminante hubo, ningún coronamiento visible de sus esfuerzos. Pero ya no se encontraban en las calles pruebas patentes de muerte. Las más antihigiénicas casuchas eran cenizas sobre la nieve. El éxodo en masa desde las provincias septentrionales cesó gradualmente. Era como si una oscura nube negra que se cerniera sobre ellos empezara a huir lentamente hacia el Sur.

Tulloch expresó sus sentimientos con una sola frase atormentada y turbada.

—Sólo tu Dios sabe si hemos conseguido algo, Francisco... Yo creo... Se interrumpió. Estaba demacrado, rendido, dando por primera vez señales de decaimiento.

Con un juramento, agregó:

—Hoy es también menor la cifra de ingresados. Ea, salgamos... Voy a acabar loco, si no...

Aquella noche se tomaron los dos un breve respiro. Era la primera vez que abandonaban sus ocupaciones del hospital. Subieron a la Misión para pasar la velada en casa del sacerdote. Habían dado ya las diez y brillaban en el cielo unas pocas y difumadas estrellas.

El doctor se detuvo en la cumbre de la nevada colina, que habían ascendido con gran esfuerzo, y contempló los suaves contornos de la Misión, iluminados por la

blancura del suelo. Habló con insólita placidez:

—Tienes una Misión muy linda, Francisco. No me extraña que hayas procurado salvar a toda costa a tus chiquillos. En fin, si en algo he sido útil estoy endiabladamente contento.

Contrajo los labios.

—Te debe de ser agradable la vida aquí, con una mujer de tan buena traza como la Madre María Verónica.

El sacerdote conocía bien a su amigo. No le ofendieron, pues, sus palabras. Repuso, con forzada y herida sonrisa:

—Sospecho que la Madre encuentra esto poco agradable.

—¿Sí?

—Ya habrás advertido que me aborrece.

Callaron. Tulloch dirigió al sacerdote una mirada penetrante.

—Tu virtud más sólida, santo varón, ha sido siempre tu deplorable falta de vanidad. Ea —añadió, adelantándose—, vamos a tomar un ponche. No deja de tener importancia el haber luchado con esta plaga y llegar al momento en que podemos prever su fin. Es algo que eleva un poco al hombre sobre el nivel de la bestia. Pero no pretendas usar esto como argumento para probarme la existencia del alma.

Sentados en el despacho de Francisco, conocieron ambos un momento de abatida exaltación hablando hasta muy tarde de su país. Con breves palabras se burló Tulloch de su propia carrera. Nada había hecho ni adquirido, Salvo mucha afición al *whisky*. Ahora, llegado a la sentimentalidad de la madurez, consciente de su poca valía, luego de probar la falacia que se encierra tras la tentación de los grandes espacios del mundo, añoraba su casa de Darrow y pensaba en la gran aventura del matrimonio. Excusóse con una sonrisa confusa:

—Mi padre desea que le substituya en su clínica. Y ansía verme criar una nidada de pequeños Tullochs... ¿Sabes, Francisco, que siempre te está nombrando y que sigue llamándote «su Voltaire católico-romano»?

Habló con singular afecto de su hermana Juana, ahora casada y cómodamente establecida en Tynecastle. Dijo, sin mirar a Francisco:

—Le costó algún tiempo acostumbrarse a la idea del celibato del clero católico.

Su silencio respecto a Judit era extrañamente sospechoso.

Pero se hacía lenguas de Polly. La había visto seis meses antes en Tynecastle, hallándola muy fuerte aún.

—¡Qué mujer! —comentó, moviendo la cabeza sobre su vaso—. Fíjate en lo que te digo: puede que algún día te dé una sorpresa. Polly ha sido, es y será siempre una santa fracasada.

Se durmieron en las sillas. Al fin de aquella semana mostró la epidemia nuevos signos de disminución. Rara vez se veían en la calle carretas de muertos. Los buitres

cesaron de cernerse en el horizonte y la nieve dejó de caer.

El sábado siguiente estaba el Padre Chisholm en su galería de la Misión, aspirando el aire glacial. Sentía un profundo y beatífico agradecimiento. Desde aquella altura divisaba a los niños jugando, con feliz inconsciencia, tras el alto cercado de caolín. Experimentaba la sensación de quien, tras larga y tremenda pesadilla, ve filtrarse las claridades de la suave luz diurna.

De pronto, su mirada se fijó en un soldado, sombra oscura sobre la nevada ladera, que subía a toda prisa el camino de la Misión. Al principio creyó que era uno de los hombres de Shen. Luego, con sorpresa, descubrió que era el teniente en persona.

Era la primera vez que Shen le visitaba. Francisco, con perpleja expresión, bajó las escaleras para recibir al joven.

El aspecto del rostro de Shen heló sus palabras de bienvenida. Aquel rostro empaldecido tenía el color del limón y sus facciones muy rígidas expresaban una gravedad mortal. Un ligero rocío de sudor en la frente denotaba su premura, y también lo daba a entender su guerrera a medio abotonar, detalle insólito en un hombre tan cuidadoso.

El teniente no anduvo con rodeos.

—Venga en seguida al hospital. Su amigo el doctor está enfermo.

Francisco sintió una inmensa frialdad, un glacial estremecimiento, como si le azotara una ráfaga helada. Tembló. Miró a Shen y, tras lo que le pareció un intervalo larguísimo, oyó su propia voz diciendo:

—Tulloch ha trabajado en exceso. Debe de estar aniquilado.

Los negros ojos de Shen hicieron un guiño casi imperceptible.

—Sí; lo está —confirmó.

Hubo otra pausa. Entonces comprendió Francisco que había sucedido lo más grave de todo. Tornóse lívido y, tal como se hallaba, salió con el teniente.

Recorrieron en silencio la mitad del camino. Después, con militar precisión que reprimía todo sentimiento, Shen describió lo ocurrido. Tulloch había llegado con aspecto de fatiga y se dispuso a echar un trago. Mientras lo hacía, tuvo un explosivo acceso de tos y hubo de apoyarse en la mesa de bambú, cenicienta la faz, en los labios la espuma del zumo de uva que había bebido. La Madre María Verónica corrió en su auxilio y él, un momento antes de desplomarse en tierra, dijo, con débil sonrisa:

—Ha llegado el momento de avisar al sacerdote...

Cuando llegaron al hospital, una blanda neblina gris pendía, como nube fatigada, sobre las nevadas techumbres. Entraron con toda celeridad. Tulloch yacía en el extremo del cuartito, sobre su catre de tijera, cubierto con una esterilla acolchada de seda purpúrea. El intenso color de la seda aumentaba la tremenda palidez del enfermo, poniendo en su rostro una sombra lívida. Era torturador para Francisco ver la rapidez con que había actuado la fiebre. Willie parecía un hombre distinto. Se

había encogido increíblemente, como después de semanas de desgaste continuo. Tenía hinchados los labios y la lengua, y turbios e inyectados de sangre los ojos.

Junto al lecho, la Madre María Verónica, arrodillada, renovaba la nieve con que refrescaba la frente del enfermo. Se mantenía tensa, erecta, rígida su expresión merced al dominio de sí misma. Levantóse cuando entraron Francisco y Shen, pero no dijo palabra.

Francisco se aproximó al lecho. Sentía un gran temor.

La muerte les había acompañado todas aquellas semanas, como una cosa vulgar, familiar, terrible, pero común. Más ahora que la sombra de la muerte descendía sobre su amigo, el sacerdote sentía un dolor excepcional, pavoroso.

Tulloch no había perdido la consciencia y reconoció a Francisco. Procuró sonreír: —Vine en busca de aventuras y parece que las he encontrado.

Y un momento después, entornando los ojos, añadió, como si la idea se le ocurriese entonces:

—Soy débil como un gato, Francisco.

Chisholm se sentó en un bajo escabel junto a la cabecera del lecho. Shen y la Madre María Verónica estaban en el extremo del cuarto.

La quietud, la lacerante sensación de esperar algo, hacía insoportable. Aquello aumentaba de un modo continuo, dando una horrible impresión de algo que se inmiscuye en la intimidad de hechos desconocidos.

—¿Te sientes bien?

—Podría sentirme peor. Dame un trago de ese aguardiente japonés. Me ayudará a pasar este mal rato. Es algo bárbaramente convencional morir así... como en las condenadas novelas.

Francisco le dio un trago de aguardiente. Tulloch, cerrando los ojos, pareció descansar. Pero pronto prorrumpió en un delirio. Sus palabras sonaban con voz apagada.

—Otro trago, muchacho. ¡Qué bueno es! En mis tiempos he bebido mucho, andando por aquellas casuchas de Tynecastle. Y ahora me vuelvo a mi querido Darrow. A las márgenes del Allan, donde habrá empezado la primavera. ¿Sabes esa canción, Francisco? Es muy linda. Cántala, Juana. Más alto, más alto... Con esta oscuridad no se oye.

Francisco apretó los dientes, conteniendo el tumulto de su corazón.

—Bien, reverendo Padre... Callaré, para conservar las fuerzas... ¡Qué cosa tan rara!, ¿eh? Todos tenemos que pasar el lindero una vez u otra...

Y, murmurando así, se hundió en la inconsciencia.

El sacerdote, arrodillándose, oró. Pedía ayuda, pedía inspiración... Pero se sentía extrañamente mudo, oprimido por una especie de estupor. Fuera, reinaba en la ciudad un fantasmal silencio. Vino el crepúsculo. La Madre María Verónica se levantó para

encender la lámpara y, luego, volvió al extremo de la habitación, lejos de la zona de claridad, inmóviles los labios, silenciosa, mientras sus dedos hacían correr sin cesar el rosario bajo su hábito.

Tulloch empeoraba. Tenía la lengua negra y tan hinchada la garganta que era atormentador verle cuando sufría accesos de vómito.

De pronto, pareció reaccionar. Abrió vagamente los ojos. Su voz sonó, incierta.

—¿Qué hora es? Cerca de las cinco... En casa tomamos el té a esta... hora... ¿Nos recuerdas, Francisco, todos en torno a la mesa, tan grande?

Siguió una larga pausa.

—Escribe a mi padre y dile que su hijo ha muerto en su oficio... Es curioso, pero sigo sin poder creer en Dios.

—De todos modos, Dios cree en ti.

—No te hagas ilusiones. No muero arrepentido.

—Todo sufrimiento humano es un acto de arrepentimiento.

Un silencio. El sacerdote no dijo más. Débilmente, Tulloch extendió la mano y dejola caer sobre el brazo de Francisco.

—Muchacho, nunca te he querido tanto como ahora... y lo que te agradezco más es que no me molestas hablándome del Cielo... Porque —y cerró los párpados con fatiga— me duele tanto la cabeza...

Le faltó la voz. Permaneció de espaldas, exhausto, acelerando el aliento, la mirada vuelta hacia arriba como si penetrase mucho más allá del techo. Tenía la garganta obstruida y ni siquiera podía toser.

Se acercaba el fin. La Madre María Verónica, de espaldas a ellos, se arrodilló ante la ventana, dirigida la vista a la oscuridad. Shen permanecía a los pies del lecho, inmutable la faz.

De pronto, Willie movió los ojos, en los que aún chispeaba un fulgor. Francisco vio que se esforzaba vanamente en balbucir algo. Prosternándose, pasó el brazo en torno al cuello del moribundo, aproximando su mejilla a la boca de Willie. Al principio nada oyó. Luego, débilmente, percibió unas palabras:

—Nuestra pelea, Francisco... Daría más de aquellos seis peniques porque se me perdonasen mis pecados...

Las cuencas de los ojos de Tulloch se llenaron de sombra. Le acometía una intensa debilidad. El sacerdote sintió, más que oyó, el postrer suspiro de su amigo. Súbitamente, la estancia se tornó más quieta. Aún asido al cadáver, como una madre al de su hijo, Francisco empezó a recitar, en voz baja y estrangulada, el *De Profundis*.

...Y desde las profundidades clamé a ti, Señor. Oye mi voz, Señor... porque en Ti hay piedad y plena redención...

Al fin se incorporó, cerró los ojos del muerto, unió sus manos...

Al salir de la alcoba vio a la Madre María Verónica todavía de rodillas ante la ventana. Como en un sueño, miró al teniente. Y, con una vaga sorpresa, notó que los hombros de Shen se agitaban convulsivamente.

VI

Había pasado la peste, pero una gran apatía flotaba sobre la tierra cubierta de nieve. En el campo, los arrozales eran heladas lagunas. Los pocos labriegos que quedaban no podían cultivar un suelo tan implacablemente endurecido. No había signos de vida. En la ciudad emergían los supervivientes como tras una doliente invernada, y empezaban, sombríos, a reanudar sus cotidianas vidas. Aún no habían vuelto mercaderes ni magistrados. Se decía que muchos caminos lejanos estaban intransitables. Nadie recordaba que hubiese habido nunca tan mal tiempo.

Llegaban nuevas de que todos los desfiladeros se hallaban interceptados y de que en los distantes Kuang se desprendían aludes como si fueran meros copos de nieve. Las partes superiores del río estaban heladas y eran un gran yermo pardo sobre el que arrastraba el viento torbellinos de polvo níveo, con cegadora desolación. Más abajo había un canal entre los hielos. Grandes carámbanos se desprendían y se sumaban a la corriente al pie del Puente Manchú. En todos los hogares había privaciones y el hambre acechaba, muy próxima.

Una barca, desafiando los sueltos hielos, había zarpado de Hsin-Hsiang para traer, remontando el río, alimentos y medicinas ofrecidos por la expedición Leighton. También llevaba un montón de atrasadas cartas. Tras breve recalada, la barca volvió y condujo los restantes miembros del grupo de Tulloch a Nankín.

En el correo venía una comunicación que rebasaba en importancia a todas las otras. Chisholm, subiendo desde el extremo más lejano del jardín de la Misión, donde una cruz de madera marcaba la tumba de Tulloch, sostenía la carta en la mano y sus pensamientos giraban sobre la visita que le anunciaba aquella epístola. Esperaba Francisco que su cumplida labor se juzgara satisfactoria, que se considerase la Misión digna del orgullo que él ponía en ella. ¡Si el tiempo cambiara! ¡Si se produjera en las dos semanas inmediatas un rápido deshielo!

Al llegar a la iglesia vio a la Madre María Verónica descendiendo los peldaños. Debía transmitirle las nuevas, aunque temía aquellas raras ocasiones en que había de romper, por causas oficiales, el silencio establecido entre ambos.

—Reverenda Madre, el canónigo Mealey, administrador provincial de nuestra Sociedad Misional, está haciendo un recorrido de inspección por las Misiones chinas. Zarpó hace cinco semanas. Llegará dentro de un mes... a visitarnos. He pensado —añadió, tras breve pausa— que debía indicárselo a usted, por si desea hacerle alguna reclamación.

La Madre María Verónica, muy embozada para defenderse del frío, alzó la mirada, impenetrable tras el vapor de su aliento, y se estremeció ligeramente. Ahora veía rara vez al sacerdote, y el cambio que habían producido en él aquellas últimas

semanas le pareció impresionante. Francisco estaba flaco, demacradísimo. Tenía muy acusados los pómulos, la piel se le pegaba a los huesos, sus mejillas aparecían hundidas y sus ojos resultaban más grandes, con una curiosa luminosidad en ellos. Un terrible impulso se apoderó de la monja.

—Sólo una cosa deseo pedir —dijo, hablando por instinto, a causa de que la repentina noticia extraía de las profundidades de su alma un pensamiento hondamente enterrado—. Y es que me trasladen a otra Misión.

En la prolongada pausa que siguió, Francisco, aunque no sorprendido, sintióse helado, derrotado. Suspiró:

—¿No está usted contenta aquí?

—No se trata de estar contenta o no... Como ya le dije una vez, al profesar me preparé para soportarlo todo.

—¿Incluso el forzado trato con una persona a quien desprecia?

Ella se ruborizó. Miróle con orgulloso reto. El intenso latir de su corazón la instigó a continuar:

—Se equivoca usted por completo. Trátase de algo más hondo... más espiritual.

—¿Espiritual? ¿Por qué no me lo explica?

—Me ocurre que noto —y la monja aspiró una rápida bocanada de aire— que está usted trastornando mi vida interior, mis creencias espirituales...

—Eso es un asunto serio —repuso él, mirando la carta sin verla, y arrugándola luego entre sus huesudos dedos—. Es algo que me hiere mucho... tanto, sin duda, como le hiere a usted el decirlo. Pero acaso no me comprenda. ¿A qué se refiere?

—¿Cree que tengo preparada una lista de argumentos? —contestó la Madre María Verónica, advirtiendo que, a pesar suyo, su irritación aumentaba—. Se trata de su actitud... Por ejemplo, de lo que dijo cuando el doctor Tulloch expiraba... y después que falleció.

—Continúe.

—El doctor era un ateo, y usted le prometió virtualmente la recompensa eterna... en la cual él no creía.

—Dios —repuso inmediatamente Francisco— no sólo nos juzga por lo que creemos, sino por cómo obramos.

—Pero estableció ciertas reglas que el doctor Tulloch no seguía. Bien lo sabe usted. Y, finalmente, cuando él se hallaba en estado de inconsciencia, no le administró usted la Extremaunción.

—Es verdad. Acaso debí hacerlo...

Francisco reflexionó, un tanto deprimido. Luego, pareció reanimarse.

—¿No apreciaba usted también a Tulloch? Ella, vacilante, bajó los ojos.

—Sí; eso era imposible de evitar.

—Pues entonces no hagamos de su memoria ocasión de disputa. Hay algo que

casi todos olvidamos. Cristo nos lo enseñó y la Iglesia lo enseña... aunque, oyéndonos a muchos de nosotros, no lo parecería; y es que nadie que crea algo de buena fe puede ser condenado. Nadie. Ni budistas, ni mahometanos, ni taoístas... ni aun los más feroces caníbales que devoran a misioneros... Si son sinceros, con arreglo a sus luces, se salvarán. Tal es la espléndida clemencia de Dios. ¿Por qué, pues, no ha de complacerse el Señor recibiendo en juicio a un agnóstico honrado y diciéndole, con un guiño: «Aquí estoy, a pesar de todo lo que te enseñaron a creer, entra en el reino que de buena fe negabas»? —Quiso sonreír, pero viendo la expresión de la Hermana, suspiró, moviendo la cabeza.

—Siento realmente que esté usted disgustada. Ya sabe que soy desagradable de trato y acaso un poco raro en mis creencias. Pero usted se ha portado muy bien aquí, los niños la quieren, y durante la peste... Ya sé —se interrumpió— que usted y yo no nos llevamos muy bien... mas la Misión sufriría gran daño si usted se fuera.

La miró con viva atención, con una especie de tensa humildad, esperando que ella hablase. Y, luego, como viera que la Madre María Verónica callaba, se alejó lentamente.

La Madre continuó hacia el refectorio, donde se proponía inspeccionar la comida de los alumnos. Más tarde, en su escueta celda, paseó de un lado a otro, con una extraña prosecución de las agitaciones que la poseían. De pronto, con un ademán de exasperación, sentóse y se aplicó a completar un largo párrafo de una de aquellas prolijas cartas en que, día a día, como un desahogo de sus emociones, como arrepentimiento y consuelo, describía sus lances al hermano.

Pluma en mano, se calmó. El mero acto de escribir parecía tranquilizarla.

Acabo de decir al cura que quiero ser trasladada. Se me ocurrió súbitamente, como una especie de culminación de todo cuanto he reprimido y, en cierto modo, como una amenaza también. Me sorprendí a mí misma oyendo las palabras que salían de mis labios. Pero cuando se presentó la oportunidad no supe contenerlas. Quise sobresaltarle, herirle... Sin embargo, mi queridísimo Ernesto no por eso me siento más satisfecha... Después de ese segundo de triunfo en que vi el abatimiento nublar la cara de ese hombre, me hallé aún más disgustada e inquieta. Ahora miro la vasta desolación de estos yermos grises —tan distintos de nuestros bellos paisajes invernales con su aire dorado, sus cascabeleantes trineos y los arracimados techos de sus chalets— y siento deseos de llorar como si fuera a rompérseme el corazón.

Es el silencio de este hombre lo que me vence, esa su estoica cualidad de resistir y luchar, sin hablar nunca. Ya te he contado sus trabajos durante la peste, cuando andaba entre horribles dolencias y muertes repelentes y súbitas, tan descuidado como si caminara por las calles de su horrible

poblacho escocés. Lo que resultaba increíblemente heroico no era su valor, sino el mutismo de su valor. Cuando murió su amigo el médico, lo tomó entre sus brazos, sin miedo al contagio ni a la tos final que le salpicó de sangre la mejilla. Luego, el mirarle la cara, tan llena de piedad, tan abnegada, me traspasó el corazón. Sólo mi orgullo me libró de la humillación de llorar al verle. Y entonces me puse furiosa. Lo que más me irrita de todo, Ernesto, es que una vez te escribí diciéndote que este hombre era despreciable. Me engañaba. ¡Oh, qué confesión para tu hermana, tan tenaz! No puedo despreciarle ya, y, en cambio, ahora me desprecio a mí misma. Pero le aborrezco. No le permitiré que me rebaje a su nivel de manida simplicidad.

Las otras monjas han sido vencidas. Aprecian a ese hombre, y eso es una nueva mortificación que he de soportar. Sor Marta, la necia aldeana, tan llena de callos como falta de cerebro, está siempre dispuesta a adorar a todo individuo con sotana. Sor Clotilde, tan recatada y tímida, que se sonroja por cualquier cosa, mujer muy gentil, dulce y sensitiva, se ha convertido en incondicional adicta del cura. Durante su forzosa cuarentena, le ha hecho un espeso colchón, blando y cálido, realmente hermoso. Se lo entregó a José, el criado, con instrucciones de ponerlo en la cama del Padre... aunque es tan tímida que le costó trabajo pronunciar la palabra «cama». José, sonriendo, dijo: «Lo siento, Hermana, pero no hay ninguna cama». Según parece, el Padre duerme en el duro suelo, sin taparse más que con su gabán, una prenda verdosa, de edad incierta, a la que tiene mucho cariño y de la que dice con orgullo, acariciando las raídas mangas: «Empecé a usar este sobretodo cuando era estudiante en Holywell».

Las Hermanas Marta y Clotilde, nerviosas y turbadas, seguras de que ese hombre no mira por sí mismo, empezaron a hacer averiguaciones sobre lo que come. Reí cuando vi la expresión pasmada con que vinieron a decirme lo que yo sabía ya: que el Padre sólo se alimenta de pan negro, patatas y puré de habichuelas. Sor Clotilde murmuró:

—José tiene instrucciones para hervir patatas en una olla y colocarlas en un cesto. Cuando el Padre siente hambre, come una patata fría, mojándola en puré de habichuelas. A menudo, antes de que el cesto se concluya, las patatas están mohosas.

—Sí, es terrible —respondí concisamente—. Pero hay estómagos que nunca han conocido una buena cocina y, para ellos, no son mortificantes cosas así.

—Cierto, reverenda Madre —contestó Clotilde, enrojeciendo y retirándose.

Estoy segura de que esa mujer sería capaz de hacer una semana de

penitencia a cambio de ver al Padre tomando una buena comida caliente. ¡Ah, Ernesto! Ya sabes cuánto abomino de esas monjas que, en presencia de un sacerdote, se disuelven en un éxtasis de obsequiosidad. Jamás, jamás descenderé a tal nivel. Hice ese voto en Coblenza, cuando tomé el velo, y lo renové en Liverpool... Guardaré el voto incluso en Paitan. ¡Pero, el puré chino de habichuelas!... No puedes imaginar una cosa parecida. Es una especie de pasta rosácea que huele a agua podrida y a madera masticada...

Aquí la monja alzó la cabeza. Había oído un rumor.

Es increíble, Ernesto; pero está lloviendo...”, escribió.

Suspendió la carta, como incapaz de continuarla, y, lentamente, puso la pluma en la mesa. Con ojos sombríos y casi incrédulos, permaneció inmóvil, contemplando la novedad de la lluvia, que batía los cristales con sus goterones como gruesas lágrimas.

Quince días después continuaba lloviendo. Los cielos, de una densidad como de sebo, parecían abiertas esclusas que dejasen caer un persistente diluvio. Las grandes gotas golpeaban las capas superiores de la nieve amarillenta, aquella nieve que parecía sempiterna. Grandes carámbanos se desprendían aún del techo de la iglesia y, con creciente aceleración, se desplomaban sobre la sucia nieve del suelo. Arroyuelos de agua pluvial corrían entre el cieno pardo, formando canalillos que minaban el hielo, haciéndolo al fin caer, con lento chapoteo, en la corriente del río. La Misión, enfangada, era un verdadero barrizal.

Al fin apareció la primera franja de tierra oscura, trascendente entonces como la cumbre del Ararat... Fueron apareciendo nuevas franjas, que se ensanchaban y se unían, mostrando un paisaje de marchita hierba y leproso páramo, todo lleno de fisuras y cráteres con agua. Y aún proseguía la lluvia. Al cabo, se formaron goteras en las techumbres de la Misión. De los aleros caían verdaderas cataratas. Los niños, entristecidos, con el color verdoso, se sentaban en la clase, donde la Hermana Marta había colocado cubos para recoger las goteras principales. La Hermana Clotilde cogió un espantoso catarro y daba las lecciones en su pupitre, bajo el paraguas de la Superiora.

El suelo movedizo del jardín no resistió el combinado embate de la lluvia y el deshielo. La tierra se deslizaba colina abajo en una amarillenta turbulencia en la que flotaban *saretas* y matas de adelfa con las raíces al aire. Las carpas del estanque huyeron, aterrorizadas, entre las aguas de la inundación. Los árboles iban siendo lentamente socavados por la humedad. Durante un terrible día, las catalpas se

mantuvieron aún erectas sobre sus raíces al desnudo, que se asían a la tierra como pálidos tentáculos; pero desplomáronse al fin. Siguiéron después las blancas y tiernas moreras y la bella hilera de ciruelos florecidos, que cayeron el día en que la valla inferior del recinto se derrumbó también. En la cenagosa desolación sólo resistían los viejos y duros cedros y el gigantesco baniano.

La tarde anterior a la llegada del canónigo Mealey, el Padre Chisholm, mientras iba a dar la bendición a los niños, miraba con ojos sombríos la ruina que le rodeaba. Volvióse a Fu, el jardinero, que estaba a su lado.

—Yo ansiaba el deshielo, y Dios me ha castigado enviándome uno...

Como la mayoría de los hortelanos, Fu no era optimista.

—El gran *Shang-Fu* que llega del otro lado del mal pensará muy mal de nosotros. ¡Ah, si él hubiera visto mis lilas la primavera pasada!

—Animémonos, Fu. El daño no es irreparable.

—Mis planteles se han perdido —deploró Fu—. Tendremos que empezarlo todo otra vez.

—Así es la vida... Empezar otra vez después de perderlo todo.

A pesar de su exhortación a Fu, Francisco se sentía muy deprimido cuando entró en la iglesia... De rodillas ante el altar iluminado, mientras la lluvia tabaleaba aún en la techumbre, parecíale oír, sobresaliendo entre las voces infantiles que recitaban el *Tantum ergo*, un murmullo de agua a sus pies. Pero el son del agua llevaba largo tiempo repercutiendo en sus oídos. Le abrumaba el pensamiento del lamentable espectáculo que la Misión iba a ofrecer, el día siguiente, al visitante. Procuró alejar aquella obsesión.

Concluso el culto, luego que José hubo apagado las velas y marchado de la sacristía, Francisco descendió lentamente por el templo. Un húmedo vapor flotaba en la nave, de encalados muros. La Hermana Marta se había llevado a los niños, cruzando el jardín, hacia la cena. Pero orando sobre las húmedas tablas estaban aún la reverenda Madre y la Hermana Clotilde. Chisholm pasó junto a ellas en silencio y, de repente, se detuvo. El tremendo catarro de Sor Clotilde le daba un aspecto lamentable, y los labios de la Madre María Verónica estaban rígidos por el frío. Francisco sintió una extraordinaria convicción interna: no debía permitir continuar en la iglesia a ninguna de las dos mujeres.

Dando un paso hacia ellas, dijo:

—Perdonen la interrupción, pero voy a cerrar el templo.

Siguió una pausa. Aquella intromisión parecía increíble en él. Las monjas exteriorizaban sorpresa. No obstante, se levantaron, obedientes y mudas, y le precedieron hacia el pórtico. Tras de cerrar las puertas fronteras, el sacerdote siguió a las Hermanas en la oscuridad, densa de vapores.

Un momento después oyeron lo que empezó siendo un sordo y creciente

murmullo para convertirse después en una sucesión de truenos subterráneos. La Hermana Clotilde lanzó un grito, y Francisco, volviéndose, pudo divisar cómo la esbelta estructura de su iglesia oscilaba, reluciente, húmedamente luminosa, balanceábase grácil, bajo la vaga claridad, y, al fin, como a pesar suyo, cedió. El horror paralizó el corazón de Francisco. Con un fragor de rendición, los socavados cimientos se quebrantaron. Hundióse uno de los muros, se vino abajo el campanario, y todo lo demás fue una cegadora visión de vigas rotas y triturados cristales. En seguida, la iglesia de Francisco, su hermosa iglesia, se disolvió en la nada y fue sólo una ruina ante sus pies.

Un instante quedó clavado al suelo, ofuscado por el dolor. Luego, corrió hacia los escombros. El altar estaba aplastado, hecho fragmentos, y el tabernáculo se había reducido a astillas bajo una viga. Ni siquiera se salvaron las sacras especies. Las vestiduras de Francisco, las preciosas reliquias de Ribiero, estaban hechas jirones. En pie, descubierta la cabeza bajo la lluvia tenaz, Chisholm percibió, entre el amedrentado cuchicheo que le rodeaba, la lamentación de la Hermana Marta.

—¿Por qué, por qué nos ha sucedido esto? —clamaba la mujer, retorciéndose las manos—. ¡Dios mío! ¿Podías, acaso, castigarnos con algo peor?

Él murmuró, siempre inmóvil, esforzándose en mantener su propia fe más que la de la monja:

—Si esto hubiera ocurrido diez minutos antes, todos habiéramos perecido.

Nada cabía hacer. Abandonaron las desmoronadas ruinas a merced de la oscuridad y la lluvia.

Al día siguiente, a las tres en punto, llegó el canónigo Mealey. A causa de la turbulencia del hinchado río, su junco había anclado en un remanso a cinco *li* de Paitan.

No había disponibles sillas, sino sólo unos cuantos carritos de mano, los cuales, desde la epidemia, eran usados por los pocos portadores que quedaban para transportar a sus pasajeros. La situación se hacía difícil para un personaje de categoría. Pero no había alternativa. El canónigo, cubierto de lodo y con las piernas entumecidas, entró en la Misión en un carrito de mano.

La modesta recepción ensayada por Sor Clotilde —un canto de bienvenida y un ondear de banderitas a cargo de los niños— había sido abandonada. Chisholm, que miraba desde su galería, corrió hacia la puerta para acoger al visitante.

—¡Querido Padre! —exclamó Mealey, enderezándose rígidamente y estrechando con dolor las manos de Francisco—. Hace muchos meses que no tenía una dicha como ésta. ¡Verte de nuevo! Ya te aseguré que alguna vez se me hallaría recorriendo esta especie de escala cromática que es Oriente. Puesto que el interés del mundo se concentraba en la sufriente China, era inevitable que mi resolución cristalizase en

actos...

Se interrumpió. Los ojos de Francisco erraban por aquel escenario de desolación.

—Pero... no comprendo... ¿Y la iglesia?

—Ya ves lo que queda de ella.

—Mas esta ruina... Tú hablabas, en tus informes, de un establecimiento espléndido.

—Hemos tenido algunos contratiempos —dijo Francisco con voz serena.

—Realmente, es incomprensible... y muy lamentable. Francisco le atajó, con hospitalaria sonrisa:

—Cuando te hayas mudado y tomado un baño caliente, te lo explicaré todo.

Una hora después, aún enrojecido por el baño, vistiendo un traje nuevo, Anselmo, con grave expresión, sorbía una sopa caliente.

—Confieso que ésta es la mayor decepción de mi vida.

Venir aquí, a las mismas avanzadas...

Sus labios carnosos y contraídos rozaron la cucharada de sopa. En los años últimos, Mealey había engordado. Ahora era corpulento, ancho de hombros, majestuoso; pero seguía teniendo fina la piel y claros los ojos. Hacía grandes ademanes, ya cordiales, ya doctorales, a voluntad.

—Me había propuesto celebrar misa mayor en tu iglesia, Francisco... Seguramente, los cimientos estaban mal contruidos...

—Fue maravilla que llegaran a construirse.

—¡Bah, bobadas! Has tenido tiempo en abundancia para instalarte. Ahora, ¿qué voy yo a decir en Inglaterra? Había —prosiguió, emitiendo una risa breve y doliente — prometido una conferencia en la central de la Sociedad Misional, en Londres. La conferencia versaría sobre «La iglesia de San Andrés o Dios en la oscura China,». Incluso había traído mi aparato Zeiss para tomar unas vistas... Esto me coloca... nos coloca a todos... en una situación embarazosísima.

Siguió un silencio. Mealey continuó, entre enojado y compungido:

—Ya sé que has tenido tus dificultades. Pero ¿quién no las tiene? Te aseguro que a nosotros no nos faltan. Especialmente, desde la discordia que hemos tenido a raíz de la muerte del obispo MacNabb.

Chisholm enderezó el busto, como sintiendo un súbito dolor.

—¿Ha muerto?

—Sí, sí, el pobre viejo murió al fin. De pulmonía... En marzo... Ya no era el de antes. Estaba algo embotado y padecía ciertas rarezas. Fue un alivio para todos verlo acabar tan pacíficamente. Le ha sucedido su coadjutor, el hoy obispo Tarrant. Tiene gran éxito en su nuevo cargo.

El silencio se reprodujo. Chisholm se amparó los ojos con la mano. Muerto el buen Mac el Bronco... Le invadió una oleada de torturadores recuerdos: aquel día en

el Stinchar, el espléndido salmón, la afabilidad y la discreción de aquellos ojos penetrantes mirando a Francisco, cuando éste tenía algún disgusto en Holywell... Y, luego, la voz plácida diciéndole, en el despacho episcopal de Tynecastle, antes de embarcar: «*Lucha, Francisco, lucha por Dios y por nuestra vieja Escocia...*».

Anselmo, reflexionando, murmuró con amistosa generosidad:

—Bien; será menester afrontar las cosas. Ya que estoy aquí procuraré arreglarle los asuntos lo mejor que pueda. Tengo mucha experiencia en materia de organización. Quizás algún día te interese conocer en qué nueva forma he montado la Sociedad. Merced a mis apelaciones personales en mis discursos de Londres, Liverpool y Tynecastle, he colectado treinta mil libras... y esto es sólo el principio.

Sus sanos dientes aparecieron al esbozar sus labios una sonrisa de suficiencia.

—No te abatas, querido amigo. No quiero censurarte indebidamente, lo primero que haremos será invitar a almorzar a la reverenda Madre, que parece una mujer muy competente, y los tres celebraremos una verdadera conferencia parroquial.

Con un esfuerzo apartó Francisco sus recuerdos de los buenos días perdidos. Dijo:

—La reverenda Madre no gusta de comer fuera del pabellón de las Hermanas.

—Porque no la habrás invitado en debida forma —respondió Mealey, mirando su magra figura con cordial y compasiva amabilidad—. ¡Pobre Francisco! No me extraña que no comprendas a las mujeres. Ya verás como viene: déjame eso a mí.

Al día siguiente, en efecto, la Madre María Verónica acudió a almorzar. Anselmo estaba muy animado después de una noche de descanso y de una enérgica visita de inspección. Conservando aún la benevolencia con que examinara la escuela, acogió con digna efusividad a la reverenda Madre, aunque se había separado de ella hacía sólo cinco minutos.

—Su presencia nos honra mucho, reverenda Madre. ¿Un vaso de jerez? ¿No? Le aseguro que es bueno, un excelente amontillado claro. Quizás algo revuelto por el viaje —sonrió—, porque lo traigo desde Inglaterra. Un tanto picado, acaso... pero con un paladar que no puede negarse su adquisición en España.

Se sentaron a la mesa.

—¿Qué vas a darnos de comer, Francisco? Confío que no serán misteriosos platos chinos, como sopa de nidos de pájaro o puré de... ¡Ja, ja! —rió Mealey cordialmente, mientras atacaba el pollo hervido—. Sin embargo, confieso que estoy algo enamorado de la cocina oriental. En el barco... Por cierto que hemos tenido una travesía agitada, hasta el punto de que durante cuatro días nadie apareció en la mesa del capitán, exceptuando a este humilde servidor... En el barco, digo, nos sirvieron un plato chino delicioso: *chow mein* [7].

La Madre Verónica levantó la mirada.

—¿Un plato chino el *chow mein*? ¿No será más bien una edición americana de la costumbre china de aprovechar los restos?

Él la contempló, entreabierto la boca.

—¡Mi reverenda Madre! ¿El *chow mein* una edición...?, miró a Francisco buscando ayuda; no la encontró y soltó la risa.

—En todo caso, le aseguro que yo he comido mi *chow mein*. ¡Ja, ja! Volviéndose un tanto para acercarse mejor a la fuente de ensalada que José servía, añadió:

—Aparte las comidas, el atractivo de Oriente es en extremo fascinador, los occidentales solemos condenar a los chinos tachándolos de raza inmensamente inferior. Pero, por mi parte, estoy pronto a dar la mano a cualquier chino, siempre que crea en Dios... y en el jabón desinfectante —concluyó, sofocando una risa.

Chisholm dirigió una furtiva mirada a José. El rostro del joven, aunque inexpresivo, mostraba una ligera tensión en las aletas de la nariz.

Mealey, suspendiendo sus bromas, pasó a una pontifical solemnidad.

—Ahora, examinemos los importantes asuntos que tenemos en el orden del día. Siendo: niños ambos, reverenda Madre, el buen Padre de esta Misión andaba siempre metiéndome en apuros. Ahora me corresponde a mí sacarle de éste.

De la conferencia nada definido salió, excepto, quizás, un modesto resumen de los méritos ganados por Anselmo en Inglaterra.

Libre de las limitaciones parroquiales, Mealey se había aplicado de todo corazón a las actividades misioneras, recordando que el Santo Padre propugnaba especialmente la difusión de la fe y aprobaba con calor a quienes abnegadamente se consagraban a su causa favorita.

Pronto logró Anselmo éxitos. Viajaba por el país, predicando sermones fervidos y elocuentes en las grandes ciudades inglesas. Merced a su destreza en hacerse amigos, jamás desaprovechaba un contacto importante. A su regreso de Manchester o Birmingham solía escribir una veintena de cartas encantadoras, agradeciendo a tal persona un delicioso almuerzo y a tal otra un generoso donativo para el Fondo Misionero. Pronto su correspondencia fue tan voluminosa que le obligó a emplear un secretario permanente.

Cuando llegó a ser el canónigo más joven de la diócesis septentrional, nadie murmuró de su fortuna. Incluso los cínicos que atribuían su exuberante éxito a una superactiva glándula tiroidea, admitían de buen grado su talento práctico. Porque, a pesar de su impetuosidad, no era, ciertamente, un necio. Poseía una cabeza muy sólida para los números y sabía administrar el dinero. En cinco años fundó dos nuevas Misiones en el Japón y un seminario para nativos en Nankín. Las nuevas oficinas de la Sociedad Misional en Tynecastle eran imponentes y eficaces, y no tenían una sola deuda.

En resumen, Anselmo había hecho de su vida un acierto.

Y, respaldado por el obispo Tarrant, asistíanle todas las probabilidades de seguir

extendiendo su admirable labor.

A los dos días de la conferencia oficial de Mealey con Francisco y la reverenda Madre, cesó la lluvia y un sol acuoso envió pálidos rayos a la olvidada tierra. Anselmo, sintiéndose animado, bromeó con Francisco.

—He traído conmigo el buen tiempo. Algunas personas siguen al sol, pero el sol me sigue a mí.

Sacó su cámara fotográfica y dióse a tomar innúmeras vistas. Su energía era tremenda. Saltaba del lecho por la mañana dando voces de: «Muchacho, muchacho», para que José le preparase el baño. Decía misa en la clase y, tras un copioso almuerzo, partía, tocado con un sombrero contra el sol, empuñando un fuerte bastón y con la cámara oscilándole en un costado.

Hizo muchas excursiones, e incluso buscó, en los puntos de Paitan más devastados por la peste, recuerdos de aquella calamidad. En cada escena de ennegrecida desolación murmuraba, reverente:

—La mano de Dios. A veces, en la puerta de la ciudad, hacía pararse a su compañero, con un ademán dramático, para decirle:

—Espera. Quiero hacer una foto. La luz es perfecta.

El domingo apareció en el almuerzo con trazas más jubilosas.

—Acaba de ocurrírseme —declaró— que aún puedo dar mi conferencia. Trataré de los peligros y dificultades en el campo misionero, de la labor misional entre las inundaciones y la peste... Esta mañana he tomado una magnífica vista de las ruinas de la iglesia. Saldrá una instantánea preciosa.

La víspera de su marcha, los modales y el tono de Anselmo se alteraron. Después de cenar, sentado con el sacerdote en la galería, hablóle gravemente.

—Te agradezco la hospitalidad que has dado a un peregrino, Francisco. Pero me siento preocupado por ti. No veo cómo vas a reconstruir la iglesia. La Sociedad no puede darte dinero.

—Ni lo he pedido.

La tensión de las dos últimas semanas empezaba a hacer efecto en Francisco, y su rígida autodisciplina flaqueaba.

Mealey dirigió a su compañero una mirada penetrante.

—Si hubieras tenido más éxito con la clase distinguida china, con los mercaderes. Si tu amigo el señor Chia hubiese visto la luz.

—No la ha visto —repuso Francisco con insólita concisión—. Y ha hecho una dádiva magnífica. No le pediré ni un solo tael más.

Anselmo se encogió de hombros, enojado.

—Eso, desde luego, es cosa tuya. Pero te digo francamente que me ha decepcionado mucho el modo que has tenido de regir esta Misión. Veamos tu número de conversiones. No admite comparación con nuestras estadísticas. En la central

llevamos un gráfico de todas y tú figuras en último lugar.

Chisholm, muy apretados los labios, miró al espacio y respondió, con una ironía excepcional en él:

—Supongo que los misioneros difieren en sus capacidades.

—Y en su entusiasmo —replicó Anselmo, quien, muy sensible a la sátira, sentíase irritado—. ¿Por qué insistes en negarte a emplear catequistas? Es la costumbre universal. Si tuvieses tres hombres activos, pagados a razón de cuarenta taeles al mes, un millón de bautismos sólo te costarían mil quinientos dólares chinos.

Francisco no respondió. Oraba para sí, desesperadamente, deseoso de refrenar su carácter, de sufrir aquella humillación como cosa merecida.

—Yo creo que no te pones a la altura de tu misión —continuó Mealey—. Vives, personalmente, de un modo muy pobre. Debieras procurar impresionar a los nativos, tener una silla de mano, criados, aparentar más...

—Te engañas —dijo resueltamente Francisco—. Los chinos aborrecen la ostentación. La llaman *ti-mien*. Y los sacerdotes que la practican son considerados hombres sin honor.

—Supongo —respondió Anselmo, enrojecido y enojado— que te refieres a sus propios y paganos sacerdotes.

Chisholm sonrió vagamente.

—¿Qué tiene eso que ver? Muchos de esos sacerdotes son hombres buenos y leales.

En el intenso silencio que sobrevino, Anselmo se ajustó las ropas con aire sorprendido y concluyente.

—Después de eso, nada hay que decir. Confieso que tu actitud me apena mucho y también la reverenda Madre está conturbada por tu modo de ser. Desde que llegué he visto claramente su desavenencia contigo.

Levantóse y se fue a su cuarto. Francisco permaneció largo rato solo, mientras a su alrededor se condensaba la neblina. La última observación le había herido más que ninguna otra. Se confirmaba su presentimiento. No cabía duda de que la Madre María Verónica había pedido el traslado.

A la mañana siguiente se despidió el canónigo Mealey.

Volvía a Nankín para pasar una semana en el vicariato y, desde allí, marcharía a Nagasaki, para inspeccionar seis Misiones en el Japón. Ya estaba hecho su equipaje, le esperaba la silla de mano que debía llevarle al junco, y, a la sazón, estaba despidiéndose de las Hermanas y de los niños. Vestido para el viaje, con gafas de sol, envuelto su sombrero en gasa verde, mantuvo en el zaguán una conversación postrera con Chisholm.

—Ea, Francisco —dijo Mealey, tendiendo la mano a su amigo, con rezongona indulgencia—, separémonos en buena armonía. El don de lenguas no nos ha sido

concedido a todos. Creo que, en el fondo, eres bien intencionado...

Y abombando el pecho, añadió:

—Es raro, pero me muero de ganas de partir. Llevo el ansia viajera en la sangre. Adiós. *Au revoir. Auf Wiedersehend*, Dios los bendiga a todos.

Echóse por la cara la gasa mosquitera y penetró en la silla. Los portadores, rezongando, inclinaron los hombros, alzaron el artefacto y partieron. Al cruzar las oscilantes puertas de la Misión, Anselmo, asomándose por la ventanilla, agitó el pañuelo.

Al ponerse el sol, mientras daba su paseo predilecto en el atardecer, reinando por todas partes una quietud que parecía ensancharse hasta muy lejos, Chisholm se halló meditando entre los escombros de la iglesia. Sentado sobre un montón de ruinas, recordaba a su antiguo director —porque siempre, en cierto modo, miraba a MacNabb con los ojos de un niño— y evocaba la exhortación que le hiciera aconsejándole valor. Poco le quedaba a Francisco. Las últimas dos semanas, con el continuo esfuerzo de soportar el tono protector de su visitante, le habían dejado exhausto. Sin embargo, quizás Anselmo tuviera justificación. ¿No había él, Francisco, fracasado ante Dios y ante los hombres? Había hecho tan poco. Y ese poco, trabajoso e inadecuado, estaba casi desvanecido. ¿Cómo podría continuar? Una intensa desesperanza le poseyó.

Sentado, con la cabeza inclinada, no oyó un paso a sus espaldas. La Madre María Verónica hubo de hablarle para que él reparase en su presencia.

—¿Le incomoda?

Francisco, sobresaltado por completo, alzó la mirada.

—No, no. Como usted ve —y no pudo reprimir una sonrisa singular—, nada estoy haciendo.

En la pausa que se produjo, advirtió que el rostro de la monja tenía, en la penumbra, una indecisa palidez, Aunque no notaba el temblar nervioso de las mejillas de la Madre María Verónica, advertía en su figura una rigidez extraña.

—Tengo algo que decirle —manifestó ella, con una voz sin inflexiones—. Yo...

—Dígame.

—Sin duda será cosa humillante para usted. Pero me creo obligada a exponerla. Estoy... estoy disgustada.

Las palabras salían a la fuerza, mas luego ganaron ímpetu y pronto se convirtieron en un torrente.

—Estoy amarga y profundamente disgustada de mi conducta con usted. Desde que nos conocimos me he portado de una manera bochornosa y pecaminosa. El diablo del orgullo me poseía. Siempre me ha poseído, desde niña... Ya entonces arrojaba a veces objetos a la cabeza de mi aya. Ahora comprendo que, hace ya semanas, deseaba venir a usted y hablarle, pero mi orgullo me lo impedía. Y también

mi maligna tenacidad. Estos diez últimos días he llorado interiormente por usted, viendo las bajezas y humillaciones que le infería ese sacerdote, indigno de desatarle a usted los zapatos, Padre. Estoy indignada conmigo misma... Perdóneme, perdóneme...

Su voz se perdió entre sollozos. Se postró y, cubierto el rostro con las manos, permanecía inclinada ante el Padre Chisholm.

Todo color se había disipado en el cielo y sólo persistía un resto de claridad verdosa tras los montes. También aquel resplandor se desvaneció rápidamente y la piadosa oscuridad envolvió a la monja. Siguió un intervalo. Una lágrima aislada surcó la mejilla de la Madre María Verónica.

—¿De modo que no se va usted de la Misión?

—No, no —respondió la monja, con el corazón desgarrado—. No, si usted me permite quedarme. Jamás he conocido a nadie a quien haya deseado servir como a usted. Es usted el mejor... el más delicado espíritu que he conocido...

—Calle, hija mía. Soy una pobre e insignificante criatura, un hombre vulgar... Estaba usted en lo cierto.

—Compadézcase de mí, Padre —repuso ella. Sus sollozos parecían brotar, ahogados, de la tierra.

—Un hombre vulgar y usted una gran señora. Pero, para Dios, los dos somos hijos suyos. Podemos trabajar juntos, ayudarnos mutuamente...

—Yo le ayudaré con todas mis energías. Hay, al menos, una cosa que puedo hacer. Me es fácil escribir a mi hermano. Él reconstruirá la iglesia y restaurará la Misión... Tiene grandes posesiones y le es fácil hacerlo. Pero usted, ayúdeme... a vencer mi orgullo...

Siguióse un largo silencio. La mujer sollozaba más suavemente. Una calidez intensa colmó el corazón de Francisco. Cogió el brazo de la Madre María Verónica para hacerla levantar, pero ella se resistía. Él se arrodilló entonces a su lado y evocó, sin orar, la noche pura y apacible en que, tiempos atrás, entre las sombras de un huerto, otro hombre, pobre y vulgar también, se había arrodillado, y ahora los contemplaba a los dos.

VII

Una soleada tarde de 1912, el Padre Chisholm se ocupaba en separar la cera y la miel que había cosechado. Estaba en su taller, construido al estilo bávaro, práctico y pulido, con un torno de pedal y diversas herramientas primorosamente alineadas. En él hallaba Francisco tanto placer como aquel día en que la Madre María Verónica se lo ofreciera, tendiéndole la llave. Olía dentro a melaza derretida. Un gran cuenco de fresca y amarilla miel se hallaba en el suelo lleno de virutas. Sobre el banco se veía el chato recipiente de cobre que contenía la morena cera con que al otro día iba el Padre a fabricar sus cirios, y qué cirios. Ardían despacio y despedían un dulce aroma; Ni en la basílica de San Pedro se encontrarían otros semejantes.

Con un suspiro de satisfacción, se enjugó la frente. Sus cortas uñas tenían un reborde de rica cera. Echándose al hombro el gran cuenco de miel, abrió la puerta y cruzó el jardín de la Misión. Se sentía feliz. Era grato despertar por la mañana, oyendo alas estorninos piar en los aleros, sintiendo la frescura del alba aún hecha rocío sobre los céspedes... Su pensamiento inmediato, cuando despertaba, era que no podía haber mayor dicha que trabajar —mucho con las manos, algo con el cerebro y, principalmente, con el corazón— y vivir así, sencillamente, apegado a la tierra, que a él no le parecía muy lejana del cielo.

La provincia prosperaba y la gente, olvidando inundaciones, epidemias y hambre, vivía en paz. Cinco años habían pasado desde que la generosidad del conde Ernesto Van Hohenlohe permitiera reconstruir la Misión, y ésta, en tanto, había florecido calladamente. La iglesia era más grande y sólida que la anterior, Francisco la había erigido recia; sintiendo una triste compunción al recordar la otra, sin yeso ni estuco, siguiendo el modelo monástico que la reina Margarita introdujera en Escocia siglos atrás. Clásica y severa, con un sencillo campanario y naves soportadas por arcos, su austeridad iba infiltrándose en él cada día más. Acabó prefiriéndola a la primera que construyera. Sobre todo, era un edificio más sólido.

La escuela había sido ampliada, añadiéndose a la casa un nuevo hogar infantil. La compra de las contiguas fincas de regadío había permitido montar una granja modelo, con cerdos y otras reses, y un corral donde Sor Marta, arremangado el hábito, flacas las canillas sobre sus zuecos, distribuía grano entre las aves, parloteando alegremente en flamenco.

La congregación comprendía ya doscientos fieles, ninguno de los cuales acudía a regañadientes al altar. El orfanato había triplicado su extensión y empezaban a recogerse los primeros frutos de la paciente previsión de Francisco. Las muchachas mayores ayudaban a las Hermanas, y algunas eran ya novicias, mientras otras no tardarían en salir de la escuela. En la última Navidad, la mayor, una moza de

diecinueve años, se había casado con un joven labrador de la aldea Liu. Francisco sonreía, feliz, pensando en las consecuencias de su astucia. En su reciente y feliz visita pastoral a Liu, de donde regresara la semana pasada, la joven le había dicho, bajando la cabeza, que pronto habría de administrar otro bautismo.

Francisco cambió de hombro el pesado cuenco de miel.

El misionero era a la sazón un encorvado hombrecillo de cuarenta y tres años, ya en vías de calvicie y empezando a sentir dolores reumáticos en las articulaciones. Al cambiar el cuenco, una rama de jazmín le azotó la mejilla. Rara vez había estado el jardín tan espléndido, y también esto se lo debía a la Madre María Verónica. Sin negar que sus propias manos fueran diestras, el sacerdote no las juzgaba hábiles para la jardinería. En cambio, la reverenda Madre había mostrado gran pericia en materia de plantaciones. Desde su casa de Alemania le habían sido enviadas semillas cuidadosamente empaquetadas en arpillera. Las cartas en que pedía tales o cuales cosas habían ido a los más famosos viveros de Cantón y Pekín, como asimismo iban sus raudas y blancas palomas, importunas y hogareñas. La belleza que ahora rodeaba a Francisco, aquel santuario brillante de sol y animado por un continuo rumor, eran obra de ella.

La camaradería que los enlazaba había ido creciendo como aquel jardín. Cuando Chisholm daba su paseo vespertino, solía hallar a la Madre María Verónica muy atenta, calzando toscos guantes, cortando las grandes peonías blancas que crecían en profusión, enderezando alguna torcida clemátide, regando las doradas azaleas. Discutían concisamente las cosas del día. A veces permanecían juntos sin hablar, y cuando las luciérnagas aparecían en el jardín, cada cual tomaba el camino de su casa.

Al acercarse a la puerta más alta del recinto vio a los niños dirigiéndose de dos en dos jardín adelante. Era la hora de comer. Sonrió y aceleró el paso. Al llegar, ya los niños se sentaban a la larga mesa baja del nuevo cuarto contiguo al dormitorio. Eran unas cuarenta cabecitas de azulosa nuca y brillantes rostros amarillos. La Madre María Verónica se sentaba a un extremo y Sor Clotilde al otro. Marta, ayudada por las novicias chinas, servía humeante caldo de arroz en una sucesión de tazones azules. Ana, la niña encontrada en la nieve, a la sazón una moza muy gallarda, iba entregando los tazones a los niños, con su habitual talante de sombría y ceñuda reserva.

El clamor se aquietó al entrar el Padre. Éste lanzó a la Superiora una mirada avergonzada y pueril, pidiéndole indulgencia, y, triunfalmente, colocó el cuenco de miel sobre la mesa.

—Miel fresca, niños. ¡Qué lástima que...! Porque estoy seguro de que ninguno quiere...

Una chillona e inmediata negación se elevó de la turba de niños. Reprimiendo su sonrisa, Francisco movió, entristecido, la cabeza ante el menor, un solemne mandarín

de tres años que, chupando su cuchara, se balanceaba soñadoramente, inestables sobre el banco sus diminutas posaderas.

—No puedo creer tan monstruosa maldad en un niño bueno. Dime, Sinforiano —era horrible ver como los nuevos conversos elegían para sus hijos los nombres más resonantes del santoral— dime: qué prefieres, ¿aprender el bonito catecismo o tomar miel?

—Miel —repuso Sinforiano lánguidamente.

Miró la faz arrugada y morena que le contemplaba, y, asombrado de su temeridad, rompió en lágrimas y se cayó del banco.

Chisholm, riendo, levantó al niño.

—Vamos, vamos, Sinforiano. Tú eres un niño bueno y Dios te quiere. Tendrás doble ración de miel por haber dicho la verdad.

Sintió sobre sí la mirada reprochadora de la Madre María Verónica. Seguramente la monja le seguiría a la puerta, diciéndole: «Padre. Hemos de tener en cuenta la disciplina». Mas hoy nada lograría restringir la afabilidad del Padre con los pequeños. Qué lejanos parecían los tiempos en que entraba en la clase turbado e insatisfecho, temeroso de sentir el ambiente hostil y frío. Su bondad con los chiquillos había rayado siempre en lo absurdo, mas él alegaba que éste era su patriarcal privilegio.

Como esperaba, la Madre María Verónica le acompañó fuera del cuarto; mas, aunque su frente parecía insólitamente ensombrecida, no censuró al sacerdote ni siquiera benignamente. En vez de ello, comentó, tras una vacilación:

—José ha venido esta mañana con una historia muy extraña...

—Sí. El pícaro quiere casarse... y es natural. Pero me está mareando con lo hermoso y conveniente que sería construir junto a la verja de la Misión un pabellón de portero; no, desde luego, en provecho de José ni de su mujer, sino sólo en beneficio de la Misión.

—No se trata de ese pabellón —dijo ella, sin sonreír, mordiéndose los labios—. Lo que se está construyendo es otra cosa y en otro sitio: en la calle de las Linternas (ya conoce usted ese solar tan céntrico y tan espléndido), y en una escala mucho mayor que cuanto hemos hecho aquí.

Hablaba con singular amargura.

—Han llegado veintenas de trabajadores y barcazas llenas de piedra blanca de Hsin-Hsiang. Le aseguro que se va a gastar dinero como sólo los millonarios americanos lo saben gastar. Pronto asistiremos a la apertura del mejor establecimiento misionero de Paitan, con escuelas de ambos sexos, campos de deportes, cocina pública, dispensario gratuito y un hospital con un médico fijo...

La Madre María Verónica se interrumpió, mirando a Francisco con lágrimas en sus turbados ojos.

—¿Qué establecimiento es ése? —preguntó él maquinalmente, abrumado al

presagiar la respuesta.

—Otra Misión. Protestante. De los metodistas americanos.

Sobrevino una dilatada pausa. Confiado en lo remoto del lugar, Francisco nunca previó semejante intrusión. Sor Clotilde llamó a la Madre María Verónica y ésta se alejó, dejándole en un dolorido silencio.

Chisholm se acercó lentamente a su casa. La brillantez de la mañana parecía haberse nublado. ¿Qué había sido de su medieval fortaleza? Experimentó, recordando su niñez, la misma sensación de injusticia que cuando, buscando moras, algún muchacho hallaba las ramas de una zarza secreta descubierta por Francisco, y las despojaba rudamente de su fruto. Le constaban los odios que se desenvuelven entre Misiones rivales, las desagradables envidias y, sobre todo, las disputas sobre extremos doctrinales, las acusaciones y contraacusaciones, los broncos denuestos que hacen que la fe cristiana aparezca ante los tolerantes chinos como una infernal Torre de Babel donde todos gritaran a voz en cuello: «Aquí está la verdad. Aquí, aquí...». Luego, sólo se veía rabia, aborrecimiento, clamores...

Halló en la casa a José, quien, plumero en mano, fingía trabajar aunque, en realidad, sólo esperaba ocasión de transmitir las noticias.

—¿Ha oído el Padre hablar de la venida de esos americanos que adoran al falso Dios?

—Calla, José, —respondió ásperamente el sacerdote.

No adoran al falso Dios, sino al mismo Dios verdadero que nosotros. Si vuelves a pronunciar semejantes palabras, nunca tendrás tu pabellón junto a la verja.

José se apartó, murmurando para sí.

Por la tarde bajó Chisholm a la calle de las Linternas y obtuvo por sus mismos ojos fatídica confirmación de la noticia. La nueva Misión crecía rápidamente bajo las manos de muchos equipos de albañiles, carpinteros y peones. A lo largo de un tablón, activos obreros llevaban cestos del mejor azulejo de Soochin.

Era obvio que las obras se realizaban en una escala principesca.

Aún permanecía allí, absorto en sus pensamientos, cuando descubrió de pronto a Chía, que estaba a su lado. Saludó serenamente a su antiguo amigo.

Mientras hablaban del buen tiempo y de lo bien que marchaban los negocios, Francisco notó una afabilidad mayor que la habitual en el acento del mercader.

Al fin, una vez terminados los temas de rigor, Chía comentó inocentemente:

—Es grato observar el excesivo crecimiento de las cosas buenas, aunque algunos puedan considerarlas superfluas. Por mi parte, me complacerá mucho poder pasear por los jardines de otra Misión. Pero cuando usted, Padre, vino aquí hace tantos años, recibí muchos malos tratos. —Hizo una nueva pausa suave y sugeridora—. Aun siendo ciudadano tan humilde y poco influyente como soy yo, paréceme claro que los nuevos misioneros recibirán un trato tan execrable cuando lleguen, que, muy a su

pesar, tendrán que partir.

Un estremecimiento recorrió al Padre Chisholm. Le asaltaba una tentación increíble. La ambigüedad, el forzado sobrentendido de las palabras del mercader, significaban la más siniestra amenaza. Chia, en muchos sentidos sutiles y subterráneos, ejercía el máximo poder en el distrito. Francisco sabía que le bastaba contestar, mirando con candidez al espacio: «Sería, ciertamente, un gran infortunio que sufriesen semejante calamidad los nuevos misioneros... pero ¿quién puede impedir la voluntad de Dios?». Así quedaría abortada la invasión que amenazaba a su pastoría. Se dominó, odiándose a sí mismo por albergar tal pensamiento. Replicó, tan plácidamente como pudo, mientras un frío sudor le mojaba la frente:

—¿Cómo negarles a esos predicadores el derecho a practicar las virtudes a su manera? Si lo desean, tienen perfecto derecho a venir.

No observó la chispa de interés singular que, por una vez, irradió la quieta mirada del señor Chia. Profundamente turbado, Francisco se separó de su amigo y subió la colina, hacia su casa. Sintiendo fatigado, entró en la iglesia y se sentó ante el crucifijo del altar lateral. Mirando el rostro nimbado de espinas, oró, para que le fuesen concedidas prudencia, resistencia y paciencia.

A fines de junio estaba casi terminada la Misión metodista. A pesar de su fortaleza, Chisholm, para evitarse el ver las sucesivas etapas de la construcción, había eludido hoscamente la calle de las Linternas. Mas cuando José, siempre fidelísimo informante, trajo noticias de que habían llegado los dos diablos extranjeros, el sacerdote suspiró, vistióse de su mejor sotana, empuñó su paraguas y se dispuso a hacer la visita que pensaba.

Agitó la campanilla de la puerta y el son repercutió, hueco, entre el olor de pintura y yeso aún recientes. Tras esperar, indeciso, durante un minuto bajo los verdes cristales de la marquesina, oyó dentro presurosos pasos y la puerta fue abierta por una mujer madura, baja y ajada, vestida con una falda de alpaca parda y una blusa de cuello muy alto.

—Buenas tardes. Soy el Padre Chisholm. Me tomo la libertad de visitarles para darles la bienvenida por su llegada a Paitan.

Ella le miró, nerviosa, y una expresión de desasosiego inundó sus ojos, de pálido azul.

—Sí, sí. Sírvase pasar. Soy la esposa de Fiske Wilbur... quiero decir el doctor Fiske... Está arriba. Todavía nos encontramos solos y no nos hemos instalado debidamente.

Se apresuró a atajar la protesta que ya él iniciaba.

—No, no; sírvase entrar.

La siguió, escaleras arriba, hasta una estancia fresca y majestuosa, donde un

hombre de cuarenta años —escrupulosamente rasurado, con un recortado bigote y de la misma diminuta estatura que su mujer— se encaramaba sobre una escalera de mano, disponiendo libros en los anaqueles. Usaba gruesas gafas sobre unos ojos miopes, inteligentes, escrutadores. Sus pantalones, algo cortos, de algodón, anchos como sacos, daban una traza patética a sus flacas canillas. Al bajar la escalera tropezó y estuvo a punto de caer.

—¡Cuidado, Wilbur! —dijo la mujer, extendiendo protectoramente las manos.

Presentó a los dos hombres y añadió, intentando vanamente una sonrisa:

—Ahora, sentémonos... si hallamos dónde. Desgraciadamente, no tenemos nuestros muebles aquí. Pero en China se acostumbra uno a todo.

Se instalaron. Chisholm dijo con voz amable:

—Tienen ustedes un edificio magnífico.

—Sí —murmuró Fiske—. El señor Chandler, el célebre magnate del petróleo, ha sido generosísimo.

Sobrevino un silencio penoso. Aquellos misioneros respondían tan poco a lo que el sacerdote esperaba, que quedó desconcertado. No podía él jactarse de una estatura gigantesca, pero el matrimonio, con su misma escasez física, descartaba el más mero impulso de agresión. El doctorcillo era un hombre manso, con un aire entre pedantesco y tímido. Una sonrisa excusadora vagaba indecisamente por sus labios, como temerosa de asentarse en ellos. Su mujer, más fácil de distinguir a la luz clara del cuarto; era una persona suave, resuelta, de ojos azules a los que acudían las lágrimas con facilidad. Sus manos se movían alternativamente entre un dijecillo de oro, donde debía de guardar un rizo, y una ensortijada y opulenta cabellera sujeta por una redecilla. Con un ligero estremecimiento, Francisco notó que aquel cabello era una peluca.

De pronto, el doctor Fiske se aclaró la garganta y dijo:

—Debe usted de estar indignado con nosotros viéndonos venir aquí.

—¡Oh, no, no! De ningún modo —repuso el sacerdote, muy embarazado.

—Sabemos por experiencia lo que es eso. Estábamos en el interior de la provincia de Shansi, un sitio encantador... Me gustaría haberle enseñado los albérchigos que teníamos allí. Durante nueve años vivimos solos. Luego, llegó otro misionero... No católico —se apresuró a añadir—. ¿Recuerdas cuánto lo sentimos, Inés?

—Sí —asintió ella, trémula—. Pero apechugamos con ello. Somos veteranos, Padre.

—¿Llevan mucho tiempo en China?

—Más de veinte años. El mismo día que nos casamos nos pusimos en camino, como una pareja juvenil e insensata que éramos. Habíamos consagrado nuestra vida a la idea...

La humedad que llenaba sus ojos dejó lugar a una brillante y entusiasmada

sonrisa.

—Wilbur, quiero mostrar al Padre Chisholm el retrato de Juan.

Levantándose, cogió orgullosamente una fotografía con marco de plata que había sobre la chimenea, rodeada de otros adornos.

—Éste es nuestro hijo. La foto está tomada cuando ingresó en Harvard, antes de pasar a Oxford. Aún continúa en Inglaterra... actuando en el establecimiento que tenemos en el puerto de Tynecastle.

Aquel nombre conmovió la forzada cortesía de Francisco.

—¿Tynecastle? —dijo sonriendo—. Está muy cerca de mi pueblo natal.

Ella le miró, encantada, correspondiendo a su sonrisa y sosteniendo la fotografía contra su pecho con sus manos cariciosas.

—¡Es sorprendente! Al fin y al cabo, el mundo es pequeño... —comentó, depositando vivamente el retrato en la repisa—. Ahora voy a servir café y unos cuantos buñuelos americanos... hechos según una receta familiar... No, no es ninguna molestia —declaró, rechazando las protestas del sacerdote—. A esta hora siempre hago que Wilbur tome alguna cosa. Anda mal del duodeno, y si yo no me ocupo de él, ¿quién lo haría?

Chisholm se había propuesto estar allí cinco minutos, pero pasó con el matrimonio más de una hora.

Eran naturales de Nueva Inglaterra. Oriundos de Biddeford, en el Maine, habían nacido, se habían criado y habían contraído matrimonio dentro siempre de su estricta fe. Cuando hablaban de su mocedad, Francisco tenía una rápida y extrañamente grata visión de unos campos fríos; de grandes rías saladas fluyendo entre márgenes de plateados abedules hacia el brumoso mar; de blancas casas de madera entre arcos de tono vinoso y zumaques de un rojo aterciopelado en invierno; de claros y diminutos campanarios sobre los poblados de oscuras y silentes figuras en las calles heladas, siguiendo calladamente su apagado destino.

Los Fiske eligieron otro sendero más duro. Habían sufrido mucho. Les faltó poco para morir del cólera. Durante la rebelión boxer, mientras muchos de sus compañeros de Misión eran asesinados, ellos pasaron seis meses en una sucia prisión, bajo la diaria amenaza del suplicio. Su mutua adhesión y el cariño que sentían por su hijo eran conmovedores. A pesar de su aspecto, trémulo exteriormente, aquella mujer experimentaba una indomable solicitud maternal hacia los dos hombres de su familia.

Inés Fiske, no obstante su formación, era una pura romántica, cuya vida aparecía inscrita en la teoría de tiernos recuerdos que cuidadosamente conservaba. No tardó en enseñar a Francisco una carta que le escribiera su difunta madre, un cuarto de siglo atrás, dándole la fórmula de aquellos buñuelos. También exhibió un rizo del cabello de su Juan, que guardaba en el dije. Arriba, en su cajón, había muchas cosas semejantes: paquetes de amarillenta correspondencia, su marchito ramo nupcial, un

diente de su hijo, la cinta que ella llevara en la primera reunión a que concurrió, siendo mocita, en el círculo parroquial de Biddeford.

Estaba delicada de salud y, una vez establecida la nueva Misión, iba a pasar seis meses de descanso con su hijo, en Inglaterra. A la sazón, con una viveza que presagiaba buena voluntad, pedía al Padre Chisholm que le diese cuantos encargos quisiera para su país.

Al fin despidióse Chisholm. Mientras Fiske le saludaba desde el pórtico, la mujer le acompañó hasta la verja exterior. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No sabe lo consolada y lo contenta que estoy de su amabilidad y su gentileza al visitarnos... sobre todo por Wilbur. En nuestro último destino atravesó, el pobre, por cosas muy dolorosas... Odios enconados, horrible fanatismo... La cuestión llegó al extremo de que, habiendo ido a visitar a un enfermo, fue golpeado, hasta perder el sentido, por un joven bestial... un misionero que le acusaba de querer robarle el alma del paciente... Pero nosotros y la señora Fiske reprimió su emoción —podemos prestarnos mutua ayuda. Wilbur es un doctor muy hábil. Llámeme siempre que lo necesite.

Oprimió rápidamente la mano de Francisco y se alejó.

Chisholm volvió a su casa en un curioso estado de ánimo.

Durante los días inmediatos no tuvo noticias de los Fiske. Pero el sábado llegó a San Andrés una buena cantidad de pastelillos caseros. Francisco los llevó, calientes aún y envueltos en una servilleta blanca, al refectorio de los niños. La Hermana Marta rezongó:

—¡Si creará esa mujer que no sabemos hacer esto aquí!

—Ella intenta ser amable, Marta. Y nosotros debemos intentarlo también.

La Hermana Clotilde llevaba varios meses sufriendo una dolorosa irritación de la piel. Se habían usado toda clase de remedios sin el menor éxito. Tan molesta era la dolencia, que hizo, incluso, una novena especial para ver si se curaba. A la semana siguiente la vio Chisholm frotarse las manos enrojecidas y excoiadas, en un tormento de desazón, Arrugó el entrecejo y, venciendo el desagrado, envió una nota al doctor Fiske.

El doctor llegó a la media hora, examinó a la paciente en presencia de la reverenda Madre, no empleó ninguna palabra retumbante, alabó los remedios que se habían utilizado y, luego de componer un remedio que había de aplicarse por vía bucal de tres en tres horas, se despidió plácidamente. A los diez días, la fea dolencia se había disipado y Sor Clotilde parecía una mujer nueva. Pero, pasado el primer entusiasmo, acudió, con escrúpulos, a confesarse.

—Padre, yo oré tanto a Dios y... y la curó el misionero protestante.

—Sí, Padre.

—Su fe, hija mía, no debe alarmarse por eso. Dios ha respondido a su plegaria.

Todos somos instrumentos en manos de él. No olvide —y sonrió de improviso— lo que decía el viejo Lao-Tsé: «Las religiones son muchas, la razón es una, y todos somos hermanos».

Aquella noche, mientras él salía al jardín, la Madre María Verónica le dijo, casi contra su deseo:

—Ese americano es un buen médico. Francisco asintió:

—Sí. Y un buen hombre.

Las dos Misiones se desenvolvían sin conflictos. Para las dos había suficiente campo en Paitan y cada una procuraba no estorbar a la otra. La prudencia del Padre Chisholm al resolver no tener en su congregación cristianos que acudiesen a cambio de arroces gratuitos, hacía ahora palmaria. Sólo uno de sus feligreses desertó para ir a la calle de las Linternas, de donde volvió con la siguiente lacónica nota:

Querido Chisholm:

El dador es un mal católico y sería un peor metodista.

Siempre su amigo en el Dios universal.

Wilbur Fiske, doctor en Medicina.

P. S.: Si alguien de su Misión necesita ser hospitalizado, envíemelo. No recibirá ninguna sutil insinuación sobre la falibilidad de los Borgia.

El corazón del sacerdote se ensanchó.

«¡Ah, Señor! —se dijo—. ¡La bondad y la tolerancia! Con estas dos virtudes, ¡qué maravilloso sería tu mundo!».

Los méritos de Fiske no permanecieron ocultos. Gradualmente, se reveló como un arqueólogo y un chinólogo de primer orden. Contribuía con abstrusos artículos a los archivos de vagas sociedades de su país. Su manía era la porcelana de Chien-lung, y su colección de *famille noire* [8] del siglo XVIII, recogida con serena habilidad, era auténticamente valiosa. Como a la mayoría de los hombres pequeños y dominados por sus mujeres, le gustaba la discusión y, en poco tiempo, Francisco y él se hicieron lo bastante amigos para debatir vivamente y con destreza por ambas partes —aunque también, ¡ay!, con creciente acaloramiento— ciertos puntos en que divergían sus credos respectivos. A veces, impelidos por su entusiasmo doctrinal, se separaban con cierta frialdad externa, porque el pedante doctorcillo era agrio cuando se presentaba la ocasión. Pero el enfado se desvanecía pronto.

Un día, después de una de aquellas desavenencias, Fiske, encontrando al Padre Chisholm, detúvole y le dijo de manos a boca:

—Querido amigo, he estado reflexionando en un sermón que oí cierta vez al doctor Elder Cummings, nuestro eminente teólogo, el cual declaró en su prédica: «*El mayor mal de nuestros días es el desarrollo de la Iglesia romana merced a las nefandas y diabólicas intrigas de sus sacerdotes*».

—Me complace manifestarle que, desde que tengo el honor de conocerle, juzgo que el reverendo Cummings no decía más que desatinos.

Francisco, sonriendo algo hurañamente, consultó sus obras teológicas y, diez días después, contestaba con toda solemnidad:

—Querido Fiske, en el catecismo del cardenal Cuesta hallo, claramente impresa, esta reveladora frase: «*El protestantismo es una práctica inmoral, que blasfema de Dios, degrada al hombre y pone en peligro a la sociedad*».

—Me complace hacerle saber, querido amigo que desde que tengo el honor de conocerle, considero inexactas esas palabras del cardenal.

Y, quitándose el sombrero, se alejó, grave.

Los chinos que había cerca, viendo al diminuto diablo extranjero metodista retorcerse de risa, creyeron que había perdido la razón.

Un desapacible día de fines de octubre, Chisholm halló a la esposa del doctor en el Puente Manchú. La señora Fiske volvía del mercado, en una mano su bolsa de malla, mientras con la otra se afirmaba el sombrero.

—¡Dios mío! —Exclamó, jovial— ¡Esto parece un huracán! Se me ha llenado el pelo de polvo. Tendré que volver a lavármelo esta noche.

Ya acostumbrado a aquella excentricidad presuntuosa, única mácula en un alma limpia, Francisco no sonrió. En toda ocasión propicia, la mujer alardeaba, culpablemente, de su tórrida peluca como de una cabellera auténtica. A Francisco le emocionaba la mentirilla.

—¿Están todos bien en su Misión? —preguntó.

Ella sonrió, inclinando la cabeza, muy atenta a su sombrero.

—Yo tengo una salud escandalosa, pero Wilbur está muy alicaído... Como me voy mañana... El pobre va a sentirse muy solo. Claro que usted está solo siempre. ¡Qué vida tan aislada! Dígame —añadió, tras una pausa— si, ahora que voy a Inglaterra, puedo servirle en algo. Pienso traer a Wilbur ropa interior de invierno, porque para lanas no hay como Inglaterra. ¿Quiere que le traiga mudas a usted también?

Él negó con la cabeza, sonriendo, y, de pronto, se le ocurrió una idea:

—Si algún día no tiene cosa mejor que hacer, visite a una querida tía mía en Tynecastle. Se llama Polly Bannon. Espere que le escriba la dirección.

Garabateó las señas, con un resto de lápiz, sobre un pedazo de papel arrancado de los paquetes que la mujer llevaba en la bolsa. La señora Fiske deslizó el papel en uno de sus guantes.

—¿Le doy algún recado?

—Dígale que estoy muy bien y muy contento, y que éste es un sitio magnífico. Añádale que soy (después del esposo de usted) el hombre más importante de China...

Ella le miró con ojos cálidos y brillantes.

—Puede que le diga más de lo que usted se figura. Las mujeres, cuando estamos solas, hablamos a nuestro modo. Adiós. No deje de ver de vez en cuando a Wilbur, por si necesita algo... y cuídese usted también.

Le estrechó la mano y se fue. Era una pobre y débil mujer, pero tenía una voluntad de hierro.

Francisco prometió se visitar, en efecto, a Fiske. Mas, según pasaban las semanas, parecíale no tener nunca una hora de ocio. Había que arreglar la cuestión de la morada de José. Una vez primorosamente construido el pabelloncito, siguió la ceremonia nupcial, con misa mayor y seis niños de los más pequeños llevando la cola de la novia. Cuando José y su mujer estuvieron debidamente instalados, vino la visita a la familia paterna de José, en la aldea Liu. Francisco acariciaba, desde hacía mucho tiempo, el proyecto de destacar una avanzada, una subordinada Misión, en Liu. Se hablaba mucho por entonces de una gran carretera mercantil que iba a trazarse a través de los Kuang. En el porvenir, Chisholm podría tener un sacerdote joven que le ayudase operando, desde el nuevo centro, en las montañas. Experimentaba el fuerte impulso de poner sus planes en acción acreciendo la extensión de los campos cerealíferos de la aldea, y conviniéndose con sus amigos de Liu para roturar, arar y sembrar sesenta mil más de tierra cultivable.

Tales ocupaciones ofrecían una auténtica excusa, mas, a pesar de ello, experimentó una fuerte punzada de autorreproche cuando, cinco meses después, encontró inesperadamente a Fiske. Empero, el doctor estaba animado, con una singular y cauta exaltación. Francisco adivinó que ello sólo podía tener una causa.

—Está usted en lo cierto —rió Fiske. Y en seguida procuró asumir una compuesta gravedad—. Mi mujer llega a principios del mes que viene.

—Lo celebro. Muy largo viaje es ése para ella sola.

—Ha tenido la suerte de encontrar una compañera de travesía. Parece que es una persona con la que congenia muy bien.

—Su esposa es muy simpática y con un gran talento —añadió Fiske, reprimiendo una rara inclinación a seguir riendo— para meterse en lo que no le importa. No deje usted de venir a comer con nosotros cuando llegue mi mujer.

Chisholm salía muy poco, porque su género de vida no se lo permitía; pero, ahora, el remordimiento le hizo aceptar.

—Gracias. Iré.

Tres semanas después, una nota llegada de la calle de las Linternas le recordó el compromiso contraído no muy a su gusto: «Mañana a las siete y media, sin falta».

Era embarazoso, porque Francisco había dispuesto las Vísperas para las siete. Adelantó el oficio media hora, envió a José en busca de una silla de mano y salió con cierto aparato.

La Misión metodista, brillantemente iluminada, exteriorizaba un insólito aire de fiesta. Al apearse en el patio, Francisco anheló que no se tratase de una reunión prolongada ni numerosa.

No era hombre insociable, pero, en los últimos años, su vida había tendido a ser crecientemente íntima, y la escocesa reserva heredada de su padre se había ahondado, convirtiéndose en singular cautela ante los desconocidos.

Al entrar en la sala de arriba, ahora alegrada por flores y festones de papel de color, sintióse tranquilizado al no ver más que al matrimonio junto a la chimenea, algo enrojecido por la calidez de la estancia, como niños antes de una fiesta. Los gruesos lentes del médico emitieron rayos de bienvenida, y la señora Fiske, adelantándose vivamente, cogió la mano de Chisholm:

—Me alegro mucho de volver a verle, mi criatura abandonada y olvidada.

La efusión de su saludo era inequívoca. La mujer parecía fuera de sí.

—Ya veo que está usted contenta de haber regresado.

—Además, parece que ha debido de tener un viaje espléndido.

—Sí, sí; maravilloso. Nuestro querido hijo progresa magníficamente... ¡Cuánto siento que no esté aquí con nosotros esta noche!

Rió, ingenua como una chiquilla, brillantes sus ojos por la exaltación.

—Tengo muchas cosas que decirle. Pero las sabrá... sí las sabrá cuando entre nuestro otro invitado.

Francisco no pudo reprimir un interrogativo enarcamiento de cejas.

—Sí; seremos cuatro a la mesa. Una señora que, a pesar de nuestra diferencia de opiniones, es muy particular amiga mía, está de visita aquí...

Se interrumpió, consciente del asombro del sacerdote, y añadió con nerviosidad:

—Mi querido Padre, no se enfade conmigo.

Dirigióse a la puerta y dio una palmada que debía de ser una señal. La puerta le abrió y tía Polly penetró en la sala.

VIII

Aquel día de septiembre de 1914, ni Polly ni la Hermana Marta, que estaban en la cocina, dieron importancia al débil y familiar sonido de disparos de fusil en las montañas. Sor Marta guisaba con su batería de inmaculadas ollas de cobre, y Polly, junto a la ventana, planchaba tocas de lino. En tres meses se habían hecho las dos inseparables como dos gallinas negras en corral ajeno. Ambas estimaban mutuamente sus respectivas cualidades. Sor Marta calificaba el *crochet* ^[9] de Polly como el mejor que jamás viera, y Polly, tras examinar los pespuntos de la Hermana Marta, reconoció por primera vez en su vida que los suyos eran inferiores. Con esto tenían un tema de conversación que nunca les fallaba.

Polly, humedeciendo el lino y acercándose la plancha a la mejilla para calcular si estaba bien caliente, se quejó:

—Mi sobrino tiene otra vez mala cara.

Sor Marta, con una mano, echó más leña a la lumbre, mientras con la otra movía reflexivamente el cucharón dentro de la sopa.

—¿Podemos esperar otra cosa? No come nada.

—De joven tenía buen apetito.

La monja belga se encogió de hombros con exasperación.

—Es el sacerdote que menos come de cuantos he conocido. ¡Ah, yo he visto buenos comilones! Nuestro capellán despachaba seis platos de pescado durante la Cuaresma. Yo tengo la teoría de que cuando uno come poco se le achica el estómago. Y después es imposible sentir apetito.

Polly movió la cabeza, con leve desacuerdo.

—No. Ayer le llevé unos pastelillos recién salidos del horno y él los miró y dijo: «¿Cómo va uno a comer cuando ahí cerca, a nuestra vista, hay millares de hambrientos?».

—Los chinos están siempre hambrientos. En este país es costumbre comer hierba.

—Pero Francisco dice que ahora todo está peor a causa, de esa guerra...

La Hermana Marta probó la sopa —su famosa *pot-au-feu*— y su rostro registró la aprobación de una buena catadora. Al volverse a Polly hizo, no obstante, una mueca.

—Aquí hay guerra siempre. Como siempre hay hambre. Los bandidos, en Paitan, son tan corrientes como para nosotros tomar café. Disparan unos cuantos tiros, como los que oímos ahora; luego, la ciudad les paga para que se vayan, y se van. ¿Comió el Padre mis pastelillos?

—Sí, uno. Y dijo que era excelente. Luego me encargó que diera los demás a la Superiora, para nuestros pobres.

—Ese buen Padre acabará volviéndome loca —dijo la Hermana Marta. Porque,

aunque, fuera de su cocina, era tan dulce como la leche de una madre, le gustaba rezongar como si fuese una persona de magníficas indignaciones—. ¡Dar, dar, dar! Dar hasta que uno termina estallando. ¿Sabe lo que ocurrió el invierno pasado? Un día de nieve en la ciudad, el Padre se quitó el sobretodo, un sobretodo que le habíamos hecho nosotras con la mejor lana importada, y se lo dio no sé a quién, a un mastuerzo medio helado ya. Le aseguro que me faltó poco para decirle cuatro cosas fuertes. Pero fue la Madre Superiora quien decidió reprenderle. Él la miró con esos ojos suyos, sorprendidos, que parecen herirle a una el alma, y dijo: «¿Por qué no había de hacerlo así? ¿De qué sirve predicar el cristianismo si no vivimos como cristianos? El gran Cristo hubiera dado a ese pobre su manto. ¿Por qué, pues, no había de darlo yo?». La reverenda Madre le contestó, muy enojada, que el gabán era un regalo nuestro, y él repuso: «Entonces han sido ustedes las buenas cristianas, no yo.» ¿No parece increíble? Usted no lo creería si se hubiera educado, como yo, en un país donde nos inculcan la economía desde la infancia. En fin, basta. Vamos a tomar la sopa. Si esperamos a que concluyan esos hambrones de niños, nos desmayaremos de debilidad.

Al pasar ante la ventana sin visillos, de regreso de la ciudad, Chisholm atisbó a las dos mujeres sentadas ante su temprano almuerzo. La profunda sombra de ansiedad que velaba, su rostro se disipó momentáneamente y sus labios dibujaron una ligera sonrisa.

A pesar de sus primeros temores, la llegada de Polly había resultado de una gran conveniencia. Se adoptó milagrosamente a las tareas de la Misión y se complacía en ellas con la misma placidez que si estuviera pasando un breve fin de semana en Blackpool. Sin dejarse abatir por el clima ni por la estación, se sentaba, silenciosa, en el huerto y pasaba horas entre las berzas haciendo punto, los hombros erguidos, los codos en ángulo acusado, relampagueantes las agujas, la boca un tanto plegada, los ojos remotamente complacidos... El amarillo gato de la Misión ronroneaba intensamente, medio oculto bajo las sayas de Polly. Ésta era la mejor amiga del viejo Fu, y en torno a ella giraba el buen jardinero como alrededor de un eje, exhibiendo para su aprobación prodigiosas hortalizas, pronosticando el tiempo merced a raros signos y haciendo lúgubres profecías.

En su contacto con las Hermanas, Polly nunca las estorbaba, ni pretendía asumir privilegio alguno. Obraba con un acto agradable e instintivo que brotaba de su don de silencio, de la prosaica sencillez de su vida. Jamás había sido tan dichosa. Realizaba el acariciado anhelo de ver a Francisco en su trabajo misional, hecho un sacerdote de Dios, acaso ayudado en tan digno fin por los humildes esfuerzos de ella. Pero esto nunca lo hubiera dicho Polly abiertamente. Su estancia, al principio convenida en dos meses, había sido prolongada hasta enero.

Lo único que deploraba —e ingenuamente lo decía— era no haber hecho el viaje antes. La muerte de Ned, a quien sirviera literalmente de pies y manos durante tanto tiempo, no la había librado de responsabilidades. Judit seguía siendo un motivo de continua ansiedad, a causa de sus caprichos, sus atolondramientos y su antojadiza inconstancia. Tras su primer empleo en el municipio de Tynecastle, había tenido una docena de puestos de secretaria, siempre satisfechísima de cada uno al comienzo, para luego huir de él, con disgusto. Después quiso ser maestra, pero el curso en la Escuela Normal la fatigó pronto y empezó a acariciar la vaga idea de hacerse religiosa. En esto —contando entonces veintisiete años había descubierto que su verdadera vocación era la de enfermera, y se había incorporado como aspirante al personal del Hospital General de Northumberland. Aquella circunstancia había dejado libre a Polly, mas tal libertad no parecía sino momentánea. A los cuatro meses, ya las durezas de la vida de aspirante empezaban a hastiar a Judit, quien enviaba cartas llenas de disgusto y enojo, insinuando que tía Polly debía volver para cuidar de su pobre y abandonada sobrina.

Francisco, uniendo los detalles que poseía de la vida de Polly en Inglaterra —detalles fragmentarios, porque ella era poco habladora—, acabó considerándola como una santa. Pero su constancia no recordaba la de una imagen de escayola. Tenía sus debilidades, y su don de la inoportunidad seguía en pie. Por ejemplo, con notable iniciativa y leal deseo de ayudar a Francisco en su labor, había logrado reconvenir a dos almas descarriadas que en una de las excursiones de Polly a Paitan se habían obsequiosamente adherido a su persona y bolsa. Costóle a Francisco algún trabajo desembarazarse otra vez de Hosanna y Filomena Wang.

Aunque sólo fuese por el consuelo de sus pláticas cotidianas, tenía buenos motivos para estimar la presencia de aquella asombrosa mujer. En las tribulaciones que ahora le rodeaban hallaba un alivio confiándose al buen sentido de su tía.

Al llegar a la casa halló a la Hermana Clotilde y a Ana esperándole en la puerta. Suspiró. ¿No le dejarían en paz alguna vez, permitiéndole reflexionar sobre las lamentables noticias que había recibido?

La macilenta cara de Sor Clotilde estaba enrojecida por un rubor nervioso. Se mantenía junto a la muchacha, casi como una celadora, sujetándola con una mano recién vendada. En los ojos de Ana condensábase una expresión de reto. Además, olía a perfume.

Bajo la interrogante mirada del sacerdote, Sor Clotilde hizo una febril aspiración de aire.

—He pedido a la reverenda Madre que me permita ocuparme yo del caso de Ana. Al fin y al cabo, en el taller de cestería está bajo mi especial cuidado.

—¿Qué pasa, Hermana? —preguntó Chisholm, esforzándose en hablar con

paciencia.

La Hermana Clotilde temblaba de histérica indignación.

—He tolerado mucho a esta moza. Su pereza, su insolencia, su desobediencia. Además, roba. Todavía huele a la colonia de la señorita Bannon. Pero lo último que ha hecho...

—¿Qué ha sido, Hermana?

Sor Clotilde se sonrojó más aún. Aquello era para ella una prueba mayor que para la adusta Ana.

—Se ha escapado por la noche. Ya sabe usted que la ciudad está ahora plagada de soldados. Y Ana ha pasado fuera toda la noche con uno de los hombres de Wai-Chu. Su cama no estaba deshecha siquiera. Y, cuando la llamé al orden esta mañana, forcejeó conmigo y me mordió.

Chisholm fijó los ojos en Ana. Parecía increíble que la niña que él recogiera entre sus brazos, una lejana noche de invierno, viniendo a la Misión como un don celestial, estuviese ante él, acusada de ser una mujer aviesa y disoluta. Aunque todavía adolescente, Ana se había desarrollado por completo, y tenía el pecho opulento, intensos los ojos y unos labios pulposos como una ciruela madura. Había sido siempre distinta de las demás niñas: descuidada, audaz, nunca sumisa. Francisco pensó: «Por una vez, los textos se engañan. Ana no ha resultado ser un ángel:».

Lo que gravitaba sobre su ánimo le hizo hablar con benignidad.

—¿Tienes algo que contestar, Ana?

—No.

—No, Padre —corrigió la Hermana Clotilde, mientras Ana le dirigía una mirada de odio.

—Es lamentable, Ana, que después de cuánto hemos hecho por ti nos pagues de este modo. ¿No estás contenta aquí?

—No lo estoy.

—¿Por qué?

—Yo no pedí que me trajeran al convento. Usted no me compró. Vine de balde. Y estoy harta de rezar.

—No rezas continuamente. Tienes tu trabajo.

—No quiero hacer cestos.

—Te buscaremos otra ocupación.

—¿Cual? ¿Coser? ¿Voy a estar cosiendo toda mi vida?

Chisholm forzó una sonrisa.

—No. Cuando hayas aprendido todas las cosas útiles para una mujer, te casaremos con uno de nuestros jóvenes.

Ella respondió con un áspero bufido y, luego, dijo sencillamente:

—Yo quiero algo más interesante que estos jovencitos de usted.

Francisco calló. Después, herido por la ingratitud de aquella moza, repuso con enojo:

—Nadie se propone tenerte aquí a la fuerza. Mas has de quedarte hasta que la comarca se aquiete. Puede haber muchas turbulencias en el mundo. Mientras permanezcas aquí estarás segura. Pero has de guardar las reglas. Vete con la Hermana y obedécela. Si averiguo que no lo haces me enfadaré muchísimo.

Despidiólas y, mientras Sor Clotilde se volvía, añadió:

—Diga a la reverenda Madre que venga a verme, Hermana.

Las vio atravesar el recinto y, luego, con paso lento, subió a su cuarto. Esto además. ¡Como si no tuviera ya bastante!

Cuando la Madre María Verónica llegó, cinco minutos después, Chisholm miraba la ciudad por la ventana. Esperó, silencioso, a que la monja se acercara. Entonces dijo:

—Reverenda Madre, tengo dos malas noticias para usted. La primera, que, probablemente, habrá guerra antes del próximo año.

Ella le miró con calma, esperando. Francisco giró sobre sus talones y miróla a su vez.

—Acabo de hablar con el señor Chia. La lucha es inevitable. La provincia ha sido dominada durante años por Wai-Chu, quien, como usted sabe, ha abrumado a los labriegos con contribuciones y reclutas forzosas. Cuando una aldea no le paga, la destruye y asesina a familias enteras. No obstante, por bárbaro que sea, hasta ahora los mercaderes de Paitan le han tenido a raya merced a pagarle bien. Mas hoy —añadió, tras una pausa— hay otro señor de la guerra en el distrito. El general Naian, del Yang-Tsé inferior. Dicen que no es tan malo como Wai, y, en rigor, nuestro amigo Shen se ha incorporado a sus tropas. Pero Naian desea la provincia de Wai, es decir, el derecho a expoliarla. A la sazón marcha sobre Paitan. Es imposible comprar al mismo tiempo a los dos caudillos. Sólo podrá comprarse al vencedor. De manera que esta vez habrá lucha.

María Verónica sonrió ligeramente.

—Yo sabía ya casi todo eso. ¿Por qué se siente usted tan abatido hoy?

—Porque la guerra flota en el aire —dijo él, dirigiendo a la monja una mirada reprimida—. Habrá una batalla muy cruenta.

—Ni usted ni yo tememos a esa batalla —repuso la Madre, intensificando su sonrisa.

En el silencio que siguió, Francisco apartó de ella la vista.

—Por supuesto, yo pienso en nosotros mismos, porque si Wai ataca a Paitan nos hallaremos en medio del combate. Pero pienso, sobre todo, en las pobres gentes, tan hambrientas y tan desvalidas. He llegado a amarlas con todo mi corazón. Sólo piden que les dejen en paz, que les permitan vivir humildemente de lo que cultivan y que

les sea posible estar en sus casas tranquilos, con sus familias. Durante varios años los ha oprimido un tirano. Ahora, porque otro aparece en escena, se ponen armas en manos de los infelices (incluso en manos de nuestros feligreses), se despliegan banderas y se profieren los gritos acostumbrados: «Independencia, Libertad...». Se están desarrollando odios y, a continuación, simplemente porque así lo quieren dos dictadores, las pobres gentes se precipitarán unas contra otras. ¿Y para qué? Después de la matanza, cuando se disipen el humo y los tiros, habrá más contribuciones, más opresión y un yugo más pesado que antes. ¿Acaso —suspiró— no es natural sentir piedad por el pobre género humano?

La Madre María Verónica se agitó con cierta inquietud.

—No tiene usted muy buen concepto de la guerra.

Pero, seguramente, algunas pueden ser justas y gloriosas. La historia lo prueba. Mi familia ha peleado en muchas así.

Francisco tardó largo rato en responder. Al fin se volvió hacia la monja. Las arrugas que circuían sus ojos eran más profundas que de costumbre. Habló con voz lenta, trabajosa.

—Es singular que diga usted eso en este momento.

—Nuestra pequeña turbación —añadió tras una pausa, apartando la vista— es sólo el eco de una calamidad mucho más grande.

Le era difícilísimo continuar. Pero se lo impuso:

—Los socios de Chia en Hsin-Hsiang le han enviado noticias por un propio. Alemania ha invadido Bélgica y está en guerra con Inglaterra y Francia.

Se cernió sobre el cuarto una breve pausa. El rostro de la Madre María Verónica se había demudado. No habló, no se movió. Parecía sobrenaturalmente paralizada.

Francisco dijo, al fin:

—Los demás no tardarán en saberlo. Pero la guerra no debe hacer surgir diferencias en la Misión.

—No, no debe... —repuso ella, maquinalmente, como si su mirada estuviese a miles de millas de allí.

El primer signo sobrevino escasos días después. Una banderita belga apresuradamente cosida con hilos de colores sobre un trozo de seda apareció, muy ostentosa, en la ventana del dormitorio de la Hermana Marta. Aquel mismo día, al salir ésta del dispensario y correr hacia el convento, no pudo reprimir una sonrisa contenida, de nerviosa satisfacción. Había llegado lo que ella ansiaba con toda su alma: periódicos..., Eran ejemplares de «Información», diario americano que se publicaba en Shanghái y que, esporádicamente, enviaba remesas a Paitan, como una vez al mes. Presurosa, temblándole los dedos, entre esperanzada y aprensiva, rompió las fajas ante la ventana.

Un minuto pasó examinando las páginas a toda prisa.

Luego, lanzó un grito de ira.

—¡Qué monstruos! ¡Oh, es insoportable, Dios mío! Sin alzar la cabeza, llamó apremiantemente a Sor Clotilde, que había entrado a toda prisa en el cuarto, atraída por la misma fuerza magnética.

—Mire, Hermana. Están en Lovaina, han destruido la catedral a cañonazos... Y Metrieux, a diez kilómetros de mi pueblo, está arrasado. ¡Dios mío! ¡Una población tan linda y próspera!

Unidas por la calamidad común, las dos Hermanas se inclinaban sobre las hojas, subrayando la lectura con exclamaciones de horror.

—¡Hasta el altar hecho pedazos! —exclamó Sor Marta, retorciéndose las manos—. ¡Metrieux! ¡Metrieux, adonde fui yo con mi padre en el carricoche, siendo una niña de siete años! ¡Qué mercado aquél! Compramos doce gansos pardos, gordos y hermosos, y ahora...

Sor Clotilde, con los ojos dilatados, leía las noticias de la batalla del Marne. — Están acribillando a nuestros bravos compatriotas —murmuró—. ¡Qué carnicería! ¡Qué ruindad!

La reverenda Madre había entrado y sentándose en silencio a la mesa. Sor Clotilde ignoraba su presencia, pero Sor Marta había visto a la Superiora con el rabillo del ojo y estaba fuera de sí.

Sofocada de indignación, temblorosa la voz, señaló un párrafo con el dedo.

—Vea esto, Hermana Clotilde. Hay informes fidedignos de que el convento de Lovaina ha sido profanado por los invasores alemanes. Noticias de bonísima tinta confirman que muchos niños inocentes han sido implacablemente asesinados.

La Hermana estaba pálida como el marfil.

—En la guerra franco prusiana pasó lo mismo. Son implacables. No me extraña que en este honrado periódico americano los llamen hunos.

Pronunció la palabra con tono sibilante. La Madre María Verónica habló:

—No puedo permitirles que se expresen así acerca de mis compatriotas.

Sor Clotilde giró sobre sus talones y, cogida de improviso, hubo de aferrarse al marco de la ventana. Pero Sor Marta estaba preparada.

—¿Sus compatriotas, reverenda Madre? En su lugar, yo no estaría tan orgullosa de ellos. Son unos bárbaros brutales, asesinos de mujeres y de niños.

—El ejército alemán se compone de caballeros. No creo en ese periodicucho, que, sin duda, miente.

Sor Marta, poniéndose en jarras, abiertas las manos sobre las caderas, repuso, llena de resentimiento su áspera voz de aldeana:

—¿Y no es verdad la noticia de este periodicucho respecto a que un país pequeño y pacífico ha sido invadido por ese ejército tan caballeroso?

La Madre María Verónica estaba aún más pálida que Sor Clotilde.

—Alemania tiene derecho a un puesto al sol.

—Y por eso mata y saquea, vuela catedrales, destruye la villa a donde yo iba de niña... Todo porque la muy cerda de Alemania quiere el sol y la luna...

—¡Hermana! —dijo la reverenda Madre, levantándose, digna a pesar de su agitación—. En este mundo hay una cosa que se llama justicia. Alemania y Austria nunca han sido tratadas con justicia. No olviden que mi hermano está peleando para forjar el nuevo destino teutónico. Por lo tanto, como Superiora de ustedes, les prohíbo decir a nadie las atrocidades que he oído hace poco en sus bocas.

Tras una intolerable pausa, la Madre María Verónica se volvió, para salir del cuarto. Cuando estaba en la puerta, oyó gritar a Sor Marta:

—¡Ese famoso destino no está forjado aún! ¡Los aliados ganarán la guerra!

La Madre María Verónica, dedicándole una fría sonrisa de compasión, salió.

La discordia se intensificaba, nutrida por las noticias llegadas de cuando en cuando a la Misión, que vivía, a su vez, bajo otra amenaza de guerra. La Hermana francesa y la belga nunca habían simpatizado mucho, pero ahora las ligaba una amistad fraternal. Sor Marta se mostraba protectora con Sor Clotilde, más débil que ella, y, solícita por su salud, le daba remedios para su turbadora tos y le elegía los mejores bocados de cada plato. Ambas, abiertamente, trabajaban haciendo calcetines y mitones para los valientes *blessés* ^[10]. Con muchos signos y medias palabras hablaban de sus patrias queridas ante la misma Superiora, aunque, eso sí, cuidadosas —muy cuidadosas— de no ofenderla. Y, luego, la Hermana Marta, de manera significativa, proponía:

—Vamos a rezar un momento por lo que usted sabe.

La Madre Verónica lo soportaba todo con orgulloso silencio. También ella oraba por la victoria. Chisholm veía los tres rostros en fila, beatíficamente vueltos hacia el cielo, rezando por opuestas victorias, mientras él, atribulado y roído de inquietudes, mirando a las fuerzas de Wai haciendo marchas y contramarchas por los montes, sabedor de que Naian preparaba una movilización definitiva, oraba pidiendo a Dios paz, seguridad para los suyos y... bastante comida para los niños.

La Hermana Clotilde empezó a enseñar en su clase la Marsellesa. Lo hacía furtivamente, cuando la Superiora estaba en el taller de cestería, al otro lado de la casa. La clase, muy imitativa, pronto aprendió letra y música. Una tarde, a primera hora, cuando la Madre María Verónica, muy cansada y esforzándose obviamente en reprimirse, atravesaba el jardín, oyó salir por las ventanas abiertas de la clase de Sor Clotilde, el himno francés, cantado con estruendoso acompañamiento de piano:

Allons, enfants de la patrie...

Por un instante, la Madre María Verónica vaciló. Luego, su figura, que había mostrado signos de ablandamiento, se tornó rígida como el acero. Para sostenerse, apeló a toda su fortaleza. Anduvo con la cabeza erguida.

Otra tarde, a finales de mes, Clotilde estaba también en su clase. Los muchachos, tras el diario cántico de la Marsellesa, habían dado su lección de catecismo. La Hermana Clotilde, siguiendo una costumbre instituida por ella, mandó:

—Arrodillaos, queridos niños, y rezad una breve plegaria por los bravos soldados franceses.

Los niños, arrodillándose, obedientes, respondieron a las tres avemarías que Sor Clotilde rezó.

Ya iba la Hermana a dar la señal para levantarse cuando, con cierta impresión, notó que la Superiora estaba tras ella. La Madre María Verónica, serena y con aspecto placentero, habló a los alumnos por encima del hombro de Clotilde:

—Ahora, niños, es justo que recéis la misma oración por los bravos soldados alemanes.

El rostro de Sor Clotilde se cubrió de un lívido verdor.

Su respiración parecía sofocada.

—Ésta es mi clase, reverenda Madre.

La Madre María Verónica, sin atenderla, prosiguió:

—Ea, niños: oremos por los bravos alemanes:

*Dios te salve María,
llena eres de gracia...*

El pecho de Clotilde se levantó y sus pálidos labios se replegaron hacia sus apretados dientes. Convulsivamente, levantó la mano y dio un bofetón a su Superiora.

Hubo un clamor reprimido y terrorífico, Clotilde rompió en llanto y huyó de la estancia, entre sollozos.

Ni un músculo del semblante de María Verónica se contrajo. Con la misma sonrisa placentera, dijo a los alumnos:

—La Hermana Clotilde está algo enferma. Ya habéis visto lo que ha hecho. Yo terminaré de daros clase. Pero antes, niños, tres avemarías por los buenos soldados alemanes.

Conclusa la plegaria, se sentó, imperturbable, ante el alto pupitre y abrió el libro.

Aquella noche, Chisholm, entrando en el dispensario inesperadamente, vio a Sor Clotilde en el acto de servirse una gran dosis de clorodina. La monja se volvió al oír pasos y casi dejó caer el vaso lleno. Un penoso sonrojo cubrió su faz. El episodio de

la clase la había trastornado en extremo.

—Tomaba un poco de esto —balbuceó— para el estómago. Me ha dolido mucho estos días...

Por la cantidad del medicamento y por el talante de la Hermana, Francisco comprendió que tomaba aquello como sedante.

—No lo tome muy a menudo, Hermana —dijo—. Considere que contiene mucha morfina.

Cuando Sor Clotilde salió, él guardó el frasco en la alacena donde estaban bajo llave los medicamentos tóxicos. Solo en el dispensario desierto, sintiéndose desgarrado por la ansiedad del peligro inmediato que les amenazaba y por la absurda futilidad de aquella otra horrible y remota guerra, notó que le invadía una oleada de angustia por el insensato rencor de aquellas mujeres. Había esperado que la discordia desapareciera, mas no era así. Apretó los labios, con súbita resolución.

Aquel día, después de las clases, hizo llamar a las tres religiosas. Las mandó situarse ante el pupitre. La faz del sacerdote estaba insólitamente severa. Escogiendo bien las palabras, Francisco habló a las mujeres casi con acritud.

—La conducta de ustedes en momentos como éstos me disgusta mucho y ha de cesar. No tienen justificación alguna sus actitudes.

En la breve pausa que siguió, vio a Sor Clotilde temblar con ímpetu reprimido.

—Sí la tiene —dijo la Hermana, al cabo.

Buscó en el bolsillo de su hábito y, agitadamente, exhibió en la mano un ya grasiento recorte de periódico.

—Lea esto, se lo ruego. Son las palabras de un príncipe de la Iglesia.

Mirando el recorte, Francisco lo leyó en voz alta y lenta. Era una alocución del cardenal Amette desde el púlpito de Notre Dame de París:

Queridos hermanos, camaradas en armas de Francia y de nuestros gloriosos aliados: Dios Todopoderoso está de nuestra parte. Él volverá a ayudarnos en esta hora de necesidad. Dios sostiene a nuestros bravos soldados en el campo de batalla, fortaleciendo sus brazos, acerándolos contra el enemigo. Dios protege a los suyos y Dios nos dará la victoria...

Francisco se interrumpió. ¿Para qué continuar? Siguió un rígido silencio. La cabeza de Sor Clotilde temblaba, con expresión de nervioso triunfo, y el rostro de Sor Marta expresaba una lograda vindicta. Pero la Madre María Verónica, lejos de dar signos de vencimiento, sacó rígidamente, de la negra faltriquera de tela que llevaba al cinto, un limpio recorte.

—Nada sé de la opinión, fundada en prejuicios, de los cardenales franceses. Mas aquí está la exhortación conjunta que dirigen al pueblo alemán los arzobispos de

Colonia, Munich y Essen.

Con voz fría y altanera, leyó:

Queridos compatriotas: Dios está con nosotros en esta justísima lucha que nos ha sido impuesta. Por lo tanto, os ordenamos, en nombre de Dios, combatir hasta la última gota de vuestra sangre por el honor y gloria de nuestro país. Dios, en su sabiduría y justicia, conoce nuestro derecho y Él nos dará...

—Basta —interrumpió Francisco.

Luchaba por dominarse, y su alma se sentía invadida de sucesivas oleadas de enojo y exasperación. Allí, ante él, estaba la esencia de la malicia y la hipocresía humanas. El considerar la insensatez de la vida, trastornóle de pronto. La desesperante vacuidad del mundo le vencía.

Pasó un rato con la cabeza apoyada en la mano y, luego, en voz baja, dijo:

—¡Dios está harto de todas esas apelaciones a Él!

Dominado por su emoción, levantóse y empezó a pasear por la estancia.

—No puedo refutar las contradicciones de cardenales y arzobispos con nuevas contradicciones. Ni osaría hacerlo. Nadie soy; sólo un insignificante sacerdote escocés perdido en las soledades de China y al borde de una guerra de bandidos. Pero ¿no ven ustedes la locura y bajeza de todo esto? Nosotros aprobamos esta mundial guerra. Vamos aún más allá: la santificamos. Enviamos millones de nuestros fieles hijos a ser lisiados y muertos, a ser lesionados en cuerpos y almas, a matarse y destruirse entre sí. ¡Patriotismo! ¡Emperadores y reyes! Desde diez mil primorosos púlpitos se repetirá ahora: «*Al César lo que es del César...*».

Calló un instante, crispadas las manos, remotos y ardientes los ojos.

—Ningún César hay hoy, sino sólo financieros y estadistas que desean minas de diamantes en África del Sur, y caucho en el esclavizado Congo. Cristo predicó amor perdurable. No subió a la montaña clamando: «*¡Mata, hombre! Ve y clava una bayoneta en el vientre de tu hermano*».

—No es su voz la que resuena en las iglesias y majestuosas catedrales de la Cristiandad. ¿Cómo en nombre del Dios a quien servimos —y sus labios temblaban — podemos venir a estas tierras extranjeras, que llamamos paganas, presumiendo de convertir a sus moradores a una doctrina que desmentimos con nuestros hechos? Nada tiene de extraño que se burlen de nosotros y piensen que el cristianismo es una religión de mentiras, de odios de clase, de nación y de dinero, de perversas guerras...

Interrumpióse. El sudor bañaba su frente, sus ojos estaban preñados de congoja. Continuó:

—¿Por qué no aprovecha la Iglesia esta oportunidad? ¡Qué magnífica ocasión

para justificar su existencia como un viviente camino hacia Cristo! En vez de predicar y excitar odios, clamar, en todos los países, por boca del Pontífice y de sus sacerdotes: «*¡Arrojad las armas! ¡No matéis! ¡Os ordenamos no pelear!*».

—Habría, sí, persecuciones y ejecuciones sin cuento. Pero entonces tendríamos mártires, no asesinos. Los muertos honrarían nuestros altares.

Su voz menguó, su actitud era tranquila, serenamente profética.

—La víbora muerde el seno que le da calor. Sancionar el poder de las armas es invitar a la destrucción. Puede llegar el día en que grandes fuerzas militares desmandadas se vuelvan contra la Iglesia, corrompiendo a millones de sus hijos, obligándola, tímida sombra de sí misma, a volver a las catacumbas...

Hubo una tensa quietud cuando Francisco calló. Sor Marta y Sor Clotilde inclinaron la cabeza, como conmovidas contra su voluntad. Pero la Madre María Verónica, con algo de la arrogancia que la caracterizara en los primeros días de desavenencia, fijó en Francisco una mirada clara, endurecida por un atisbo de burla.

—Sus palabras han sido impresionantes, Padre, y dignas de las catedrales a que se refería hace poco. Pero ¿no resultarán expresiones un poco huera si no las aplica aquí mismo en Paitan?

La sangre afluyó al rostro de Francisco. Luego, su sonrojo disminuyó. Dijo sin ira:

—He prohibido solemnemente a todos nuestros feligreses pelear en ese ominoso conflicto que nos amenaza. Les he hecho jurar que se refugiarán, con sus familias, tras las verjas de la Misión cuando comiencen los encuentros. Pase lo que pase, yo seré responsable de ello.

Las tres Hermanas le miraron. Un leve temblor recorrió el rostro, aún glacial, de la Madre María Verónica. Pero Chisholm, viendo salir a los monjas del cuarto, sentía la certeza de que no estaban reconciliadas. Le acometió un repentino escalofrío de temor. Experimentó la sensación extraña de que el tiempo había suspendido su curso, en fatídica espera de lo que pudiera ocurrir.

IX

La mañana de un domingo despertó a Francisco el son que viniera temiendo hacía muchos días: el bronco bramido de cañones en acción. Saltando del lecho, corrió a la ventana. En las alturas occidentales, a unas pocas millas, seis piezas ligeras de campaña habían empezado a bombardear la ciudad. Se vistió rápidamente y bajó las escaleras. José llegaba a toda prisa desde el pórtico.

—Ya han empezado, maestro. Anoche el general Naian entró en Paitan y las fuerzas de Wai están atacándole. Ya nuestros fieles acuden a la verja.

Francisco miró por encima del hombro de José.

—Hazlos pasar en seguida.

Mientras el criado iba a abrir las puertas, Chisholm se precipitó hacia la escuela. Los niños se habían reunido para desayunarse y aparecían sorprendentemente tranquilos. Una o dos de las chiquillas más pequeñas chillaban al oír los disparos. El sacerdote recorrió las largas mesas, forzando una sonrisa.

—Son petardos, niños. Vamos a tener grandes fuegos artificiales durante unos días.

Las tres Hermanas permanecían en grupo junto a la cabecera de las mesas. La Madre María Verónica estaba serena como un mármol, pero era obvio que Sor Clotilde se hallaba trastornada. Dentro de las largas y amplias mangas, sus manos se crispaban convulsivamente. Cada vez que disparaban los cañones se demudaba. Francisco, con un ademán hacia los niños, bromeó, expresamente para animar a la Hermana Clotilde:

—¡Si pudiéramos hacer que los pequeños estuvieran comiendo sin cesar!

—Sí, sí —dijo la Hermana Marta, con voz; insólitamente viva—. Entonces todo sería más sencillo.

La rígida faz de Sor Clotilde hizo un esfuerzo para sonreír. Los distantes cañones tronaron de nuevo.

Un momento después salió el sacerdote del refectorio y se encaminó al pabellón de la portería, donde José y Fu estaban junto a las verjas, abiertas de par en par. Llegaban los feligreses con sus efectos. Eran viejos y jóvenes, pobres criaturas humildes y analfabetas, asustadas, ansiosas de salvación. Dijérase que eran la substancia misma de la humanidad mortal y sufriente. El corazón de Francisco se henchía pensando en la hospitalidad que les daba. Los recios muros de ladrillo ofrecían a aquellos infelices buena protección. Bendijo la vanidad que le había hecho construirlos demasiado altos. Miró con singular ternura a una andrajosa anciana en cuya arrugada faz se leía la paciente resignación de una larga vida de privaciones. La buena mujer, cargada con un paquete, se instaló pacíficamente en un rincón del

hacinado recinto y, con trabajo, empezó a cocer un puñado de habichuelas en una lata vacía de leche condensada.

Fu se mostraba imperturbable, pero el bravucón José aparecía ligeramente demudado. El casamiento había cambiado su carácter y ya no era un atolondrado joven, sino un padre y marido, con todas las responsabilidades de un hombre hecho y derecho.

—Conviene que se den prisa —dijo, inquieto—. Es necesario que cerremos las verjas y las barremos.

Chisholm apoyó la mano en el hombro de su sirviente.

—Eso no se hará hasta que todos los nuestros estén dentro, José.

—Vamos a tener complicaciones —repuso José, encogiéndose de hombros—. Algunos de nuestros muchachos han sido alistados por Wai y a Wai no le agrada ver que prefieren estar aquí que pelear.

—Pues no pelearán —manifestó con firmeza el sacerdote—. Vamos, no te amilanes. Iza nuestra bandera mientras yo vigilo en la puerta.

José se apartó, rezongando, y, a los pocos instantes, ondeaba en el asta la bandera de la Misión, color azul celeste, con una cruz de San Andrés en azul más intenso. El corazón del Padre Chisholm latió con crecido orgullo. Se le llenaba de júbilo el pecho. Aquella bandera, pabellón neutral, insignia del amor universal, proclamaba la paz en la tierra para todos los hombres de buena voluntad.

Cuando el último rezagado llegó, se cerraron las verjas provisionalmente. En aquel momento llamó Fu la atención del sacerdote, señalándole el bosque de cedros, unos trescientos pasos a la izquierda, en la misma Montaña de Jade. Entre los árboles había aparecido, de pronto, un cañón pesado. Se entreveían a través de las ramas los rápidos movimientos de los soldados que, vestidos con el verde uniforme de las tropas de Wai, atrincheraban y fortificaban la posición. Chisholm entendía poco de tales cosas, pero aquella pieza parecía mucho más potente que los corrientes cañones de campaña disparados hasta entonces. Mientras miraba, se produjo un rápido fogonazo, seguido instantáneamente de una detonación terrorífica y del salvaje aullar del proyectil pasando sobre la cabeza de Francisco.

Aquel cambio era desconcertador. Mientras el nuevo cañón pesado martilleaba ensordecedoramente la ciudad, respondióle una batería de Naian, de ineficaz alcance. Proyectiles de pequeño calibre, que no lograban alcanzar los cedros, llovían en torno a la Misión. Uno se hundió en el huerto, levantando un surtidor de tierra. Inmediatamente Francisco se apresuró a conducir a sus feligreses a la mayor seguridad de la iglesia.

Aumentaban la confusión y el ruido. En la escuela, los niños eran presa del pánico. La reverenda Madre los contuvo. Calmosa y sonriente, dominando con su voz los estallidos de las granadas, ordenó a los niños que la rodeasen, que se tapasen los

oídos con los dedos y que cantaran con toda la fuerza de sus pulmones. Una vez que los tuvo tranquilizados, los guió, a buen paso, hasta los sótanos del convento. La mujer y los dos hijos de José estaban allí ya. Era singular ver todas aquellas diminutas caras amarillentas en la penumbra, entre repuestos de aceite, velas y batatas, bajo los largos anaqueles en que Marta ponía los tarros de conservas. Allí se percibía menos el ruido de los proyectiles. Pero, de vez en cuando, resonaba un tremendo fragor y el edificio se conmovía hasta sus cimientos.

Mientras Polly atendía en el sótano a los niños. Sor Marta y Sor Clotilde se aprestaron a prepararles el almuerzo. Sor Clotilde, siempre muy excitable, estaba a la sazón casi fuera de sí. Cruzando el recinto, una esquirra de metal, apagado y frío, rozó ligeramente su mejilla.

—¡Oh Dios mío! —gritó, dejándose caer de rodillas—. ¡Me han matado!

Y, pálida como la muerte, empezó a recitar el acto de contrición.

—No sea necia —dijo Sor Marta, zarandeándola rudamente—. Venga, llevemos un poco de potaje a esos pobres chiquillos.

Chisholm había sido llamado por José al dispensario.

Una de las mujeres había resultado ligeramente herida en la mano. Una vez restañada la sangre y vendada la herida, el sacerdote envió a José y a la paciente a la iglesia; y él, por su parte, se acercó a la ventana, ponderando con ansiedad los efectos de las explosiones. Torbellinos de fragmentos saltaban en el aire cuando las granadas del cañón pesado de Wai estallaban en Paitan. Aunque se había jurado ser neutral, Francisco no pudo reprimir un terrible deseo, impetuoso y asolador, de que el avieso Wai fuera derrotado.

De pronto, vio un destacamento de soldados de Naian saliendo de la Puerta Manchú. Como hileras de hormigas grises aquellos hombres —unos doscientos— empezaron a trepar, en desordenada línea, la ladera del monte.

Los miró con una tremenda fascinación. Avanzaban al principio a buen paso, en pequeñas y súbitas oleadas, recortándose intensamente sobre el impoluto verdor de la colina. Cada hombre, muy encorvado, recorría, fusil en mano, una docena de metros y, luego se pegaba desesperadamente a tierra.

El cañón de Wai seguía tirando sobre la ciudad. Las pardas figuras se aproximaban. Escalaban la colina vientre a tierra, progresando con fatiga bajo el ardiente sol. A unos cien pasos del bosquete se detuvieron, abrazados a la ladera, cosa de tres minutos. Luego, su jefe hizo una señal y todos, con un grito, se incorporaron y corrieron hacia la posición.

Cubrieron muy de prisa la mitad de la distancia. Unos pocos segundos más y hubiesen alcanzado su objetivo. Pero, entonces, la dura vibración de la ametralladora resonó en el brillante aire.

Había tres, con sus dotaciones al acecho, en el bosquete. Al repentino tiroteo, las

veloces figuras pardas parecieron detenerse en seco, como víctimas de un intenso pasmo. Algunas caían de bruces; otras, de espaldas; otras se sostenían un momento sobre sus rodillas, como si orasen. Se desplomaban en las más opuestas y cómicas formas y quedaban inmóviles bajo el sol. Cesó el crepitar de las *Maxims* ^[11]. Todo era silencio, calor y quietud. Luego, el trueno del cañón tornó a retumbar, volviendo todas las cosas a la vida. Todas, menos las figurillas inmóviles sobre la ladera...

Chisholm permanecía rígido, consumido por el tormento de su ánimo. ¡Ésta es la guerra! Aquella minúscula pantomima de destrucción, aumentada un millón de veces, era lo que estaba ocurriendo en los fértiles llanos de Francia. Estremeciéndose, rogó con ahínco:

—¡Oh Dios, hazme vivir y morir por la paz!

De pronto, sus ojos febriles advirtieron signos de movimiento en la colina. Uno de los soldados de Naian no estaba muerto. Lenta y penosamente se arrastraba cuesta abajo hacia la Misión. Se advertía el agotamiento de sus fuerzas en la creciente lentitud de su marcha. Al cabo, se detuvo, completamente exhausto, caído de costado, a unos sesenta pasos de la puerta superior del recinto.

Francisco pensó: «Está muerto y no es esta ocasión de andar con bromas. Si salgo, puedo recibir un balazo en la cabeza. No debo ir».

Pero, involuntariamente, salió del dispensario, hacia la puerta superior. Al abrirla, experimentó una cierta sensación de vergüenza. Por fortuna, nadie le miraba desde la Misión. Caminó ladera arriba bajo el sol brillante.

Su baja figura negra y su larga sombra oscura resaltaban rotundas sobre el verdor. Nadie había en las ventanas de la Misión, pero Francisco adivinaba muchos ojos espíandole desde el bosquecillo. No osó apresurarse.

El soldado herido respiraba estertorosamente, entre sollozos. Con las manos intentaba oprimir su vientre lacerado. Sus ojos humanos dirigieron a Francisco una angustiada interrogación.

Francisco lo cargó sobre sus hombros y se dirigió a la Misión. Empujó hacia dentro mientras él cerraba la puerta. Suavemente lo condujo a lugar seguro. Después de haberle dado de beber, vio a la Madre María Verónica y le dijo que preparase una yacija en el dispensario.

Aquella tarde se produjo otra incursión infructuosa contra la situación de la pieza. Al caer la noche, el sacerdote y José introdujeron en el recinto a otros cinco heridos. El dispensario empezaba a tener trazas de hospital.

A la mañana siguiente prosiguió sin interrupción el cañoneo. La ciudad recibía un duro castigo y, al parecer, había sido abierta una brecha en la muralla del oeste. En el ángulo de la Puerta Occidental, a cosa de una milla, Francisco vio concentrarse el cuerpo principal de las tropas de Wai. «Están en la ciudad». Se dijo, acongojado. Pero no podía juzgar la situación a punto fijo.

Pasó el resto del día en una inquietante incertidumbre.

A última hora de la tarde hizo salir Francisco a los niños del sótano y a los feligreses de la iglesia para que respirasen aire puro. Por lo menos, entre ellos no había ocurrido ningún mal. Pasó entre los grupos alentándolos, y el verlos ilesos le colmó de optimismo.

Cuando terminaba el recorrido, halló a su lado a José, que por primera vez exteriorizaba un acento de inequívoco temor.

—Maestro, ha llegado un mensajero de la posición que tiene Wai en el bosque de cedros.

En la puerta principal, tres soldados de Wai atisbaban entre los barrotes. También había un oficial, que Francisco supuso sería el capitán de la dotación de la pieza. Sin vacilar, Chisholm abrió la verja y salió.

—¿Qué desea usted de mí?

El oficial era bajo, rechoncho y maduro, con el rostro obtuso y los labios carnosos y tercos. Respiraba por la boca, que tenía muy abierta, mostrando sus sucios dientes superiores. Se ataviaba con la usual gorra picuda y el normal uniforme verde, más un cinturón rematado en una verde borla. Sus pantalones concluían en un roto calzado de lona.

—El general Wai se digna favorecer a usted con varias peticiones. En primer lugar, dejará usted de dar acogida a los heridos enemigos.

Francisco se ruborizó viva y nerviosamente.

—Los heridos a nadie hacen daño, puesto que ya no pueden luchar.

El otro no hizo caso de su protesta.

—En segundo término, el general Wai concede a usted el privilegio de contribuir a las necesidades de nuestra intendencia. Su primer donativo consistirá en ochocientas libras de arroz y en todas las latas de conservas americanas que tenga en su despensa.

—Ya estamos escasos de alimentos —dijo Francisco, que, a pesar de su resolución, sentíase cada vez más irritado. Y añadió con calor—: ¡No hay derecho a que nos roben de esta manera!

Como antes, el capitán no contestó a aquel alegato. Permanecía un tanto de lado, abiertos los pies, pronunciando las palabras por encima del hombro, como insultos.

—En tercer lugar, es esencial que haga usted salir de su recinto, a todos los que alberga. El general Wai tiene razones para suponer que aquí se ocultan algunos desertores de sus tropas. Si es así, los desertores serán fusilados inmediatamente. Y todos los demás hombres capaces de llevar las armas se alistarán inmediatamente en el ejército de Wai.

Esta vez el Padre Chisholm no protestó. Permanecía tenso y pálido, crispadas las manos, relampagueantes de indignación los ojos. Parecíale ver flotar en el aire una

vibrante bruma roja.

—¿Y si me niego a esas moderadísimas peticiones?

El rostro obstinado del capitán casi se iluminó con una sonrisa.

—Le aseguro que cometería usted un error. En tal caso, yo, con el mayor disgusto, volvería mi pieza contra la Misión y, en cinco minutos, la reduciría, con cuanto contiene, a deleznable polvo.

Hubo un silencio. Los tres soldados hacían muecas y signos a algunas de las jóvenes que estaban en el jardín. Francisco percibió la situación con tanta claridad y agudeza como si fuese un grabado en acero. Había de ceder, so pena de aniquilación, a tan inhumanas demandas. Y el ceder conduciría a nuevas y aun mayores exigencias. Una terrible oleada de furia le poseyó. Tenía la boca seca y sus encendidos ojos miraban al suelo.

—El general Wai debe comprender que me llevará algunas horas preparar las provisiones que pide y disponer a mis fieles para... su marcha... ¿Cuánto tiempo me concede?

—Hasta mañana —replicó en el acto el capitán—, siempre que usted me entregue antes de medianoche, en mi posición artillera, una dádiva personal de conservas en lata, más los valores adecuados para formar un apropiado obsequio.

En el nuevo silencio que se produjo, Francisco sintió su corazón colmado de una rabia oscura y reprimida. Con voz apagada, mintió:

—Puesto que no tengo otro remedio, le llevaré su regalo a medianoche.

—Su prudencia merece alabanzas. Le espero. Y le aconsejo que no falte.

En el tono del oficial latía un intenso sarcasmo. Se inclinó ante Francisco, dio una voz a sus hombres y se encaminó, con paso torpe, hacia el bosque de cedros.

Francisco volvió a entrar en la Misión, Temblaba de furia. El ruido de la pesada verja de hierro a sus espaldas despertaba mil ecos febriles en su cerebro. ¡Qué necio había sido imaginando, en su fatuo engreimiento, que podría librarse de aquella prueba! Él, el cándido pacifista... Rechinó los dientes. Ráfagas de implacable indignación le acometían una tras otra. Separóse bruscamente de José y de la silenciosa multitud que tímidamente examinaba la faz del sacerdote, buscando en ella respuesta que pusiera un atenuante a sus temores.

Francisco solía desahogar sus disgustos en la iglesia, pero ahora le era imposible bajar la cabeza y murmurar con mansedumbre: «Me someteré y sufriré, Señor...». Fue a su despacho y se dejó caer con violencia en el sillón de mimbre. Sus pensamientos, por una vez, se agolpaban en tumulto, no refrenados por la benignidad o la indulgencia. Gruñó recordando sus lindas y recientes prédicas de paz. ¿Qué sería ahora de todos ellos?

Otra espina le punzaba: la superfluidad, la crasa inutilidad de la presencia de Polly en la Misión en tales momentos. Maldijo para sí a la señorita Fiske por su

entrometida oficiosidad, que había puesto a la pobre y vieja tía en tan fantástica tribulación. ¡Oh Dios! Parecía que todas las preocupaciones del mundo gravitaran sobre sus hombros encorvados e incapaces. Se incorporó de un salto. No cedería débilmente a la enloquecedora amenaza de Wai, ni a la más tremenda de aquel cañón que, en su imaginación calenturienta, crecía hasta un tamaño gigantesco, convirtiéndose en símbolo de todas las guerras y de todas las brutales armas fabricadas por el hombre para la destrucción de sus semejantes.

Mientras, tenso y sudoroso, paseaba por el despacho, oyó un suave golpe en la puerta. Polly entró en la habitación.

—No quisiera molestarte, Francisco, pero si tienes un momento libre... —sonrió abstraída, usando el privilegio de su afecto para perturbar la soledad del sacerdote.

—¿De qué se trata, tía Polly? —preguntó él, procurando, con un gran esfuerzo, serenar sus facciones.

Acaso ella tuviera más noticias; quizás otro mensaje de Wai...

—Me gustaría que usaras en invierno una cosa que estoy haciéndote, Francisco. Te daría mucho calor. Pero no quiero que resulte grande... y ante los ojos de Chisholm, inyectados en sangre, tía Polly puso un gorro de lana que había estado haciendo para él.

Francisco no sabía si reír o llorar. Aquello era típico de Polly. De seguro que cuando sonase la trompeta del Juicio acudiría a darle una taza de té. Había, pues, que someterse. Levantándose, permitió a la mujer que le pusiera en la cabeza el gorro a medio terminar.

—Creo que te sienta bien —murmuró, apreciadora—. Acaso un poco ancho por la nuca.

Ladeando la cabeza y contrayendo el labio superior, largo y rugoso, Polly contó los puntos con su aguja de hueso.

—Sesenta y ocho. Le quitaré cuatro. Gracias, Francisco. Espero no haberte incomodado.

Las lágrimas acudieron a los ojos del sacerdote. Experimentó el deseo, casi irresistible, de apoyar la cabeza en el duro hombro de la mujer y llorar, diciendo: «Estoy en una situación difícilísima, tía Polly. ¿Qué puedo hacer, en nombre de Dios?».

Pero se limitó a mirarla largo rato. Al cabo, balbuceó:

—¿No te inquieta, Polly, el peligro que todos corremos? Ella sonrió ligeramente.

—La inquietud mató al gato... Además, ¿no te cuidas tú de todos nosotros?

Su inquebrantable creencia en él dio a Francisco la sensación de respirar una bocanada de aire puro. La vio arrollar su labor, pasar las agujas entre la lana y, saludándole con su habitual ademán de suficiencia, retirarse en silencio. Bajo la naturalidad y las vulgares trazas de Polly latía una insinuación de conocimiento

profundo. A Francisco no le quedaba duda ya sobre lo que debía hacer. Cogió sombrero y sobretodo y, sigilosamente, bajó hacia la puerta inferior del recinto.

Fuera de la Misión, le envolvió una tiniebla honda. Pero bajó el camino de la colina hacia la ciudad rápidamente, sin pensar en obstáculos.

En la Puerta Manchú diéronle un áspero grito de alto. Una linterna se acercó a su rostro mientras los centinelas le examinaban. Había contado con que le reconociesen, puesto que era, al fin, una figura familiar en la población; mas su suerte fue mayor todavía. Uno de los tres soldados era de los subalternos de Shen, que había actuado durante la peste. El hombre respondió en el acto de Francisco y, tras breves palabras con sus compañeros, todos convinieron en llevar al sacerdote a presencia del teniente.

Las calles estaban desiertas, salpicadas a veces de escombros y siniestramente silenciosas... Desde el lejano barrio oriental llegaba ruido de descargas intermitentes. Siguiendo los veloces y apagados pasos de su guía, Chisholm notaba una culpable sensación extrañamente excitante.

Shen estaba en su antiguo puesto de los cuarteles, descansando un rato, con toda la ropa puesta, en el lecho de tijera que había pertenecido al doctor Tulloch. Aparecía sin afeitar, blancas de lodo las polainas, con profundas sombras de fatiga bajo los ojos. Se incorporó sobre el codo al ver entrar a Francisco.

—Hola —dijo y añadió, con voz lenta—: ¿Sabe, mi querido amigo, que estaba soñando con usted y con su excelente institución de la colina?

Deslizóse fuera del lecho, encendió la lámpara y se sentó a la mesa.

—¿Quiere té? ¿No? Yo tampoco. Pero me alegro de verle. Siento no poderle presentar al general Naian, que está dirigiendo un ataque por la parte del este... o acaso fusilando a unas cuantos espías... Es un hombre muy ilustrado.

Francisco se sentó en silencio ante la mesa. Conocía a Shen lo bastante para saber que no hablaría más de lo necesario. Y aquella noche aún parecía el teniente más taciturno que de costumbre. Miró cautamente al sacerdote y dijo:

—¿Por qué no se franquea conmigo? Viene usted en busca de un auxilio que no puedo darle. Ya hace dos días que tendríamos una guardia en la Misión, de no ser porque nos destrozaría ese infame «Sorana».

—¿Se refiere al cañón?

—Sí, al cañón —repuso Shen con cortés ironía—. Hace años que lo conozco bien... Procede, originariamente, de un cañonero francés. El general Hsieh fue el primero que lo utilizó. Dos veces se lo arrebaté, con grandes trabajos, pero en ambas ocasiones volvió Hsieh a comprárselo a mi comandante. Entre tanto, Wai tenía una concubina de Pekín que le había costado veinte mil dólares de plata. Era una armenia muy hermosa, llamada Sorana. Cuando Wai dejó de mirarla con afecto se la cambió a Hsieh por el cañón. Ya habrá visto usted que ayer intentamos capturarlo dos veces.

Pero no es posible y tenemos que subir a campo abierto, protegidos sólo por unos cañoncitos de juguete. Acaso esa pieza nos haga perder la guerra... precisamente cuando yo empiezo a ganar la estima del general Naian.

En el intervalo de silencio que siguió, el sacerdote dijo con voz dificultosa:

—¿No cree posible capturar el cañón?

—No —repuso Shen, moviendo la cabeza con oculta amargura—. No se esfuerce en animarme. Pero si alguna vez consigo acercarme a arma tan deshonrosa, le aseguro que la destruiré para siempre.

—Es fácil acercarse al cañón.

Shen, alzando lentamente la cabeza, sondeó a Francisco con la mirada. Una cierta exaltación le poseyó. Aguardó, anhelante.

Chisholm se inclinó hacia él, con los labios apretados hasta ser sólo una estrecha línea.

—El oficial de Wai que manda la pieza me ha pedido que le lleve vituallas y dinero a medianoche, so pena de bombardear la Misión en caso contrario...

Y prosiguió, fijos los ojos en Shen. Al cabo, se interrumpió en seco, comprendiendo que no necesitaba decir más. Durante un largo minuto callaron los dos.

Tras su rostro impasible, Shen pensaba, pensaba... Al fin sonrió, o, mejor dicho, los músculos de su rostro marcaron la acción de sonreír. No había en su mirada júbilo alguno.

—Veo, amigo mío, que debo seguir considerándole como un don de los cielos.

Una nube oscureció el rostro de Francisco.

—Esta noche me he olvidado de los cielos...

Shen, sin ponderar aquel comentario, dijo:

—Ahora escúcheme, y verá lo que vamos a hacer... Una hora más tarde, Francisco y Shen, saliendo de los cuarteles, se encaminaban, a través de la Puerta Manchú, hacia la Misión. Shen había sustituido su uniforme por una vieja blusa azul y unos calzones de culi atados a la rodilla. Un sombrero aplanado cubría su cabeza. Llevaba al hombro un voluminoso saco, bien cosido con cordel. Silenciosos, a unos trescientos pasos, le seguían veinte de sus hombres. A mitad de subida de la Montaña de Brillante Jade Verde, Francisco tocó el brazo de su compañero y le dijo:

—Ahora me corresponde a mí llevar la carga.

—No pesa mucho —repuso Shen, cambiándosela cuidadosamente de hombro—, y quizá yo esté más acostumbrado a estas cosas que usted.

Alcanzaron el cobijo de los muros de la Misión. No se veía luz alguna y los contornos que circuían todo lo que Francisco amaba estaban sombríos y sumergidos en un absoluto silencio. De pronto, en el pabellón de la verja oyó Chisholm cantar la melodiosa sonería del reloj americano que había regalado a José como dádiva de

boda. Contó maquinalmente: las once.

Shen dio a sus hombres unas instrucciones finales. Uno de ellos, mientras se agazapaba junto al muro, reprimió una tos que pareció despertar todos los ecos de la montaña. Shen dirigióle una cuchicheada y violenta maldición. Aquellos hombres, empero, tenían poca importancia. Lo importante era lo que Shen y Francisco iban a realizar. El sacerdote notó que su amigo le miraba, en la oscuridad silente.

—¿Sabe bien lo que va a ocurrir?

—Sí.

—Cuando yo dispare sobre el bidón de gasolina que hay en el saco, la esencia se inflamará en el acto y hará estallar la cordita almacenada junto a la pieza. La explosión será tremenda. Procure usted alejarse tan pronto como me vea echar la mano al revólver. Ahora —añadió, tras una pausa—, si estamos listos, vayamos. Y, en nombre de su Señor de los Cielos, cuídese de no acercar su antorcha a mi saco.

Francisco, resueltamente, sacó cerillas y encendió la antorcha de caña. Alzándola, salió del recinto de la Misión y se encaminó hacia el bosque de cedros. Shen le seguía con el saco al hombro, encorvado bajo su peso, fingiendo rezongar.

La distancia no era grande. En el lindero del bosque, Francisco, deteniéndose, dirigió una voz hacia la quieta vigilancia que sin duda encubrían los árboles invisibles:

—¡He venido como se me ha dicho! Conducidme ante vuestro jefe.

Siguió un intervalo de silencio. A espaldas de Francisco hubo un movimiento súbito. Volviéndose, el sacerdote vio a dos de los hombres de Wai en la franja de claridad humosa.

—Le esperábamos, Mago. Avance y no tema.

Cruzando un formidable laberinto de trincheras poco profundas y estacadas de agudos bambúes, llegaron al centro del soto. Allí el corazón del sacerdote desmayó. Tras un parapeto de tierra y ramas de cedro, los artilleros permanecían atentos junto a la boca del largo cañón.

—¿Trae usted todo lo que le pedí?

Francisco reconoció la voz de su visitante de aquella tarde. Mintió con más facilidad que anteriormente.

—Le traigo un gran cargamento de latas de conserva... que seguramente le gustarán.

Shen, acercándose un poco más, sólo un poco más, al cañón, exhibió el saco. —No me parece una carga tan grande— dijo el capitán de artillería, deteniéndose en el círculo luminoso —¿Me trae dinero también?

—Sí.

—¿Dónde está? —preguntó el capitán, tocando el cuello del saco.

—Ahí no —exclamó Francisco presurosamente—. Llevo el dinero en mi bolsa.

El capitán, iluminado el rostro por repentina codicia, se volvió a él, abandonando el examen del saco. Se había reunido un grupo de soldados y sus rostros se inclinaban hacia el sacerdote.

—Escuchen todos —dijo Francisco, con desesperada intensidad, mientras Shen, fuera del círculo de luz, se acercaba imperceptiblemente hacia la pieza—. Les pido, les ruego... que nos dejen en paz en la Misión.

La cara del capitán exteriorizó desprecio. Sonrió con burla.

—Les dejaremos en paz... hasta mañana. Luego, ya nos encargaremos de proteger a las mujeres que haya allí.

Alguien rió en la sombra. Francisco endureció su corazón. Shen, como si estuviera exhausto, había depositado el saco junto a la recámara de la pieza y, fingiendo enjugar el sudor de su frente, empezó a retroceder y acercarse al sacerdote. La turba de soldados crecía y su impaciencia aumentaba. Francisco procuró ganar otro minuto para que Shen pudiera apartarse más del cañón.

—Aunque no dudo de su palabra, me gustaría recibir alguna garantía del general Wai.

—El general Wai está en la ciudad. Ya le verá usted después.

Tres estas concisas palabras, el capitán se inclinó hacia Francisco, esperando el dinero. Chisholm vio a Shen rebuscar dentro de su blusa. «Ahora» pensó. Oyó la fuerte detonación del revólver y el choque de la bala en el bidón. Por un momento no comprendió: no hubo explosión alguna. Shen, en rápida sucesión, disparó tres veces más sobre la lata. Francisco vio la esencia desparramándose fuera del saco. Pensó, con una desilusión que le hacía desfallecer: «Shen se engañaba. Sus tiros no han incendiado la gasolina. O acaso el bidón sólo contenga petróleo». Vio a Shen forcejeando entre la turba, esforzándose en librar su arma, que le habían cogido, gritando desesperadamente a sus hombres para que acudieran. El capitán y una docena de soldados enemigos rodeaban a Shen. Todo sucedió con la celeridad del pensamiento. Lentamente, cual si manejara una caña de pescar salmones.

Francisco echó el brazo hacia atrás y arrojó la antorcha sobre la gasolina.

Tuvo una puntería excelente. La encendida antorcha describió una parábola en la noche, como un cometa, y fue a dar en el centro del saco empapado de esencia. En el acto se produjo una cortina de llamas y ruidos. Casi en el mismo momento en que Chisholm vio la brillante llamarada, estalló la tierra y, entre una detonación horrible, una ráfaga de aire abrasador derribó al sacerdote en una abrumadora oscuridad. Nunca, hasta entonces, había perdido el sentido. Pero ahora le parecía caer interminablemente en el espacio y la negrura, esforzándose en buscar donde aferrarse y no hallándolo, desplomándose en la aniquilación, en el olvido...

Cuando recobró la conciencia se hallaba tendido a campo raso, molido, pero ileso. Shen, para hacerle volver en sí, le pellizcaba los lóbulos de las orejas. Vagamente

divisó Francisco sobre él el cielo enrojecido. Todo el bosque ardía, crepitando y rugiendo como una pira.

—¿Esta destruido el cañón?

Shen, suspendiendo sus pellizcos, se incorporó, tranquilizado.

—Sí: destruido. Y unos treinta soldados de Wai han volado con él.

Sus dientes blancos resaltaron, sonriendo, en su faz ennegrecida.

—Le felicito, amigo mío —dijo—. En mi vida he visto tan buena matanza.

Los días inmediatos produjeron en el padre Chisholm una gran confusión mental y espiritual. La reacción física subsiguiente a su aventura casi le postró. No era un varonil héroe de novela romántica, sino un hombrecillo escuálido, asmático, bastante más que cuarentón. Se sentía trastornado y ofuscado. Tan continuamente le dolía la cabeza, que le era menester subir varias veces diarias a su cuarto para sumergir la frente en el agua tibia de su lavabo. Y al sufrimiento de su cuerpo se añadía la congoja de su alma, una congoja máxima, una caótica mezcla de triunfo y remordimiento, un denso y continuo asombro de que él, un sacerdote de Dios, hubiera alzado la mano para matar a sus semejantes. Difícilmente hallaba excusas diciéndose que había obrado por el bien de sus feligreses. Su más singular tormento consistía en el punzador recuerdo de la inconsciencia en que le sumiera el efecto de la explosión. ¿Sería la muerte así? ¿Un olvido total?

Nadie, fuera de Polly, sospechó que el sacerdote había salido de la Misión aquella noche. Francisco notaba la tranquila mirada de su tía dirigiéndose primero a su silente y abatido sobrino, y luego, a los calcinados muñones que señalaban el lugar de la posición artillera. La mujer dirigióle una frase trivial que encerraba una comprensión infinita:

—No nos ha hecho mal servicio el que quitó de en medio ese peligro...

Continuaba la lucha en los arrabales y en los montes del Este. Al cuarto día, los informes llegados a la Misión indicaban que Wai llevaba las de perder.

Llegó el final de aquella semana. En el cielo, gris y bajo, se acumulaban pesadas nubes. El sábado, el tiroteo en Paitan se redujo a unas cuantas descargas espasmódicas. Mirando desde su galería, Chisholm divisaba líneas de hombres vestidos con el verde uniforme de Wai retirándose de la Puerta Occidental. Muchos de los vencidos habían arrojado sus armas, temerosos de ser prendidos y fusilados como rebeldes. Francisco entendió que ello acreditaba los reveses de Wai y la imposibilidad en que éste se hallaba de llegar a un pacto con el general Naian.

Fuera de la Misión, tras el muro de arriba, se habían reunido algunos de aquellos desbandados combatientes, protegidos contra cualquier posibilidad de ser vistos desde la ciudad merced a una plantación de bambúes. Sus voces, vagas y claramente asustadas, se oían en la Misión.

Hacia las tres de la tarde, Sor Clotilde llegó, con agitación renovada, ante Francisco, que, harto inquieto para descansar, paseaba por el patio.

—¡Ana está tirando provisiones por encima del muro! —quejóse Sor Clotilde a voces—. Seguramente su soldado está allí, porque la oigo hablar.

Chisholm sentía los nervios a punto de estallarle.

—No es delito dar víveres a los necesitados.

—¡Pero es uno de esos horribles asesinos! ¡Dios mío, nos van a degollar a todos en la cama!

—No piense tanto en su vida —dijo él, ruborizándose, en su enojo—. El martirio es un camino directo al cielo.

Al caer el crepúsculo, masas de vencidos soldados de Wai salieron por todas las puertas de la ciudad. Cruzando el Puente Manchú, subían la Montaña de Brillante Jade Verde y pasaban, en desorden, por el camino que corría ante la Misión. Las sucias caras de aquellos hombres llevaban impresa su ansia de urgente fuga.

La noche estuvo llena de tinieblas y confusión, de gritos y tiros, de caballos al galope y de resplandores de antorchas en la lejana llanura. Desde la puerta baja de la Misión, el sacerdote contemplaba con extraña melancolía el espectáculo. De pronto oyó a sus espaldas un paso cauteloso. Se volvió. Como casi esperaba, vio a Ana. La muchacha tenía abotonado hasta el cuello el uniforme de la Misión y llevaba en la mano un paquete de ropas.

—¿Adónde vas, Ana?

Ella retrocedió, exhalando un grito sofocado; pero en el acto recobró su hosca audacia.

—Eso es cosa mía.

—¿No quieres decírmelo?

—No.

Francisco cambió de actitud; habló en un tono más suave. ¿De qué servía la fuerza en un caso así?

—Es evidente que te has decidido a dejarnos, Ana y nada que yo diga o haga cambiará tu resolución.

—Me ha cogido usted ahora —repuso Ana con acritud—, pero la próxima vez no lo conseguirá.

—No hay necesidad de ninguna próxima vez, Ana —dijo el sacerdote sacando la llave y abriendo la verja—. Puedes irte si quieres.

Vio estremecerse a la joven, poseída de intenso asombro, y sintió sobre él la mirada de aquellos ojos adustos y grandes. Luego, sin una palabra de gratitud o despedida, Ana, sujetando su envoltorio, cruzó a la carrera el umbral de la verja. Su veloz figura se perdió en el oscuro camino.

Francisco permaneció inmóvil, destocado, mientras las turbas pasaban ante él. El

éxodo se convertía en desbandada. De pronto, arreció el griterío, y Chisholm, a la oscilante claridad de algunas erectas antorchas, vio acercarse un grupo de jinetes. Se aproximaban raudos, abriéndose camino entre la muchedumbre que les estorbaba. Cuando el grupo llegó a la verja, uno de los jinetes detuvo en seco su caballejo cubierto de espuma. A la luz de las antorchas percibió el sacerdote una visión horrible: un rostro como una calavera, con ojos angostísimos y una frente baja y en ángulo agudo. El jinete lanzóle un insulto preñado de odio y, luego, levantó la armada mano, con mortal e inmediata amenaza. Francisco no se movió. Su perfecta quietud, indiferente y resignada, pareció desconcertar al otro; mientras vacilaba un instante, un apremiante clamor se elevó a su espalda:

—¡Adelante, adelante, Wai! ¡Corramos a Tou-en-lai, que vienen!

Con extraño fatalismo, Wai dejó caer la mano. Espoleó a su bestia e, inclinándose hacia el sacerdote, le escupió en la cara. La noche lo devoró.

A la mañana siguiente, que alboreó brillante, las campanas de la Misión repicaban jubilosas. Fu, espontáneamente, subió a la torre y tiró de la larga cuerda, mientras su rala barbita se agitaba con alegría. La mayoría de los refugiados, con la faz optimista, se preparaban a retornar a sus hogares, no esperando para ello más que la señal del Padre. Todos los niños estaban en el jardín, riendo y jugando, vigilados por Sor Marta y la Madre María Verónica, las cuales habían zanjado lo suficiente sus diferencias para no alejarse más de dos metros una de otra.

Hasta Sor Clotilde, más alborozada que nadie, jugaba con los pequeños, les tiraba una pelota, reía. Polly, muy erecta en su sitio favorito del huerto, devanaba una nueva madeja de lana como si la vida no fuera otra cosa que una sucesión de tranquilas normalidades.

Cuando el Padre Chisholm descendió lentamente la escalera de su casa, José le recibió con entusiasmo. Llevaba en brazos a su mofletudo hijo menor.

—Es cosa hecha, maestro: los de Naian han vencido.

El nuevo general es verdaderamente grande. No habrá más guerras en Paitan: lo promete. ¡Paz para todos nosotros! —exclamó haciendo brincar al niño en sus brazos con triunfal ternura—. Tú, Josuecito mío, no tendrás que pasar por luchas, ni verás lágrimas y sangre. ¡Paz, paz!

Una intensa tristeza penetró de improviso en el corazón del sacerdote. Cariñosamente, cogió entre el índice y el pulgar la blanda y dorada mejillita del niño. Sofocando un suspiro, sonrió. Ya corrían hacia él sus pequeñuelos y los tan amados feligreses, todos aquellos, en fin, a quienes había salvado sacrificando el más querido de sus principios.

X

A fines de enero se cosecharon en Paitan los primeros gloriosos frutos de la victoria. Francisco celebró que Polly no estuviera presente para verlos. La buena mujer había embarcado la semana antes rumbo a Inglaterra y, si bien la despedida fue triste, en el fondo Chisholm comprendía que era mejor para su tía el marchar.

Una mañana, mientras se dirigía al dispensario, Francisco se preguntaba si sería muy larga la fila de los que iban a buscar arroz. El día antes había ocupado toda la longitud de las tapias de la Misión. Wai, en la furia de la derrota, había hecho quemar cuantas espigas medraban en varias millas a la redonda. La cosecha de batatas era mezquina. Los arrozales, sólo atendidos por mujeres, ya que hombres y búfalos fueron arrebatados por el ejército, habían producido menos de la mitad de lo acostumbrado. Todo andaba escaso y carísimo. En la ciudad, el valor de las conservas había subido cinco veces más y los precios se elevaban de día en día.

Chisholm se apresuró a entrar en el edificio, lleno de gente. Allí estaban las tres Hermanas. Cada una, provista de una medida de madera y de un negro y bruñido recipiente de arroz, se ocupaba en la interminable tarea de verter tres onzas justas de grano en cada escudilla que se le tendía.

Francisco miró, inmóvil. Sus fieles eran pacientes y silenciosos. Pero el entrechocar de los recipientes producía un continuo siseo en el cuarto. Chisholm dijo a la Madre María Verónica, en voz baja:

—No podemos continuar dando esto. Mañana habrá que reducir la ración a la mitad.

—Muy bien —repuso ella, con un gesto de aquiescencia. La tensión de las pasadas semanas había influido en la monja. Francisco la halló más pálida que de costumbre. Sus ojos no se alzaban de sobre su recipiente.

El sacerdote salió un par de veces a la puerta, contando los que quedaban en la hilera. Al fin ésta, con gran consuelo de Chisholm, empezó a menguar. Cruzando de nuevo el recinto, bajó a las despensas del sótano, para hacer recuento de sus provisiones. Por fortuna, dos meses antes giró contra Chia una letra que fue satisfecha con puntualidad. Pero a la sazón, los repuestos de arroz y batatas, que eran usados en cantidades grandes, habían descendido peligrosamente.

Reflexionaba. Aunque los precios fuesen exorbitantes, cabía adquirir vituallas en Paitan. Con súbita resolución, decidió, por primera vez en la historia de la Misión, solicitar cablegráficamente, de la Sociedad Misional, una subvención para caso de apuro.

Una semana después llegó la contestación:

Absolutamente imposible girar dinero. Recuerda estamos en guerra. Tú tienes gran suerte no estarlo. Yo sumido en trabajo Cruz Roja. Afectos.

Anselmo Mealey.

Francisco, con el rostro inexpresivo, arrugó entre los dedos la verde tira de papel. Por la tarde, reuniendo todos los recursos económicos de la Misión, bajó a la ciudad. Pero ya era tarde. No pudo comprar nada. El mercado de granos estaba cerrado. Las tiendas principales sólo ofrecían un mínimo de productos: algunos melones, raíces y diminutos peces de río.

Muy disgustado, se detuvo un rato en la Misión metodista, donde platicó prolijamente con Fiske. Luego, al volver, visitó la casa del señor Chia.

Éste le acogió muy bien. Tomaron el té juntos, en el despachito encañado, oloroso a especias, almizcle y cedro.

—Sí —convino Chia con gravedad, cuando discutieron la carestía existente—, es cosa que merece alguna ligera preocupación. El señor Pao ha ido a la capital para procurar obtener promesas del nuevo Gobierno.

—¿Con algún éxito?

—Con todo el éxito. —Y el mandarín añadió, con una expresión que se acercaba más que nunca al cinismo—: Pero promesas no son suministros.

—Se afirmaba que los dos silos públicos contenían muchas toneladas de grano.

—El general Naian se llevó hasta el último celemín. Ha dejado a la ciudad sin vituallas.

—No creo —dijo con aspereza el sacerdote— que el general consienta en ver morir de hambre a la gente. Prometió grandes beneficios a los que luchasen por él.

—El general ha expresado ahora, afablemente, su creencia de que una leve despoblación beneficiará a la comunidad.

En el silencio que se produjo, Chisholm reflexionaba.

—Al menos, es un consuelo que el doctor Fiske disponga de abastecimientos en abundancia. Le han prometido enviarle tres juncos cargados de víveres desde su central de Pekín.

—¡Ah!

Se repitió el silencio.

—¿Lo duda usted?

Chia respondió, con su suave sonrisa:

—De Pekín a Paitan hay dos mil *li*, y mucha gente hambrienta por el camino. Mi insignificante opinión, querido amigo, es que debemos prepararnos para pasar seis meses de las mayores privaciones. Son cosas propias de China. Pero ¿qué importa? Nosotros podremos desaparecer, pero China permanece.

A la siguiente mañana, Chisholm, con el corazón desgarrado, se vio en la

precisión de despedir a los que esperaban el habitual suministro de arroz. Fue menester cerrar las puertas. Francisco mandó a José pintar un cartel anunciando que los que padecieran absoluta indigencia podían dejar sus nombres en la conserjería. Él investigaría los casos personalmente.

De vuelta a su despacho, comenzó a elaborar un plan de racionamiento en la Misión, el cual puso en vigor a partir de la semana inmediata. Según el proyecto que se llevaba a cabo, los perplejos niños, tras empezar por irritarse, pasaban a un estado de sombrío asombro. Andaban con apatía y siempre pedían más alimento. La escasez de azúcar y de comidas sólidas les producía mucho daño. Ya iban perdiendo peso.

En la Misión metodista no se daban ni se tenían noticias de la expedición de víveres. Los juncos debían de haber aparecido casi tres semanas antes, y la ansiedad del doctor Fiske era harto inequívoca. Su cocina pública llevaba cerrada más de un mes. La gente de Paitan tenía un talante perezoso, pesado, letárgico. Sus rostros estaban apagados y sus movimientos eran cansinos.

Pronto comenzó, aumentando gradualmente, la inmemorial emigración, vieja como la propia China: la silenciosa, marcha de hombres, mujeres y niños que, dejando a la ciudad, caminaban hacia el Sur.

Cuando Chisholm advirtió esto, tuvo una visión horrible de su minúscula comunidad hambrienta, demacrada, hundida en la flojedad final de la inanición. La lenta procesión que desfilaba ante sus ojos no dejaba lugar a dudas sobre su significado.

Como en los días de la peste, llamó a José y le encomendó una gestión urgente.

La mañana sucesiva a la partida de José, Francisco, bajando al refectorio, mandó que se diera a los niños una ración suplementaria de arroz. En la despensa quedaba una postrera caja de higos. Chisholm recorrió la larga mesa entregando a cada niño uno de aquellos dulces y pegajosos frutos secos.

Tal signo de mejor alimento reanimó a la comunidad.

Pero Sor Marta, con un ojo en la despensa casi vacía y otro en el Padre Chisholm, tradujo su perplejidad en palabras:

—¿Qué pasa, Padre? Estoy segura de que hay algo...

—Ya lo verá el sábado que viene, hermana Marta. Entre tanto, haga el favor de decir a la reverenda Madre que continúe dando a los niños toda la semana una ración suplementaria de arroz.

Sor Marta fue en busca de la Superiora, pero no la encontró. Era raro...

Durante las primeras horas de la tarde no apareció la Madre María Verónica. No fue a dar la clase de tejer de los miércoles en el taller de cestería. A las tres no la habían encontrado aún. ¿Sería un olvido de la reverenda Madre? Pero, poco después de las cinco, apareció para cumplir sus habituales deberes en el refectorio, pálida y serena, sin dar explicación alguna de su ausencia. Por la noche, en el convento, a Sor

Clotilde y a Sor Marta las despertó un extraño rumor que provenía, indudablemente, de la habitación de la Madre María Verónica.

Al día siguiente, atónitas, hablaron de ella entre cuchicheos, en el rincón del lavadero, mirando por la ventana a la Superiora, que a la sazón cruzaba el patio, digna y erguida, pero con paso mucho más lento que el acostumbrado.

Sor Marta habló con palabras que parecían sofocarse en su garganta:

—Esa mujer está destrozada —dijo—. ¡Santísima Virgen! ¿No la oyó, Hermana, cómo lloraba esta noche?

La Hermana Clotilde retorció un paño entre las manos.

—Acaso haya tenido noticias de alguna gran derrota alemana de la que nada sabemos nosotras.

—Sí, sí... Es penoso el verla...

Y la cara de Sor Marta se contrajo en una mueca al agregar:

—Verdaderamente, si no fuese *boche* ^[12], sería cosa de compadecerla.

—Yo nunca la había visto llorar —meditó Sor Clotilde, mientras sus dedos persistían retorciendo el paño—. Como es tan orgullosa, su situación debe de ser doblemente dura.

—Sí, claro. Quien de más alto cae, más se lastima... ¿Se habría condolido la Madre si fuéramos nosotras las abatidas? Claro que reconozco... ¡Bah!, sigamos planchando.

A primera hora de la mañana del domingo, una pequeña cabalgata, bordeando laderas de las montañas, se acercó a la Misión. Ya avisado por José de la llegada de aquel socorro, Chisholm corrió al pabellón de la portería para acoger a Liu-Chi y a los tres moradores de la aldea Liu que le acompañaban. El sacerdote asió las manos del pastor como si estuviese resuelto a no soltárselas nunca.

—Esto es verdadera bondad. Dios habrá de pagárselo. Liu-Chi sonrió, cándidamente contento ante la efusión de aquella acogida.

—Podíamos haber venido antes, pero nos costó mucho tiempo reunir los caballos...

Eran treinta menudos y peludos caballejos de las mesetas, embridados, pero sin silla, cada uno con un doble serón sobre el lomo. Los animales mordisqueaban con satisfacción la hierba seca que se les había preparado. El sacerdote se reanimó. Empujó a los cuatro campesinos para hacerles participar del refrigerio que ya les tenía dispuesto la mujer de José y les dijo que descansaran después de haber comido.

Halló a la reverenda Madre en el cuarto ropero. En silencio, pasaba a Sor Marta las prendas blancas y limpias necesarias para la semana: manteles, sábanas y toallas. Ayudaban a Sor Marta la hermana Clotilde y una de las alumnas mayores.

Chisholm no quiso ocultar más su satisfacción.

—Prepárense para un cambio. En vista de la amenaza del hambre, vamos a

trasladarnos a la aldea Liu. Les aseguro que allí hallaremos abundancia de todo —y sonrió—. Antes de que volvamos, Hermana Marta, habrá usted descubierto muchos modos de cocinar el carnero montés. De fijo que le agrada ensayarlo. Y para los niños será esto una vacación deliciosa.

Hubo un momento de profunda sorpresa. Luego, las Hermanas Marta y Clotilde sonrieron ante aquella interrupción de la monotonía de su vida, sintiendo la exaltación de la aventura.

—Ya veo que espera usted que lo organicemos todo en cinco minutos —gruñó amablemente Sor Marta.

Y sus ojos, por primera vez en muchas semanas, se fijaron en la Superiora, como solicitando su asenso.

Era la primera, aunque débil muestra de que Sor Marta buscaba la reconciliación. Pero la Madre María Verónica, inmóvil, incolora la faz, no respondió al intento de Sor Marta.

—Sí, tendrán que andar vivas —dijo Chisholm, casi con júbilo—. Los niños pequeños viajarán en los serones. Las noches son calientes y buenas. Liu-Chi se cuidará de ustedes. Si marchan hoy, estarán en la aldea dentro de una semana.

—Seremos como una de las tribus de Egipto —rio la Hermana Clotilde.

El sacerdote asintió.

—José llevará en un cesto varias de nuestras palomas mensajeras. Cada noche soltará una con un mensaje dándome detalles del camino recorrido.

—¡Cómo! —exclamaron las Hermanas Marta y Clotilde a la vez—. ¿No viene usted con nosotros?

—Quizá me reúna con ustedes más adelante —dijo Francisco, contento al ver que se deseaba su compañía—. Pero alguien ha de quedarse en la Misión. La reverenda Madre y ustedes dos abrirán el camino...

—Yo no puedo ir —repuso la Madre María Verónica con voz lenta.

Reinó silencio. Primero, Francisco pensó que aquello se debía a una prolongación de la discordia entre las Hermanas, al disgusto de la bávara en acompañarlas... pero una mirada a la mujer le demostró que estaba engañado.

—Será un viaje grato —dijo, persuasivo— y el cambio le sentará bien.

Ella movió la cabeza con lentitud.

—Muy pronto tendré que hacer otro viaje... mucho más largo...

El silencio duró un buen rato. Luego, con gran compostura, la Madre María Verónica habló con voz sin inflexiones, con una total carencia externa de emoción.

—Debo volver a Alemania para ocuparme de la transmisión de los bienes de mi familia... a nuestra Orden...

Miró a lo lejos y agregó:

—Mi hermano ha muerto en acción de guerra...

Si el anterior silencio había sido profundo, ahora imperó sobre todos una quietud mortal. Sor Clotilde, de pronto, rompió en violentas lágrimas. La Hermana Marta, a su pesar, inclinó la cabeza con consternación. Tenía el aspecto de un animal cogido en una trampa. Chisholm, profundamente disgustado, miró a las monjas, una tras otra, y, luego, se alejó sin decir palabra.

Quince días después de la llegada de los habitantes de la Misión a Liu, la marcha de la Madre María Verónica se cernió sobre Francisco con prontitud increíble. Los últimos informes de la aldea, enviados por una paloma mensajera, indicaban que los niños estaban instalados de un modo primitivo, pero cómodo, y que el vivo y puro aire les hacía rebosar salud. Chisholm tenía buenas razones para felicitarse de su ocurrencia. Mas, mientras caminaba al lado de la Madre María Verónica hacia las gradas del embarcadero, precedidos ambos por dos portadores que, provistos de largos palos, sostenían sobre sus hombros el equipaje de la monja, el sacerdote sentía una impresión de desesperada soledad.

Se detuvieron en el muelle mientras los chinos colocaban los fardos en el sampán. Tras ellos se extendía la ciudad, de la que salía una especie de descorazonado murmullo. Delante, en medio del río, se perfilaba el junco a punto de zarpar. El agua grisácea que batía los flancos de la nave se perdía en un horizonte pardusco.

Francisco no hallaba palabras para expresarse. ¡Cuánto había significado para él aquella mujer, llena de aliento, camaradería y capacidad de ayuda! Ante ellos se había abierto hasta entonces un porvenir indefinido, un futuro colmado de sus tareas comunes. Y ahora ella partía de un modo inesperado, casi furtivo, en una bruma de oscuridad y confusión.

Al fin Chisholm suspiró, mirando a la monja con una turbada sonrisa:

—Recuerde que, aunque mi país esté en guerra con el suyo, yo no soy enemigo de usted...

Aquellas palabras eran tan propias de él, de todo lo que la Madre María Verónica admiraba en él, que conmovieron la resolución que se había forjado de mostrarse fuerte. Mirando el cuerpo enjuto del sacerdote, su demacrado rostro, su cabello ralo ya, las lágrimas acudieron a los bellos ojos de la monja.

—Padre... Nunca le olvidaré...

Y, dándole un apretón de manos cálido y vigoroso, saltó a la barquichuela que debía conducirla al junco.

Francisco permaneció inmóvil, apoyado en su viejo paraguas de lana, fijos los ojos en el temblor del agua, hasta que el buque fue una mera mancha flotante que se desvanecía en el confín del cielo...

Sin que la Madre María Verónica lo supiese, Francisco había colocado en su equipaje la pequeña y antigua imagen de la Virgen española que a él le regalara el Padre Tarrant. Era su única posesión de algún valor. La Madre María Verónica la

había admirado a menudo.

Volviéndose, Francisco regresó hacia la Misión con paso tardo. En el jardín que ella creara y al que amaba tanto, el sacerdote se detuvo, agradeciendo a Dios el silencio y la quietud que reinaban allí. Invadía el aire un aroma de lilas.

Fu, el anciano jardinero, único compañero de Francisco en la desierta Misión, podaba las matas de azaleas con mano suave y diestra. Chisholm se sentía agotado por cuanto últimamente le sobreviniera. Había concluido un capítulo de su vida... Por primera vez notó vagamente que iba envejeciendo. Sentóse en el banco que había bajo el baniano y apoyó los codos en la mesa de pino que la reverenda Madre había colocado allí. Fu, que seguía podando las azaleas, fingió no reparar en que, un instante después, Chisholm ocultó la cabeza entre las manos.

XI

Las anchas hojas del baniano seguían dándole sombra mientras, sentado a la mesa del jardín, volvía las hojas de su diario con manos que, cual en una singular visión, aparecían ahora sarmentosas y un tanto trémulas. Ya, desde luego, el viejo Fu no podía mirarle, como no fuese a través de alguna rendija del cielo. En lugar de él, dos jóvenes hortelanos se inclinaban sobre las azaleas, mientras el Padre Chou, el sacerdote chino, menudo, suave y mesurado, paseaba, breviario en mano, a una respetuosa distancia, y ponía la mirada filial de sus cálidos ojos negros en Francisco Chisholm.

El sol de agosto llenaba de fuerte luz el recinto de la Misión, como el chispear de un vino dorado. Los gritos de contento de los niños que jugaban en el patio de recreo advirtieron a Chisholm de la hora. Las once. Sus niños... O, como se apresuró a rectificar, los hijos de sus niños... ¡Qué arteramente se había precipitado el tiempo sobre él, llenándole de años el regazo, uno tras otro, tan de prisa que no le dejó lugar para organizarlos siquiera!

Una cara agradable y encarnada, rolliza y sonriente, osciló, ante la abstraída mirada del sacerdote, sobre el borde de un vaso lleno de leche. Francisco forzó un ceño severo cuando se le acercó la Madre María de las Mercedes, enojado porque aquellas atenciones cariñosas le recordaban su ancianidad. Sólo tenía sesenta y siete años —sesenta y ocho cumpliría en el mes siguiente—, y ¿qué era eso? Nada. Se sentía más vigoroso que cualquier joven.

—¿No le he dicho que no me traiga leche?

Ella sonrió, apaciguadora. Era vigorosa, activa y maternal.

—Le será necesaria, Padre, si se empeña en hacer ese viaje tan largo e innecesario. No veo por qué no había de hacerlo —añadió tras una pausa— el Padre Chou y el doctor Fiske.

—¿No lo ve?

—No.

—Es lamentable, querida Hermana. Se me figura que no está usted bien de la cabeza.

Y sonrió con indulgencia, procurando lisonjear a la monja.

—Vamos... ¿Digo a Josué que ha decidido usted no ir?

—Dígale que tenga los caballos ensillados antes de una hora.

La miró alejarse. La monja movía la cabeza con reproche. Él sonrió de nuevo, con el triunfo de quien impone su voluntad. Luego, sorbió su leche, sin poner cara adusta, puesto que la ausencia de la Madre no lo hacía ya necesario, y reanudó su pausado examen del diario que tenía ante los ojos. Últimamente, había dado en aquel hábito.

Era una especie de retorno al ayer, evocado según iba volviendo al azar las páginas maltrechas, de bordes desgastados, del viejo cuaderno.

Aquel día, por rara casualidad, abrió la fecha que rezaba «Octubre 1917», y leyó:

A pesar de la mejoría de las circunstancias en Paitan, de la buena cosecha de arroz y de que mis pequeños han vuelto de Liu en buen estado de salud, me he hallado en estos meses muy abatido. No obstante, un sencillo incidente me ha causado hoy una singular felicidad.

Había pasado cuatro días fuera, asistiendo a la reunión anual que el Prefecto apostólico ha creído conveniente instituir en Hsin-Hsiang. Siendo el misionero más remoto del vicariato, yo me juzgaba libre de semejantes excursiones. En realidad, los misioneros somos tan pocos y estamos tan diseminados —no pasamos de ser el Padre Surette, sucesor del pobre Thibodeau, los tres sacerdotes chinos de Kansu y el Padre Van Dwyn, el holandés de Rakai—, que no me parecía que el caso mereciese un viaje tan largo por el río. Pero hube de ir y estuvimos «cambiando impresiones». Yo, naturalmente, tuve la indiscreción de hablar contra los «métodos agresivos de cristianización». Incluso me acaloré y cité las palabras del primo del señor Pao: «Ustedes, los misioneros, vienen con su Evangelio y lo descargan contra las cosas de nuestra tierra». Esto me hizo caer en desgracia del Padre Surette, un dinámico sacerdote que se complace en su fuerza muscular, que ha ido destruyendo, en veinte li a la redonda de Hsin-Hsiang, todos los diminutos y lindos santuarios budistas que se alzan al borde de los caminos, y que, además, se jacta de haber alcanzado una increíble hazaña, la de proferir cincuenta mil exclamaciones piadosas en un solo día.

En el viaje de retorno me abrumaba el remordimiento. ¡Cuántas veces he tenido que escribir lo mismo en este libro!: «Un nuevo fracaso. Ayúdame, Señor, a refrenar mi lengua». En Hsin-Hsiang me tomaron, sin duda, por un sujeto extravagante.

Por vía de mortificación, no quise usar camarote en el barco. En cubierta, a mi lado, había un hombre con una jaula llena de ratas cebadas, que iba comiendo, progresivamente, ante mis asqueados ojos. Para colmo, llovía mucho, soplaban fuertes ráfagas y yo estaba, como me lo merecía, mareadísimo.

Al desembarcar en Paitan, más muerto que vivo, hallé una anciana esperándome en el húmedo y desierto muelle. Al acercarme vi que era mi antigua amiga la abuela. Hsu, que durante la guerra cocía habichuelas en un bote de leche, en el recinto de la Misión. Es la persona más pobre y humilde de mi Parroquia.

Vi con sorpresa que su rostro se iluminaba al divisarme. Con voz precipitada me dijo que, por lo mucho que me echaba de menos, llevaba tres tardes en el embarcadero, bajo la lluvia, esperando mi llegada. Luego, me regaló seis bollitos rituales, de azúcar y harina de arroz. No son para comer, sino para cosas tales como ofrendarlos a las imágenes de Buda, las mismas que derriba el Padre Surette... Una ocurrencia cómica... Pero ¿y la satisfacción de saber que uno es querido e indispensable, al menos, para una persona?

Mayo 1918.— En esta hermosa mañana, mi primer grupo de jóvenes colonos ha partido para Liu. Son veinticuatro en conjunto —puedo añadir discretamente que doce de cada sexo— y han marchado con gran entusiasmo, entre muchos ademanes de suficiencia y muchas admoniciones prácticas de nuestra buena y reverenda Madre María de las Mercedes. Aunque la llegada de ésta me conturbó grandemente en su día —porque la comparaba, desolado, con mi recuerdo de la Madre María Verónica—, en realidad es una buena mujer, capacitada, amable y dotada de una gran previsión.

La vieja Meg Paxton, la pescadera de Cannelgate, solía decirme qué yo no era tan tonto como parecía. Me siento orgulloso de mi inspiración de colonizar Liu, que será el mejor resultado de la Misión de San Andrés. Aquí, hablando lisa y llanamente, no habría bastante trabajo para todos nuestros jóvenes, según vayan creciendo. Haberlos recogido del arroyo para arrojarlos a él otra vez, después de educarlos benévolamente, sería una estupidez del peor género y Liu, por su parte, recibiría una inyección de sangre nueva. La tierra es allí amplia, y el clima, estimulante. Cuando haya bastante número de colonos instalaré en Liu a un sacerdote joven. Anselmo tendrá que enviarme uno, aun a costa de volverlo loco con mis importunidades...

Entre la excitación y las ceremonias me he sentido muy fatigado anoche. Estos casamientos en masa no son cosa de risa, y el ceremonial chino, en estos casos, deja destruídas las cuerdas vocales. Acaso mi depresión sea física, o quizá sólo una mera reacción. Estoy un poco entumecido y necesito un descanso como el comer. Los Fiske, abandonando su rutina, se han tomado seis meses de vacaciones en Virginia, donde su hijo se ha establecido ahora. Los añoro mucho. Su substituto, el reverendo Ezra Salkins, me hace comprender cuán afortunado soy teniendo tan blandos y apacibles vecinos. El Shang-Fu Ezra no es ninguna de ambas cosas, sino un hombre corpulento, con una especie de irradiación perenne, una manera de estrechar la mano a lo Club Rotario y una sonrisa de tocino derretida. Hoy me gritó, mientras me trituraba los dedos: «Pídame cualquier cosa en que pueda servirle, hermano,

cualquier cosa...».

Los Fiske habrían sido mis huéspedes de honor en Liu. Pero Ezra no. Antes de sesenta segundos, hubiera cubierto la tumba del Padre Ribiero con inquisiciones de: «¿Te has salvado, hermano?». ¡Oh Dios! Me siento molesto y malhumorado, y creo que se debe al pastel de ciruelas que la Madre María de las Mercedes me hizo comer en el banquete de bodas.

Julio 1922.— Me ha hecho realmente feliz una larga carta que, con fecha 10 de junio de 1922, me ha enviado la Madre María Verónica. Tras muchas vicisitudes, tribulaciones de la guerra y humillaciones del armisticio, la buena Madre ha sido, al fin, recompensada con el nombramiento de Superiora del Convento Sixtino, en Roma. Esa casa es la sede de su Orden, una antigua y hermosa fundación en las altas laderas que se extienden entre el Corso y el Quirinal, dominando los Saporelli y la bella iglesia de los Santi Apostoli. Es un cargo de primera categoría, aunque no excesivo para lo que ella merece. Me parece que la Madre está contenta... y en paz. Sus cartas me traen tales fragancias de la Ciudad Santa —esta frase es digna de Anselmo—, de la ciudad que siempre ha sido objeto de mis más tiernos anhelos, que he osado formar un plan. Cuando llegue mi licencia por enfermedad, ya aplazada dos veces, ¿quién me impide visitar Roma, quitarme las botas en los mosaicos de San Pedro y visitar, de paso, a la Madre María Verónica? Cuando escribí en abril a Anselmo Mealey, felicitándole por su nombramiento de rector de la iglesia-catedral de Tynecastle me aseguró, en respuesta, que yo tendría un coadjutor en el término de seis meses, y «mi tan necesaria licencia», antes de terminarse el año.

Un absurdo escalofrío recorre mis huesos, abrasados por el sol, cuando pienso que me espera tanta dicha. Pero basta... Debo empezar a ahorrar para comprarme ropa. ¿Qué diría la buena abadesa de los Santi Apostoli si el humilde operario que se honra conociéndola compareciese llevando un remiendo en la trasera del pantalón?

17 septiembre 1923.— ¡Oh, qué excitación! Hoy ha llegado el nuevo sacerdote. Al fin tengo un colega. Me parece algo demasiado bueno para ser real.

Al principio, las hieráticas y pomposas frases de Anselmo me hicieron esperar un recio joven escocés, a ser posible pecoso y albino; pero ulteriores indicaciones me prepararon para entendérmelas con un Padre nativo, procedente del Colegio de Pekín. Mi perverso humor fue causa de que nada dijera a las Hermanas sobre el inminente desenlace. Han estado durante

varias semanas aguardando al joven misionero de Europa, prontas a agasajarlo. Las Hermanas Clotilde y Marta esperaban un sacerdote galo y barbudo, mientras la pobre Madre María de las Mercedes hizo una novena especial para que el coadjutor fuese de Irlanda. Oh, qué aspecto tenía el honrado rostro hibernés de la Madre cuando interrumpió en mi cuarto y me anunció, trágica y purpurea la faz: «¡El nuevo Padre es un chino!».

Pero el Padre Chou parece un hombrecito admirable, no sólo afable y tranquilo, sino con un profundo sentido de esa extraordinaria vida interior que constituye la más espléndida característica de los chinos. En mis raros viajes a Hsin-Hsiang he conocido algunos sacerdotes nativos y siempre me han impresionado mucho.

El próximo mes salgo para Roma... ¡Mis primeras vacaciones de diecinueve años! Me siento como un escolar de Holywell, a fines de curso, golpeando el pupitre y cantando:

*Dos semanitas más, y en vacaciones
traspasaré estos míseros portones.*

¿Seguirá gustándole a la Madre María Verónica la conserva de jengibre? Le llevaré un frasco, con riesgo de saber que prefiere los macarrones ¡Ea, la vida es muy alegre! A través de la ventana veo los cedros jóvenes ondulando bajo el viento con loco júbilo. Voy a escribir a Shangháí encargando los billetes. ¡Hurra!

Octubre 1923.— Ayer llegó un cable anulando mi viaje a Roma. Vuelvo ahora de mi paseo vespertino por las orillas del río, donde permanecí largo rato envuelto en la neblina, mirando a los pescadores que utilizan cormoranes en sus tareas. A mí me parece un lamentable modo de atrapar peces. Los pajarracos llevan un anillo al cuello para impedir que se traguen los que pescan. Se aferran, indolentes, a la borda del bote, como si estuviesen hartos de tal asunto. De pronto, el ave se zambulle y emerge con la cola de un pez asomándole por el pico. Sigue una dificultosa ondulación del cuello del cormorán. Cuando se les libra de lo que han cogido, las aves mueven la cabeza con desconsuelo, como si nada les hubiese enseñado la experiencia. Luego, se agazapan otra vez en la borda, meditando, sombrías, recobrando fuerzas para un nuevo éxito y un nuevo fracaso.

Por mi parte, sentíame muy sombrío y fracasado, bien lo sabe Dios. Mientras me hallaba al borde del río color de pizarra, cuyas aguas, impelidas por el viento nocturno, iban a cubrir los hierbajos acuáticos apilados en la orilla como cabelleras, mis pensamientos, extrañamente, no se dirigían a Roma, sino a las corrientes de Tweedside. Me veía, descalzo de pie y pierna,

en las rizadas y cristalinas aguas, empuñando una flexible caña truchera.

Últimamente, me hallo cada vez más viviendo de los recuerdos de mi niñez, tan vívidamente evocados como si se hubiesen producido ayer mismo. Éste es un seguro síntoma de que se acerca la ancianidad. Incluso sueño — ¿no parece increíble?— con mi amor de adolescente, en mi pobre Nora.

Ya había alcanzado esa fase sentimental de la decepción en que se está dispuesto a soportarlo todo; pero, no obstante, cuando llegó el cable, me resultó, como decía la vieja Meg, «muy duro de aguantarlo».

Ahora casi me he resignado a mi destierro definitivo e irrevocable. Probablemente, es cierto el principio de que el retorno a Europa desorganiza al sacerdote misionero. Al fin y al cabo, al venir a las Misiones nos entregamos a ellas por completo, sin posibilidad de retiro. He de estar aquí toda mi vida. Después descansaré en ese trocito de tierra escocesa donde duerme Willie Tulloch.

Además hallo lógica y justa la aserción de que el viaje de Anselmo Mealey a Roma es más necesario que el mío. Los fondos de la Sociedad no pueden subvenir a dos excursiones así. Y Anselmo hablará mejor al Santo Padre de los progresos de «sus tropas», según nos llama. Mientras mi lengua se mostraría rígida y torpe, la de Anselmo cautivará, consiguiendo fondos y ayudas para las Misiones. Me ha prometido escribirme con amplios detalles de lo que consiga. He de gozar, pues, de Roma subsidiariamente, ser recibido por el Papa con la imaginación y hablar a la Madre María Verónica en espíritu. No me he decidido a aceptar la sugestión de Anselmo de que pase unas vacaciones breves en Manila. La alegría de la ciudad sólo serviría para conturbarme, y yo mismo me burlaría del hombrecito solitario que errase en torno al filipino puerto imaginándose estar sobre las alturas pontinas...

Un mes después.— El Padre Chou se ha instalado en la aldea Liu y nuestras palomas mensajeras van y vienen con celestial velocidad. ¡Qué júbilo me causa ver lo bien que mi plan resulta! Cuando Anselmo vea al Santo Padre, ¿le dirá unas palabras sobre esa joyita engarzada en los vastos paramos, antaño olvidada de todos... menos de Dios?

22 noviembre 1928.— ¿Cómo encerrar una cosa sublime en una frase árida y fría? Anoche murió la Hermana Clotilde. La muerte es un tema sobre el que no me he extendido a menudo en estos abocetados recuerdos de mi imperfecta vida.

Por eso, cuando hace dos meses se durmió tía Polly para siempre en Tynecastle, plácidamente, de vieja y sin sufrir, sólo anoté, luego de recibir la carta de Judit, salpicada de lágrimas: «17 octubre 1927: Polly ha muerto». Consideramos inevitable la muerte de los que sabemos buenos. Pero en otros

casos... a veces, incluso los sacerdotes viejos y fogueados nos sentimos conmovidos, como por una revelación.

Sor Clotilde llevaba varios días indispuesta, al parecer levemente. Cuando me llamaron poco después de medianoche, quedé sorprendido al ver el cambio que se había operado en ella. Inmediatamente mandé que Josué, el hijo mayor de José, fuese en busca del doctor Fiske. Pero Sor Clotilde, con expresión extraña, me detuvo. Insinuando una singular sonrisa, dijo que Josué podía evitarse el viaje. Lo manifestó en pocas palabras, pero eran suficientes.

Cuando recuerdo que, años ha, reproché ásperamente a la Hermana por su inexplicable hábito de recurrir a la clorodina, siento ganas de llorar ante mi estupidez. Nunca había pensado lo suficiente en Sor Clotilde, porque la tensión de sus maneras —que le era imposible evitar—, su mórbido temor de ruborizarse, de verse con la gente, de luchar con sus propios sobrecargados nervios, la hacían superficialmente poco atractiva e incluso absurda. Pero debí haber reflexionado en los esfuerzos de tal naturaleza para vencerse a sí misma, y pensado en sus invisibles victorias. En vez de esto, sólo reparé en las derrotas visibles.

Durante dieciocho meses venía Sor Clotilde padeciendo de molestias derivadas de una úlcera crónica en el estómago. Cuando el doctor Fiske le dijo que nada cabía hacer contra la dolencia, Sor Clotilde se propuso sufrir en secreto y librar una oscura batalla. Antes de que me llamasen, ya la primera hemorragia grave postró a la Hermana. A las seis de la siguiente mañana tuvo la segunda y sucumbió plácidamente. Entre tanto, hablamos... pero no me atrevo a registrar nuestra conversación, interrumpida e incoherente, pues podría parecer insulsa y motivar fáciles mofas... Y el mundo —¡ay!— no mejora con las burlas.

Todos quedamos muy trastornados, sobre todo Sor Marta. Ésta es como yo, fuerte como una mula, capaz de vivir eternamente. ¡Pobre Sor Clotilde! La evoco como un ser gentil, tan consagrada al sacrificio que, a veces, vibraba con una reacción de aspereza. Ver un semblante apagarse en paz, afrontar serenamente la muerte, sin temor alguno... ennoblece el corazón.

30 noviembre 1929.— Hoy ha nacido el quinto hijo de José. ¡Cómo corre la vida! ¿Quién hubiera soñado que mi despejado, bravo, gárrulo y afectuoso rapaz encerraba en sí capacidades de patriarca? ¡Acaso su primitiva inclinación a lo dulce debiera habérmelo advertido!... Realmente, se ha convertido ahora en un personaje. Es minucioso, cicatero, oficioso, algo enfático, muy lacónico con los visitantes que, a su juicio, no deben pasar a mi presencia. A mí mismo me amedrenta un poco...

Una semana después.— Más noticias locales. Las botas de gala del señor Chia han sido públicamente izadas en la Puerta Manchú. Esto, aquí, es un honor tremendo, y yo me regocijo por mi antiguo amigo, cuya naturaleza ascética, contemplativa y generosa se ha consagrado siempre a lo razonable y a lo bello, es decir, a lo que es eterno...

Ayer llegó el correo. Antes de presagiar el inmenso éxito de Anselmo en Roma, hace mucho que yo le había vaticinado altos honores en la Iglesia. Y, al fin, su labor en pro de las Misiones le ha valido una adecuada recompensa del Vaticano. Anselmo es ahora el nuevo obispo de Tynecastle. Acaso no haya cosa que someta a más tensión nuestra visión moral que el espectáculo del éxito ajeno. Ello nos ofusca y nos hiere. Pero ahora, cercano a la vejez, me he vuelto miope y no me importa el esplendor de Anselmo. Antes bien estoy contento, adivinando lo supremamente satisfecho que él estará. La envidia es un defecto odioso. Hemos de recordar siempre que a los vencidos les queda lo esencial si tienen a Dios.

Quisiera poder sentirme orgulloso de mi magnanimidad, pero no hay tal magnanimidad, sino mera comprensión de la diferencia existente entre Anselmo y yo, y de lo ridículo que sería que yo aspirase al báculo. Aunque partimos del mismo punto, Anselmo me ha dejado muy atrás en su carrera. Ha desarrollado plenamente sus talentos y es ahora, según leo en «La Crónica de Tynecastle», un «lingüista consumado, músico notable, favorecedor del arte y la ciencia en la diócesis, con un vasto círculo de amigos influyentes». Qué afortunado. Yo no he tenido más que seis amigos en mi monótona vida, y todos, menos uno, eran gente humilde. Debo escribir a Anselmo felicitándole, pero haciéndole comprender, sin embargo, que no pienso aprovechar nuestra amistad para pedirle ventaja. Viva Anselmo. Me entristece, no obstante, el ver lo mucho que él ha hecho de su vida y lo poco que yo he hecho de la mía. He tenido tropezones tan frecuentes... ¡y tan duros!... en mi lucha por buscar a Dios...

30 diciembre 1929.— He pasado casi un mes sin escribir nada en mi diario... desde que llegaron noticias de Judit. Y aún me es difícil anotar ni siquiera el más superficial esbozo de lo que ha pasado en Inglaterra y en mi interior.

Yo me lisonjeaba de haber alcanzado una beatífica resignación respecto a lo irrevocable de mi destierro. Hoy hace dos semanas justas que me sentía complacidísimo de todo. Acababa de inspeccionar mis recientes adiciones a la Misión, esto es: los cuatro arrozales ribereños que compré el año último, el patio ampliado tras el bosquete de moreras blancas, y la caballada nueva. Tras esto, fui a la iglesia para ayudar a los niños a montar; el «nacimiento».

Esto me gusta mucho; en parte, por esa lamentable obsesión que he tenido toda mi vida y que los mal pensados atribuirían, quizás, a un reprimido instinto paternal: el amor de los niños, empezando por el queridísimo Niño Jesús y terminando por el más insignificante de los amarillos monicacos que hayan entrado en el recinto de mi Misión de San Andrés.

Hicimos un espléndido portal, con un techo nevado construido de algodón auténtico, y estábamos colocando la mula y el buey tras la cunita. Yo tenía preparadas, además, toda clase de cosas: lucecitas de colores, una linda estrella de cristal que íbamos a colgar en el cielo de ramas de abeto... Viendo los radiantes rostros de los niños que me circuían y escuchando su excitado parloteo —porque ésta es una de las ocasiones en que se permiten ciertos excesos en la iglesia—, experimentaba una admirable sensación de luminosidad, una visión de «nacimientos» navideños dignificando, en todas las iglesias cristianas del mundo, la dulce fiesta pascual, que es, sin duda, incluso para los incrédulos, bella, porque simboliza la fiesta de toda maternidad.

En aquel momento entró uno de los muchachos mayores que me enviaba la Madre María de las Mercedes, con el cable. Es bien seguro que las malas noticias llegan harto de prisa, sin necesidad de lanzarlas con la velocidad del rayo a través de la tierra. Estoy seguro de que, mientras yo leía, mi expresión debió de transformarse. Una de las niñas pequeñas empezó a llorar. El júbilo de mi pecho se extinguió.

Acaso se juzgue absurdo que yo tomase esto con tanto sentimiento. Dejé de ver a Judit cuando ella tenía diez años y pico, esto es, al partir yo hacia Paitan. Pero, mentalmente, he ido viviendo su existencia. Lo poco frecuente de sus cartas hacía que éstas resaltasen como cuentas de rosario en una cadenita.

La fuerza de la herencia impelió implacablemente a Judit. Nunca sabía a punto fijo lo que deseaba ni a dónde iba. Mas, mientras Polly estuvo a su lado, nunca la muchacha pudo ser víctima de su propio capricho. Durante la guerra prosperó, como muchas otras jóvenes, trabajando con muy buen salario en una fábrica de municiones. Se compró un abrigo de pieles y un piano —¡qué bien recuerdo la carta en que me daba alegremente tales nuevas!— y logró mantenerse en su esfuerzo merced a la sensación de apremio que flotaba en el aire. Aquélla fue su mejor época. Terminada la guerra, había pasado de los treinta años, las oportunidades eran escasas y Judit, gradualmente, abandonó todo pensamiento de una carrera y se entregó a una vida tranquila con Polly, comparo tiendo el pisito de Tynecastle y ganando con la madurez —o, al menos, era de esperarlo así— un mayor

equilibrio.

Judit parecía haber mirado siempre con recelo al otro sexo y no tener idea alguna de matrimonio. Contaba cuarenta años cuando Polly murió; nadie hubiera sospechado que a Judit se le ocurriese dejar su celibato. Sin embargo, a los ocho meses del sepelio de Polly, Judit se casó... y, más tarde, fue abandonada.

No hay por qué descifrar el hecho brutal de que las mujeres suelen hacer cosas muy raras poco antes de llegar a la edad crítica. Pero no es tal la explicación del lamentable drama. Polly legó a Judit unas dos mil libras, suma suficiente para asegurar una modesta rentita anual. Sólo cuando llegó la carta de Judit supe que ésta había sido inducida a que convirtiera su capital en metálico y lo transfiriese a su serio, recto y caballeroso marido, que, al parecer, la había conocido en una casa de huéspedes de Scarborough.

Sin duda, cabría escribir volúmenes enteros sobre ese fundamental tema mundano, empleando el estilo dramático y analítico propio de la elevada manera victoriana, acaso con ese toque de inteligente ironía que ve un profundo y abundante humorismo en la credulidad de nuestra humana naturaleza. Pero el epílogo se resume brevemente en las diez palabras del cablegrama que yo tenía en las manos antes de concluir el «belén». Judit dio a luz un niño, como consecuencia de su tardía y transitoria unión, y murió de sobrepeso.

Ahora pienso que ha existido siempre un hilo sombrío uniendo toda la frágil trama de la inconsecuente vida de Judit. Esta mujer era la prueba palmaria, no del pecado —¡cuánto aborrezco y desconfío de esa palabra!—, sino de la debilidad y la estupidez del hombre. Ella daba la razón, la explicación, de nuestra presencia en la tierra, la trágica evidencia de nuestra común mortalidad. Y ahora, de modo diferente, pero con la misma esencial tristeza, esa tragedia mortal y humana se perpetúa de nuevo.

No logro resolverme a mirar con calma el destino de ese infortunado niño que no tiene quien mire por él, no siendo la mujer que ha atendido a Judit, es decir, la misma que me ha enviado noticias del drama. Fácil es situar a tal mujer en su lugar adecuado: se trata, sin duda, de una de esas matronas que dan albergue a embarazadas en situaciones difíciles y un tanto turbias. Necesito contestarle algo, mandarle algún dinero..., esto es, el poco que tengo. Los que nos consagramos a la santa pobreza somos extrañamente egoístas y olvidamos las terribles obligaciones que nos impone la vida. ¡Pobre Nora, pobre Judit y pobre niño innominado!

19 junio 1930.— Un magnífico y soleado día de principios de estío. Siento el corazón aliviado por la carta recibida esta tarde. El niño ha sido bautizado

con el nombre de Andrés, en recuerdo de esta mísera Misión. La noticia me ha hecho reír con senil vanidad, como si yo mismo fuera el abuelo del condenado chiquillo. Acaso, quiera yo o no, esta relación que me impongo haga que el pequeño venga a parar algún día a mis manos. El padre ha desaparecido y no intentaremos localizarlo. Pero si yo envío mensualmente cierta suma, esa mujer, la señora Stevens, que parece persona digna, se hará cargo del niño. Vuelvo a sonreír sin poder evitarlo. Mi carrera sacerdotal ha sido un cúmulo de rarezas, y ahora, el ocuparme de mantener un chiquillo, a una distancia de ocho mil millas, constituirá la extravagancia culminante.

¡Un momento! He puesto el dedo en la llaga con la frase «mi carrera sacerdotal». El otro día, durante una de nuestras amistosas discusiones —creo que sobre el Purgatorio—, Fiske declaró (no sin cierto calor, porque yo llevaba la mejor parte): «Habla usted como una asamblea mixta de predicadores callejeros y miembros de la Alta Iglesia anglicana».

Esto me frenó en seco. Creo que mi educación y aquella temprana e incalculable influencia del buen Daniel Glennie me han inclinado hacia un liberalismo indebido. Amo mi religión, en la que he nacido, en la que he procurado instruirme tanto como me ha sido posible durante más de treinta años, y en la que infaliblemente he hallado las fuentes de toda alegría, de toda perdurable dulzura. Pero, a través de mi aislamiento aquí, mis perspectivas han ido simplificándose y clarificándose con el correr de los años. Si nos atenemos a lo fundamental —el amor a Dios y al prójimo—, ¿no habremos obrado bien? El mundo es un organismo viviente y palpitante, y su salud depende de los billones de células que lo integran... Cada una de estas celullas es el corazón de un hombre.

15 diciembre 1932.— Hoy, el chiquillo que lleva el nombre del santo Patrón de esta Misión cumple los tres años. Espero que haya pasado bien el día y no haya comido una cantidad excesiva de los dulces que la Casa Burley, de Tweedside, le habrá llevado, según mi orden escrita.

1 septiembre 1935.— ¡Señor, no me consientas obrar como un viejo chocho! Este diario se convierte cada vez más en la tonta evocación de un niño a quien nunca he visto ni veré. Yo no puedo regresar a Inglaterra y él no puede venir a China. Sin embargo, mi obstinación se aferra a este absurdo... Incluso he consultado a Fiske, quien me ha dicho que este clima sería mortal para un niño inglés de tan pocos años.

No obstante, debo confesar que me siento turbado.

Leyendo entre líneas, paréceme que la señora Stevens, últimamente, no tiene mucha suerte en sus cosas. Se ha trasladado a Kirkbridge, que, si no me engaña la memoria, es una población textil, nada atractiva, cerca de

Manchester. También el tono de la mujer se ha alterado y empiezo a preguntarme si no se interesará, más que por Andrés, por el dinero que le envío. De todos modos, su párroco la elogia mucho y, hasta la fecha, ella se ha portado admirablemente bien.

Desde luego, la culpa ha sido enteramente mía. Debí haber asegurado el porvenir de Andrés confiándolo a una de nuestras excelentes instituciones católicas... Es mi único pariente carnal, la única memoria viviente de mi pobre Nora... No puedo mostrarme indiferente y no lo haré... Presumo que es mi inveterada obstinación lo que me hace revolverme contra las cosas oficiales. Bien: si es así, Andrés y yo nos atendremos a las consecuencias. Estamos en manos de Dios y dependemos de su voluntad...

Mientras el Padre Chisholm volvía otra hoja, su atención fue reclamada por pisadas de caballos en el recinto. Escuchando, vaciló, no apartándose sino con desgana de aquella soñadora evocación a que se había entregado. Pero aumentaba el sonido, mezclado con voces agudas. Juntó los labios, resignado. Buscó las últimas notas de su diario y, empuñando la pluma, añadió un párrafo:

30 abril 1936.— Estoy a punto de partir para la aldea Liu, con el Padre Chou y el matrimonio Fiske. Ayer llegó el Padre Chou, que quería conocer mi opinión sobre el caso de un pastor a quien él ha hecho aislar, temeroso de que padezca viruela. He decidido acompañar a Chou, porque, con nuestros caballitos y el camino nuevo, no hay más que un par de días de viaje hasta Liu. Luego, he ampliado la idea. Ya que he prometido repetidamente mostrar a los Fiske nuestro poblado modelo, he decidido que hagamos el viaje los cuatro. Ésta será mi última oportunidad de cumplir lo que hace tanto tiempo les prometí al doctor y a su mujer. A fines de este mes vuelven a América. Les oigo llegar ahora, encantados con la excursión... Por el camino ya me las entenderé con Fiske sobre su imprudente descaro... ¡Un predicador callejero yo...!

El sol declinaba hacia la desnuda línea de alturas que rodeaban el angosto valle. Cabalgando a la cabeza de la partida, de regreso de Liu, donde dejaron a Chou bien provisto de medicamentos para el pastor enfermo, el Padre Chisholm habíase resignado ya a acampar otra noche al raso, antes de alcanzar la Misión. De pronto, en un recodo del camino, divisó tres hombres, vestidos con sucios uniformes de algodón y que, la cabeza baja y apoyando el fusil en la cadera, avanzaban lentamente hacia ellos. Era ya una cosa familiar. Pululaban por la provincia soldados desbandados e irregulares, provistos de armas adquiridas de contrabando. Aquellos hombres solían

formar grupos errabundos. Chisholm pasó ante ellos diciendo:

—La paz sea con vosotros.

Y acortó el paso de su caballo para esperar que se le reuniesen sus compañeros. Al volverse, sorprendióle la expresión de terror que se pintaba en los semblantes de los dos portadores de la Misión e incluso en el de su propio sirviente.

—Parecen hombres de Wai —dijo Josué mostrando el camino que se extendía ante los caballos—. Y hay más.

El sacerdote volvió a girar en redondo. Una veintena de individuos uniformados de verde se acercaban por el camino, levantando con sus pisadas blancuzca polvareda. En la ya sombreada ladera, moviéndose en una línea irregular, se veían, por lo menos, otros veinte hombres. Chisholm cambió una mirada con Fiske.

—Continuemos —dijo.

Un momento después se encontraban los dos grupos.

Chisholm, sonriendo, pronunció su saludo habitual e hizo continuar a su bestia por el centro del camino. Los soldados, boquiabiertos, con expresión estúpida, abrieron paso maquinalmente. El único que de ellos iba montado, un jovenzuelo con una maltratada gorra picuda y un cierto talante de autoridad reforzado por un galón de cabo puesto de cualquier modo en su bocamanga, detuvo, indeciso, su peludo caballo.

—¿Quiénes son ustedes y adónde van?

—Somos misioneros y regresamos a Paitan —dijo con calma el Padre Chisholm, volviendo la cabeza por encima del hombro y persistiendo en seguir adelante, en vanguardia de su gente.

Ya casi habían cruzado a través de la sucia, confusa y atónita horda. Tras Francisco iban Fiske y su mujer, seguidos por Josué y por los dos portadores.

El cabo, aunque incierto, estaba satisfecho en parte.

El encuentro resultaba vulgar y nada peligroso. Pero, de pronto, el de más edad de los portadores perdió la cabeza. Sintióse empujado hacia delante por la culata de un fusil cuando pasaba entre los soldados, y dejó caer su fardo, soltó un alarido de pánico y se precipitó, en busca de cobijo, hacia los matorrales de la montaña.

Chisholm reprimió una exclamación de enojo. En el inminente crepúsculo hubo un segundo de dubitativa inmovilidad. Luego, sonó un tito, y otro, y otros más. Los ecos retumbaban en los montes. Cuando la azul figura del acarreador, encorvado hasta casi tocar tierra, se desvaneció entre los matorrales, los soldados prorrumpieron en un ronco clamor de decepción. Abandonando su obtusa actitud de asombro, rodearon a los misioneros, dirigiéndoles palabras furiosas y resentidas.

Como previera Chisholm, la reacción del cabo fue inmediata. —Tienen ustedes que venir con nosotros— dijo.

—Somos sólo misioneros —protestó Fiske con calor—. Carecemos de bienes y

somos gente honrada.

—La gente honrada no huye. Tienen que presentarse ante Wai, nuestro jefe.

—Les aseguro...

—Wilbur —intervino la señora Fiske—, más vale que te calles. Sólo conseguirás poner las cosas peor.

Estrechamente rodeados por los soldados, viéronse rudamente impelidos a lo largo del sendero que poco antes habían atravesado. Unos cinco *li* más atrás, el joven jefe, volviéndose hacia el oeste, empezó a seguir un torrente seco que remontaba, tortuoso y pedregoso, la montaña. En lo alto de la quebrada se detuvo el grupo.

Allí se veía a un centenar de mal vestidos soldados, dispersos a voluntad, unos fumando, otros masticando betel, otros quitándose parásitos de los sobacos o librándose del barro seco que se acumulaba entre los dedos de sus pies. Sentado sobre una piedra lisa, cruzadas las piernas, la espalda apoyada en la ladera de la barranca, cenando ante un fuego de estiércol, estaba Wai-Chu.

A la sazón contaba unos cincuenta y cinco años y se había tornado grueso y ventruado, con una inmovilidad más intensa y diabólica. Su cabello untuoso, que llevaba largo y con raya en medio, caía sobre una frente tan replegada por un ceño perpetuo, que sus ojos oblicuos se convertían en meras líneas. Tres años antes, una bala le había arrancado los dientes y el labio superior. La cicatriz resultante era horrible. A pesar de ello, Francisco reconoció al jinete que le escupió en la cara, junto a la puerta de la Misión, la célebre noche de la retirada. Hasta entonces, el sacerdote había soportado su arresto con compostura; pero en presencia de aquel rostro artero, infrahumano, que bajo su inexpresión delataba, a su vez, que también había reconocido a Francisco, éste notó el corazón súbita y duramente oprimido.

Mientras el cabo relataba las circunstancias de la captura, Wai, impassible, seguía comiendo. Los dos palillos gemelos enviaban a su garganta un torrente de arroz caldoso y de trozos de cerdo desde el recipiente que acercaba a su barbilla. De repente, dos soldados comparecieron en escena, llevando al portador fugitivo. Con un empujón final, lo arrojaron junto al fuego. El desgraciado cayó de rodillas, muy cerca de Wai, los brazos cruzados a la espalda, jadeante, pronunciando frases inarticuladas, en un frenesí de temor.

Wai siguió comiendo. Luego, con naturalidad, sacó el revólver del cinto y disparó. Alcanzado en el acto de suplicar, el portador cayó de bruces, agitándose aún su cuerpo en el suelo. Una especie de pulpa rojiza y cremosa brotó de su destrozado cerebro. Antes de que los ecos del disparo se extinguiesen, Wai reanudó su cena.

La señora Fiske lanzó un grito ahogado. Los soldados, aparte alzar un momento las cabezas, no prestaron más atención al incidente. Los dos que habían conducido al portador arrastraron fuera el cadáver y, sistemáticamente, lo despojaron de ropas, botas y la calderilla que llevaba. Asqueado, mudo, el sacerdote miró a Fiske, que

permanecía a su lado, muy pálido.

—Calma, calma... No muestre sus sentimientos o todos estamos perdidos.

Esperaron. El insensato y frío crimen había colmado de horror el ambiente. A un signo de Wai, el segundo de los portadores fue empujado hacia delante y obligado a prosternarse. El sacerdote, asaltado por un presentimiento terrible, sintió un vuelco en el estómago. Pero Wai se limitó a decir, dirigiéndose a todos en general:

—Este hombre, su criado, saldrá inmediatamente para Paitan e informará a los amigos que tengan allí de que ustedes se hallan temporalmente confiados a mis atenciones. Es costumbre entregar una dádiva a cambio de semejante hospitalidad. A mediodía de pasado mañana, dos de mis hombres esperarán a este mensajero a media *li* de la Puerta Manchú. Él avanzará hacia ellos, yendo completamente solo. Es de desear —añadió Wai tras una pausa inexpresiva— que lleve la referida dádiva voluntaria.

—Poco provecho encontrará usted en huéspedes como nosotros —dijo Fiske, con voz en que latía la indignación—. Ya he indicado que carecemos de bienes terrenales. —Solicito cinco mil dólares por persona. Nada más. Fiske respiró, algo aliviado. La suma, aunque grande, no era imposible para una Misión tan rica como la suya.

—Entonces, permita a mi mujer ir con el mensajero.

Ella se ocupará de que el dinero sea pagado.

Wai no dio signos de haber oído. Durante un desasosegado momento, el Padre Chisholm temió que su compañero, harto ya, provocara un escándalo. Pero Fiske se volvió, rebosando furia, al lado de su esposa. El mensajero fue despachado, torrente abajo, tras una última orden del cabo. Wai levantóse entonces y, mientras sus hombres hacían preparativos de marcha, se dirigió a su trabado caballo, moviéndose con toda naturalidad. El ver aparecer los pies del muerto bajo un madroño cercano impresionaba como una terrible alucinación.

Fueron traídos los corceles de los misioneros, hízose montar a los cuatro cautivos y se les enlazó entre sí mediante largas cuerdas de cáñamo. La cabalgata se puso en camino al cerrar la noche.

Al galope que llevaban, toda conversación era imposible. Chisholm se abandonaba a sus pensamientos, concentrados en el hombre que los retenía en espera de rescate.

En los tiempos últimos, lo mucho que había declinado el poder de Wai condujo a éste a muchos excesos. Antes fue un tradicional señor de la guerra, dominador del distrito con su ejército de tres mil hombres; y era comprado por las ciudades, imponía exacciones y tributos y vivía con feudal esplendor en su amurallada fortaleza de Tou-en-lai. Pero, gradualmente, había descendido hasta acabar por conocer días ruinosos. En la cúspide de su notoriedad llegó a pagar cincuenta mil taeles por una concubina en Pekín. Ahora, en cambio, vivía a salto de mata, mediante minúsculos pillajes.

Batido decisivamente en dos batallas campales con los mercenarios vecinos, se alió primero con los *Min-tuan* y, luego, en un acceso de capricho malévolo, con los *Yu-chi-tui*, enemigos de los primeros. La verdad era que ninguno de ambos bandos deseaba su dudosa ayuda. Degenerado, enviciado, terminó luchando por su propia cuenta. Sus hombres desertaban de continuo. Según disminuía la escala de sus operaciones, aumentaba su ferocidad. Cuando llegó a la humillación de hallarse con doscientos guerrilleros escasos, sus pillajes y quemas se convirtieron en un tórrido motivo de temor. Como un caído Lucifer, sus odios se nutrían de sus antiguas glorias y sentíase enemigo de todo el género humano.

La noche fue interminable. Los cautivos cruzaron una cordillera de bajas montañas, atravesaron dos riachuelos y chapotearon durante una hora sobre pantanosas llanuras. Fuera de esto y de conjeturar que viajaban hacia el Oeste, a juzgar por la posición de la Estrella Polar, Chisholm no tenía el menor conocimiento del terreno que recorrían. Dada su edad, y hecho al paso manso de su cabalgadura, aquella veloz carrera, llena de saltos, le sacudía los huesos hasta hacérselos crujir. Pero reflexionaba, conmisericordioso, en que también los Fiske sufrían igual zarandeo por el amor de Dios. En cuanto al pobre Josué, aunque bastante recio y flexible, era probable, dada su juventud, que estuviese muy asustado. El sacerdote se prometió regalar al muchacho, al volver a la Misión, el caballo roano que Josué codiciaba silenciosamente desde hacía seis meses. Chisholm cerró los ojos y oró por la salvación del grupo.

Sorprendióles el alba en un inhabitado yermo de rocas y arena removida por el viento. No había más vegetación que algunos dispersos matojos de amarillenta hierba. Una hora después oyóse rumor de agua corriente, y pronto, tras una escarpadura, se divisó la arruinada ciudadela de Tou-en-lai, que era un hacinamiento de viejas casas de adobes, rodeadas por un muro almenado, maltrecho y ennegrecido por el humo de muchos asedios. Junto al río se elevaban las viejas columnas bruñidas de un templo budista, de derrumbadas techumbres.

Una vez dentro del recinto de la muralla, el grupo echó pie a tierra y Wai, sin decir palabra, penetró en su morada, la única casa habitable del lugar. El aire matutino era frío, cortante. Mientras los misioneros, atados aún, tiritaban en pie sobre el fango endurecido del suelo, buen número de mujeres y viejos salieron de las diminutas cuevas que perforaban el monte, como celdillas de una colmena, y se unieron a los soldados. Todos, charlando, contemplaban a los cautivos.

—Agradeceríamos que nos dieseis comida y donde descansar —dijo Chisholm, dirigiéndose al grupo en general.

—¡Comida y donde descansar!...

Las palabras fueron repetidas, pasando de boca en boca entre los mirones, como si fuesen algo muy curioso y divertido. El sacerdote, paciente, continuó:

—Ya veis lo fatigada que está la misionera —la señora Fiske, en efecto, se hallaba a dos dedos de caer desvanecida—. Acaso haya entre vosotros alguien bien intencionado que dé a esta señora té caliente.

—¡Té... té caliente! —coreó la turba, que cada vez se acercaba más a los prisioneros.

Al fin estuvieron tan próximos que casi los tocaban.

De pronto, con simiesca codicia, un viejo que había en primera fila arrebató la cadena del reloj de Fiske. Aquella fue la señal para un pillaje en masa. Dinero, breviarios, biblias, anillos de boda, el viejo lápiz de plata del sacerdote, todo... En tres minutos se vieron despojados los cautivos de cuanto no fueran sus calzados y ropas.

Concluido el expolio, aún hubo una mujer que reparó en la hebilla de azabache que llevaba la señora Fiske en la cinta del sombrero. Inmediatamente echó mano a la hebilla. Dándose cuenta, con desesperación, del peligro que corría, la señora Fiske forcejeó y lanzó un agudo grito defensivo. Pero en vano. Hebilla, sombrero y peluca fueron arrancados por la mano tenaz de la atacante. En un momento, la calva cabeza de la señora Fiske relampagueó en el aire como una vejiga de manteca, con grotesca y terrible desnudez.

Hubo un murmullo. Luego, estalló un tumulto de risas, un paroxismo de clamorosas burlas. La señora Fiske, cubriéndose el rostro con las manos, rompió en ardientes lágrimas. El doctor, trémulo, quiso cubrir la calva de su mujer con su pañuelo de coloreada seda; Pero, en un instante, el pañuelo fue arrebatado también. «¡Pobre mujer!», pensó el Padre Chisholm, apartando los ojos, compasivo.

La repentina llegada del cabo hizo concluir la hilaridad tan rápidamente como se había iniciado. La multitud se dispersó y los misioneros fueron llevados a una de las cuevas, poseedora, como distinción, de una pesada puerta, que se cerró ruidosamente a sus espaldas. Oyeron correr cerrojos.

El Padre Chisholm dijo, tras una pausa:

—Ahora, por lo menos, estamos solos.

Siguió un silencio más prolongado. El menudo doctor, sentado en el térreo suelo, rodeando con un brazo el talle de su llorosa mujer, dijo con voz sombría:

—Fue la fiebre amarilla... La cogió el primer año de nuestra llegada a China... Y, la pobre, lo sintió tanto... ¡Cuántos trabajos nos hemos tomado para que nadie supiera que...!

—Y nadie lo sabrá —repuso en el acto el sacerdote— Josué y yo seremos silenciosos como una tumba. Cuando volvamos a Paitan se remediará el... el daño.

—¿Oyes, querida Inés? No llores más, amor mío.

Los sofocados sollozos amenguaron y, luego, cesaron del todo. Lentamente, la señora Fiske alzó los ojos, lacrimosos, ribeteados de rojo los párpados.

—Son ustedes muy bondadosos —murmuró con voz aún dificultada por el llanto.

—Esto es lo único que me han dejado. Si de algo le puede servir...

Y el Padre Chisholm sacó de su bolsillo interior un pañuelo de algodón, de color castaño.

La mujer lo tomó, humilde y agradecida; se lo anudó a la cabeza como una cofia e hízose un nudo, como las alas de una mariposa, detrás de las orejas.

—Vamos, querida —dijo Fiske dándole una palmadita en la espalda—. Ya pareces encantadora otra vez.

—¿De verdad? —sonrió ella, con tímida coquetería, algo más levantado su ánimo—. Ea, veamos lo que se puede hacer para poner este *yao-fang* en orden.

Lo que podía hacerse era poco. En la cueva, de unos tres metros de profundidad, no había otra cosa que algunos cacharros rotos y una oscuridad húmeda. El aire y la claridad sólo penetraban por algunos resquicios de la barreada entrada. Era un lugar inhóspito como una tumba. Pero todos estaban tan cansados que se tendieron en tierra y pronto durmieron.

Por la tarde los despertó el rechinar de la puerta al abrirse. Una franja de fantástica claridad solar penetró en el *yao-fang*. Después, una mujer ya madura entró, llevando un cántaro de agua caliente y dos hogazas de pan negro. Quedóse mirando al Padre Chisholm, mientras éste, sin hablar, tendía una hogaza al doctor Fiske y repartía la otra con Josué. En la actitud de aquella mujer, en su rostro moreno y un tanto adusto, había algo que le llamó la atención.

—¡Cómo! —exclamó con sobresalto—. ¡Tú eres Ana!

Ella no respondió. Sostuvo retadoramente la mirada del cura y, luego, volviéndose, salió.

—¿Conoce usted a esa mujer? —preguntó Fiske.

—No estoy seguro... Sí, sí lo estoy. Era una alumna de la Misión... y huyó de ella...

—Eso no es muy honroso para las enseñanzas de ustedes —dijo Fiske hablando con acritud por primera vez.

—¡Quién sabe! —le replicó Francisco.

Por la noche todos durmieron mal. Su encierro se les hacía más incómodo de hora en hora. Establecieron turnos para descansar junto a la puerta, a fin de respirar mejor el poco aire que penetraba en aquella lóbrega caverna. El doctor repetía de vez en cuando:

—¡Qué pan tan horrible! ¡Dios mío! Parece que se me ha hecho un nudo en el duodeno...

A mediodía del día siguiente compareció Ana otra vez, con más agua caliente y una escudilla de mijo. Chisholm creyó mejor no interpellarla por su nombre.

—¿Cuánto tiempo vamos a pasar aquí?

Pareció, al principio, que la mujer no pensaba responder. Después, dijo con indiferencia:

—Los dos hombres han marchado a Paitan. Cuando vuelvan, ustedes quedarán libres.

Fiske, inquieto, intervino:

—¿No puede proporcionarnos unas mantas y mejor comida? Lo pagaremos.

Ella movió negativamente la cabeza. Mas cuando salió y cerró, dijo a través de las rejas:

—Páguenme, si quieren. Pero les falta muy poco que esperar. Mejor dicho, nada.

—¡Nada! —gruñó Fiske cuando la mujer se fue—. Quisiera que esa individuo sintiera su vientre como yo siento el mío.

—No te desanimes, Wilbur —exhortó su esposa hablando en la oscuridad—. Recuerda que ya hemos pasado otra aventura igual.

—Pero entonces éramos jóvenes, no viejos machuchos a punto de volver a nuestra tierra. Este Wai nos odia especialmente a los misioneros porque hemos contribuido a echar a rodar el buen orden antiguo, cuando el bandolerismo era un gran negocio.

Su mujer insistió:

—Debemos mantenernos optimistas todos. Necesitamos distraernos. No hablando, porque entonces empezarían ustedes a discutir de religión. Pero juguemos a algo. A lo más tonto que se nos ocurra. Juguemos a: «¿Es animal, vegetal o mineral?». ¿Estás despierto, Josué? Bien; escucha y te explicaré cómo se hace.

Emprendieron el juego adivinatorio con heroico vigor. Josué mostraba sorprendentes aptitudes para el caso. Luego, la animada risa de la señora Fiske se apagó de pronto. Todos guardaron profundo silencio. Sobrevino una desganada apatía. Se movían de un modo inquieto y desasosegado y caían, a veces, en ratos de agitado sueño.

Durante todo el día repitió Fiske, una y otra vez:

—¡Esos hombres ya debieran haber vuelto, Dios mío! Las manos y cara del doctor ardían. La falta de sueño y de aire le producían fiebre. Ya había anochecido cuando un fuerte clamor y mucho ladrar de perros indicaron que alguien llegaba. Siguió un silencio opresivo.

Al fin oyeron pisadas cercanas y se abrió la puerta.

A una orden salieron los cautivos, poco menos que a gatas. La frescura del aire nocturno, la sensación de libertad y de espacio les infundía un alivio casi delirante.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Fiske—. ¡Ya nos hemos libertado!

Un piquete de soldados los condujo a presencia de Wai-Chu.

Éste se hallaba sentado en su morada, sobre una esterilla, con una lámpara y una larga pipa a su lado. La estancia, majestuosa de proporciones, pero en gran abandono,

estaba impregnada del olor un tanto acre de adormidera. Junto al general se hallaba un soldado cuyo antebrazo aparecía vendado con un sucio y mugriento harapo. El cabo y cinco hombres más se alineaban junto a la pared, sosteniendo en sus manos pesados baquetones.

Siguió a la introducción de los prisioneros un penetrante silencio. Wai los miró con honda y meditativa crueldad, una crueldad recóndita, que se adivinaba más que se leía tras la máscara de su rostro.

—La dádiva voluntaria no ha sido pagada —dijo con voz carente de toda emoción, sin una inflexión siquiera—. Cuando mis hombres se acercaban a la ciudad para recibirla, uno fue muerto, y el otro, herido.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del Padre Chisholm. Sucedió lo que él temió. Repuso:

—Probablemente, el mensaje no ha sido entregado. El portador estaba atemorizado y quizás haya huido a su casa de Shansi, en vez de ir a Paitan.

—Es usted muy hablador. Diez golpes en las piernas. El sacerdote lo esperaba. Era una pena dura. La baqueta con que le azotó un soldado laceraba sus muslos y sus espinillas.

—El mensajero era criado nuestro —dijo la señora Fiske, con sus pálidas mejillas coloreadas por la indignación—. Si ha huido, la culpa no es de los *Shang-Fus*.

—También usted es demasiado habladora. Veinte bofetadas.

La mujer recibió veinte manotazos dados de plano en ambas mejillas, mientras su marido, a su lado, temblaba y luchaba consigo mismo.

—Dígame, puesto que tan sabio es —Wai se dirigía a Francisco—. Si su sirviente huyó, ¿por qué se esperaba a mis emisarios y por qué se hizo fuego a traición sobre ellos?

Chisholm hubiera querido decir que en aquellos tiempos la guarnición de Paitan estaba siempre alerta y pronta a disparar en cuanto avistaba un soldado de Wai. Tenía la certeza de que tal era la explicación. Pero juzgó más discreto refrenar su lengua.

—Ahora ya no es usted tan charlatán. Diez golpes en la espalda por mantener un silencio indebido.

—¡Déjenos volver a nuestras Misiones! —exclamó Fiske, extendiendo las manos y gesticulando como una mujer agitada—. Le juro solemnemente que será usted pagado Sin la menor vacilación.

—No soy tan necio.

—Pues envíe otro de sus soldados a la calle de las linternas con un mensaje que escribiré yo mismo. Envíelo inmediatamente.

—¿Para que me lo maten también? Quince golpes por suponerme un mentecato.

El médico, bajo los golpes, rompió en lágrimas.

—Merece usted compasión —balbuceó—. Le perdono, pero le compadezco, le

compadezco...

Durante la pausa que se produjo fue fácil observar una sombría expresión de regocijo en las contraídas pupilas de Wai. Se volvió a Josué. El muchacho era sano y fuerte. Y Wai necesitaba reclutas a toda costa.

—Dime: ¿estás dispuesto a reparar tu culpa alistándote bajo mi bandera?

—Agradezco el honor —repuso firmemente Josué—, pero es imposible.

—Renuncia a tu diabólico dios extranjero y serás perdonado.

Chisholm padeció un instante de cruel suspensión, disponiéndose a la humillación y al disgusto de ver ceder al muchacho.

—Moriré contento por el verdadero Señor de los cielos.

—Treinta golpes por ser un malvado tan contumaz.

Josué no dejó escapar un solo grito. Sufrió el castigo con los ojos bajos. Ni un gemido se le oyó. Pero cada golpe hacía parpadear a Chisholm.

—¿No aconseja usted a su sirviente que se arrepienta?

—Nunca —repuso el sacerdote con energía, iluminada su alma por la valentía del muchacho.

—Veinte golpes en las piernas por esa reprensible obstinación.

Al duodécimo golpe en la espinilla, sonó un agudo chasquido. Un congojoso dolor invadió la rota extremidad.

«¡Oh Señor —pensó Francisco—, ése debía de ser el más débil de mis pobres huesos!».

Wai miró a sus cautivos con decisivo talante.

—No puedo continuar albergándolos. Si no llega el dinero mañana, preveo que va a sucederles algún mal.

Y los despidió inexpresivamente. Chisholm avanzó, cojeando, por el patio. En el *yao-fang* hízole sentar la señora Fiske y le quitó la bota y el calcetín. Fiske, ya algo repuesto, procedió a reacomodar el hueso roto.

—No tengo ni una mala tabilla; sólo estos andrajos... Su voz sonaba trémula y aguda. Prosiguió:

—Es una fractura mala. Si no descansa usted bien, vendrán complicaciones. Fíjese cómo me tiemblan las manos. ¡Dios mío, ayúdanos! ¡Nosotros, que nos íbamos a América el próximo mes! No nos iremos, no...

—¡Vamos, Wilbur! —apaciguóle ella, tocándole suavemente.

Fiske, silencioso, terminó de vendar la pierna lesionada. Ella dijo:

—Tenemos que mantenernos animados. Si cedemos hoy, ¿qué será mañana?

No estaba, quizá, de más que la mujer los preparase así.

Por la mañana fueron sacados los cuatro al patio, donde se hacinaba toda la población de Tou-en-lai, rumorosa ante el espectáculo que le esperaba. Los cautivos llevaban las manos atadas a la espalda, y bajo los brazos se les había pasado una caña

de bambú. Dos soldados asieron los extremos de cada caña y, alzando de este modo a los prisioneros, les hicieron describir seis vueltas alrededor de la explanada. Cada círculo era menor que los anteriores y acercaba progresivamente a los prisioneros a la fachada de la casa —fachada acribillada a balazos— donde se hallaba sentado Wai.

Entre la tortura que le causaba su pierna rota y aquella estúpida ignominia, el Padre Chisholm sentía un terrible abatimiento, rayano en la desesperación, viendo a criaturas formadas por las manos de Dios hallar placer y motivo de fiesta en la sangre y las lágrimas de sus semejantes. Hubo de sofocar la terrible insinuación de que Dios no podía formar seres así...

Vio que varios de los soldados empuñaban fusiles y ello le hizo esperar un próximo fin clemente. Pero, tras una pausa, y a un signo de Wai, los cautivos fueron conducidos por el empinado sendero que llevaba hasta algunos sampanes amarrados junto a una angosta franja de guijo, en la orilla del río. Allí, ante la multitud reunida de nuevo, los cautivos fueron arrastrados corriente adentro y amarrados a sendas estacas clavadas en el fondo. El agua tenía metro y medio de profundidad.

El cese de la amenaza de una ejecución súbita era tan inesperado, tan intenso el contraste con la sucia lobreguez de la caverna, que resultaba imposible evadirse a una sensación de alivio. El contacto del agua, clara como el cristal, helada por la altura de las montañosas fuentes en que nacía, reanimó a los misioneros. La pierna del sacerdote dejó de dolerle. La señora Fiske esbozó una débil sonrisa. Ver su valor desgarraba el alma.

Sus labios articularon estas palabras:

—Aquí, al menos, nos limpiaremos...

Pero, a la media hora, se produjo un cambio. Chisholm no osaba mirar a sus compañeros. El río, al principio vigorizador, parecía enfriarse más cada vez, perdiendo la tonicidad de su contacto y comprimiendo hasta el paroxismo sus cuerpos y, sobre todo, sus extremidades inferiores.

Cada latido del corazón, al forzar a la sangre a correr por las heladas arterias, producía una pulsación penetrante y congojosa. Las cabezas, emergiendo sobre las aguas, flotaban, como incorpóreas, en una bruma rojiza. El sacerdote, a pesar de que sus sentidos se ofuscaban, esforzóse en averiguar la razón de aquella tortura y recordó que era la «prueba del agua», un sadismo aplicado con intermitencias, consagrado por la tradición e inventado por el tirano Chang. El castigo encajaba bien en los propósitos de Wai, porque, probablemente, traducía su aún no perdida esperanza de que el rescate fuera pagado. Francisco reprimió un gemido. Si estaba en lo cierto, sus sufrimientos no habían acabado aún.

El médico, con los dientes castañeteantes, se esforzaba en hablar:

—Esto es notable... Una perfecta demostración de la angina de pecho... Sangre intermitentemente lanzada a través de un constreñido sistema vascular. ¡Oh Dios,

Señor de las almas! —gimió luego—. ¿Por qué nos has abandonado? Mi pobre mujer... gracias a Dios, se ha desmayado... ¿Dónde estoy? ¡Inés, Inés!

Y perdió el conocimiento.

El sacerdote volvió trabajosamente los ojos hacia Josué. La cabeza del muchacho, apenas visible para su vista ofuscada, parecía la de un decapitado, la de un juvenil San Juan Bautista sobre una bandeja de veloces aguas. ¡Pobre Josué... y pobre José! ¡Cuánto añoraría éste a su primogénito! Francisco dijo con dulzura:

—Hijo, tu valor y tu fe... me son muy gratos.

—Esto no es nada, maestro.

Una pausa. El sacerdote, hondamente conmovido, hizo un esfuerzo para vencer el sopor que le dominaba.

—Quería decirte, Josué, que cuando volvamos a la Misión te regalaré el caballo roano.

—¿Piensa el maestro que volveremos a la Misión?

—Si no es así, Josué, Dios te dará un caballo mejor, con el que cabalgarás en los cielos.

Otra pausa. Josué añadió con voz débil:

—Creo, Padre, que preferiría el caballito de la Misión. Una oleada llenó los oídos de Francisco, concluyendo la conversación y sumiéndole en intensas tinieblas. Cuando el sacerdote recobró el conocimiento, él y todos estaban de nuevo en la cueva, en mojado montón. Pasó un momento procurando tornar a la conciencia de sí mismo y oyó a Fiske decir a su esposa, con el quejoso acento en que se había trocado su voz:

—Al menos, estamos fuera de aquel espantoso río...

—Sí, querido Wilbur, fuera... pero, o mucho me engaño, o ese rufián volverá a sumergirnos mañana en el agua.

La mujer hablaba con un tono tan natural como si discutiese la minuta de la comida. Prosiguió:

—No nos ilusionemos, querido. Si nos conserva la vida es porque quiere matarnos de otro modo más horrible.

—¿Y... no temes, Inés?

—Lo más mínimo, y tú tampoco debes asustarte. Necesitamos probar a esos pobres paganos... y al Padre... cómo mueren los buenos cristianos de Nueva Inglaterra.

—Eres una mujer valiente, querida Inés.

El sacerdote sintió casi la presión del brazo de la mujer en torno al cuerpo de su esposo. Estaba muy excitado. Le acometía un apasionado interés por sus compañeros, tan diferentes de él los tres, y tan queridos para él, sin embargo. ¿No habría modo de escapar? Con la frente apretada contra el suelo, rechinantes los dientes, pensó,

pensó...

Una hora después, cuando Ana entró con un plato de arroz, se interpuso entre ella y la puerta.

—¡Ana! No niegues que eres Ana. ¿Ésta es tu gratitud por lo que hicimos por ti en la Misión? No —dijo, viendo que, ella intentaba salir—. No te permitiré irte hasta que me escuches. Tú eres aún hija de Dios y no puedes consentir que seamos asesinados lentamente. En su nombre te ordeno que nos ayudes.

—No puedo hacer nada.

En la oscuridad de la cueva era imposible ver el rostro de la mujer. Pero su voz, aunque huraña, sonaba sumisa.

—Puedes hacer mucho. Deja la puerta abierta, sin correr el cerrojo. Nadie te culpará de ello.

—¿De qué serviría? Los caballos están encerrados.

—No necesitamos caballos, Ana.

En los ojos bajos de la mujer apareció una chispa interrogativa.

—Si salen ustedes de Tou-en-lai a pie, los apresarán al día siguiente.

—Nos iremos en un sampán, río abajo.

—Imposible —dijo Ana, moviendo la cabeza con vehemencia—. Hay rápidos fortísimos.

—Más vale ahogarnos en los rápidos que aquí.

—Me es igual donde se ahoguen. Eso no es cosa mía. Ni tampoco —añadió con súbita violencia— el ayudarles en nada.

De pronto, el doctor Fiske alargó el brazo en la oscuridad y asió la mano de la mujer.

—Escuche, Ana, cójame los dedos y atienda. Haga usted esto y no le pesará. ¿Comprende? Deje abierta la puerta esta noche.

Hubo una pausa. Ana vaciló. Luego, retiró lentamente la mano.

—No. Hoy no puedo.

—Tiene usted que poder.

—Lo haré mañana... ¡Mañana, mañana!

Y, con singular cambio de modales, con repentina violencia, la mujer inclinó la cabeza y salió de la cueva, corriendo. La puerta se cerró tras ella con fuerte golpe.

Un silencio más intenso que antes señoreó la gruta.

Nadie creía que la mujer cumpliera su palabra. Y aunque pensara cumplirla, ¿qué era su promesa, teniendo en cuenta las cosas que podrían ocurrir al día siguiente?

—Estoy enfermo —murmuró Fiske, quejumbroso, apoyando la cabeza en el hombro de su mujer.

En la oscuridad oíasele dar golpes explorativos en su propio pecho.

—Tengo las ropas empapadas todavía —deploró—. ¿Oyes este sonido tan feo? Es

congestión... ¡Dios mío!, y yo que pensaba que no había torturas como las inquisitoriales.

Pasó penosamente la noche, la mañana era fría y oscura. Cuando la luz se filtró por los intersticios de la puerta y empezaron a oírse voces en el patio, la señora Fiske se incorporó con una expresión resueltamente sublime en su rostro, aún coronado por el pañuelo que le envolvía la cabeza.

—Padre Chisholm, puesto que es usted el sacerdote de más edad, le ruego que ore por nosotros antes de que vayamos a sufrir el martirio.

Chisholm se arrodilló junto a la mujer. Todos se enlazaron por las manos. Francisco oró lo mejor que pudo, quizá tan bien como no lo había hecho en su vida. Luego, los soldados acudieron a buscarlos.

La debilidad de los cautivos les hizo hallar el río más frío que la otra vez. Fiske lanzó un grito histérico cuando le metieron en el agua. Para el Padre Chisholm era todo una visión brumosa.

Sus pensamientos se confundían. La inmersión, la purificación por el agua... Una gota y se salva uno... ¿Cuántas gotas habría allí? Millones y millones... Y cuatrocientos millones de chinos esperaban, para ser salvados, una gota de agua cada uno...

—¡Padre, querido Padre Chisholm! —gritó la señora Fiske, con los ojos turbios, presa de una repentina alegría febril— o Todos están mirándonos desde la orilla. Démosles un ejemplo. Cantemos. ¿Qué himno común poseen nuestras Iglesias? El de Navidad, desde luego... Y tiene un estribillo muy hermoso. Vamos, Josué, Wilbur, todos...

Y en un tono alto y trémulo, empezó:

*Venid todos los fieles
Alegres y triunfantes...*

Francisco se unió a los demás:

*Venid todos los fieles,
al portal de Belén.*

A última hora de la tarde estaban los prisioneros otra vez en la cueva. El médico yacía de lado. Respiraba con dificultad. Habló con acento de triunfo:

—Pulmonía congestiva. Ya lo sabía ayer. Sonido falso en el vértice y crepitaciones. Lo siento, Inés, aunque... casi me alegro.

Nadie contestó. La señora Fiske, con sus dedos empapados, rugosos, empezó a acariciar la ardorosa frente de su marido. Todavía estaba acariciándole cuando Ana

llegó. Pero esta vez la mujer no traía ninguna vitualla.

Permaneció en la entrada, mirándolos con una especie de rezongona hurañía. Al fin dijo:

—He dado la cena de ustedes a los soldados. Les ha parecido una gran ocurrencia. Váyanse de prisa, antes de que descubran su error.

Reinó un absoluto silencio. Chisholm sintió saltar su corazón dentro de su cuerpo demacrado, exhausto. Parecía imposible que por su propia voluntad pudiese abandonar la cueva. Dijo:

—Dios te bendiga, Ana. No has olvidado al Señor y el Señor no te ha olvidado a ti.

Ella no contestó. Miraba al sacerdote con sus ojos negros e inescrutables, en los que él nunca había sabido leer, ni siquiera aquella noche en que la recogió entre la nieve. Pero le producía una fervorosa satisfacción el ver que Ana hacía honor a sus enseñanzas, de modo inequívoco, ante el doctor Fiske. La mujer permaneció un instante en la puerta y, luego, se alejó.

Fuera de la gruta reinaba la oscuridad. En el *yao-fang* inmediato se oían risas y voces contenidas. Al otro lado del patio brillaba una luz en el pabellón de Wai. Las cuadras y los alojamientos de los soldados tenían también una débil iluminación. El repentino ladrido de un perro estremeció los torturados nervios del sacerdote. La liviana esperanza que les impelía era como un dolor nuevo, sofocante por su intensidad.

Cautelosamente, Francisco se esforzó en mantenerse derecho. Pero le fue imposible y cayó a tierra. El sudor perlaba la frente. La pierna rota, hinchada hasta ser tres veces más voluminosa de lo habitual, no le permitía dar un paso.

En un cuchicheo dijo a Josué que se echara a la espalda al casi inerte doctor y lo llevara sigilosamente hasta los sampanes. Los vio alejarse, acompañados por la señora Fiske. Josué se doblegaba bajo la carga y procuraba hábilmente mantenerse protegido por las sombras de las rocas. El ligero rodar de una piedra suelta llevó a los oídos del Padre un rumor que le pareció capaz de despertar a los muertos. Pero pronto respiró. Nadie había escuchado aquel rumor más que el misionero. A los cinco minutos volvió Josué. Inclinandose sobre el hombro del joven y apoyándose en él, Chisholm bajó el sendero, lenta y penosamente.

Fiske estaba ya tendido en el fondo del sampán, y su mujer se acurrucaba a su lado. El sacerdote se puso a popa. Alzando con ambas manos su pierna inválida, la colocó de manera que no estorbaba, como si fuera un leño inútil, y se acodó en la borda. Mientras Josué, a proa, desanudaba la amarra que retenía la navecilla, Francisco se aferró al remo timonero, dispuesto a manejarlo.

De pronto, estalló un grito en lo alto del acantilado. Siguió otro y, luego, hubo rumor de carreras. Sobrevino una gran conmoción; los perros ladraban con violencia.

Dos antorchas flamearon en la oscuridad y, entre voces agudas y excitadas y gran tumulto de pies, las luces empezaron a descender por el sendero del río.

En la angustiosa inmovilidad del cuerpo del sacerdote, sólo sus labios se agitaban. Pero permaneció silencioso. Josué, que ya se afanaba en la retorcida cuerda, conocía el peligro y no le era menester la confusión suplementaria de una orden.

Al fin, lanzando un «¡ah!» de consuelo, el muchacho logró soltar la cuerda y se dejó caer sobre los bancos de la barca. En el mismo momento sintió Chisholm flotar el sampán, y, reuniendo cuantas fuerzas le quedaban, lo impulsó hacia el centro de la corriente. Un segundo, al salir de junto al margen, giraron en el agua, sin rumbo, y, luego, comenzaron a deslizarse río abajo. En la orilla, tras ellos, las antorchas iluminaron un grupo de presurosas figuras. Crepitó un fusil, seguido por una descarga irregular. La proa cortaba el agua con una especie de tajante zumbido. Ahora avanzaban de prisa, mucho más de prisa, y casi estaban ya fuera del alcance de las armas. Chisholm contemplaba las tinieblas que se levantaban ante ellos como una muralla y sentía un alivio febril cuando, de pronto, en medio del disperso tiroteo, un violentísimo choque pareció alejarle de la noche y de la realidad. Su cabeza osciló al contacto de lo que parecía una enorme piedra vigorosamente arrojada. Fuera del golpe abrumador, no sintió dolor alguno. Una bala le había atravesado la mandíbula superior del lado derecho. Nada dijo. El fuego cesó. Ninguno más había sido herido.

El río los impulsaba ahora a intimidante velocidad. Francisco tenía la certeza de que, antes o después, la corriente se uniría al Huang. No podía ser de otro modo. Se inclinó hacia Fiske y, viendo que había recobrado el conocimiento, procuró reanimarle.

—¿Cómo se siente usted?

—Muy bien, teniendo en cuenta que estoy agonizando... —y reprimió una tosecilla—. Siento haberme portado como una indigna vieja, Inés.

—No digas eso, querido.

El sacerdote se incorporó tristemente. La vida de Fiske se extinguía. Y su propia resistencia estaba casi agotada. Hubo de vencer un irreprimible anhelo de llorar.

Un aumento en el rumor del río les indicó que se acercaban a aguas revueltas. Aquel ruido pareció disipar la poca visualidad que a Chisholm le quedaba. Nada veía. Con el único remo de la barca procuró mantenerla en el centro de la corriente. Y cuando sintió el sampán precipitarse hacia abajo, el sacerdote encomendó a Dios las almas de todos.

Había rebasado todo cuidado, toda comprensión de las causas de que la barca pudiera resistir aquel inaudito fragor, que le colmaba con una estupefacción profunda. Asíase al inútil remo mientras saltaban y se hundían invisiblemente. A veces parecían desplomarse en el vacío, como si el sampán hubiese perdido la tablazón del fondo. Cuando, con un crujido de rotura, la celeridad del bote se detuvo, Francisco pensó

que se iban a pique. Pero otra vez se lanzaron hacia delante. El agua, como hirviendo, los rodeaba, saltaba hacia ellos según descendían entre remolinos. Cada vez que Francisco creía ya alejado el peligro, un nuevo fragor sobrevenía, los alcanzaba, los devoraba... En una angosta curva del río, la barca tropezó con loca fuerza contra la margen rocosa, arrancando las ramas bajo los árboles inclinados de la ribera. Luego, saltaron, giraron, fueron precipitados una vez más hacia delante. El cerebro de Chisholm se sentía trepidante, baqueteado, como prendido en aquellos remolinos, y se hundía, se hundía, se hundía...

Ya mucho más abajo, la calma del agua mansa devolvióle un tanto el conocimiento. Frente a ellos, una estrecha franja de aurora se cernía sobre una ancha extensión de aguas casi bucólicas... Era imposible precisar la distancia recorrida, aunque Francisco adivinaba vagamente que podían ser muchos *li*. Sólo le constaba una cosa: que habían llegado al Huang y que flotaban plácidamente sobre su superficie, hacia Paitan.

Quiso moverse, pero no pudo, porque la debilidad le aherrojaba. La pierna lisiada pesábale más que el plomo, y su rostro herido le producía una insoportable neuralgia. Con un increíble esfuerzo, logró arrastrarse lentamente bote adelante, apoyándose en las manos. Aumentaba la claridad. A proa, Josué, molido, pero vivo, dormía hecho un ovillo sobre sí mismo. En el fondo del sampán yacían juntos Fiske y su mujer. Ella le sostenía la cabeza con el brazo y le escudaba con su cuerpo, guardándole del agua introducida en la barca. La señora Fiske estaba despierta y relativamente serena. Examinándola, el sacerdote sintió un inmenso sobresalto. Ella había mostrado más fortaleza que ninguno. Los ojos de la misionera respondieron con una vaga negación a la mirada interrogante del sacerdote. Éste comprendió que el médico estaba a punto de expirar.

Fiske, en efecto, sólo alentaba de un modo espasmódico, con intervalos en que no respiraba siquiera. Mascullaba un murmullo continuo. Sus ojos, fijos ya, continuaban abiertos. De pronto, apareció en ellos una expresión difusa, insegura. La sombra de un movimiento cruzó sus labios. No era nada, pero, aun así, aquel «nada» encerraba la insinuación de una sonrisa. Su murmullo asumió una forma coherente.

—No se enorgullezca mucho, querido amigo de lo de Ana... —un estertor—. Ni de la enseñanza que usted la transmitió... —otro estertor—. Yo la soborné... —un débil rubor de risa—. Le di el billete de cincuenta dólares... que siempre he escondido en el zapato... —Marcó una pausa de débil triunfo—. Pero Dios le bendiga, de todos modos... querido amigo...

Pareció más feliz ahora que había dicho su sentencia final. Cerró los ojos. Cuando salió el sol entre torrentes de repentina luz, los fugitivos advirtieron que Fiske había expirado.

Volviendo a popa, Chisholm vio a la señora Fiske colocar debidamente las manos

de su marido sobre el pecho. A su vez, miró, ofuscado, sus propias manos. La parte superior de sus muñecas estaba extrañamente cubierta de rojas y salientes manchitas. Tocándolas resbalaban a lo largo de la piel, como perdigoncillos. «Algún insecto ha debido de picarme por la noche, mientras yo dormía» pensó.

Más tarde, entre los vapores de la mañana, divisó a lo lejos, río abajo, las chalanas de los pescadores con cormoranes. Cerró los ojos, donde sentía un dolor como de latido. El sampán avanzaba, avanzaba en la dorada bruma, hacia las barcas pesqueras...

XII

Una tarde, seis meses después, los dos nuevos misioneros, el Padre Esteban Munsey y el Padre Jerónimo Craig, discutían con interés, acompañándose de café y cigarrillos, ciertos preparativos que les ocupaban.

—Todo marchará perfectamente. Gracias a Dios, hace buen tiempo.

—Y no parece que vaya a estropearse —añadió el Padre Jerónimo—. ¿No es una bendición que tengamos la banda?

Eran jóvenes, robustos, llenos de vitalidad, con una inmensa creencia en Dios y en sí mismos. El Padre Munsey, sacerdote americano, con un título médico obtenido en Baltimore, era algo más alto —un mocetón de un metro ochenta—; pero los recios hombros del Padre Craig habíanle ganado un lugar en los equipos de boxeo de Holywell. Aunque Craig fuese británico, tenía un agradable toque de la viveza americana, porque había seguido dos años de preparación misional en el Colegio de San Miguel, en San Francisco. Allí había conocido al Padre Munsey. Los dos, instintivamente, habían sentido, al verse, una atracción mutua que pronto se convirtió en afecto. Se llamaban por los diminutivos de sus nombres, salvo en las ocasiones en que un ramalazo de auto dignidad les inducía a un tono más protocolario («Jerry, muchacho, ¿jugamos al *basket-ball* esta tarde? ¡Ah!, a propósito, Padre, ¿a qué hora dice misa mañana?»). El ser enviados a Paitan juntos selló definitivamente su amistad.

—He pedido a la Madre María de las Mercedes que venga —dijo el Padre Esteban, sirviéndose más café.

Era un hombre bien formado y varonil, un par de años mayor que Craig y, reconocidamente, el jefe. Añadió:

—Sólo para discutir los detalles finales. ¡Es una mujer tan simpática y atenta! Creo que nos servirá de gran ayuda.

—Sí; es una gran persona. Creo sinceramente, Esteban, que vamos a hacer grandes cosas cuando nos quedemos aquí solos.

—¡Chist! No hables tan alto. El buen viejo no es lo sordo que te imaginas.

—¡Qué caso el de ese hombre! —dijo el Padre Jerry, cuyas recias facciones se iluminaron con una sonrisa evocadora—. Ya, ya sé que simpatizas con él... ¡Pero salir a su edad con una pierna rota, una mandíbula aplastada, y, para colmo, la viruela...! En fin: todo eso demuestra que es hombre de bríos.

—Ahora se ha quedado muy débil —repuso Munsey, con tono serio—. Esto le ha dejado destruido. Esperemos que el regreso a su patria le beneficie.

—Es un viejecillo endiabladamente pintoresco... Perdona, Padre; no lo dije por mal... Pero ¿recuerdas cuando estaba tan enfermo y la señora Fiske le envió aquella

magnífica cama grande? ¡El trabajo que nos costó convencerle de que se acostara en ella!, decía: «¿Cómo voy a descansar con tanta comodidad?».

Y Jerry rió.

—Pues, ¿y cuando tiró el filete a la cabeza de la Madre María...? —dijo el Padre Esteban.

Pero cortó en seco sus palabras y la sonrisa que había empezado a dibujar su rostro, y apresuróse a añadir:

—No, no, Padre; no demos suelta a la lengua. Al fin y al cabo, el viejo no es tan malo si se sabe llevarlo por buen camino. Después de treinta años de vivir aquí solo, cualquiera acaba perdiendo un poco la chaveta. Gracias a Dios, nosotros somos dos... ¡Adelante!

Entró la Madre María de las Mercedes, sonriente, rubicunda, amistosos y alegres los ojos. Se sentía muy contenta con los dos sacerdotes nuevos, a quienes miraba, por instinto, como dos buenos muchachos. Ella les servía de madre. Convenía a la Misión aquella inyección de sangre juvenil. La monja se sentiría más mujer, más humana, si tenía que repasar y coser unas auténticas mudas recias de sacerdote...

—Buenas tardes, reverenda Madre. ¿Podemos ofrecerle la bebida que estimula y no embriaga? Bien. ¿Dos terrones? ¡Golosa! Vamos a tener que vigilarla en Cuaresma... Ahora ocupémonos de las ceremonias de mañana, con motivo de la despedida del Padre Chisholm.

Hablaron juntos, amistosos y animados, durante media hora. Luego, la Madre María de las Mercedes pareció prestar oído a algún rumor fuera de la estancia. Su expresión maternal se intensificó. Chasqueó la lengua mientras escuchaba, con una expresión de profundo interés.

—No oyen al Padre, ¿verdad? Ni yo tampoco. ¡Válgame Dios! Seguramente ha salido sin decirnos nada.

Se levantó.

—Dispénsenme, Padres. Tengo que ver dónde está el Padre Chisholm. Si se moja los pies, lo habrá echado a perder todo.

Apoyado en su viejo paraguas, arrollado ahora, el Padre Chisholm recorría, en peregrinación postrera, su Misión de San Andrés, aquel ligero ejercicio le fatigaba absurdamente. Comprendió, exhalando un interior suspiro, que su última enfermedad le había dejado inútil de un modo lastimoso... Era ya un viejo. La idea parecióle asombrosa. Se sentía, en el fondo, tan poco diferente, tan poco cambiado... y mañana debía partir de Paitan... ¡Increíble! ¡Él, que ya se había hecho a la idea de que sus huesos reposaran al pie de los jardines de la Misión, junto a Willie Tulloch...! Las frases de la carta del obispo volvieron a su memoria:... No obstante, en solícita atención a tu salud, profundamente agradecidos a los servicios prestados, queremos que terminen tus tareas en el campo misional... «¡Bien! Hágase la voluntad de Dios».

Permanecía inmóvil en el diminuto camposanto, notándose invadido por una oleada de tiernas y espectrales memorias, mirando las cruces de madera. La de Willie, la de la Hermana Clotilde, la de Fu, el viejo jardinero; otra docena más... Cada una un fin y un principio, como piedras miliare de una común peregrinación.

Sacudió la cabeza, cual un caballo viejo rodeado de zumbones insectos en un campo bañado de sol. No debía entregarse a aquellos sueños. Por encima del bajo cercado, fijó la mirada en la nueva pradera. Josué estaba desbravando el caballo roano, mientras cuatro de sus hermanos menores le contemplaban con admiración. José no andaba lejos de allí. Gordo, complaciente, con sus cuarenta y cinco años ya, conducía el resto de sus nueve hijos hacia la portería, después del habitual paseo vespertino, empujando ante sí un andador, de mimbre. Con una leve sonrisa, el sacerdote pensó: «¡Magnífico ejemplo de cómo se subyuga al hombre!».

Había recorrido toda la Misión, haciéndolo lo más discretamente que le fue posible, porque sabía lo que le esperaba al día siguiente. La escuela, el dormitorio, el refectorio, los talleres de encaje y de colchonería, el pabelloncito anejo que había abierto el año pasado para enseñar cestería a los niños ciegos... ¿Para qué continuar el parvo cómputo? En el pretérito, Chisholm había mirado sus realizaciones como un modesto éxito. Ahora, en su presente y suave melancolía, considerábalo todo como nada. Volvióse de pronto; se irguió. Llegaba del nuevo local una especie de estertor ominoso: el de personas soplando en instrumentos de viento. Reprimió una sonrisa oblicua, quizás una mueca. Aquellos jóvenes sacerdotes, con sus explosivas ideas... La noche antes, mientras él —en vano, por supuesto— se esforzaba en instruirlos acerca de la topografía de la Parroquia, el Padre Munsey murmuró: «*Para eso están los aviones*». ¡Qué cosas sucedían! Dos horas de aeroplano hasta la aldea Liu... ¡y su primer viaje le había costado una caminata de dos semanas!...

No debía prolongar su paseo, porque la tarde refrescaba en demasía. Pero, aun sabedor de que su desobediencia iba a costarle un regaño, oprimió su paraguas con más fuerza y continuó descendiendo con paso lento la Montaña de Brillante Jade Verde, camino del abandonado lugar de la primitiva Misión. En el viejo recinto crecían bambúes, y su extremo inferior estaba invadido por un pantano; pero el establo de adobes persistía aún.

Inclinando la cabeza, pasó bajo el inseguro techo. En el acto le asaltó otro tropel de recuerdos. Veía a un sacerdote joven, moreno, vivo y entusiasta, acurrucado ante un brasero de metal, sin otra compañía que un mozalbete chino. Y, luego, la primera misa que se celebrara allí, sobre su baúl de barnizado latón, sin monaguillo ni campanilla, él sólo... ¡De qué modo hacían vibrar aquellas remembranzas las tensas cuerdas de sus evoluciones! Su figura humilde, torpe, se arrodilló con dificultad y, prosternado en el establo, oró, pidiendo a Dios que no le juzgara por sus obras, sino por sus intenciones.

De regreso a la Misión, entró por la puerta lateral y subió con sigilo las escaleras. Tuvo la suerte de que nadie le viera llegar. No deseaba provocar «un huracán de portazos», como él decía, esto es, una gran conmoción de pisadas, de puertas, de botellas de agua caliente, de solícitas ofertas de sopa... Mas, cuando abrió la puerta de su despacho, tuvo la sorpresa de hallar dentro al señor Chia. El rostro desfigurado del sacerdote, a la sazón lívido de frío, se iluminó con una repentina calidez. Prescindiendo de formulismos, asió la mano de su viejo amigo, se la oprimió con fuerza y dijo:

—Ya contaba con que viniera usted.

—¿Cómo no hacerlo? —dijo Chia, hablando con una voz triste y singularmente turbada—. No necesito explicarle, mi querido Padre, cuán profundamente deploro su marcha. Nuestra prolongada amistad ha significado mucho para mí.

—También yo —repuso el sacerdote— le añoraré mucho. Siempre me ha abrumado usted con beneficios y amabilidades.

—Eso es menos que nada —replicó Chia, rechazando con un ademán aquellas expresiones de gratitud— si se compara con el inestimable servicio que usted me prestó. Además, ¿no he disfrutado siempre de la paz?, ¿la belleza del jardín de su Misión? Sin usted, este jardín quedará muy triste. ¿No podrá —añadió con tono vacilante volver a Paitan cuando se reponga?

—Nunca —dijo el sacerdote. Y calló un momento, esbozando la sombra de una sonrisa—. Cuando usted y yo nos volvamos a ver será en el mundo celestial, en la otra vida...

Descendió sobre ambos un extraño silencio. La voz reprimida de Chia lo interrumpió:

—Puesto que el tiempo que nos queda de estar juntos es limitado, quizá no fuese inoportuno que hablásemos un momento de esa otra vida.

—Todo mi tiempo está destinado a tales pláticas. Chia titubeó, embarazado por una turbación insólita en él.

—Nunca he meditado muy profundamente sobre lo que puede haber después de esta vida. Pero, si algo hay, me sería muy grato gozar de la amistad de usted allí.

A pesar de su larga experiencia, Chisholm no advirtió la importancia de aquellas palabras. Sonrió sin responder. Chia, con gran esfuerzo, vióse obligado a hablar directamente:

—Yo he dicho a menudo, amigo mío, que cada religión tiene una puerta en el cielo...

Un débil rubor se traslució bajo su piel morena, mientras continuaba:

—Pero parece que ahora siento un extraordinario deseo de entrar en el cielo por la misma puerta que usted.

Un silencio mortal. La encorvada figura del Padre Chisholm estaba inmóvil,

rígida.

—No puedo creer que hable usted en serio.

—Una vez, hace muchos años, cuando curó usted a mi hijo, no hablaba en serio, es verdad. Pero entonces yo desconocía la vida de usted, su paciencia, su serenidad, su valor... La bondad de una religión se juzga, más que nada, por la bondad de los que la profesan. Usted, amigo mío..., me ha convencido con su ejemplo.

Chisholm se llevó la mano a la frente, que en él era un signo habitual de oculta emoción. Su conciencia le había reprochado a menudo el no haber aceptado la oferta que Chia le hiciese antaño, siquiera fuese sin convicción. Habló lentamente:

—Durante todo el día he sentido en la boca el amargo sabor de las cenizas del fracaso. Las palabras de usted reaniman las llamas de mi corazón. Porque siento en este momento que mis tareas no han sido estériles. Pero, a pesar de lo que le digo... ¡no haga esto por amistad, si no tiene fe!

Chia repuso con firmeza:

—Lo hago por amistad y por fe. Usted y yo somos como hermanos. Su Dios ha de ser también el mío. Así, aunque parta usted mañana, quedaré tranquilo, sabiendo que nuestras almas se reunirán algún día en el jardín de nuestro Maestro.

Durante un rato no acertó a hablar el sacerdote. Luchaba para encubrir la profundidad de sus sentimientos. Tendió la mano a Chia y dijo, al fin, en voz baja:

—Bajemos a la iglesia.

La mañana siguiente fue cálida y clara. Chisholm, despierto por un son de cánticos, saltó de entre las sábanas del lecho que le envió la señora Fiske y renqueó hacia la ventana abierta. Bajo su balcón, una veintena de niñas de la clase elemental, de nueve años de edad las mayores, vestidas de blanco con bandas azules, cantaban en honor del sacerdote:

«Salve, sonriente mañana...».

Él sonrió. Al final del décimo verso, dijo:

—Basta, basta, id a desayunaros.

Ellas se interrumpieron, sonriéronle también y le preguntaron, empuñando todos sus papeles de música:

—¿Le ha gustado, Padre?

—No... Sí, sí... Pero es hora de desayunarse.

Otra vez entonaron el cántico desde el principio —añadiendo estrofas suplementarias— mientras él se rasuraba. Al oír las palabras: «En tu fresca mejilla», se hizo un corte. Mirándose en el diminuto espejo, pensó con benignidad: «Primero, lisiado y con marcas de viruela... y ahora, con un rasguño... ¡Válgame Dios!, qué aspecto de endiablado rufián he adquirido. Hoy debo andar con cuidado, porque si

no...».

Sonó el batintín anunciando el desayuno. Los Padres Munsey y Craig le esperaban, atentos, deferentes, risueños. Uno acercó la silla de Chisholm, otro levantó para él la tapa de la tetera... En su afán de servirle, no acertaban a estarse quietos. Él los reprendió:

—¿Quieren ustedes, grandísimos tontos, dejar de tratarme como si yo fuese su bisabuela en el día de su centenario?

«Es menester seguirle la corriente al buen viejo», pensó el Padre Jerry y sonrió blandamente.

—Al contrario, Padre: le tratamos como si fuera usted uno de nosotros; Desde luego, no puede usted declinar los honores debidos a quien, como un explorador, abrió los primeros senderos... Ni puede ni lo desea. Es su recompensa natural y no tiene usted la menor duda sobre ello.

—Tengo muchas y grandísimas dudas. El Padre Esteban dijo con calor:

—No se disguste, Padre. Me hago cargo de sus sentimientos, pero nosotros no permitiremos que su labor se vuelva infructuosa. Jerry y yo... quiero decir el Padre Craig y yo, tenemos preparados planes para duplicar la extensión y eficacia de la Misión de San Andrés. Vamos a movilizar veinte catequistas, pagándoles buenos salarios, y montaremos una cocina pública, en la calle de las Linternas, frente a esos amigos de usted: los metodistas. Les vamos a dar en las mismas narices —dijo, riendo de buena gana, con tono tranquilizador—. Pensamos propagar un catolicismo sano, entero, sincero. ¡Pues no le digo nada cuando nos procuremos un avión! Espere nuestros gráficos de conversiones. Espere...

—... que las vacas vengan solas a casa —interrumpió Chisholm, soñador.

Los dos jóvenes_ sacerdotes cambiaron una mirada comprensiva. El Padre Esteban dijo, solícito:

—¿No olvidará tomar su medicina durante el viaje, Padre? Una cucharada *ex aqua*, tres veces al día. Tiene usted en la maleta una botella grande.

—No la tengo, porque la he tirado antes de bajar. Chisholm, de repente, rompió a reír. Rió hasta agitar todo su cuerpo en convulsiones de hilaridad.

—Hijos míos, no me hagan caso. Soy un extravagante, un belitre... Ustedes harán grandes cosas aquí si no se muestran demasiado engreídos, si son afables y tolerantes, y, sobre todo, si no se empecinan en enseñar a los chinos maduros la manera de cascar los huevos, valga la frase.

—Claro... Por supuesto, Padre.

—Escuchen: no me sobra ningún avión, pero quiero dejarles un recuerdo útil. A mí me lo regaló un sacerdote anciano y me ha acompañado en casi todos mis viajes.

Levantándose de la mesa, cogió en un rincón de la estancia el paraguas de lana escocesa que MacNabb le diera tantos años atrás.

—Este paraguas goza de cierta importancia entre los paraguas distinguidos de Paitan. Puede que les dé buena suerte.

El Padre Jerry cogió el paraguas con reverencia, como si fuera una especie de reliquia.

—Gracias, muchas gracias, Padre. ¡Qué lindos colores! ¿Son chinos?

—Temo que mucho peor.

El anciano sacerdote sonrió y movió la cabeza. No quiso decir más.

Con una disimulada seña a su colega, Munsey puso su servilleta en la mesa y se incorporó. La fiebre organizadora brillaba en sus ojos.

—Si usted nos dispensa al Padre Craig y a mí, Padre..., El tiempo pasa y el Padre Chou puede llegar de un momento a otro... y se alejaron a paso vivo.

Francisco partía a las once. Volvió a su cuarto. Después de empaquetar su modesto equipaje, aún le sobraba una hora. Descendió instintivamente hacia la iglesia. Al salir de su casa se detuvo, auténticamente conmovido. Toda su congregación —cerca de quinientas personas— le esperaba, ordenada y silenciosa, en el patio. El contingente de fieles de Liu, capitaneado por el Padre Chou, ocupaba un flanco, y las muchachas mayores y los obreros manuales, el otro. Al frente se alineaban sus amados niños, dirigidos por la Madre María de las Mercedes, Sor Marta y las cuatro Hermanas chinas. Al ver la atención de los ojos de aquella masa, afectuosamente fijos en su insignificante figura, se le oprimió el corazón con una repentina punzada.

Circuló un intenso rumor reclamando silencio. A juzgar por la nerviosidad de José, era obvio que se le había confiado a él el honor de pronunciar el discurso de despedida. Aparecieron dos sillas como por arte de magia. Cuando el anciano sacerdote se sentó en una, José encaramóse, con paso inseguro, en la otra, y desenrolló un papel bermellón.

—Reverendísimo y digno discípulo del Señor de los Cielos: con la mayor angustia, nosotros, tus hijos, presenciamos tu partida a través de los anchos océanos...

El discurso no se diferenciaba de otro centenar de panegíricos semejantes pronunciados en el pasado, salvo en que resultó prácticamente mal. A pesar de una veintena de secretos ensayos ante su esposa, el auditorio y el aire libre hicieron naufragar el discurso de José. Éste comenzó a sudar, mientras su abdomen se agitaba como gelatina hirviente. «Pobre José», pensó el sacerdote, dirigiendo la vista a sus botas y evocando al esbelto muchachito que corría, incansable, junto a las bridas de su caballo, treinta años atrás...

Acabada la arenga, toda la congregación cantó, muy entonadamente, el *Gloria laus*. Aún contemplándose las botas, el sacerdote tuvo la impresión de que todo en él se fundía. Todo, hasta sus viejos huesos... «Dios mío —rogó—, no permitas que me

venza la emoción».

Para el obsequio de despedida había sido elegida la niña más pequeña del taller de cestería dedicado a los ciegos. La mocita se adelantó, vistiendo saya negra y blusa blanca, con paso incierto y, a la par, seguro, guiada por el instinto y por las instrucciones que le había cuchicheado la Madre María de las Mercedes. Arrodillóse ante el anciano, ofrendándole un cáliz dorado y ornamentado, de execrable hechura, que se había encargado por correo a Nankín. Los ojos del sacerdote estaban tan nublados como los de la ciegucecita.

—Dios te bendiga, hija mía, Dios te bendiga —murmuró, incapaz de añadir una palabra más. En aquel momento, la mejor de las sillas de mano del señor Chia osciló en la órbita de la brumosa visión de Francisco, e incorpóreas manos le ayudaron a entrar en ella. Formóse un séquito que se puso en marcha entre estampidos de cohetes. La nueva banda de la escuela comenzó súbitamente a tocar una pieza de Sousa.

Mientras Francisco iba con lentitud colina abajo, pontificalmente sostenido sobre humanos hombros, procuró centrar su atención en la pueril comedia de la banda. Eran veinte niños de la escuela, con uniformes azul celeste, hinchando las mejillas al soplar. Los precedía un directorcillo chino de ocho años, con un chacó de pelo y altas botas blancas. Agitaba una batuta y avanzaba con paso rítmico. Pero en Francisco había dejado de funcionar el sentido del ridículo. Las puertas de la ciudad aparecían llenas de rostros amistosos. En cada calle le acogían más estallidos de cohetes. Cuando se acercó al embarcadero cayó sobre él una lluvia de flores.

La lancha del señor Chia esperaba junto a los peldaños. El motor zumbaba suavemente. Bajóse la silla a tierra y Chisholm salió. El fin llegaba... Le rodearon, dándole su adiós, los dos jóvenes sacerdotes, el Padre Chou, la reverenda Madre, Marta, el señor Chia, José, Josué, todos... Algunas mujeres de la congregación se arrodillaban, llorando, y le besaban la mano. Se había propuesto hablar unas palabras, pero no pudo proferir ni el más inarticulado sonido. Sentía henchido el corazón.

Casi a ciegas pasó a la lancha. Volvióse a mirar a la multitud. Descendió entonces sobre todos una cortina de silencio. A una señal convenida, los niños del coro iniciaron el himno favorito del Padre: el *Veni Creator*. Lo habían reservado para el final.

*Ven, Espíritu Santo, Creador, ven a nos,
desciende de tu trono fúlgido y celestial...*

Siempre había amado Chisholm aquellas elevadas expresiones, escritas por el ilustre Carlomagno en el siglo nono; el himno más hermoso de la Iglesia. Ahora todos cantaban en el embarcadero:

*Toma de nuestras almas entera posesión,
sean todas ellas propiedad para Ti...*

«¡Dios mío! —pensó Francisco, cediendo a su emoción—. Esto es muy bondadoso, muy amable, por parte de ellos... Pero ¡qué perversamente inoportuno ahora!».

Un movimiento convulsivo recorrió su rostro. Mientras la lancha separábase del embarcadero y Francisco elevaba la mano para bendecir a sus fieles, surcaban las lágrimas su marchita tez.

V. EL RETORNO

I

El reverendísimo señor obispo Mealey se retrasaba en extremo. Ya un simpático y joven sacerdote de la casa había aparecido dos veces en la puerta del salón para explicar que Su Ilustrísima y el secretario de Su Ilustrísima estaban inevitablemente retenidos por cierta asamblea... El Padre Chisholm parpadeó formidablemente tras su ejemplar de *The Tablet*:

—¡La puntualidad es la cortesía de los prelados!

—Su Ilustrísima es un hombre ocupadísimo.

Y el joven sacerdote se retiró, con una sonrisa incierta, un poco desconcertado por aquel vejancón que llegaba de China. ¿No habría peligro en dejarle solo allí, con los objetos de plata? La audiencia había sido señalada para las once y el reloj señalaba las doce y media.

Aquella era la misma estancia en que Francisco esperó su entrevista con MacNabb. ¿Cuánto tiempo hacía? ¡Cielos clementes! ¡Treinta y seis años! Francisco movió la cabeza con sentimiento. Le había divertido intimidar al curita, pero distaba mucho de sentirse belicoso. Por el contrario, se encontraba muy decaído aquella mañana y desesperantemente nervioso. Necesitaba pedir algo al obispo. Aborrecía el solicitar favores, más éste le era preciso pedirlo. Por eso había experimentado un sobresalto cuando recibió la cita episcopal en el modesto hotel donde se hospedaba desde que el buque le dejara en Liverpool.

Con resolución, se estiró la arrugada ropa y alzóse el no muy flamante cuello. Todavía no era un hombre viejo, en realidad. Aún tenía vitalidad abundante. Puesto que ya pasaba tanto del mediodía, sin duda Anselmo le invitaría a almorzar. Francisco necesitaría mostrarse atento, reprimir su lengua, siempre demasiado viva; escuchar los relatos de Anselmo, reír sus bromas, no omitir un poco, quizás un mucho, de lisonja... Si Dios quisiera que no empezaran a moverse contra su voluntad los nervios de la mejilla estropeada. Cuando le sucedía eso, Chisholm tomaba el aspecto de un perfecto lunático.

Faltaban diez minutos para la una. Al fin se produjo una conmoción considerable en el corredor contiguo, y el obispo Mealey entró con paso enérgico en la sala. Acaso viniera de prisa. En todo caso, sus modales eran vivos, sus ojos brillaban mirando a Francisco, y parecía reparar bien en la hora señalada por el reloj.

—Mi querido Francisco. Cuánto me alegro de volver a verte. Tienes que perdonarme este pequeño retraso... No, no, por Dios, no te levantes. Vamos a hablar aquí. Estaremos... estaremos con más intimidad que en mi despacho.

Asiendo una silla, se sentó, con gracia y naturalidad, ante la mesa, al lado del Padre Chisholm. Mientras su mano carnosa y bien cuidada se apoyaba

afectuosamente en la manga de su visitante, el obispo pensaba: «¡Cielos, qué viejo y débil está Francisco!».

—¿Qué hay de nuestro querido Paitan? Sé por monseñor Sleeth que la Misión marcha bastante prósperamente. Recuerdo muy bien mi estancia en aquella desolada ciudad, entre la devastación y la mortal peste... En verdad, hay que ver la mano de Dios en esas cosas. ¡Ah!, aquéllos eran mis tiempos iniciales, Francisco. A veces los añoro. Ahora no soy —y sonrió— más que un pobre obispo. ¿Me encuentras muy cambiado desde la última vez que nos despedimos en aquel embarcadero de Oriente?

Francisco examinó a su antiguo amigo con extrañeza y admiración. No cabía duda: Anselmo Mealey estaba mejorado con los años. La madurez le había llegado retrasada. Su cargo le daba dignidad y convertía en suavidad su efusivismo primitivo. Tenía muy buena presencia y llevaba la cabeza alta. Los mismos ojos aterciopelados de antes seguían iluminando su rostro clerical, lleno y liso. Se hallaba bien conservado, no había perdido la dentadura y su cutis era flexible y vigoroso.

Francisco dijo con sencillez:

—Nunca te he encontrado mejor.

El obispo inclinó la cabeza, complacido.

—*O tempora! O mores!* Ninguno de los dos conservamos la juventud que tuvimos. Pero yo no llevo mis años mal, Francisco. Opino que la buena salud es esencial para la eficacia. ¡Si supieras la de cosas que tengo que hacer! Estoy sometido a una dieta muy estricta. Y tengo un masajista, un sueco tan rudo, que me mete el temor de Dios literalmente en el cuerpo. Pero me parece —añadió, con repentina y sincera solicitud— que tú te has abandonado mucho.

—La pura verdad es que, a tu lado, me noto como un guiñapo viejo, Anselmo. Pero el corazón me lo siento joven... o procuro sentírmelo. Y creo que puedo prestar algunos servicios aún... Espero... espero que, en conjunto, no estarás descontento de mi labor en Paitan.

—Tus esfuerzos, mi querido Padre, fueron heroicos. Naturalmente, nos han decepcionado un poco las cifras... Monseñor Sleeth, ayer precisamente —la voz de Anselmo sonaba benévola—, me mostraba las estadísticas. En treinta y seis años has hecho menos conversiones que el Padre Lawler en cinco. Te ruego que no tomes esto como reproche. Sería muy poco amable en mí. Otro día que tengamos bastante tiempo discutiremos el caso a fondo... Entre tanto —y sus ojos se dirigían al reloj— dime si puedo servirte en algo.

Tras una pausa, Francisco respondió en voz baja:

—Sí... Sí, Ilustrísima... Deseo una Parroquia.

El obispo, atónito, casi perdió, de pronto, su benigna y afectuosa compostura. Enarcó lentamente las cejas mientras Chisholm proseguía, con serena intensidad:

—Dame la Parroquia de Tweedside, Renton, una Parroquia mayor y mejor, está

vacante. Asciende al párroco de Tweedside y mándalo a Renton. Y a mí déjame... déjame volver a donde nací.

La sonrisa del obispo habíase petrificado en su rostro y parecía un tanto menos espontánea.

—¡Vamos, Francisco! Se diría que te propones administrar mi diócesis.

—Tengo una razón especial para pedirte eso y te lo agradeceré mucho...

Chisholm advirtió con horror que su voz sonaba áspera, sin poderlo evitar. Interrumpióse y, luego, añadió indecisamente:

—El obispo MacNabb me prometió una Parroquia si yo volvía alguna vez a Inglaterra. Tengo su carta aquí —añadió, buscando en un bolsillo interior.

Anselmo alzó la mano.

—No debe esperarse que yo atienda las cartas póstumas de mi predecesor.

Un silencio. Con amable urbanidad, Su Ilustrísima continuó:

—Por supuesto, tendré tu petición en cuenta. Pero no puedo prometer nada. Tweedside ha sido siempre para mí un lugar muy amado. Cuando el peso de la iglesia-catedral sea descargado de mis hombros, me propongo construirme allí un retiro, un CastellGandolfo en pequeño.

Se detuvo. Su oído, vivo aún, acababa de percibir la llegada de un coche. Siguió a ello un rumor de voces en el vestíbulo. Diplomáticamente, los ojos de Mealey buscaron el reloj. Sus maneras amables adquirieron cierta premura.

—Todo está en las manos de Dios... Veremos, veremos...

—Si me dejases explicarme... —protestó Francisco humildemente—. Deseo... deseo crear un hogar para cierta persona...

—Tendrás que explicármelo en otra ocasión.

Fuera sonó otro coche y más voces luego. El obispo se recogió la morada veste y habló, con voz almibarada y sentida:

—Es una verdadera calamidad, Francisco, que haya de dejarte precisamente cuando pensaba celebrar contigo una larga e interesante plática. Pero tengo hoy, casualmente, un almuerzo oficial. El alcalde y los concejales de la ciudad son mis invitados. ¡Ay, casi es aquí todo política! La Junta de Enseñanza, la Junta de Aguas, la de Hacienda... ¡Un verdadero *quid pro quo* ^[13]!... Acabaré convirtiéndome en corredor de Bolsa el día menos pensado... Pero es cosa que me gusta, Francisco, me gusta...

—Bastaría un minuto para...

Francisco se interrumpió en seco y bajó los ojos.

El obispo se había levantado con placidez. Apoyando un tanto la mano en el hombro del Padre Chisholm, lo condujo afectuosamente a la puerta.

—No acierto a expresarte la gran alegría que me ha producido el volver a verte. Ya nos mantendremos en contacto, no te preocupes... Ahora es menester que te deje.

Adiós, Francisco... y Dios te bendiga.

Fuera, una larga línea de oscuros y grandes vehículos avanzaba por el camino hacia el alto pórtico del palacio. El anciano sacerdote entrevió una faz purpúrea bajo un sombrero de castor; más rostros, duros y oscuros; insignias, cadenas de ceremonia... Soplaban un viento húmedo que penetraba hasta sus viejos huesos, acostumbrados al sol y sólo protegidos por flojas prendas tropicales. Cuando salía, un automóvil, frenando en un charco, proyectó un torrente de cieno que ensució a Francisco y le cubrió los ojos. Mientras se quitaba el fango con la mano, evocó el pasado, reflexionó y díjose, con una ligera sonrisa sarcástica: «El baño de lodo que dimos Nora y yo a Anselmo, expiado está».

Tenía el pecho helado, pero, a pesar de su desilusión, de su debilidad y de su abatimiento, parecíale sentir dentro el ardor de una llama viva, inextinguible... Necesitaba encontrar una iglesia pronto... Al otro lado de la calle se elevaba la vasta mole cupulada de la nueva catedral, un millón de libras esterlinas transmutadas en piedra y mármol macizos. Francisco renqueó, presuroso, hacia el templo.

Llegó a la amplia escalinata de acceso, la subió y, de repente, se detuvo. Ante él, sobre la húmeda piedra del peldaño superior, un andrajoso inválido, acurrucado para defenderse del viento, ostentaba este letrero prendido al pecho: «Un antiguo soldado suplica limosna».

Francisco contempló la lisiada figura. Sacó el único chelín que llevaba en el bolsillo y lo depositó en el platillo de latón. Los dos antiguos soldados, desdeñados por todos, se miraron mutuamente en silencio y, luego, los dos apartaron la vista.

Francisco penetró en la catedral, resonante extensión de belleza y silencio, abundosa de columnas marmóreas, rica en robles y bronces, profusa en opulentas e intrincadas hechuras. Dentro de ella, la capilla de la Misión de Chisholm hubiera podido esconderse, olvidada y casi invisible, en cualquier rincón del crucero. Resueltamente, el anciano avanzó hacia el altar mayor. Arrodillóse y oró enérgicamente, con impertérrito valor:

—¡Oh Señor, acoge esta vez mi súplica!

II

Cinco semanas más tarde hizo el Padre Chisholm una excursión, largo tiempo aplazada, a Kirkbridge. Salió de la estación. Era la hora de comer, y de las puertas de las hilaturas de aquel gran centro industrial salían torrentes de trabajadores. Cientos de mujeres, con chales en torno a las cabezas, se apresuraban bajo la empapante lluvia, deteniéndose sólo cuando algún tranvía pasaba, estrepitoso, sobre el resbaladizo empedrado.

En el extremo de la Calle Mayor preguntó Francisco el camino que debía seguir. Torció a la derecha, pasó ante una enorme estatua erigida en honor de un magnate local del ramo textil y entró en un lugar más pobre: una plaza raquítica aprisionada entre altos edificios. Atravesando la plaza, se internó en una calle estrecha, llena de malos olores y tan oscura que el sol no debía penetrar en ella ni aun en el día más despejado. A pesar de su júbilo y su exaltación, el sacerdote sintió que se le abatía el ánimo. Había esperado pobreza, pero no tanta. Pensó «¡Lo que he hecho, en mi estupidez y mi descuido!». Estar allí era como estar en el fondo de un pozo.

Examinó los números de las casas hasta dar con el buscado, y empezó a subir las escaleras. No había en ellas aire ni luz, las ventanas estaban sucias y los mecheros de gas parecían no haber funcionado nunca. Una cañería rota había inundado uno de los descansillos.

Ascendió tres tramos de escalera, a tumbos. De pronto, vio a un niño sentado en un peldaño.

En la brumosa penumbra contempló el sacerdote la raquítica figurilla, que apoyaba en una mano su cabeza, grande en exceso, fijando el puntiagudo codo en su huesuda rodilla. Su piel, casi transparente, tenía el color de la cera de iglesia. Aquel niño debía de contar unos siete años, pero asemejábase a un cansado viejo.

El chiquillo alzó la cabeza y una franja de la claridad que penetraba por la rota claraboya le iluminó la cara. Por primera vez pudo ver Francisco la cara del pequeño. Prorrumpió en una exclamación sofocada, y una intensa ráfaga de terrible emoción le asaltó como a un buque una oleada monstruosa. Porque aquel semblante pálido, vuelto hacia arriba, era inequívocamente parecido al de Nora. Sobre todo los ojos, inconfundibles, enormes sobre la demacrada piel.

—¿Cómo te llamas?

El niño calló un momento. Luego dijo:

—Andrés.

Tras la puerta del descansillo había una sola habitación donde una mujer, sentada con las piernas cruzadas sobre un sucio colchón puesto en las desnudas tablas del suelo, cosía rápidamente. Su aguja volaba con una velocidad maquinal, increíble.

Junto a la mujer, encima de un vacío cajón de huevos vuelto boca abajo, campeaba una botella. No se veía mueble alguno. Fuera del colchón no parecían existir otros efectos que una marmita, varios sacos y un jarro roto. Atravesados sobre el cajón de huevos había una pila de toscos pantalones de sarga, a medio terminar.

Francisco, abrumado por el disgusto, apenas acertó a articular palabra. Al fin inquirió:

—¿Es usted la señora Stevens?

La mujer asintió con un movimiento de cabeza.

—Venía... a propósito del niño.

La señora Stevens, nerviosamente, dejó caer la labor sobre su regazo. Era una pobre criatura, ni vieja ni mala, sino muy combatida por la adversidad, a la cual procuraba olvidar bebiendo más cada vez.

—Sí..., recibí su carta...

Y empezó a gimotear una explicación de las circunstancias, a excusarse, a exhibir insignificantes pruebas de cómo el infortunio la había hecho caer tan bajo...

Él la habló con serenidad, porque toda la historia se leía claramente en el rostro de aquella mujer.

—Me llevaré al niño hoy —dijo.

Aquella serenidad hizo que la señora Stevens inclinase la vista hacia sus manos hinchadas, de dedos acribillados por incontables pinchazos de aguja. Trató de ocultarlo, pero la actitud del sacerdote la impresionaba más que cualquier reprensión. Rompió a llorar.

—No crea que no quiero al chiquillo. Me ayudaba en muchas cosas. Le he tratado bastante bien... Pero he tenido una lucha tan terrible...

Y, alzando la vista, miró a Francisco con repentino y silencioso reto.

Diez minutos después salía Chisholm de la casa. A su lado, apretando contra su pechito angosto un paquete envuelto en papel, iba Andrés. El sacerdote se sentía combatido por sentimientos complejos y hondos. Notaba la callada alarma del niño ante la inusitada excursión, y, sin embargo, parecíale que le tranquilizaría más si no le hablaba. Con una alegría íntima, que se difundía lentamente en su ser, Francisco pensaba: «Dios me concedió la vida y me trajo de China... para esto».

Sin cambiar palabra se encaminaron a la estación. Ya en el tren, Andrés empezó a mirar por la ventanilla. Apenas se movía. Sus piernas colgaban del borde del asiento. Estaba muy sucio; la mugre se había infiltrado en los poros de su delgado y pálido cuello. Era imposible adivinar sus pensamientos, pero dentro de sus ojos anidaba un oscuro resplandor de miedo y recelo.

—No temas.

—No temo —respondió el niño, mientras su labio inferior temblaba.

El tren dejó atrás los humos de Kirkbridge y se precipitó velozmente por los

campos, a la vera del río. Una expresión de maravilla asomó lentamente al rostro del pequeño. Nunca había soñado que hubiera colores tan brillantes, tan diferentes de la plúmbea lobreguez de las casuchas que conocía. A los campos llanos y a las granjas sucedió luego un paisaje más agreste, donde se elevaban bosques y más bosques, crecían verdes helechos y corrían aguas rumorosas en diminutas quebradas...

—¿Es a este sitio a donde vamos?

—Sí; nos acercamos ya.

Hacia las tres de la tarde penetraban en Tweedside. La vieja población, hacinada en la ribera, tan inmutable como si el sacerdote hubiese salido de ella el día anterior, ardía bajo un sol brillante. Una dolorosa alegría oprimió el pecho de Francisco según iba reconociendo todas las cosas familiares. Salieron de la estacioncita y se encaminaron, juntos, a la rectoría de la iglesia de Santa Colomba.

VI. FIN DEL PRINCIPIO

I

Desde la ventana de su cuarto, monseñor Sleeth miraba, con el ceño fruncido, el jardín. Allí, la señorita Moffat, cesto en mano, permanecía junto a Andrés y el Padre Chisholm, mientras Dougal recogía las hortalizas para la comida. El tácito aire de camaradería que rodeaba al pequeño grupo aumentaba el irritante y exclusivo sentimiento que experimentaba Sleeth, fortaleciendo su resolución. Sobre la mesa, a su lado, redactado con su máquina portátil, estaba el informe que acababa de terminar, documento claro y rotundo, cargado de indiscutibles demostraciones. Sleeth saldría hacia Tynecastle dentro de una hora y el informe estaría por la noche en manos del obispo.

Pero, a pesar de la viva y tajante satisfacción de monseñor Sleeth al ver su tarea debidamente cumplida, era innegable que la semana pasada en la Parroquia de Santa Colomba había sido de prueba. El secretario del obispo encontró muchas cosas que le confundían e incluso le enojaban. Fuera de un grupito cuyo centro era la piadosa y obesa señora Glendenning, los feligreses mostraban interés, y hasta cabía decir afecto, por su extravagante pastor. El día antes tuvo Sleeth que tratar severamente a la delegación que le esperaba para manifestar su adhesión al párroco. ¡Como si Sleeth no supiese que el que ha nacido en un pueblo tiene siempre su camarilla! Su exasperación llegó al colmo cuando, aquella misma tarde, le visitó el ministro presbiteriano de la localidad y, tras muchas tosecillas y carraspeos, expresó su esperanza de que el Padre Chisholm no «les dejase», porque «el sentimiento cristiano había sido tan admirable últimamente...». ¡Sí, sí, admirable!

Mientras Sleeth meditaba, el grupo que había al pie de la ventana se dispersó y Andrés corrió al invernadero, de seguro en busca de su cometa. El anciano sacerdote tenía la manía de fabricar grandes cometas de papel, con ondulantes colas, que volaban, Sleeth lo admitía a regañadientes, como monstruosos pájaros. El martes último, acercándose a la pareja felizmente unida a las nubes por el tenso cordel, Monseñor osó reprochar al párroco:

—Realmente, Padre, ¿le parece digno este pasatiempo?

El viejo sonrió, confundido. Nunca se rebelaba. Siempre tenía una sonrisa tranquila, enloquecedoramente suave.

—Los chinos se distraen con él, y son gente muy digna.

—Presumo que será una de sus costumbres paganas.

—Quizá. Pero muy inocente.

Sleeth, solo; amoratada la nariz por el viento frío, se quedó mirando. Al parecer, el anciano combinaba el placer con la instrucción. De vez en cuando, mientras él sostenía el bramante, el niño, sentándose en el invernadero, tomaba, sobre un trozo de

papel, apuntes que el sacerdote le dictaba. Una vez conclusas, aquellas laboriosas anotaciones eran ensartadas en el cordel de la cometa y ascendían, rumorosas, al cielo, ante el júbilo de maestro y discípulo.

Un impulso de curiosidad se apoderó de Sleeth. Cogió la última misiva que sostenían las excitadas manos del muchacho. El apunte estaba claramente escrito y con no mala ortografía. Sleeth leyó:

Prometo sinceramente oponerme con vigor a cuanto sea estúpido, fanático y cruel.

Andrés.

P.S. La tolerancia es la mayor virtud. La siguiente es la humildad.

Monseñor Sleeth miró larga y fríamente el escrito antes de devolverlo. Esperó, con una expresión glacial, a que estuviera preparado el siguiente. Rezaba:

«Podrán nuestros huesos disolverse y convertirse en tierra de los campos, pero el Espíritu persiste y vive en las alturas, en una condición de glorioso esplendor. Dios es el Padre común de toda la Humanidad».

Ablandado, Sleeth habló al padre Chisholm.

—¡Excelente! ¿No es de San Pedro esa sentencia?

—No —y el anciano movía excusadoramente la cabeza—. Es de Confucio.

Sleeth, desconcertado, se alejó en silencio.

Por la noche inició una astuta discusión, que el anciano evadía con desazonadora facilidad. Al fin, Sleeth, exasperado, exclamó:

—Tiene usted una extraña noción de Dios.

—¿Quién de nosotros tiene noción de Dios? —sonrió el Padre Chisholm—. La palabra «Dios» es una palabra humana... expresiva de reverencia para nuestro Creador. Si sentimos esa reverencia, veremos a Dios..., no lo dude usted.

No sin enojo, Sleeth se sintió ruborizado.

—Parece que da usted muy poca importancia a la Santa Iglesia...

—Por el contrario, toda mi vida me ha complacido sentir sus amorosos brazos en torno de mí. La Iglesia es nuestra madre, una madre que conduce hacia delante, a través de la noche, a esta pobre banda de peregrinos que somos los hombres. Pero quizás existan también otras madres. Y acaso no falten algunos pobres peregrinos que caminen, dando tumbos y solos, hacia su hogar...

La conversación a que pertenecía este fragmento conturbó seriamente a Sleeth. Y, cuando se acostó aquella noche, le produjo una extraña pesadilla. Soñó que, mientras

la casa dormía, su ángel de la guarda y el del Padre Chisholm dejaban solos a sus protegidos durante una hora y bajaban a la sala a echar un trago. El ángel de Chisholm era una criatura menuda y querúbrica, y el de Sleeth, un ángel provector, con ojos disgustados y desordenado y colérico plumaje. Mientras bebían, apoyando las alas en los brazos de sus sillones, discutieron acerca de sus respectivos patrocinados. Chisholm era tachado de sentimental, pero escapaba sin mayor ultraje. En cambio, Sleeth quedaba hecho un trapo. En su sueño sintióse bañado en sudor al oír a su ángel dedicarle un vituperio final:

—Uno de los peores que he tenido a mi cargo: lleno de prejuicios, pedante, ambiciosísimo y, lo que aún es más grave, un mezquino... ¡y un chinchoso!

Sobresaltado, despertó Sleeth y se halló en la oscuridad de su alcoba. ¡Qué sueño tan abominable e ingrato! Sintió un escalofrío. Le dolía la cabeza. Era lo bastante discreto para no incurrir en la sandez de dar crédito a semejantes pesadillas, meras y odiosas desvirtuaciones de los pensamientos que se tienen en estado de vigilia, y muy diferentes de los buenos y auténticos sueños de las Escrituras, como, por ejemplo, el de la mujer del Faraón. Rechazó violentamente su sueño, como un pensamiento impuro.

Mas ahora lo recordaba, mientras seguía mirando por la ventana: «Lleno de prejuicios, pedante, ambiciosísimo y, lo que aún es más grave, un mezquino... ¡y un chinchoso!».

Reparó en que había juzgado mal las intenciones de Andrés. El niño no salía del invernadero con su cometa, sino con un cesto de mimbre en el que, con ayuda de Dougal, empezó a poner unas ciruelas y peras recién cogidas. Terminada la tarea, el niño se dirigió hacia la casa, con el cesto al brazo.

Sleeth experimentó el súbito impulso de retirarse de la ventana. Había adivinado que aquellas frutas eran para él. Esto le disgustaba, le dejaba desconcertado de un modo vago y absurdo. El golpe que oyó en la puerta hízole afanarse en poner en orden sus dispersas ideas.

—Adelante.

Andrés entró y depositó el cesto sobre la cómoda. Con la timidez propia de quien se sabe poco apreciado, pronunció el mensaje que le encargaron y que había ido repitiendo mientras subía las escaleras:

—El Padre Chisholm le ruega que acepte estas frutas.

Las ciruelas son muy dulces, y las peras, las últimas que cogemos.

Monseñor Sleeth miró fijamente al niño, preguntándose si no habría algún doble sentido en el final de la frase.

—¿Dónde está el Padre Chisholm?

—Abajo. Esperándole a usted.

—¿Y mi coche?

—Dougall acaba de traerlo; está en la puerta.

Hubo una pausa. Andrés, vacilando, empezó a retirarse.

—¡Espera! —dijo Sleeth con severidad—. ¿No crees que sería más oportuno y cortés llevar tú abajo la fruta y ponerla en mi coche?

El muchacho, ruborizándose, se aprestó a obedecer. Cuando retiraba el cesto de la cómoda, una de las ciruelas cayó y fue a parar bajo el lecho. Más enrojecido que nunca, encorvóse y, torpemente, cogió la fruta. La blanda piel de la ciruela se reventó y su jugo manchóle los dedos. Sleeth le contemplaba, con una fría sonrisa.

—Me parece que no servirá ya para mucho, ¿eh?

Silencio.

—Te digo que no servirá para mucho.

—No, señor.

La difusa y singular sonrisa de Sleeth se acentuó.

—Eres un niño notablemente terco. Me he estado fijando en ello toda la semana. Terco y mal educado. ¿Por qué no me miras?

Con un tremendo esfuerzo, el chiquillo alzó los ojos que fijaba en el suelo. Temblaba como un nervioso potranco cuando su mirada chocó con la de Sleeth.

—No mirar a la cara a una persona indica una conciencia culpable. Y, además, es una grosería. Ya te enseñarán mejor en Ralstone.

Otro silencio. El niño estaba lívido. Monseñor Sleeth seguía sonriendo. Se humedeció los labios.

—¿Por qué no contestas? ¿Es que no deseas ir a esa Institución?

—No, no deseo ir —tartamudeó el muchacho.

—Pero sí querrás hacer lo que es debido, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Entonces, irás. Y hasta puedo decir que irás muy pronto. Ea, ahora lleva esa fruta al coche... si eres capaz de hacerlo sin que se te caiga.

Cuando el niño salió, monseñor Sleeth permaneció inmóvil, fija la línea de sus labios en una contracción rígida, tensa. Dejó caer los brazos, con las manos crispadas.

Sin abandonar su rígida expresión, se acercó a la mesa. Nunca se hubiera creído capaz de un sadismo como el de minutos antes. Pero aquella misma crueldad purgó su alma de sombras. Sin titubeos, inexorablemente, cogió su bien compilado informe y lo redujo a pedazos. Sus dedos rasgaban las hojas con metódica violencia. Apartó de sí los fragmentos y, arrugados, los diseminó por el suelo. Luego con un gemido, cayó de rodillas.

—¡Oh Señor! —dijo con voz natural y suplicante—. Hazme aprender algo de ese buen anciano. Y, ¡oh mi amado Señor!, haz que nunca se me pueda llamar chinchoso...

Aquella misma tarde, después de partir monseñor Sleeth, el Padre Chisholm y

Andrés penetraron, parsimoniosos, por la puerta trasera del jardín. Aunque el niño tenía aún hinchados los ojos, su mirada brillaba con esperanza, y su rostro, al fin, se había tranquilizado.

—¡Cuidado con estos plantíos, muchacho! —dijo Francisco, en un cómplice cuchicheo, empujando al niño hacia delante—. Ya hemos tenido hoy bastantes complicaciones para que, encima, venga Dougal a reprimarnos.

Mientras Andrés buscaba gusanos para cebo entre las plantas, el anciano se dirigió al cobertizo de las herramientas. Sacó sus cañas de pescar truchas y esperó en la puerta. El niño llegó, jadeante, con un recipiente de latón lleno de retorcidos gusanillos. El sacerdote emitió una risa reprimida.

—Dime, ¿no eres un niño afortunado, puesto que vas a buscar truchas con el mejor pescador de todo Tweedside? Dios crea los pececillos, Andrés, y nos envía a nosotros a pescarlos...

Las dos figuras, cogidas de la mano, fueron disminuyendo y, al fin, desaparecieron camino abajo, hacia el río.

FIN



ARCHIBALD JOSEPH CRONIN (1896-1981), fue un novelista y médico escocés. Tras la muerte de su padre se trasladó a vivir a Glasgow, estudiando en el St. Aloysius College, licenciándose en Medicina en la Universidad de Glasgow (durante la Primera Guerra Mundial sirvió en la Marina Real), y doctorándose posteriormente. También se diplomó en Salud Pública. Trabajó en varios hospitales y posteriormente fue nombrado Inspector Médico de Minas, realizando estudios sobre el riesgo de trabajo en las minas. Se trasladó a Londres donde abrió su propia clínica, comenzando a escribir en 1930. En 1939 marchó a Estados Unidos, donde permaneció largo tiempo. Finalmente, fijó residencia en Suiza, donde transcurrieron sus últimos veinticinco años de vida, escribiendo siempre.

Muchos de los libros de Cronin fueron bestsellers que fueron traducidos a numerosas lenguas. Su punto fuerte eran sus habilidades y su poder de observación y descripción gráfica. Algunas de sus novelas e historias se basan en su carrera médica, mezclando realismo, romance, y crítica social.

Sus obras cumbres son La ciudadela (The Citadel), y Las llaves del reino (The Keys of the Kingdom), ambas novelas convertidas en películas. Se dice que su novela La Ciudadela contribuyó a establecer el servicio nacional de salud en Reino Unido, exponiendo la injusticia, explotación e incompetencia de la práctica médica en esa época.

Notas

[1] The Glenlivet es una de las etiquetas de mayor prestigio dentro de los whiskies escoceses de una sola malta y desde que nació ha estado en constante evolución. El origen nos remonta a la región de Speyside, en Las Tierras Altas Escocesas. A principios del siglo XIX había cerca de 200 destilerías ilegales en Glenlivet y sus productos eran consumidos por los Lords, que lo llamaban “the real stuff”. <<

[2] *mu*: unidad de superficie en la china tradicional. 1 mu equivale a 666,7 m² <<

[3] *li*: unidad de longitud tradicional china que en la actualidad se ha estandarizado en 500 metros, aunque históricamente su valor osciló considerablemente entre distancias algo menores y mayores según los periodos. <<

[4] *ginkgo*: Árbol caducifolio de porte mediano, puede alcanzar 35 m de altura, con copa estrecha, algo piramidal y formada por uno o varios troncos. El nombre original de este árbol en chino es "albaricoque plateado", pero en algunas partes de China se conoce actualmente con el nombre de "fruta blanca". Desde hace siglos, o quizás milenios, se ha utilizado por sus acciones terapéuticas, especialmente por la medicina tradicional china, y las hojas del árbol se usan en la herbolaria moderna. <<

[5] *kang*: cama por la noche, asiento durante el día y siempre una fuente de calor gracias a los carbones encendidos colocados debajo. El Kang es una plataforma de ladrillos muy común al norte de China. <<

[6] *kow-tow*: arrodillarse y tocar la frente con el suelo como expresión de profundo respeto, adoración, o sumisión. <<

[7] *chow mein*: comida china basada en en fideos salteados en un wok con trozos de pollo y verduras. <<

[8] *famille noire*: porcelana china esmaltada con fondo negro muy valiosa . <<

[9] *crochet*: El ganchillo, croché (galicismo de *crochet*) o tejido de gancho, es una técnica para tejer labores con hilo o lana que utiliza una aguja corta y específica, «el ganchillo» o «aguja de croché» de metal, plástico o madera. <<

[10] *blesés*: palabra francesa que significa heridos. <<

[11] *Maxims*: la primera ametralladora automática portátil. La inventó Sir Hiram Stevens Maxim, en 1884, que era un estadounidense nacionalizado británico. <<

[12] *boche*: término despectivo para un alemán o una persona de origen alemán que fue utilizado principalmente por los franceses durante las guerras que opusieron a Alemania. <<

[13] *quid pro quo*: compensación; sustitución de una cosa por otra. <<